

~ T. A. BARRON ~

MERLIN

LOS SIETE CANTARES DE MERLÍN



Lectulandia

El joven Merlín trajo nuevas esperanzas a Fincayra, la isla encantada que existe entre el cielo y la tierra. Tras erradicar la temible Plaga, Merlín y Rhia, la niña de los bosques, se disponen a restaurar la tierra, empleando la mágica Arpa en Flor. Pero Fincayra todavía corre un gran peligro y la primera víctima de esta nueva oleada de maldad es la madre del propio Merlín. La única esperanza que le queda a Merlín de salvar la vida de su madre es dominar los Siete Cantares de la Sabiduría, transmitidos por el mago más grande que Fincayra ha conocido: Tuatha, el abuelo de Merlín. Sólo entonces el joven aprendiz podrá viajar al Otro Mundo y obtener el preciado Elixir de Dagda. Pero antes debe triunfar donde el propio Tuatha había fracasado y derrotar a Balor, el ogro cuya sola mirada significa la muerte.

Lectulandia

T. A. Barron

Los siete cantares de Merlín

Las aventuras del joven Merlin-2

ePub r1.0

Titivillus 19.08.17

Título original: *The Seven Songs of Merlin*
T. A. Barron, 1997
Traducción: Víctor Lorenzo
Diseño de cubierta: Larry Rostant & Tony Sahara

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a CURRIE quien canta la vida como si fuera un
verso del séptimo Cantar.
Con especial reconocimiento para ROSS de cuatro años, que tan bien ve
con el corazón

MERLIN

LOS SIETE CANTARES DE MERLÍN

T. A. BARRON



NOTA DEL AUTOR

A veces, durante las largas horas que preceden al alba, permanezco despierto en la cama escuchando el murmullo de las ramas de los chopos que se agitan con el viento. La gran lechuza crestada que ulula pausadamente. Y, en raras ocasiones, la voz de Merlín en susurros. Antes de que yo empezara siquiera a oír la voz de Merlín —y mucho menos oír la con la suficiente claridad como para narrar la historia de su juventud perdida—, necesitaba aprender un poco. Y desaprender mucho. Por encima de todo, debía escuchar con atención, utilizando algo más que las orejas. Porque este mago está lleno de sorpresas.

Los años perdidos de Merlín, el primer volumen de esta serie, revelaba los extraños sucesos que marcaron el inicio de sus años perdidos en el tiempo. ¿Por qué habían desaparecido de la tradición popular, sólo para salir a la luz ahora, siglos más tarde? La respuesta quizá tenga algo que ver con los profundos cambios —y el terrible dolor— que el propio Merlín experimentó en ese período. No obstante, esos años resultaron ser excepcionalmente importantes para la persona que un día se convertiría en mentor del rey Arturo.

La historia de los años perdidos de Merlín empezó cuando todavía era un niño que, al borde de la muerte, fue arrastrado por las olas a las abruptas costas de Gales. El mar lo había despojado de todo lo que en otro tiempo conocía. Ignorando por completo que un día se convertiría en el mago más grande de todos los tiempos, yació atormentado por las sombras de cosas que no conseguía recordar.

Pues no tenía memoria. Ni hogar. Ni nombre.

Por las palabras del propio Merlín, podemos percibir el trauma permanente y las esperanzas ocultas de ese día:

Si cierro los ojos y respiro al ritmo acompasado del mar, aún puedo recordar aquel día, hace ya tanto tiempo. Crudo, frío y yermo era, tan vacío de promesas como vacíos de aire estaban mis pulmones.

Desde aquel día he visto muchos otros, más de los que me quedan fuerzas para contar. Y, a pesar de ello, ese día brilla más que ningún otro, radiante como el propio Galator, luminoso como el día en que descubrí mi propio nombre, o como el día en que acuné por primera vez a un niño que llevaba por nombre Arturo. Tal vez lo recuerdo con tanta claridad porque el dolor, como una cicatriz en mi alma, no desaparece. O porque significó el fin de

tantas cosas o quizás, un principio, además de un final: el inicio de mis años perdidos.

Mas la historia del joven Merlín continúa. Es posible que haya resuelto el enigma del Baile de los Gigantes, pero le aguarda un misterioso entramado de acertijos. Que consiga desentrañarlos con éxito y a tiempo para cumplir su misión es algo que queda por ver. El reto es descomunal. Si bien es cierto que Merlín ya emplea toscamente sus poderes ocultos, ni por asomo los domina. Aunque conoce de oídas una parte de los conocimientos de los druidas, los griegos y los celtas, sólo ha empezado a comprenderlos. Y por mucho que haya descubierto su propio nombre, junto con un atisbo de su verdadero destino, aún tiene que indagar el secreto de su ser más íntimo.

En resumen, todavía no sabe lo que significa ser un mago.

Para hallar al mago que hay en él, el joven Merlín, aun habiendo perdido ya tanto, debe perder algo más. Por el camino tal vez recoja otras cosas. Quizás averigüe finalmente la verdad sobre su amiga Rhia. Tal vez intuya la diferencia entre visión y comprensión íntima. Puede que incluso descubra, muy a su pesar, que en su interior habitan a un tiempo la luz y la oscuridad, a la vez que descubre, para su alborozo, que también posee otras cualidades que a menudo se consideran opuestas: juventud y madurez, virilidad y feminidad, mortalidad e inmortalidad.

Los héroes legendarios ascienden en ocasiones por los tres niveles del propio ser, el mundo y el Otro Mundo. Primero deben descubrir los senderos ocultos del interior. A continuación, los héroes han de imponerse a los enemigos de la vida mortal en la Tierra. Por fin, deben afrontar los peligros y las posibilidades del espíritu. En cierto sentido, Merlín altera este esquema tradicional intentando el viaje al Otro Mundo en este libro, sólo el segundo volumen de la serie. Pero a este mago, como ya hemos visto, no se le da muy bien eso de seguir las reglas. La verdad es que, en este libro como en los demás, Merlín va explorando los tres niveles al mismo tiempo.

Sin embargo, es en el Otro Mundo, en el reino del espíritu, donde se encuentra la clave de su misión. Es un lugar misterioso, raramente visitado por los mortales, lleno de peligros y también de inspiración. Si Merlín consigue de alguna manera dominar los Siete Cantares de la Hechicería, derrotar a las mismas fuerzas que destruyeron a su abuelo y descubrir el secreto del Pozo del Otro Mundo, de hecho encontrará el camino hacia el reino espiritual. Si lo logra, podrá conocer al misterioso Dagda y también al traicionero Rhita Gawr... y lo que pueda quedar de su fiel amigo Problemas.

Y, de paso, quizá descubra algo más. Como escribió W. B. Yates: «Unir de nuevo la percepción del espíritu, de lo divino, con la belleza natural». Por eso el joven Merlín, que intuyó por primera vez sus poderes de renovación cabalgando sobre las ramas de un árbol durante una tormenta, se esfuerza por establecer dicha conexión mientras avanza por el tortuoso camino que conduce a la hechicería.

Esta parte del viaje de Merlín empieza donde concluyó la anterior, en la

legendaria isla de Fincayra. Los celtas creían que era una tierra situada bajo las olas, un punto intermedio entre este mundo y el Otro Mundo. La mitología griega lo describe como un omphalos. Pero la mejor descripción de Fincayra se la debemos a Elen, la madre de Merlín, que la llamó simplemente un lugar intermedio. Como la bruma, que no es del todo agua ni del todo aire, Fincayra no es absolutamente mortal ni absolutamente inmortal. Es algo intermedio.

También Merlín es algo intermedio. En verdad no es un hombre y, sin embargo, verdaderamente no es un dios. En realidad no es viejo, pero tampoco joven. A Carl Jung le habría parecido un personaje fascinante, pues los míticos poderes de Merlín emanan a la vez del inconsciente y de la conciencia, al igual que su sabiduría procedía de la naturaleza y también de la cultura.

No es casualidad que los relatos más antiguos de Merlín le atribuyan una madre santa y un padre diabólico, metáforas de los aspectos oscuros y luminosos que todos combinamos. Y la mayor sabiduría de Merlín no consiste en rechazar o eliminar su lado oscuro, sino en abrazarlo, poseerlo como una parte de sí mismo. En definitiva, es esta comprensión de la debilidad humana, junto con las posibilidades del ser humano, lo que convierte a Merlín en el consejero adecuado para el rey Arturo.

Estoy profundamente agradecido a todas las personas mencionadas en la nota del autor del primer volumen, en especial a mi esposa y mi mejor amiga, Currie, y a mi inmensamente sabia editora, Patricia Lee Gauch. Además, quiero dar las gracias a Lloyd Alexander, cuyas obras siguen inspirándonos a todos; a Susan Cullinan, que entiende la sabiduría del humor, y a Sasha, nuestro afable perro de Labrador, que a menudo me calienta los pies mientras escribo.

Una vez más, Merlín susurra. Escuchemos, pero con mucha atención. Pues este mago, como sabemos, está lleno de sorpresas.

T. A. B.

Fui extraído de mi verdadero yo.
Era un espíritu y conocía...
los secretos de la naturaleza,
el vuelo de las aves,
los recorridos de las estrellas
y la forma de nadar de los peces.

**Merlín, citado en el libro del siglo XII
de Geoffrey de Monmouth, *Vita Merlini***



PRÓLOGO

Cómo han pasado los siglos, volando... Mucho más raudos que el valiente esmerejón que una vez me llevó volando en su espalda. Más raudos, de hecho, que el doloroso dardo que se clavó en mi corazón el día que perdí a mi madre.

Todavía me parece estar viendo el Gran Concilio de Fincayra, congregado en el círculo de piedras enhiestas, lo único que quedó del poderoso Castillo Velado después del Baile de los Gigantes. Desde hacía una eternidad no se convocaba al Gran Concilio en este lugar; hasta dentro de una eternidad no volvería a convocarse. Varias cuestiones arduas esperaban la resolución de los delegados, incluido cómo castigar al monarca derrocado y si elegir o no a un sucesor. Pero la cuestión más seria de todas era qué hacer con los Tesoros encantados de Fincayra, en especial con el Arpa en Flor.

No puedo olvidar cómo empezó la sesión. Ni tampoco consigo, por mucho que lo intento, olvidar cómo terminó.



Como un rosario de sombras más oscuras que la noche, el círculo de piedras se erguía sobre el risco.

Ningún movimiento, ningún sonido turbaba el aire de la noche. Un solitario murciélago se lanzó en picado hacia las ruinas, pero en el último momento varió el rumbo, quizá por miedo a que el Castillo Velado volviera a levantarse por arte de magia. Pero lo único que quedaba de sus torres y almenas era el círculo de piedras erguidas, silenciosas como tumbas olvidadas.

Lentamente, una extraña luz empezó a fluctuar sobre las piedras. No era la luz del sol, que todavía tardaría horas en salir, sino la de los luceros del firmamento. Poco a poco, el brillo de las estrellas fue aumentando sin remedio. Parecía como si estuvieran siendo atraídas hacia la tierra por alguna misteriosa fuerza y se aproximaran al círculo, imparables, observando con un millar de millares de ojos

llameantes.

Una mariposa nocturna de anchas alas, amarilla como la mantequilla, se posó en una de las piedras. Pronto se le unieron un pájaro azul claro y una vieja lechuza crestada a la que le faltaban muchas plumas. Algo serpenteó por una columna derribada, buscando las sombras. Un par de faunos, con patas y pezuñas de cabra y el pecho y la cara de niño, salieron al claro correspondiente al interior del círculo haciendo cabriolas. A continuación, llegaron los árboles andantes, fresnos y robles, marjoletos y pinos, deslizándose por el risco como una marea verde.

Siete fincayranos, hombres y mujeres, penetraron en el círculo con ojos llenos de asombro, acompañados por un grupo de enanos de barba roja, un corcel negro, varios cuervos y un par de ninfas acuáticas que empezaron a chapotear y a salpicarse escandalosamente en un charco formado al pie de una de las piedras, un lagarto moteado, unos papagayos, unos pavos reales, una hembra de unicornio con el pelaje blanco y reluciente como su cuerno, una cierva con su cervato, un caracol enorme y un ave fénix que observaba constantemente a la multitud sin parpadear ni una sola vez.

Mientras iban llegando los delegados, uno de los fincayranos, un poeta de cabeza desgreñada, frente despejada y ojos oscuros y penetrantes, contemplaba la escena que se desarrollaba ante él. Al rato, saltó por encima de una columna caída y se instaló al lado de una robusta muchacha que se cubría con un vestido hecho de enredaderas entretejidas. Al otro lado de la joven se sentaba un muchacho que aparentaba más edad que sus trece años y empuñaba un cayado retorcido. Sus ojos, más negros que el carbón, parecían extrañamente distantes. Hacía poco tiempo había decidido llamarse Merlín.

El ambiente rebullía de graznidos y aleteos, zumbidos y siseos, gruñidos y bramidos. A medida que el sol ascendía por el cielo, pintando el círculo de piedras con tonos dorados, el alboroto iba en aumento. La cacofonía sólo remitió una vez, cuando en el círculo penetró una enorme araña blanca dos veces más grande que el corcel. Las demás criaturas callaron y se apartaron rápidamente, pues, por muy honradas que se sintieran al contar con la presencia de la legendaria Gran Elusa, también sospechaban que a la araña bien podía habersele abierto el apetito en el viaje desde su caverna de cristal, en las Colinas Brumosas. No tuvo dificultades en encontrar un asiento.

En cuanto la Gran Elusa se encaramó a una pila de rocas desmenuzadas, se rascó la joroba con una de sus ocho patas. Con otra pata se descolgó de la espalda un gran saco marrón y lo depositó a su lado. Después, recorrió con la mirada todo el círculo, deteniéndose un instante en Merlín.

Vinieron muchos más. Un centauro con una barba que le llegaba casi a los cascos entró en el círculo con paso solemne. Un par de zorros con la cola en alto correteaban detrás de él, seguidos por una joven elfa de los bosques, de brazos y piernas casi tan finos como su cabello castaño. Una piedra viva cubierta de musgo rodó hasta el

centro, rozando peligrosamente a un calmoso erizo. Un enjambre de enérgicas abejas se quedó suspendido muy cerca del suelo. Cerca del borde, una familia de ogros se mordían y arañaban mutuamente con saña para matar el tiempo.

Y seguían viniendo más, muchos a los que Merlín no pudo identificar. Unos parecían zarzas espinosas de ojos llameantes, otros recordaban palos retorcidos o montoncitos de barro, y otros habrían resultado invisibles de no ser por un tenue resplandor que proyectaban sobre las piedras. Vio criaturas de rostros estafalarios, rostros peligrosos, rostros curiosos o sin rostro de ninguna clase. En menos de una hora, el silencioso círculo de piedras se había transformado en algo parecido a una fiesta de carnaval.

Cairpré, el greñudo poeta, procuraba responder como mejor sabía a las preguntas de Merlín sobre las extrañas y prodigiosas criaturas que los rodeaban. Aquélla, explicaba, era una gallina de las nieves, que resultaba tan esquiva como un rayo de luna. Y aquél, un glynmador, un ser que sólo come una vez cada seiscientos años, y aun así únicamente las hojas de la flor de tendradil. Algunas criaturas eran irreconocibles incluso para él, pero no para la joven cubierta de hojas, Rhia, que había vivido muchos años en el Bosque de la Druma. No obstante, eran unos cuantos los seres que ni Cairpré ni Rhia lograron identificar.

Eso no era de extrañar. Ningún ser vivo, con la posible excepción de la Gran Elusa, había visto a la totalidad de los variados habitantes de Fincayra. Poco después de que tuviera lugar el Baile de los Gigantes que derrocó al malvado rey Stangmar y destruyó su Castillo Velado, se habían escuchado voces en muchos lugares reclamando convocar un Gran Concilio. Por primera vez desde que se tenía memoria, se invitó a todos los seres mortales residentes en Fincayra, fueran aves, bestias, insectos o algo completamente distinto, a enviar representantes a una reunión.

Casi todas las razas habían respondido. Las pocas ausentes sólo incluían a los tragos guerreros y a los espectros cambiantes, que habían sido empujados a las cuevas de las Colinas Oscuras tras la derrota de Stangmar; los arbóridos, que habían desaparecido de la faz de la tierra ya hacía mucho tiempo; y el pueblo mer, que habitaba en las aguas que rodeaban Fincayra, pero nadie logró encontrarlos a tiempo para hacerles llegar la invitación.

Después de estudiar a la multitud, Cairpré observó tristemente que las grandes águilas de las cañadas, una de las razas más antiguas de Fincayra, tampoco estaban presentes. En la antigüedad, el sobrecogedor grito de un águila de las cañadas siempre señalaba el inicio de un Gran Concilio. Mas no esta vez, pues las fuerzas de Stangmar habían cazado a aquellas orgullosas aves hasta provocar su extinción. Aquel grito, concluyó Cairpré, jamás volvería a resonar entre las colinas de esta tierra.

Merlín divisó a una pálida arpía de mirada despiadada y con la cabeza completamente calva y llena de protuberancias. Se estremeció al reconocerla. Aunque había adoptado muchos nombres a lo largo de las edades, era más conocida como

Domnu, que significa Destino Oscuro. En cuanto detectó su presencia, ella se desvaneció entre la muchedumbre. Cairpré sabía que lo evitaba a él. También sabía por qué.

De pronto, un gran estrépito, más fuerte incluso que el bullicio de los congregados, sacudió el risco. Una de las piedras verticales se tambaleó precariamente. El ruido fue aumentando de volumen, hasta que la piedra se precipitó al suelo y estuvo a punto de aplastar a la cierva y a su cervato. Merlín y Rhia intercambiaron miradas, no de miedo, sino de comprensión. Porque ya habían oído antes las pisadas de los gigantes.

Dos figuras descomunales, cada una alta como el castillo que en un tiempo se irguió en este lugar, entraron a grandes trancos en el círculo. Venían de muy lejos, de las montañas, postergando la reconstrucción de su antigua capital, Varigal, sólo el tiempo necesario para asistir al Gran Concilio. Merlín estiró el cuello, esperando ver a su amigo Shim, pero el antaño pequeño gigante no se hallaba entre los recién llegados. El muchacho suspiró, diciéndose que Shim, probablemente, se habría dormido en la reunión.

El primer gigante, una hembra de cabello enmarañado, unos brillantes ojos verdes y los dientes cariadados, gruñó y se agachó para recoger la piedra caída. Aunque, para moverla, se habría necesitado el esfuerzo máximo de veinte caballos, la giganta la devolvió a su posición anterior sin ninguna dificultad. Mientras tanto, su acompañante, un macho rubicundo con los brazos gruesos como troncos de roble, se puso en jarras y contempló la escena. Tras un largo momento, hizo un gesto de aprobación dirigido a la hembra.

Ella le respondió del mismo modo. A continuación, con otro gruñido, alzó ambas manos como si quisiera retener el curso de las nubes. Al verlo, Cairpré enarcó sus pobladas cejas, desconcertado.

En el cielo apareció un diminuto punto negro que describió una espiral descendente entre las nubes, como si lo hubiera atrapado un invisible remolino. Estaba cada vez más cerca, y todos los seres que componían el círculo mantenían la vista fija en él. La charla había dejado paso al mutismo entre los congregados. Incluso las irresponsables ninfas acuáticas guardaban silencio.

El punto fue aumentando de tamaño a medida que descendía. Pronto fueron visibles unas alas enormes, después una ancha cola, y luego un rayo de sol destelló en un pico ganchudo. Un repentino chillido taladró el aire, arrancando ecos que se perseguían de un risco a otro, hasta que la tierra misma parecía responder a la llamada. La llamada de un águila de las cañadas.

Las poderosas alas estaban extendidas en toda su envergadura como una vela. De improviso, las alas se doblaron hacia atrás, mientras unas enormes garras se extendieron hacia el suelo. Los conejos y los zorros chillaron al verlo, y muchas otras bestias se encogieron de miedo. Con un único y majestuoso aleteo, la gran águila de las cañadas se posó sobre el hombro de la giganta de cabello alborotado.

El Gran Concilio de Fincayra había empezado.

Como primer punto del orden del día, los delegados acordaron que nadie abandonaría la reunión hasta que se hubieran resuelto todas las cuestiones. Además, a petición de los ratones, cada delegado prometió no comerse a nadie en el transcurso de las deliberaciones. Únicamente los zorros plantearon objeciones a esta idea, alegando que sólo la cuestión de qué hacer con el Arpa en Flor ya podía tardar varios días en decidirse. Aun así, la norma fue aprobada. La propia Gran Elusa se ofreció amablemente a garantizar su cumplimiento. Aunque no dijo cómo planeaba hacerlo exactamente, nadie cayó en la tentación de preguntárselo.

En su siguiente acto oficial, la asamblea declaró que el círculo de piedras era un monumento sagrado. Aclarándose la garganta con la sutileza de una avalancha de rocas, la giganta de cabello enmarañado propuso que las ruinas del Castillo Velado recibieran un nuevo nombre: Baile de los Gigantes, o Estonahenjin en la antigua lengua de los gigantes. Los delegados refrendaron el nombre por unanimidad, aunque un pesado silencio sobrecogió al círculo. Porque aunque el Baile de los Gigantes significaba la esperanza de Fincayra en un futuro mejor, era el tipo de esperanza que sólo surge del pesar más hondo.

Con el tiempo, la discusión derivó hacia el destino de Stangmar. El malvado rey había sido derrocado, pero Merlín, su propio hijo, le había perdonado la vida. Aunque el propio Merlín, por ser sólo en parte fincayrano, no tenía voz para exponer sus opiniones ante la asamblea, el poeta Cairpré se ofreció a hablar en su nombre. Tras oír el alegato del joven de que no debían quitarle la vida a su padre, por muy infausta que hubiera sido, el Gran Concilio discutió durante horas. Finalmente, imponiéndose a las serias objeciones de los gigantes y el águila de las cañadas, la asamblea decidió que Stangmar debía ser encarcelado hasta el fin de sus días en una de las cavernas del norte de las Colinas Oscuras, de las que era imposible escapar.

A continuación, se planteó la cuestión de quién gobernaría Fincayra. Las abejas sugirieron que su reina podía regentar todo el mundo, pero esa idea no fue secundada por nadie. Tan reciente era el terror del reinado de Stangmar, que muchos delegados se pronunciaron apasionadamente en contra de tener gobernante alguno. Ni siquiera serviría un parlamento de ciudadanos, argumentaron, pues con el tiempo el poder siempre corrompe. Por su parte, Cairpré denunció que tal razonamiento era insensato. Citó algunos ejemplos de anarquía que había llevado a otros pueblos a la ruina y advirtió de que, sin algún tipo de gobierno, Fincayra caería de nuevo en manos de aquel atroz señor de la guerra del Otro Mundo, Rhita Gawr. Aun así, la mayoría de los delegados desestimaron sus preocupaciones. El Gran Concilio votó por abrumadora mayoría vivir sin dirigentes de ninguna clase.

Entonces llegó el turno de la cuestión más grave de todas. ¿Qué debían hacer con los Tesoros de Fincayra?

Ante la pasmada mirada de los congregados, la Gran Elusa abrió el saco que había traído y sacó el Arpa en Flor. Su caja de resonancia de roble, con incrustaciones

de fresno y motivos florales esculpidos, resplandecía con una luz espectral. Una mariposa verde revoloteó por encima del instrumento y se posó en la cuerda más fina. Con un movimiento de barrido de una enorme pata, la Gran Elusa ahuyentó a la mariposa, haciendo vibrar suavemente la cuerda. Tras una pausa para escuchar, sacó el resto de los Tesoros: la espada Cortafondo, el Invocador de Sueños, el Orbe de Fuego y seis de las Siete Herramientas Mágicas (la séptima se perdió cuando el castillo se derrumbó).

Todos los ojos examinaron los Tesoros. Durante largo rato, nadie se movió. Las propias piedras parecían inclinarse para ver más de cerca. Los delegados sabían que, mucho antes del ascenso de Stangmar, estos renombrados Tesoros pertenecían a todos los fincayranos y se compartían libremente en toda la isla. Pero, de este modo, los Tesoros estaban expuestos al robo, como demostró Stangmar. Una liebre moteada sugirió que cada Tesoro tuviera un guardián, alguien responsable de su custodia, y de que se utilizara con prudencia. Así todos podrían compartir los Tesoros sin riesgos. La mayoría de los representantes se mostraron conformes y propusieron que la Gran Elusa designara a los guardianes.

La gran araña, no obstante, rehusó. Declaró que sólo alguien mucho más sabio que ella podía tomar decisiones tan importantes. Se necesitaba un verdadero mago, alguien como Tuatha, cuyos conocimientos eran tan vastos, se decía, que había encontrado incluso un pasaje secreto que comunicaba con el Otro Mundo, adonde acudía para conferenciar con Dagda, el más grande de los espíritus. Pero Tuatha había muerto hacía años. Al final, tras muchas presiones, la Gran Elusa accedió a vigilar los Tesoros en su caverna de cristal, pero sólo hasta que se encontrara a los guardianes adecuados.

Si bien eso solucionaba temporalmente el problema de los Tesoros, no resolvía la cuestión del Arpa en Flor. El paisaje circundante, arrasado por la Plaga de Rhita Gawr, no presentaba signo alguno de vida, ni siquiera una brizna de hierba verde. Las Colinas Oscuras, en especial, necesitaban ayuda, pues el daño había sido allí más grave que en ningún otro lugar. Sólo la magia del Arpa podía resucitar aquella tierra.

Mas ¿quién debía encargarse de utilizarla? El Arpa no se tocaba desde hacía muchos años, desde que el propio Tuatha la empleó para reparar el bosque destruido por el dragón de las Tierras Perdidas. Aunque ese bosque volvía a la vida progresivamente, Tuatha reconoció entonces que tocar el Arpa le había exigido mucha más habilidad que dormir al enfurecido dragón cantándole una nana mágica. Y advirtió que el Arpa sólo respondería al contacto de alguien que tuviera el corazón de un mago.

El más viejo de los pavos reales fue el primero en intentarlo. Desplegando las plumas de su cola en toda su extensión, se acercó a saltitos hasta el Arpa y bajó la cabeza. Con un rápido movimiento del pico, pinzó una de las cuerdas, que emitió una nota pura vibrante y prolongada. Pero no ocurrió nada más. La magia del Arpa permanecía latente. El pavo real lo intentó de nuevo, sin otro resultado que una única

nota distinta.

Uno por uno, varios delegados más se adelantaron para probar suerte. La hembra de unicornio, con su blanco pelaje resplandeciente, deslizó su cuerno sobre las cuerdas. El resultado fue un arpegio conmovedor, pero nada más. Después, lo intentaron un inmenso oso pardo, un enano cuya barba rebasaba sus rodillas, una fornida mujer humana y una de las ninfas acuáticas, todos sin éxito.

Por fin, una rana de color canelo salió brincando de entre las sombras y pasó junto a los pies de Merlín en dirección a la Gran Elusa. Deteniéndose justo fuera del alcance de la gran araña, la rana dijo con voz áspera:

—Quizá no seas un mago, pero correo rrealmente que tienes corrazón de mago. ¿Quierrres prrrobarrr el Arrrpa?

La Gran Elusa se limitó a negar con la cabeza. Alzando tres de sus patas, señaló a Cairpré.

—¿Yo? —balbuceó el poeta—. ¡No hablarás en serio! Si tengo corazón de mago, entonces tengo cabeza de cerdo. Mi saber es escaso, mi consejo un fracaso. Jamás lograría que el Arpa respondiera. —Se acarició el mentón y se volvió hacia el joven que se hallaba a su lado—. Pero se me ocurre alguien más que quizá sí pueda.

—¿El muchacho? —gruñó escépticamente el oso pardo, mientras el aludido se revolvía con incomodidad.

—No sé si tiene el corazón de un mago —admitió Cairpré mirando de reojo a Merlín—. Dudo que ni siquiera él lo sepa.

El oso descargó un zarpazo contra el suelo.

—Entonces, ¿por qué lo propones?

El poeta estuvo a punto de sonreír.

—Porque creo que posee más de lo que ven los ojos. Después de todo, él destruyó el Castillo Velado. Que haga la prueba con el Arpa.

—Estoy de acuerdo —declaró una delgada lechuza, haciendo restallar el pico—. Es el nieto de Tuatha.

—Y el hijo de Stangmar —rugió el oso—. Aunque consiga despertar la magia, no podemos confiar en él.

La elfa de los bosques saltó al centro del círculo con un grácil movimiento que hizo ondular su cabello castaño como un arroyo. Dedicó una leve inclinación de cabeza a Rhia, quien le devolvió el gesto, y luego se dirigió al grupo con una melodiosa voz:

—No conozco al padre del muchacho, pero me han contado que, en su juventud, jugaba a menudo en el Bosque de la Druma. Y, al igual que el árbol torcido, podía haber crecido alto y recto, no sé si la culpa es suya o de los ancianos que no le ofrecieron su apoyo. Sin embargo, sí conocí a la madre del muchacho. La llamábamos Elen de los Ojos Zafirinos. A mí me curó una vez, cuando me consumía de fiebre. Su contacto era mágico, más de lo que ella misma comprendía. Quizá su hijo posea el mismo don. Digo que le dejemos probar el Arpa.

La aprobación de los congregados se propagó como una ola. El oso dio unos pasos nerviosos, adelante y atrás, rezongando para sí mismo, pero finalmente retiró sus objeciones.

Cuando Merlín se levantó de la columna caída, Rhia le rodeó un brazo con el suyo envuelto en hojas. Él se lo agradeció con la mirada y avanzó lentamente hacia el Arpa. Mientras la recogía con delicadeza, acunando la caja de resonancia en sus manos, los delegados guardaron silencio una vez más. El joven inspiró profundamente, levantó las manos y pulsó una de las cuerdas. Una profunda nota se mantuvo vibrando en el aire durante un largo momento.

Como no percibía que ocurriera nada destacable, Merlín se volvió hacia Rhia y Cairpré con la decepción esculpida en el rostro. El oso pardo gruñó con satisfacción. De repente, el águila de las cañadas, que seguía posada sobre el hombro del gigante, graznó sonoramente. Otros se unieron a su graznido, rugiendo y aullando y pataleando con entusiasmo. Porque allí, enroscada sobre la puntera de una bota de Merlín, había una solitaria brizna de hierba verde como un retoño empapado por la lluvia. El joven sonrió y volvió a tocar la cuerda, haciendo brotar nuevas briznas de hierba.

Cuando el tumulto se calmó por fin, Cairpré se acercó a Merlín con sus largas zancadas y le cogió las manos.

—Bien hecho, hijo mío, bien hecho. —Hizo una pausa—. Reparar la tierra es una gran responsabilidad, ¿sabes?

Merlín tragó saliva.

—Lo sé.

—Una vez iniciada tu labor, no debes detenerte ni para descansar hasta que termines. Incluso ahora, las fuerzas de Rhita Gawr están urdiendo planes para desencadenar una nueva ofensiva. ¡De eso puedes estar seguro! Las Colinas Oscuras, donde permanecen ocultas muchas de esas fuerzas, en cuevas y grietas profundas, son las tierras más asoladas por la Plaga..., y también las más vulnerables a un posible ataque. Nuestra mejor defensa es restaurar cuanto antes las Colinas para que las criaturas pacíficas puedan volver a morar en ellas. Eso desanimará a los invasores y garantizará, además, que el resto de Fincayra reciba un pronto aviso en caso de agresión.

Hizo una pausa y dio una palmadita al instrumento de roble.

—Por eso debes empezar en las Colinas Oscuras y quedarte allí hasta completar la tarea. Deja para más adelante el Llano Herrumbroso y las demás tierras que ansían volver a la vida. Las Colinas Oscuras deben sanar antes de que Rhita Gawr regrese o habremos perdido nuestra única oportunidad.

Se mordisqueó el labio pensativamente.

—Y una cosa más, hijo mío. Cuando regrese, Rhita Gawr te buscará para demostrarte su gratitud por la cantidad de problemas que le has causado. De modo que evita hacer nada que pueda llamar su atención. Límitate a tu trabajo: reparar las

Colinas Oscuras.

—Pero ¿y si, cuando me aleje de aquí, no consigo que el Arpa funcione?

—Si el Arpa no responde a tu contacto, lo comprenderemos. Pero recuerda: si logras que funcione, pero te desentendes de tu misión, nunca te perdonaremos.

Merlín asintió lentamente. Ante la mirada atenta de los delegados, empezó a pasar el brazo por la correa de cuero del instrumento mágico para cargárselo al hombro.

—¡Aguarda!

Era la voz de la arpía, Domnu. Adelantándose hacia el muchacho, lo miró con los ojos desmesuradamente abiertos, lo que creaba oleadas de arrugas en su desnudo cuero cabelludo. A continuación, alzó un brazo y señaló al joven con un nudoso dedo.

—El niño medio humano no puede usar el Arpa. ¡Debe abandonar la isla! Porque si se queda, Fincayra está condenada.

Casi todo el mundo se encogió al oír sus palabras, y nadie más violentamente que el propio Merlín. Tenían un extraño poder que penetraba más hondo que cualquier espada.

Domnu agitó el dedo.

—Si no se marcha, y pronto, todos pereceremos. —Una fría racha de viento barrió el círculo, haciendo estremecerse incluso a los gigantes—. ¿Ya habéis olvidado la prohibición, impuesta por el propio Dagda, de que nadie de sangre humana puede permanecer mucho tiempo en esta isla? ¿Habéis olvidado que, además, este muchacho nació aquí, desafiando una prohibición aún más antigua? Si le permitís usar el Arpa, sin duda reclamará que Fincayra es su hogar por derecho propio. Probablemente, no tiene intención de regresar al mundo del otro lado de la bruma. Este crío podría atraer sobre nosotros la ira de Dagda. O peor aún —añadió con una torva mirada—, podría ser un instrumento de Rhita Gawr, como lo fue su padre antes que él.

—¡No lo soy! —objetó Merlín—. Sólo quieres que me expulsen para no tener que devolverme el Galator.

Los ojos de Domnu llamearon.

—¿Lo veis? Habla ante el Gran Concilio como si fuera realmente uno de nosotros. No siente el menor respeto por las leyes de Fincayra, del mismo modo que no siente respeto por la verdad. Cuanto antes lo desterremos, mejor.

Muchas cabezas asintieron entre la multitud, cautivadas por el hechizo de las palabras de la bruja. Merlín fue a hablar de nuevo, pero alguien se le adelantó.

Era Rhia. Con los ojos grisazulados brillando, se encaró con la bruja calva.

—No te creo. Así de simple. —Tras una profunda inspiración, añadió—: ¿Y no eres tú quien ha olvidado algo? ¡Esa profecía, esa antiquísima profecía, que afirma que sólo un joven de sangre humana puede derrotar a Rhita Gawr y a sus servidores! ¿Y si se refería a Merlín? ¿Seguirías insistiendo para que lo expulsáramos?

Domnu abrió la boca, mostrando sus dientes ennegrecidos, pero luego la cerró firmemente.

—La joooven diiice la verdaaad —tronó la profunda voz de la Gran Elusa. Apuntalando su inmensa mole sobre sus ocho patas, escrutó atentamente a Domnu—. El muchaaa-cho deeebe quedaaarse.

Como si el hechizo se hubiera roto, los delegados de todas las especies patalearon, gruñeron o aplaudieron para mostrar su aprobación. Al verlo, Domnu compuso una fea mueca.

—Os lo he advertido —gruñó la arpía—. Ese muchacho nos traerá la ruina a todos.

Cairpré sacudió la cabeza.

—El tiempo lo dirá.

Domnu lo fulminó con la mirada. Después, dio media vuelta y desapareció entre la muchedumbre..., pero no sin antes lanzar una última ojeada a Merlín, quien sintió que su estómago se contraía.

Rhia se volvió hacia Cairpré.

—¿No vas a ayudarle a cargarla?

El poeta se echó a reír, y sus espasmos zarandearon su alborotada melena.

—Naturalmente. —Levantó la correa de cuero del Arpa por encima de la cabeza de Merlín y le colgó el instrumento en bandolera—. Ya sabes que es una gran responsabilidad, hijo mío. Todos dependemos de ti. ¡Pero incluso así puede ser divertido! Con cada sonido de esas cuerdas, puedes hacer que florezca un nuevo campo.

Hizo una pausa y observó pensativamente a Merlín. Bajando la voz, añadió:

—Y quizá puedas curarte a ti mismo, mientras curas la tierra.

Un rugido de satisfacción retumbó en el círculo sagrado. Después, el Gran Concilio de Fincayra se disolvió.



PRIMERA PARTE

AL RESCATE



Al llegar a la cima del promontorio, me ceñí mejor el Arpa en Flor que colgaba de mi hombro. Los primeros rayos del amanecer pintaban el cielo a franjas y teñían las nubes de escarlata y carmesí. La luz de color rubí lamía las colinas más alejadas, inflamando los escasos árboles languiruchos que se erguían como cabellos olvidados en el horizonte. No obstante, a pesar del flamígero aspecto de los árboles, las propias colinas seguían siendo oscuras, del mismo color que las quebradizas briznas de hierba que mis botas de piel iban aplastando: el color de la sangre seca.

Aun así, mientras mis pies crujían sobre la reseca ladera de la colina, empecé a sonreír. Apenas reparaba en el gélido viento que atravesaba mi túnica parda y me laceraba las mejillas, animado como estaba por mi misión. La misión que me ocupaba desde hacía ya más de tres semanas. La misión de resucitar la tierra.

Al igual que el gran mago Tuatha, el padre de mi padre, muchos años antes, yo había paseado el Arpa por los restos de campos y bosques. Y como el propio Tuatha, había animado a esas tierras a volver a la vida..., con sorprendente facilidad, debo añadir. El Arpa respondía mejor cada día. Casi parecía ansiosa por hacer lo que yo deseaba. Como si me estuviera esperando desde la época de Tuatha.

Sin lugar a dudas, incluso en mitad de mi éxito, comprendí que yo no era un mago. Sólo conocía los rudimentos más básicos de la magia. No habría durado ni un solo día como aprendiz de alguien como Tuatha. Y sin embargo... Yo era algo. Había salvado a mi amiga Rhia de una muerte segura a manos de Stangmar. Había derruido el castillo entero. Además de estropear los planes de su amo, Rhita Gawr. Parecía lógico que el Gran Concilio me hubiera confiado el Arpa a mí. Y que el Arpa obedeciera mi voluntad.

Cuando me acercaba a un afloramiento rocoso sumido en la sombra, advertí que al pie discurría un arroyo seco. Era evidente que el cauce no había visto ni una gota de agua en años. El escaso suelo que no había sido arrastrado por el viento estaba

agrietado y agostado como un cadáver deshidratado por el sol. Excepto por un solitario y tortuoso árbol al que sólo le quedaba una tira de corteza en el tronco y ni una sola hoja en las ramas, nada vivía en este lugar. Ni plantas, ni insectos, ni animales de ninguna otra especie.

Sonriendo confiadamente, acaricié la nudosa empuñadura de mi cayado, palpando las profundas ranuras de la madera y aspirando el penetrante aroma del marjoleto. Lo deposité en el suelo. A continuación, me descolgué del hombro la correa de cuero del Arpa, con cuidado para que no se enredara con el cordón de la talega de hierbas que mi madre me había entregado en los últimos momentos que pasamos juntos. Sosteniendo el Arpa con la mano izquierda, observé sus intrincados motivos florales tallados, sus incrustaciones de fresno, sus aberturas acústicas meticulosamente separadas. Las cuerdas, hechas de tripa de cabra, relucían tenuemente a la luz de la incipiente mañana. Y el cuello, la pieza que unía la caja de resonancia a la columna, se curvaba grácilmente como el ala de un cisne. Algún día, me prometí, aprendería a construir un arpa como ésta.

Soportando otra fría ráfaga de viento, pasé los dedos por las cuerdas. Brotó un repentino acorde, una acompañada música mágica que aligeró mi corazón como nada que yo hubiera oído desde que mi madre cantaba para mí, hacía ya tanto tiempo. Aunque ahora cargaba con el Arpa por estas colinas, no me había cansado ni por un momento de su resonante tañido. Sabía que jamás me cansaría.

Una pequeña mata de helechos brotó del suelo y empezó a desplegarse. Volví a tocar las cuerdas.

En un abrir y cerrar de ojos, toda la ladera bullía de vida.

Las briznas quebradizas se convirtieron en verdes y flexibles hojas de hierba. Un riachuelo empezó a descender por la hondonada, empapando el sediento cauce. Unas florecillas azules salpicadas de gotas de rocío aparecieron a lo largo de sus orillas. Una nueva fragancia inundó el aire, algo parecido a una mezcla de lavándula, tomillo y cedro.

Me embebí en aquella melodía de aromas, sin dejar de escuchar la melodía del Arpa que seguía vibrando en el aire. Después, mi sonrisa se desvaneció al recordar las fragancias del surtido de hierbas de mi madre. ¡Cuánto tiempo había transcurrido desde que las olí por última vez! Desde antes de que yo naciera, Elen de los Ojos Zafirinos se había rodeado de pétalos secos, semillas, hojas, raíces, fragmentos de corteza y cualquier otra cosa que pudiera servirle para curar las heridas de los demás. En ocasiones, sin embargo, yo sospechaba que mi madre llenaba su vida con esas cosas porque disfrutaba con los aromas. Yo también, excepto el de eneldo, que siempre me hacía estornudar.

Con todo, mucho más que de las fragancias que ella atesoraba, yo disfrutaba con la compañía de mi madre. Siempre procuraba hacerme sentir a gusto y a salvo, incluso cuando el mundo le ponía obstáculos insalvables, lo que ocurría con demasiada frecuencia. Cuidó de mí durante todos aquellos brutales años en Gwynedd,

que algunos llaman Gales, sin esperar siquiera que le diese las gracias. Incluso cuando se distanció de todo el mundo con la esperanza de protegerme de mi pasado, incluso cuando casi me ahogaba de rabia por su negativa a responder a mis preguntas sobre mi padre, incluso cuando le hacía daño a causa de mi miedo y mi confusión, negándome a llamarla por el nombre que ella más quería oír..., incluso entonces la quería.

Y ahora que por fin comprendía lo que mi madre había hecho por mí, no podía agradecerse. Estaba lejos, muy lejos, al otro lado de la bruma, al otro lado del océano, al otro lado de la escarpada costa de Gwynedd. No podía tocarla. No podía llamarla como ella quería: madre.

Un zarapito gorjeó desde la rama del árbol, obligándome a regresar al presente. ¡Qué canción tan genuinamente alegre! Pulsé una vez más las cuerdas del Arpa.

Ante mis ojos, el árbol entero cobró nueva vida. Se formaron nuevos brotes, brotaron hojas y unas mariposas de vistosas alas volaron hasta posarse en las ramas. Una suave corteza gris fue recubriendo todo el tronco y las ramas. Las raíces se hincharon, alcanzaron la orilla del arroyo y descendieron por la ladera sorteando obstáculos.

Un abedul. Sonreí al ver sus robustas ramas extendiéndose hacia el cielo. La brisa mecía sus hojas plateadas. La visión de un abedul siempre me había despertado una sensación de paz, de callada fortaleza. Y yo había salvado a éste. Le había devuelto la vida. Como había hecho con toda esta colina, como con tantas otras antes. Sentí la emoción de mi propio poder. El Gran Concilio había elegido bien. Tal vez, yo tenía, en efecto, el corazón de un mago.

Entonces advertí mi propio reflejo en un charco que se había formado debajo de las raíces del árbol más próximas a la orilla. Frenado en seco por mis mejillas cubiertas de cicatrices y mis invidentes ojos negros, dejé de sonreír. ¿Cómo había descrito Rhia mis ojos la primera vez que me vio? Como un par de estrellas ocultas por nubes. Deseé ver otra vez con mis ojos, con mis propios ojos.

Percibir con mi segunda visión era, naturalmente, mejor que estar ciego. Jamás olvidaría el milagroso momento en el que descubrí que podía ver realmente sin ojos. Pero esta segunda visión no podía sustituir a una visión real. Los colores eran desvaídos, los detalles borrosos, la oscuridad más agobiante. ¡Lo que hubiera dado por recuperar mis ojos! Por quemados e inútiles que estuvieran ahora, siempre sabía que estaban allí. Me recordaban constantemente todo lo que había perdido.

¡Y había perdido muchísimo! Sólo tenía trece años y ya había perdido a mi madre, a mi padre y todos los hogares que había conocido, además de mis ojos. Casi podía oír a mi madre, tratando de animarme a su modo, preguntarme si también había obtenido algo. Pero ¿qué? El valor para vivir solo, quizá. Y la capacidad de salvar todas las tierras de Fincayra asoladas por la Plaga.

Me volví hacia el abedul. Ya había restaurado una buena parte de las Colinas Oscuras, una franja que se extendía desde las ruinas de Castillo Velado, ahora un

círculo de piedras sagradas, casi hasta los confines septentrionales de las Marismas Encantadas. En el transcurso de las próximas semanas devolvería la vida al resto. Después, podría hacer lo mismo con el Llano Herrumbroso. Aunque contenía más misterios de lo que le convenía, Fincayra no era una isla muy extensa.

Tras depositar el Arpa en el suelo, me acerqué al abedul. Apoyé las manos sobre su lisa corteza plateada, con los dedos bien separados, y sentí el flujo de la vida a través del imponente tronco. Acto seguido, frunciendo los labios, emití un grave y susurrante silbido. El árbol se estremeció como si se liberara de unas cadenas invisibles. Sus ramas temblaron, emitiendo un sonido susurrante muy parecido al mío.

Asentí, complacido por mi habilidad. Volví a silbar. El árbol me respondió de nuevo. Sin embargo, esta vez hizo algo más que estremecerse. Porque yo le había dado una orden.

Dóblate. Dóblate hasta el suelo. Quería sentarme en las ramas más altas. Después, le ordenaría que se irguiera otra vez y me elevara hacia el cielo. Hasta donde podía recordar, me encantaba trepar a las copas de los árboles. Pero siempre tenía que encaramarme por mí mismo..., hasta hoy.

Vacilante, con una considerable cantidad de crujidos y rechinos, el gran abedul empezó a doblarse. Una sección de corteza se rajó y se desprendió del tronco. Estiré el cuello para ver mejor el descenso de las ramas altas. Mientras el árbol se inclinaba ante mí, decidí dónde me sentaría, en una horquilla no muy alejada de las ramas más altas.

De pronto, oí otro ruido silbante. El árbol dejó de doblarse y empezó a enderezarse. Enojado, repetí mi orden. El abedul se detuvo y luego empezó a inclinarse otra vez hacia mí.

Un nuevo silbido susurrante se propagó por el aire. El árbol dejó de doblarse y empezó a enderezarse.

Sentí las mejillas encendidas. ¿Cómo era posible? Clavé los dedos en el tronco, dispuesto a intentarlo de nuevo, cuando una cristalina risa llegó a mis oídos. Me volví en redondo y vi a una muchacha cubierta de hojas con los ojos grisazulados y una mata de cabello castaño ensortijado. Unas relucientes enredaderas envolvían todo su cuerpo como si ella misma fuera un árbol. Me observaba, sin dejar de reírse, con las manos en su cinturón de hierbas trenzadas.

—¡Rhia! Debí imaginarlo.

Ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿Tan pronto te cansas de hablar «abedulés»? Ya vuelves a hablar como un celta.

—Seguiría hablando con el abedul si no nos hubieras interrumpido.

Rhia sacudió sus rizos castaños con hojas enredadas.

—No quería impedir que hablaras. Sólo esa orden.

Irritado, levanté la vista hacia la copa del árbol, que ahora volvía a estar

perfectamente recto y sus hojas plateadas se mecían al viento.

—Déjame, ¿quieres?

Los rizos se agitaron de nuevo.

—Necesitas un guía. De lo contrario, podrías perderte. —Miró el abedul con preocupación—. O intentar alguna tontería.

Le dediqué una mueca de contrariedad.

—¡Tú no serás mi guía! Yo te invité a que me acompañaras, ¿recuerdas? Y cuando lo hice, no creí que interferirías.

—Y cuando yo empecé a enseñarte el idioma de los árboles, no creí que tratarías de hacerles daño.

—¿Hacerles daño? ¿Acaso no ves lo que intento?

—Sí. Y no me gusta. —Dio un enérgico pisotón en el suelo, aplastando la hierba bajo su pie—. Es peligroso, y muy poco respetuoso, obligar a un árbol a doblarse así. Podría hacerse mucho daño. O incluso morir. Si quieres sentarte sobre un árbol, sube tú solo.

—Sé lo que hago.

—¡Entonces no has aprendido nada en estas últimas tres semanas! ¿No recuerdas la primera regla para hablar con los árboles? Escucha antes de hablar.

—Fíjate bien. Te enseñaré cuánto he aprendido.

Ella se plantó ante mí y me apretó el codo con su fuerte mano.

—A veces me recuerdas a un niño pequeño. Tan seguro de ti mismo con tan pocos motivos.

—Vete —barboté—. ¡Yo he salvado este árbol! ¡Lo he devuelto a la vida! Puedo hacer que se incline, si lo deseo.

Rhia frunció el ceño.

—No, Merlín. Tú no has salvado el árbol. —Me soltó el brazo y señaló el instrumento olvidado en el suelo—. Lo ha salvado el Arpa en Flor. Tú sólo eres el encargado de tocarla.

UN RECIBIMIENTO MERECIDO



or qué ya no son dulces?

Me recosté sobre la blanda y fragante hierba del prado, que descendía en una suave pendiente, con cuidado para no golpearme la cabeza contra el Arpa. Aun sin poder recurrir a mis ojos, mi segunda visión distinguió fácilmente las rollizas moras rosadas que Rhia tenía en la mano. Sabía que su pregunta se refería a las moras, que no eran bastante dulces para su gusto. Pero en los días transcurridos desde nuestra discusión al pie del abedul, yo mismo me había hecho esa pregunta a menudo... refiriéndome a nuestra amistad.

Aunque Rhia aparecía y desaparecía en momentos impredecibles, nunca me dejaba solo demasiado tiempo. Seguía acompañándome por los riscos y valles, a ratos en silencio, a ratos cantando. Seguía acampando en las proximidades y tomábamos juntos casi todas las comidas. Incluso continuaba considerándose mi guía, pese a que era perfectamente obvio que yo no necesitaba ningún guía.

Sin embargo, aunque su presencia era casi constante, ahora nos separaba un muro invisible. En cierto sentido, aún viajábamos juntos, pero en realidad íbamos cada cual por su lado. Simplemente, ella no lo entendía. Y eso continuaba molestándome. Ni siquiera podía explicarle la emoción de devolver la vida a la tierra, de volver a contemplarla verde de brotes y promesas. Cada vez que lo intentaba, me venía con una de sus conferencias sobre el Arpa en Flor. O, peor aún, con una de sus miradas que parecían traspasarme de parte a parte, como si supiera todo lo que yo pensaba y sentía, sin necesidad de preguntármelo. ¿Con todo lo que había hecho por ella! ¿Eran todas las chicas tan exasperantemente difíciles como ésta?

Señalé la zarza de enmarañados sarmientos repletos de moras rosa.

—Si no te gustan, ¿por qué sigues comiendo?

Me respondió sin dejar de arrancar moras de la zarza.

—Alguna tiene que salir dulce. Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros con despreocupación, al tiempo que se embutía un puñado en la boca.

—Mmmpf. Simplemente lo sé.

—¿Te lo ha dicho alguien?

—Una vocecita de mi interior. Una voz que entiende a las moras.

—¡Sé razonable, Rhia! Las de esta zarza aún no están maduras. Saldrías ganando si esperarás a encontrar otra.

Se desentendió de mí y siguió masticando.

Arranqué un manojito de hierba y lo arrojé ladera abajo.

—¿Y si comes tantas moras verdes que luego no te queda sitio para las dulces?

Se giró, con los carrillos tan repletos de moras como lo estarían de avellanas los de una ardilla en pleno banquete.

—Mmmpf —exclamó después de tragar—. En ese caso, supongo que hoy sería un día de moras amargas, no de dulces. Pero esa vocecita me dice que aquí las hay dulces. Es cuestión de confiar en las moras.

—¡Confiar en las moras! ¿Qué diablos quieres decir?

—Justo lo que he dicho. A veces es mejor tratar la vida como si bajaras flotando por un gran río. Escuchar el agua y dejar que te guíe, en lugar de intentar cambiar el curso del río.

—¿Qué tienen que ver las moras y los ríos?

Sus rizos castaños rebotaron cuando meneó la cabeza.

—Me pregunto... ¿Todos los chicos son tan difíciles como tú?

—¡Hasta aquí podíamos llegar! —Me puse en pie como impulsado por un resorte y me cargué al hombro el Arpa en Flor, no sin antes encogerme de dolor por la vieja punzada que notaba casi constantemente entre las paletillas. Empecé a atravesar el prado, dejando un rastro de hoyos minúsculos en el suelo con mi cayado. Al reparar, a mi izquierda, en un marjoleto revivido, pero aún lánguido, me llevé una mano a la espalda y pincé una cuerda del Arpa. El marjoleto se enderezó en el acto y le brotaron flores rosa y blancas.

Miré a Rhia, esperando que, por lo menos, me dirigiera una alabanza, aunque fuera desapasionada. Pero parecía totalmente absorta toqueteando los sarmientos de la zarzamora. Me giré hacia la colina del color de la herrumbre que se erguía al final del prado y me dirigí a ella a paso vivo. La cima de la colina estaba cubierta de promontorios rocosos sumidos en sombras, de los que podían esconder cuevas de tragos guerreros. Yo había visto muchos lugares parecidos en mis viajes por las Colinas Oscuras, pero hasta ahora no había encontrado huellas de tragos. Quizá la desazón de Cairpré no estaba justificada, después de todo.

Me detuve en seco. Reconocí un par de afilados promontorios que afluaban en la cima y jugueteé con mi cayado, haciéndolo rodar en mi mano, mientras daba vueltas también a una idea nueva. Torcí hacia el oeste, cuesta abajo.

Rhia me llamó a gritos. Apoyé el cayado en el suelo y me volví en su dirección.

—¿Sí?

Agitó una mano manchada de jugo de moras, señalando la colina.

—¿No vas en la dirección equivocada?

—No. Quiero ver a unos amigos.

Frunció el entrecejo.

—Y tu misión, ¿qué? Se supone que no debías descansar hasta acabar en las Colinas Oscuras.

—¡No voy a descansar! —Di un pisotón en la densa hierba del suelo—. Pero nadie ha dicho que no pueda ver a mis amigos por el camino. En especial a unos que quizá valoren realmente lo que estoy haciendo.

Incluso con mi limitada visión, advertí que las mejillas de Rhia se volvían del color de la grana.

—Mis amigos tienen un jardín —le expliqué—. Lo haré crecer como nunca antes.

Rhia me miró a través de los párpados entrecerrados.

—Si son amigos de verdad, serán sinceros contigo y te dirán que vuelvas a acabar tu trabajo.

Proseguí mi camino. Un riguroso viento se estrelló contra mi rostro, arrancando lágrimas de mis ojos ciegos. Pero seguí descendiendo obstinadamente por la ladera, con los pliegues de mi túnica azotando mis piernas. «Si son amigos de verdad, serán sinceros». Las palabras de Rhia resonaban en mi mente. ¿Qué era un amigo de verdad? No hacía tanto tiempo, yo creía que Rhia lo era. Y ahora parecía más bien una espina en el costado. ¡No necesitar amigos! Quizá fuera ésa la respuesta. No se podía contar con los amigos, eran demasiado exigentes.

Me mordí el labio. Los buenos amigos serían diferentes, por supuesto. Alguien como mi madre: totalmente fiel y siempre un apoyo. Pero ella era única en su especie. No había nadie como ella en Fincayra. Y sin embargo... quizá, con el tiempo suficiente, acabaría sintiendo lo mismo por otras personas. Como la pareja de ancianos que iba a ver, T'eilean y Garlatha. Con un solo arpegio de mi instrumento mágico, enriquecería su jardín y nuestra amistad.

El viento se aplacó unos instantes. Mientras me secaba los ojos con la manga, oí detrás de mí las suaves pisadas de Rhia sobre la hierba. A pesar de mi frustración con ella, me sentí un tanto aliviado. No porque necesitara su compañía, naturalmente. Sólo quería que viera el agradecimiento y la admiración que pronto me tributarían unos amigos de verdad.

Me di la vuelta para encararme con ella.

—Así que has decidido acompañarme.

Negó con la cabeza melancólicamente.

—Aún necesitas un guía.

—No voy a perderme, si eso es lo que insinúas.

Se limitó a fruncir el ceño.

Sin añadir una palabra más, seguí bajando por la colina, hundiendo los talones en

la mullida hierba. Rhia se mantenía cerca, silenciosa como una sombra. Cuando alcanzamos el llano, el viento restante se extinguió. La niebla impregnaba el aire de una forma bochornosa, en tanto que el sol nos asaba vivos. Ahora, cuando me secaba los ojos, era porque me escocían a causa del sudor.

Toda una larga tarde viajamos en silencio. Con frecuencia, cuando los campos volvían a estar reseco y cuarteado bajo nuestros pies, yo tocaba un rato para dejar a nuestro paso una estela de hierba lozana, arroyos cantarines y toda clase de vida renovada. Sin embargo, aunque el sol seguía caldeándonos las espaldas, no hacía lo propio con nuestro frío trato.

Por fin divisé una colina familiar, hendida por una profunda fisura. En el interior, como si fuera una prolongación de las rocas y del suelo de la colina, se erguía una choza de piedra gris. Estaba circundada por un muro desmoronado y rodeada de escuálidos árboles frutales y plantas rastreras. En realidad, no tenía mucho aspecto de jardín. Con todo, en la época anterior a la caída del Castillo Velado parecería un auténtico oasis en medio del Llano Herrumbroso.

¡Qué sorpresa se llevarían mis viejos amigos T'eilean y Garlatha cuando yo llevara infinita riqueza a su empobrecido jardín! Se quedarían sin palabras de agradecimiento. Tal vez, incluso Rhia se quedaría impresionada, por fin. Al otro lado del muro, a la sombra de unas ramas frondosas, distinguí dos cabezas blancas: T'eilean y Garlatha. Arrodillados codo con codo junto a un plantel de flores de un vivo color amarillo, meneaban lentamente la cabeza de arriba abajo, al compás de una música que sólo ellos oían.

Sonreí, pensando en el prodigioso regalo que les traía. La última vez que los vi, de camino al Castillo Velado, yo no era más que un mozalbete andrajoso que apenas tenía una débil esperanza de sobrevivir un día más. No esperaban volver a verme jamás. Yo tampoco esperaba regresar. Aceleré el paso, al igual que Rhia.

Antes de que llegáramos a veinte pasos del ruinoso muro, las dos cabezas se alzaron al unísono, como liebres tempraneras en un prado. T'eilean fue el primero en incorporarse. Le ofreció una arrugada manzana a Garlatha, pero ella la rechazó de un manotazo y se levantó sin ayuda. Nos observaron mientras nos aproximábamos, T'eilean atusándose el díscolo bigote, Garlatha haciéndose sombra con la mano sobre los ojos. Pasé por encima del muro, seguido por Rhia. Aun con el peso del Arpa sobre mi hombro, me erguí cuanto pude.

Las arrugas del rostro de Garlatha se multiplicaron con una amable sonrisa.

—Has vuelto.

—Sí —repliqué, volviéndome para que vieran el Arpa—. Y os he traído algo.

T'eilean frunció el entrecejo.

—Querrás decir que has traído a alguien.

Rhia dio un paso al frente. Sus ojos grisazulados brillaban al contemplar a los dos ancianos jardineros frente a su sencilla choza. Sin esperar a las presentaciones, inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Me llamo Rhia.

—Y yo, T'eilean. Ésta es mi esposa, Garlatha; tiene sesenta y siete años.

La mujer de cabello blanco lo miró coléricamente y le lanzó un puntapié a la espinilla, pero falló por muy poco.

—Sesenta y ocho, viejo chocho.

—Perdona, patito mío. Sesenta y ocho. —Retrocedió un paso antes de añadir—: Siempre tiene razón, ¿veis?

Garlatha lanzó un bufido.

—Alégrate de tener invitados, o te perseguiré con mi azadón.

Su marido miró de reojo la herramienta medio enterrada en el plantel y agitó una mano como si fuera un cachorro de oso juguetón.

—Tienes razón otra vez. Sin algún invitado ocasional que me protegiera, dudo que hubiera vivido tanto tiempo.

Rhia contuvo una carcajada.

Dulcificando su expresión, Garlatha cogió la mano de T'eilean. Permanecieron juntos un tranquilo momento, grises como las piedras de su choza. Las hojas susurraban trémulas a su alrededor, como rindiendo homenaje a las devotas manos que habían cuidado este jardín durante tantos años.

—Me recordáis a dos árboles —comentó Rhia—. Unos árboles que han compartido el mismo suelo durante tanto tiempo que han crecido unidos. Raíces incluidas.

Garlatha contemplaba a su marido con ojos chispeantes.

Decidí intentarlo de nuevo.

—Hablando de cosas que crecen, os he traído...

—¡Sí! —exclamó el anciano, interrumpiéndome otra vez—. Has traído a tu amiga Rhia. —Se inclinó ligeramente ante ella—. Te damos la bienvenida, tanto como al sol de la mañana.

Garlatha tironeó de la manga de mi túnica.

—¿Y qué es de tu amigo, con el que viniste la otra vez, el que tenía la nariz más grande que una patata?

—Shim está bien —respondí con acritud—. Y ahora...

—Aunque su nariz —me cortó Rhia— es ahora mayor que nunca.

Garlatha enarcó una ceja.

—Aquél parecía un pozo de sorpresas.

Me aclaré la garganta y declaré en tono teatral:

—Y ahora tengo una magnífica sorpresa para vosotros dos...

Pero antes de que hubiera acabado la frase, la anciana estaba hablando de nuevo con Rhia.

—¿Eres del Bosque de la Druma? Tu atuendo está tejido como el de los elfos de los bosques.

—La Druma es mi hogar y ha sido toda mi vida.

Garlatha se arrimó a la joven.

—¿Es verdad lo que he oído? ¿Que el más raro de los árboles, en cada una de cuyas ramas crece un fruto distinto, todavía puede encontrarse allí?

Rhia le sonrió, feliz.

—Lo que has oído es verdad. Allí vive, en efecto, el árbol shomorra. Incluso podría decirse que es mi huerto.

—¡Menudo huerto tienes, niña! ¡Menudo huerto tienes!

Mi frustración crecía por momentos; aporreé el suelo con mi cayado.

—Tengo un obsequio con el que agradecer este mismísimo jardín.

Ninguno de los ancianos pareció haberme oído, ya que siguieron preguntándole a Rhia cosas acerca del Bosque de la Druma. Parecían más interesados en ella que en mí. ¡Y era yo quien les traía algo muy valioso!

Por fin, T'eilean alargó un musculoso brazo hasta un fruto en forma de espiral que se balanceaba de una rama baja y lo arrancó con un hábil movimiento de torsión. El color malva del fruto resplandecía en su palma.

—Un larkon —anunció—. El obsequio más adorable de la tierra de nuestro humilde hogar. —Me estudió con calma—. Recuerdo que te gustaba su sabor.

«Por fin», pensé. Pero en el momento en que tendía la mano para coger el fruto, T'eilean se volvió bruscamente y se lo entregó a Rhia.

—Por eso estoy seguro de que a tu amiga le gustará tanto como a ti.

Mientras la veía coger el fruto, mis mejillas ardían. Pero antes de que pudiera decir nada, el anciano arrancó otro fruto en espiral y me lo ofreció.

—Es un honor para nosotros que hayas vuelto.

—¿Un honor? —pregunté, con voz teñida por la incredulidad. Tuve la tentación de añadir algo más, pero me reprimí.

T'eilean y Garlatha intercambiaron una mirada, antes de observarme atentamente.

—Hijo mío, darte la bienvenida como huésped de nuestra casa es el mayor honor que podemos recibir. Es lo que hicimos la última vez y lo que hacemos ahora.

—Pero ahora, T'eilean, traigo el Arpa en Flor.

—Sí, sí, eso ya lo he visto. —Las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo, y por primera vez su rostro reflejó el peso de sus cuantiosos años—. Querido hijo, el Arpa en Flor es el más prodigioso de los Tesoros, agraciado con la misma magia que las semillas. Sin embargo, en nuestra casa no recibimos a los invitados por lo que lleven a la espalda. Les damos la bienvenida por lo que traen consigo.

¡Acertijos! Procedentes de alguien a quien consideraba mi amigo. Con expresión hosca, me aparté de la cara un mechón de pelo rebelde.

T'eilean respiró a pleno pulmón antes de continuar.

—Como anfitriones, os debemos nuestra hospitalidad. Además de nuestra sinceridad. Si el peso del Arpa recae sobre tu espalda, también el peso mucho mayor de reparar nuestras tierras antes de que sea demasiado tarde. Mucho es lo que depende de ti, hijo mío. Sin duda, desperdicias un tiempo precioso en visitar a gente

sencilla como nosotros.

Apreté las mandíbulas con fuerza.

—Perdóname, pero sólo intento ser sincero —añadió el anciano.

—Espera, Merlín —protestó Rhia.

No oí el resto de sus palabras, puesto que ya había saltado por encima del muro de piedra. En solitario, recorrí la planicie, con las cuerdas del Arpa rozando mi espalda.

UN VIENTO CÁLIDO



in otra cosa que las estrellas para cubrirme, pasé esa noche acurrucado en una hondonada, a la orilla de un arroyo. Unas cañas húmedas de rocío me sirvieron de almohada. Con una mano podía tocar el agua que se precipitaba por los escalones de piedra tapizados de musgo verde. Con la otra, palpaba el Arpa en Flor y mi cayado, apoyado en las cañas.

Debía alegrarme de estar solo. Libre de lo que el mundo llama amigos. Pero acariciar las mágicas cuerdas en este lugar, dando vida a este arroyo, no me había aportado dicha alguna. Ni contemplar las cañas y musgos brotar del cuarteado suelo. Ni siquiera identificar a Pegaso en el cielo de medianoche, aunque hacía tiempo que era mi constelación preferida, desde la noche en que mi madre me la mostró por primera vez.

Esta noche, durmiendo a intervalos irregulares, no cabalgué a lomos del alado Pegaso, como tantas otras veces en mis sueños. En su lugar, me encontré en un sueño distinto. Me hallaba sentado en una piedra escarlata, viendo acercarse a mi madre. Por alguna razón, mis ojos habían sanado. Veía de nuevo. ¡Veía de verdad! La luz del sol refulgía en su cabello dorado y una clase de luz diferente se reflejaba caprichosamente en sus ojos de color azul intenso. Incluso pude ver el minúsculo brote de marjoleto que sostenía en la mano.

De pronto, para mi horror, descubrí que mis dientes incisivos crecían mucho, desmesuradamente. Se fueron alargando, curvándose sobre sí mismos como los colmillos de un jabalí.

¡Aquellas puntas semejantes a dagas apuntaban directamente a mis ojos! Mientras mis dientes seguían creciendo, sucumbí al pánico. Grité. Mi madre llegó corriendo, pero demasiado tarde para ayudarme. Me llevé los dedos al rostro frenéticamente, intentando arrancarme los dientes con las manos desnudas. No lo conseguí. No pude detenerlos.

Lenta, inexorablemente, los dientes se curvaron hasta que las puntas alcanzaron

mis ojos. ¡Mis propios ojos! En escasos segundos me los perforarían. Con un alarido de dolor, los noté reventar. Volvía a estar ciego, definitivamente ciego.

Desperté.

Allí estaba el arroyo, chapoteando a mi lado. Allí estaba Pegaso, volando por el firmamento. Levanté la cabeza de las cañas. Sólo había sido un sueño. ¿Por qué entonces latía mi corazón de una forma tan violenta? Con renuencia, me toqué las mejillas, cubiertas de cicatrices por el fuego que me había cegado en la vida real. Me dolían terriblemente por los nuevos arañazos que acababa de propinarles. Pero me dolía aún más el corazón. ¡Todo por culpa de un fuego que había prendido yo! Haber perdido los ojos ya era bastante malo. Haberlo hecho yo mismo era mucho peor. Por primera vez en muchos meses, me pregunté si Dinatius, el otro muchacho que quedó atrapado en el incendio que yo había iniciado, habría sobrevivido. Aún podía oír sus gritos de agonía, sus alaridos de terror.

Enterré el rostro en las cañas y lloré. Mis lágrimas resbalaron y siguieron el curso del arroyo. Al rato, mis sollozos disminuyeron. Sin embargo, me pareció que el ruido de sollozos continuaba en algún punto situado al otro lado de los chapoteos del arroyo. Erguí la cabeza para escuchar con atención.

Más sollozos, con largos y hondos gemidos intercalados. Tras secarme con la manga de la túnica las mejillas húmedas y doloridas, me acerqué a gatas a la orilla del agua. Pese a la oscuridad, mi segunda visión recorrió el curso del arroyo un corto tramo. Pero no conseguí localizar el origen de aquel desconsolado sonido. Quizá fuera sólo un eco de mi propia memoria.

Inclinándome por encima del agua en movimiento, busqué a tientas entre las cañas. Mi rodilla resbalaba por el borde de la lodosa orilla y casi había llegado al agua. Seguí buscando, pero no encontré nada. Nada en absoluto. Pero los sollozos y gemidos parecían proceder de un punto muy cercano, casi dentro del arroyo.

Dentro del arroyo. ¡Eso era! Pero ¿cómo era posible?

Me disponía a sumergir la mano izquierda en el agua, aunque me contuve. El antiguo dolor latía entre mis paletillas. ¿Podía tratarse de alguna trampa? ¿Uno de los peligros ocultos en Fincayra, como los espectros cambiantes que adoptan la forma de algo agradable sólo el tiempo suficiente para atraerte a una muerte segura? Rhia lo sabría. Pero Rhia, me recordé con amargura, ya no estaba conmigo.

Los gemidos aumentaron. La luz de las estrellas refulgía sobre la lóbrega superficie del arroyo, convirtiéndolo aparentemente en un río de cristales. Mordiéndome el labio, introduje una mano en el agua. Una gélida sensación me recorrió la muñeca y el antebrazo. Mi piel se tensó por la impresión. De pronto, mis dedos tocaron algo. Liso. Redondo. Más suave que la piedra. Palpé el resbaladizo objeto hasta encontrar el modo de sujetarlo y lo saqué del agua. Era un frasco, no mucho mayor que mi puño, hecho con una gruesa vejiga de animal. Su tapón de cuero estaba sellado herméticamente con una gruesa capa de cera. Hinchado de aire, el empapado recipiente brillaba con una luz siniestra.

Lo oprimí. Un fuerte aullido taladró mis oídos. Después, vinieron los sollozos, cargados de aflicción. Con la base de mi cayado de madera, rompí el anillo de cera. Se desprendió muy lentamente, como si fuera reacio a soltarse. Finalmente, cayó al suelo y extraje el tapón sin pérdida de tiempo. Una ráfaga de aire me acarició las mejillas. Era cálido y reconfortante, con un vago olor a canela. Mientras el recipiente se deshinchaba, la racha de aire recorrió mi rostro y mi cabello como el aliento de un ser vivo.

—Gracias, persona, gracias —sonó una fina vocecita detrás de mi oreja.

Dejé caer el frasco y me volví en redondo. Pero no vi nada entre mí y las lejanas estrellas.

—¿O quizá debería decir —susurró de nuevo la vocecita— gracias, Emrys Merlín?

Contuve el aliento.

—¿Cómo sabes mis nombres?

—Oh, sí —prosiguió jovialmente la voz—, me gusta mucho más el de Merlín que el viejo y apolillado Emrys.

Agité el brazo en el aire nocturno.

—¿Cómo sabes tantas cosas? ¿Quién eres? ¿Y dónde estás?

Una suave y alegre carcajada surgió del aire frente a mí.

—Soy Aylah, una wishlahaylagon. —Volví a oír la risa—. Pero casi todos me llaman simplemente hermana del viento.

—Aylah —repetí—. Hermana del viento. —Alcé de nuevo la mano, y esta vez las yemas de mis dedos atravesaron una corriente de aire caliente—. Ahora dime cómo sabes tanto.

El olor a canela se hizo más intenso. El aire caliente me envolvió lentamente, haciendo flamear mi túnica. Me sentí abrazado por un remolino de viento.

—Sé tanto como el propio aire, Emrys Merlín. Pues viajo rápido y lejos, nunca duermo y jamás me detengo.

La capa invisible de Aylah seguía girando despacio a mi alrededor.

—Eso es lo que hace una hermana del viento, Emrys Merlín. —Un ligero suspiro la obligó a hacer una pausa—. A menos que sea capturada, como me ocurrió a mí.

—¿Quién haría una cosa así?

—Alguien malvado, Emrys Merlín. —El aire caliente se alejó remolineando, lo que me provocó un repentino escalofrío.

—Dímelo.

—Alguien malvado, oh, sí —susurró Aylah desde cerca de la orilla donde yo había dormido—. Tiene muchos nombres, pero casi todos la conocemos como Domnu.

Me estremecí, pero no por el relente.

—Conozco a Domnu. Sé lo traicionera que es. Pero yo no la llamaría exactamente malvada.

—Buena seguro que no es, Emrys Merlín.

—No es ni buena ni mala. Simplemente es. Un poco como el destino.

—Tú te refieres a la fatalidad. —La brisa de Aylah sopló entre las cuerdas del Arpa y las hizo vibrar suavemente—. Domnu es uno de los pocos seres lo bastante viejo y poderoso para atrapar el viento. No sé por qué lo hizo, Emrys Merlín, sólo sé que me encerró en este frasco y me apartó de la circulación.

—Lo siento por ti.

Su cálido aliento me rozó la mejilla.

—Si no me hubieras ayudado esta noche, Emrys Merlín, estoy segura de que habría muerto.

—¿Puede morir realmente el viento? —pregunté con una voz que también era un suspiro.

—Oh, sí, Emrys Merlín, claro que puede morir. —Una vez más, me acarició la mejilla—. El viento, como las personas, puede morir de soledad.

—Tú ya no estás sola.

—Ni tú tampoco, Emrys Merlín. Ni tú tampoco.

TESOROS



La emoción de tocar el Arpa volvió a embargarme, algo que no sentía desde que dejé atrás las Colinas Oscuras. De hecho, mientras caminaba por las onduladas mesetas del Llano Herrumbroso, la vida parecía brotar repentinamente de la tierra, incluso antes de que me detuviera para tocar el instrumento de roble. Las hierbas más secas se inclinaban ante mí, mientras las hojas más secas se levantaban del suelo, danzaban en el aire y giraban describiendo espirales a mis pies. Pues Aylah avanzaba a mi lado. Su suave brisa a menudo me rozaba los brazos, y su fina risa se oía cada vez que yo tocaba las cuerdas mágicas.

Aun así, mis pasos eran a veces lentos y torpes. Si me tropezaba con una choza de piedra o una arboleda de frutales, me apoyaba en mi cayado, recordando con desagrado mi encuentro con T'eilean y Garlatha. Deseé no haber pensado en visitarlos, a ellos y su jardín. Por añadidura, cada vez que miraba hacia los riscos del este, sumidos en sombras, tenía la perturbadora sensación de que cometía un error si no regresaba a las colinas para terminar mi labor allí. Y sin embargo... no me sentía preparado para volver. Todavía no. Que Rhia y los demás sufrieran un rato más.

Espoleado por la ira, me puse a tocar el Arpa. Para mi sorpresa, esta vez la quebradiza hierba no se transformó en exuberantes briznas verdes bajo mis botas. Por el contrario, el prado entero pareció oscurecerse ligeramente, como si una nube hubiera tapado el sol. Desconcertado, miré el cielo, pero no vi ni una sola nube.

Volví a tañer el instrumento con impaciencia, pero la hierba sólo se puso más rígida y oscura. Miré colérico el Arpa mágica. ¿Qué le pasaba?

Un viento cálido hinchó mi túnica.

—Estás enfadado, Emrys Merlín.

Me puse rígido.

—¿Cómo lo sabes?

—No sé las cosas —susurró quedamente Aylah—. Las siento. Y ahora mismo

siento tu ira.

Apreté el paso, ansioso por dejar atrás ese prado. Las briznas de hierba oscurecida se clavaban en mis botas como millares de espinas.

—¿Por qué estás tan enfadado, Emrys Merlín?

Tras salir de la franja de hierba ennegrecida, me detuve. Inspiré profundamente y exhalé el aire muy despacio.

—En realidad, no lo sé.

La etérea presencia de Aylah me envolvió, llenando mis fosas nasales con el aroma de la canela.

—¿Es posible que eches de menos a alguien?

Apreté la caña de mi cayado.

—No echo de menos a nadie.

—¿Ni siquiera a tu madre?

Mis rodillas estuvieron a punto de doblarse, pero no dije nada.

La hermana del viento formó un remolino a mi alrededor.

—No la conocí, Emrys Merlín, pero conozco a muchos que sí. Debió de ser una buena amiga.

Parpadeé para sacudirme el rocío de los ojos invidentes.

—Sí. Era mi mejor amiga. Tal vez mi única amiga.

El cálido aliento de Aylah me rozó la mejilla.

—Habíame de ella, ¿quieres? Por favor, me gustaría oírte.

Reanudé la marcha, clavando el cayado en la seca hierba del color del óxido.

—Amaba el cielo de la noche, con todas sus estrellas, sueños y misterios. Amaba las historias sobre lugares antiguos, como el Olimpo y la isla de Délos, morada de Apolo. Amaba todo lo verde que crece y todas las criaturas que vuelan, caminan o nadan. Y me amaba a mí.

Aunque había reducido la velocidad, Aylah parecía estar más cerca de mí que nunca. Sus vientos me abrazaban afectuosamente.

—Tienes razón —admití—. La echo de menos. Más de lo que creía posible. —Ahora respiraba entrecortadamente—. ¡Ojalá pudiera estar con ella otra vez, Aylah! Aunque sólo fuera una hora.

—Lo comprendo. Ah, sí, lo comprendo.

Se me ocurrió que Aylah, a pesar de su etérea composición, tenía algunas de las cualidades de mi madre. Era cálida y protectora. Y no intentaba darme consejos.

En ese momento, divisé, no mucho más adelante, una zona de monte bajo con arbustos de ramas azuladas y hojas anchas. Sabía, por haber observado a Rhia, que eran comestibles. Dejé a un lado el Arpa en Flor y mi cayado, me dirigí a los matorrales y arranqué uno de cuajo, dejando al descubierto un grueso tubérculo azul. Tras limpiarle la piel con mi túnica, mordí la recia pulpa.

—¿Podemos compartir esta comida de algún modo? —pregunté a la hermana del viento—. No sé qué comes, pero sea lo que sea, intentaré encontrar un poco para ti.

Las anchas hojas del arbusto se agitaron cuando Aylah pasó entre ellas.

—Sólo como las fragancias distantes de las tierras que aún no he explorado. Estoy hecha para vagar, ¿sabes? —Me acarició el cabello suavemente—. Y ahora me temo que es hora de que nos separemos.

Dejé de masticar.

—¿Separarnos? ¿Por qué?

La vaporosa voz me habló al oído.

—Porque soy el viento, Emrys Merlín, y debo irme. Siempre explorando las alturas, siempre dando vueltas en círculo, así soy yo. Tengo que ver muchos lugares, en Fincayra y también en otros mundos. —Por un momento me pareció que se detenía cerca del Arpa—. Y tú también debes irte, pues aún tienes trabajo que hacer en las Colinas Oscuras.

Fruncí el ceño.

—¿Tú también, Aylah? Pensaba que al menos tú no intentarías decirme lo que debo hacer.

—No te estoy diciendo lo que debes hacer, Emrys Merlín. Sólo te digo que los vientos traen rumores de cosas perturbadoras, cosas maléficas que acechan en las Colinas Oscuras. Los aliados de Rhita Gawr han empezado a moverse otra vez. Se vuelven más audaces cada día que pasa. Pronto los trasgos saldrán de sus cuevas, y con ellos los espectros cambiantes. Entonces será demasiado tarde para reparar la tierra.

Sentí un nudo en el estómago al oír sus palabras. Recordé la advertencia de Cairpré cuando me entregó el Arpa: «Las Colinas Oscuras deben sanar antes de que Rhita Gawr regrese o habremos perdido nuestra única oportunidad. Pero recuerda: si logras que funcione, pero te desentienes de tu misión, nunca te perdonaremos».

Inspeccioné los montes que se recortaban en el horizonte. Las sombras de las nubes se cernían sobre ellos.

—Si lo que dices es verdad, debo regresar enseguida. ¿No me acompañarás? Así podremos seguir juntos un rato más.

—Ya me he quedado a tu lado, Emrys Merlín, más tiempo del que he estado con una persona que no tuviera alas. —Respiró sobre mi cuello—. Y ahora debo irme.

Arrojé a un lado el tubérculo con expresión sombría.

—He oído decir que los fincayranos tenían alas en el pasado. Quizás es sólo un cuento, pero ojalá fuera verdad. Ojalá no las hubieran perdido. Así yo también tendría unas y podría volar contigo.

Noté un remolino de aire sobre mis hombros.

—Ah, Emrys Merlín, tú sabes de eso, ¿no? Tener alas y luego perderlas. ¡Qué tragedia! Aunque muchos fincayranos hayan olvidado cómo sucedió, no pueden olvidar el dolor residual entre sus paletillas.

Extendí los brazos rígidamente, sintiendo el antiguo dolor.

—Aylah, ¿tú sabes cómo ocurrió? Ni siquiera Cairpré, con tantas historias que ha

oído, sabe cómo perdieron las alas los fincayranos. En una ocasión me dijo que daría la mitad de su biblioteca por averiguarlo.

El viento cálido me rodeaba, girando lentamente.

—Conozco la historia, Emrys Merlín. Quizá te la cuente algún día. Pero ahora no.

—¿Te marchas de veras? Siempre me sucede lo mismo. Parezco condenado a perder todo lo que encuentro.

—Espero que vuelvas a encontrarme, Emrys Merlín.

Una súbita racha de viento sacudió las mangas de mi túnica. Después, con la misma rapidez, desapareció.

Permanecí allí largo rato. Finalmente, mi estómago gruñó de hambre. No le hice caso. Luego, al oírlo otra vez, me incliné para recoger el tubérculo que había tirado al suelo. Le di otro mordisco, pensando en Aylah, la hermana del viento. Por fin, cuando me lo terminé, inicié la marcha... hacia el este, hacia las Colinas Oscuras.

A mi alrededor, el Llano Herrumbroso ascendía y descendía en sinuosas ondas. Yo avanzaba arrastrando los pies, haciendo restallar la hierba seca bajo mis suelas. Una suave brisa soplaba a mi espalda, refrescándome del calor del sol, pero no era el viento que yo quería. Y más aun que la compañía de Aylah, echaba de menos la sensación de alegría por la labor, una dicha que apenas acababa de recuperar... y había vuelto a perder. El Arpa pesaba excesivamente sobre mi hombro.

En ocasiones, mientras caminaba, tocaba la talega de hierbas medicinales que mi madre me había entregado justo antes de que nos despidiéramos, en aquella oscura estancia de piedra de Caer Myrddin. La echaba de menos más que nunca. Y también sabía que ella me echaba de menos a mí. Si estuviera aquí, no me abandonaría como los demás. Pero estaba tan lejos como el viento más remoto.

Cuando el dorado sol estaba ya bajo en el cielo, me acerqué a un grupo de malos árboles plantados en seis o siete filas. Aunque no distinguí ningún fruto entre las ramas de aquel huerto, varias flores blancas centelleaban y desprendían un familiar aroma que flotaba hasta mi posición. Flores de manzano. Inspiré hondamente el fragante aire. Sin embargo, no contribuyó mucho a levantarme el ánimo. Quizá me ayudaría tocar el Arpa y volver a sentir la dicha de dar nueva vida a la tierra.

Acuné el instrumento en mis brazos, pero titubeé, recordando mi extraña experiencia en el prado que se había oscurecido. Un simple fallo, me aseguré. Muy despacio, mis dedos recorrieron las cuerdas. De repente, fue como si un luminoso pincel pasara a toda velocidad entre los árboles y los campos cubiertos de hierba de su entorno. De las ramas brotaron manzanas, que crecieron hasta adquirir unas dimensiones considerables. Los troncos se engrosaban, las raíces se multiplicaban. Los árboles se prolongaron hacia el cielo, agitando orgullosos sus prolíficas ramas. Mi pecho se hinchó de orgullo. Lo que hubiera ocurrido en el prado oscurecido ya no era un problema, eso seguro.

De pronto, oí un grito. Un muchacho de aproximadamente mi misma edad, con el torso desnudo, se cayó de una de las ramas. Aterrizó en una acequia de riego que

discurría bajo las ramas. Sonó otro grito. Corrí hacia allí.

El muchacho salió trabajosamente de la acequia, con el cabello y la piel tan pardos como el suelo. Entonces, para mi sorpresa, apareció otra figura que parecía una versión más vieja y ancha del chico. Era un hombre de la tierra. Era un hombre al que reconocí.

Ni él ni el muchacho repararon en mi presencia, ya que me mantuve a la sombra del manzano. El hombre desnudo de cintura para arriba enderezó su ancha espalda y aferró al chico por los hombros.

—¿Te has hecho daño, hijo?

El muchacho se frotó las costillas magulladas.

—No. —Sonrió tímidamente—. Eres un buen colchón.

El hombre lo miró de soslayo con expresión divertida.

—No te caes a menudo de las ramas.

—¡Las ramas no se mueven y me derriban a menudo! ¡Y mira, papá! Están cargadas de manzanas.

El hombre dejó escapar todo el aire de sus pulmones. Como el muchacho, contempló boquiabierto los árboles transformados. También yo empecé a sonreír. Ésa era la reacción que esperaba obtener de Rhia y los otros, la reacción que, sin duda, habría obtenido de mi madre. Siempre se había deleitado con la belleza y el olor de las manzanas frescas.

—Esto es un milagro, hijo. Es un regalo del propio gran dios Dagda.

Salí de entre las sombras.

—No, Honn. Es un regalo mío.

El hombre soltó un respingo. Sus ojos pasaron de mí al árbol que se desplegaba por encima de nosotros y luego volvieron a mí. Al final se giró hacia su hijo.

—¡Es él! El muchacho del que te hablé.

Los ojos del joven se abrieron desmesuradamente.

—¿El que aplastó al malvado rey? ¿El que tiene nombre de ave rapaz?

—Merlín —declaré, apoyando una mano en el hombro del chico—. Tu padre me ayudó en una ocasión, cuando lo necesitaba desesperadamente.

Honn se pasó una mano por el cabello sucio de tierra.

—Qué alegría, muchacho. Hasta que oí noticias de tu victoria, te había dado por muerto más de tres veces.

Apoyándome en mi retorcido cayado, le sonreí.

—Con motivos. De no haber sido por la útil arma que me regalaste, sin duda habría muerto más de tres veces.

Honn me examinó unos instantes, frotándose el recio mentón. Por debajo del torso desnudo no llevaba nada más que unos calzones marrones muy holgados. Sus manos, por agrietadas y encallecidas que estuvieran, parecían sólidas como raíces de árbol.

—Me alegro de que la vieja daga resultara útil, hijo. ¿Dónde está ahora?

—Entre las ruinas del Castillo Velado. No conseguí matar a un necronte, uno de los soldados inmortales de Stangmar, pero me concedió unos segundos preciosos.

—De eso también me alegro. —Su mirada se posó en el instrumento mágico—. Veo que has encontrado el Arpa en Flor. —Dio un codazo al otro muchacho—. Ya lo ves, hijo mío. ¡Fue realmente un milagro! Un simple mortal, ni aun siendo tan agraciado como este mozalbete, no podría haber conseguido algo semejante. Ha sido el Arpa, no el muchacho, quien ha resucitado el huerto.

Me crispé y fui a replicar. Pero antes de que pudiera decir nada, Honn continuó.

—En mi opinión, hijo, todos los Tesoros de Fincayra están hechos de la materia de los milagros, ya que fueron construidos por el mismo Dagda. —Con una voz queda, casi reverente, añadió—: Incluso existe un arado, una de las Siete Herramientas Mágicas, que sabe cómo arar el campo él solo. ¡De verdad! Se dice que cualquier campo que toque producirá una cosecha perfecta, ni insuficiente ni excesiva.

El muchacho meneó la cabeza, asombrado. Señaló el destartado arado de madera que reposaba junto a la acequia y rompió a reír.

—¡No hay cuidado de que lo confundan con ése, padre! Me duele la espalda sólo de verte empujándolo.

Honn sonrió, complacido.

—No tanto como me duele a mí después de que te hayas caído de un árbol justo encima de mí.

La pareja se rió al unísono. Honn rodeó los hombros de su hijo con un robusto brazo y volvió hacia mí el rostro henchido de orgullo.

—La verdad es que yo ya tengo mi tesoro. Este joven amiguito. Y me es máspreciado que un océano lleno de milagros.

Tragué saliva, recorriendo con un dedo la talega de piel de mi madre. Podía oler sus aromáticas hierbas a pesar del olor a manzanas maduras.

—¿Qué harías tú, Honn, si perdieras ese tesoro, ese amigo?

Su rostro se endureció como la piedra.

—Vaya, haría cualquier cosa que estuviera a mi alcance como mortal para recuperarlo.

—¿Aunque eso significara dejar inacabado un trabajo importante?

—Ningún trabajo podría ser más importante que ése.

Asentí lúgubrementes. Ningún trabajo podría ser más importante que ése.

Salté por encima de la acequia y eché a andar. Cuando llegué al lindero del huerto, me detuve para encararme con las Colinas Oscuras, que relucían como el carbón bajo el sol poniente. La larga y estrecha sombra de mi cayado parecía apuntar directamente a la colina surcada por una hendidura, el punto donde me había desviado de mi misión.

Lentamente, me volví hacia el norte. Regresaría a esas colinas y finalizaría mi trabajo cuanto antes. Y reviviría hasta la última brizna de hierba que encontrase. No

obstante, primero necesitaba hacer otra cosa. Necesitaba encontrar de nuevo a mi madre. Y, al igual que Honn, haría cualquier cosa a mi alcance como mortal para conseguirlo.

EL JUGLAR



l atardecer del día siguiente, cuando las hebras de luz dorada tejían relucientes tramas entre la hierba del Llano Herrumbroso, llegué a la cima de una loma. A mis pies, divisé un puñado de casas de ladrillos de adobe, dispuestas en un burdo círculo. Sus tejados de paja relucían con la misma intensidad que la llanura circundante. Largas tablas de madera tendidas entre sus paredes comunicaban las casas entre sí como los brazos de los niños en un corro. El aroma de cereales asándose en un fuego de leña estimuló mi olfato.

Sentí una expectación creciente... y una corriente de pánico subyacente. Pues esto era Caer Neithan, la Villa de los Bardos. Yo sabía que el poeta Cairpré había prometido venir aquí después del Gran Concilio para ayudar a reparar el daño causado por Stangmar. Y también sabía que, si existía una sola persona en Fincayra capaz de ayudarme a encontrar a mi madre, ése era Cairpré.

No se alegraría de volver a verme, habiendo dejado por terminar tanta parte de mi trabajo. Sin embargo, también él conocía a Elen de los Ojos Zafirinos, la había apadrinado años atrás. Me parecía que también él desearía su regreso. ¿Acaso no me había contado en una ocasión que había aprendido más sobre el arte de curar de ella que cualquier cosa que ella hubiera aprendido de él? Tal vez, sólo tal vez, supiera el modo para que mi madre atravesara el velo de niebla que rodeaba esta isla. Entonces, reunido con ella por fin, podría concluir mi trabajo en las Colinas Oscuras con el corazón contento.

Descendí por la ladera, golpeando con mi cayado el reseco suelo al compás del golpeteo del Arpa contra mi hombro. Escuchando los sonidos de la villa, cada vez más numerosos, no pude dejar de acordarme del espectral silencio que la cubría como un sudario en mi última visita. Un silencio que, a su modo, era más audible que una tempestad rugiente.

En efecto, la Villa de los Bardos sólo había conocido el silencio en raras ocasiones. Ningún asentamiento de Fincayra poseía una historia tan rica en relatos y

canciones. Pues, con los años, había constituido el hogar de muchos de los más inspirados narradores de esta tierra, y había presenciado muchas de sus primeras actuaciones. Incluso el propio Cairpré, cuya fama como poeta yo sólo conocía por terceros, nació en una de estas casas de ladrillos de adobe.

Cuando me acercaba a las puertas de la villa, que relucían con un brillo dorado, empezó a salir más gente de las casas. Ataviados con largas túnicas de tela blanca, se recortaban nítidamente contra el seco y cocido barro de sus hogares, los oscuros tablones de madera que comunicaban los edificios y los maceteros vacíos que reposaban en la mayoría de los alféizares. Pensé en empuñar el Arpa, tentado de llenar aquellos maceteros con algo más que sombras. Pero me contuve y decidí no anunciar mi llegada inmediatamente.

Cada vez salía más gente. El aspecto de unos era totalmente distinto al de otros en cuanto al color de piel, edad, cabello, complexión y estatura. No obstante, todos poseían una característica en común, además de la túnica blanca: todos parecían vacilantes, inseguros de algo. En lugar de congregarse en el círculo despejado que formaban las casas, se mantenían en el borde exterior. Algunos permanecían junto a sus portales, paseando nerviosamente, pero la mayoría se sentaba en las planchas de madera que bordeaban la zona despejada. Parecían reunirse con un propósito, pero no conseguí librarme de la sensación de que lo hacían a regañadientes, por alguna razón.

En ese momento, un hombre alto y enjuto que llevaba una capa marrón sobre su túnica, se situó en el centro del círculo. Sobre su cabeza reposaba un extraño gorro de tres picos precariamente ladeado, como si su dueño hubiera bebido demasiado vino. Docenas de esferas de metal refulgente colgaban del borde del gorro. El hombre empezó a agitar sus largos brazos, que me recordaron las patas de una araña, sacudiendo sus holgadas mangas al tiempo que bramaba unas palabras que no logré entender.

En el acto comprendí el objetivo de la disposición de las casas en círculo. ¡El pueblo entero era un teatro! Y yo llegaba a tiempo de presenciar algún tipo de actuación.

Cuando llegué a las puertas de la villa, me detuve. A diferencia de la última vez que vine, no me recibió un guardia apuntando con una lanza a mi pecho. En su lugar, me recibió un cartel grabado recientemente y clavado a uno de los postes de la entrada. Brillando bajo la luz del atardecer, se leía:

«Caer Neithan, Villa de los Bardos, bienvenido sea todo el que venga en paz».

Debajo de esas palabras, reconocí uno de los pareados de Cairpré:

Donde las canciones loan su memoria,

donde una escalera relata su historia.

En cuanto hube traspasado las puertas, un hombre delgado y de cabello alborotado se puso en pie de un brinco sobre los tablones y avanzó a grandes zancadas. Sus pobladas cejas, enmarañadas como zarzas, colgaban sobre sus ojos oscuros. Lo esperé apoyándome en mi cayado.

—Hola, Cairpré.

—Merlín —susurró, abriendo los brazos como si fuera a aplaudir de entusiasmo. Después, mirando por encima del hombro al hombre enjuto que recitaba un pasaje, pareció cambiar de opinión respecto a aplaudir—. Me alegro de verte, hijo mío.

Asentí, comprendiendo que Cairpré debía suponer que ya habría finalizado mi trabajo en las Colinas Oscuras. No sería fácil decirle la verdad.

Volvió a mirar de reojo al hombre que recitaba y las sombrías, casi llorosas, caras de los integrantes del público.

—Sólo lamento que no hayas llegado para una actuación más alegre.

—Oh, no importa —murmuré—. Viendo todos esos rostros apenados, se diría que ese tipo tiene un don para hacer que la gente se ponga triste. ¿Qué está recitando? ¿Una especie de poema trágico?

Las cejas de Cairpré remontaron su frente hasta arriba.

—Por desgracia, no. —Sacudió su desaliñada melena—. Lo creas o no, el pobre infeliz intenta ser gracioso.

—¿Gracioso?

—Exacto.

En ese momento, llegó a mis oídos un estruendoso repiqueteo metálico. Me volví hacia el intérprete y vi que sacudía la cabeza desenfrenadamente, zarandeando su gorro picudo de lado a lado. El ruido provenía de las esferas de metal. ¡Eran cascabeles! Por supuesto, pensé. Lo indicado para hacer reír a la gente. Era una lástima que su sonido fuera tan estridente, más parecido a mandobles de espada que a cascabeles tintineantes.

Observé al hombre unos instantes. Sus manos descendieron, sus hombros se hundieron y su espalda se encorvó. Además, todo su rostro —incluyendo la frente, los ojos y la boca— pareció fruncirse. El efecto se producía porque, a pesar de su delgado cuerpo, tenía la piel del cuello nacida, formando un mentón múltiple. Por eso, cuando su boca se curvaba una vez hacia abajo, el gesto se repetía cinco o seis veces.

De pronto se envolvió en su pesada capa como si fuera a pronunciar un discurso. Luego, en un tono lento y melancólico, empezó a cantar, o mejor dicho, a gemir. Su voz parecía llorar, y exhalaba el aliento en forma de sollozos. Al igual que Cairpré y la mayoría de los aldeanos, me estremecí. El hombre quizá pretendía ser gracioso, pero su canción transmitía toda la alegría de un canto fúnebre.

*Cuando a tus oídos llegue
el son de mis cascabeles,
¡destierra todo temor!
Tu pena será de amor.*

*Alégrate, sé dichoso:
¡Llega el juglar revoltoso!*

*Juego y retozo a diario
con la sonrisa en los labios.
Te alegran mis cascabeles
y mis cuentos te entretienen.*

*Alégrate, sé dichoso:
¡Llega el juglar revoltoso!*

Mientras el lamento proseguía, me volví hacia Cairpré.

—¿No se da cuenta de cómo suena? Es la persona menos graciosa que he oído nunca.

El poeta suspiró con resignación.

—Creo que lo sabe, pero sigue intentándolo de todos modos. Se llama Bumbelwy. Desde que era niño, cuando ya asustaba a los pájaros con sus canciones, sueña con ser un juglar. No un simple bufón divertido, sino un verdadero juglar, alguien que practica el bello arte de disfrazar la sabiduría con el atuendo del humor. Bumbelwy el Gozoso, se hace llamar.

—Bumbelwy el Penoso sería más adecuado.

—Lo sé, lo sé. Como ya he dicho, la mies crecería todo el año para multiplicar su tamaño.

Entretanto, los habitantes de la villa parecían tan alicaídos como el propio Bumbelwy. Muchos ocultaban el rostro entre las manos; todos se mostraban ceñudos. Una niña se soltó de la mano de una mujer y corrió hasta una casa próxima, con el cabello ondeando a sus espaldas. Aunque la mujer permaneció en su asiento, parecía envidiar a la niña.

Me encaré con Cairpré, frunciendo el ceño a mi vez.

—¿Por qué lo escuchan?

—Uno de sus recitales humorísticos, como él los llama, puede estropearte las tres siguientes comidas. Pero como cualquier otro residente en Caer Neithan, tiene derecho a actuar en el círculo central de la villa cada año, en la fecha de su nacimiento. —Cairpré meneó la cabeza—. Y el resto tenemos que escucharlo. Incluso aquellos que, como yo, no residen aquí, pero han tenido la mala suerte de venir de visita el día más inoportuno.

Indicó con un amplio gesto el círculo central y prosiguió en un murmullo apenas audible:

—¡Y pensar en todas las actuaciones realmente memorables que ha contemplado este lugar! El martillo nocturno. El frasco de las ilusiones. El juramento de Geraint.

Giró sobre sus talones y señaló una de las casas más pequeñas y de aspecto más vetusto.

—Pwyll, cuya sonrisa descorazonadora inspiró por sí sola volúmenes enteros de poesía, escribió ahí su primer poema. —Indicó una casa baja con un porche de madera—. Laon el Cojo nació allí. Y no olvidemos a Banja. A Jussiva el Jubiloso. A Ziffian. Todos llamaban hogar a este pueblo. Como tantos otros bardos renombrados.

Miré de reojo a Bumbelwy, que hacía molinetes con los brazos mientras seguía recitando monótonamente.

—El único lugar donde será un juglar es en sus sueños.

Cairpré asintió lúgubrementemente.

—Todos tenemos sueños íntimos. Pero pocos nos aferramos a sueños tan alejados de nuestra verdadera capacidad. En tiempos ya remotos, Bumbelwy podría haberse salvado con uno de los Tesoros de Fincayra, el cuerno mágico conocido como el Invocador de Sueños. Piénsalo, Merlín. El Invocador, cuando lo tocaba alguien inmensamente sabio, podía dar vida al sueño máspreciado de una persona. Incluso un sueño tan aparentemente imposible como el de Bumbelwy. Por eso se llamaba a menudo, en los relatos y en las canciones, el Cuerno de las Buenas Nuevas.

Unas arrugas más profundas que las cicatrices de mi rostro aparecieron en la frente de Cairpré. Supe que se estaba acordando del modo en que Rhita Gawr pervirtió la magia del Invocador de Sueños para que sólo diera vida a las malas nuevas. En el caso de esta misma villa, había provocado la pesadilla más aterradora de todo poeta, bardo o músico: había silenciado por completo las voces de todos sus moradores, inutilizando el instrumento de sus almas. Por eso, la Villa de los Bardos estaba tan silenciosa como un cementerio la primera vez que llegué a ella. La expresión atormentada de Cairpré me informó de que, si bien la maldición propiamente dicha se había desvanecido con la caída del Castillo Velado, su recuerdo perduraba.

Los cascabeles del gorro de Bumbelwy empezaron a tintinear nuevamente, esta vez con más insistencia que antes. De no haber necesitado las manos para sostener mi cayado, me habría tapado los oídos. Le di un leve codazo a Cairpré y pregunté:

—¿Por qué no pruebas tú mismo el Invocador de Sueños sobre él?

—No podría.

—¿Por qué no?

—Para empezar, hijo mío, no tengo intención de sacar nada, y menos uno de los Tesoros de la cueva de la Gran Elusa, donde ahora reposan. Eso se lo dejaré a alguien mucho más valiente que yo. O más estúpido. Pero no es ésa la principal razón. La verdad es que no soy lo bastante sabio como para utilizar el Invocador.

Parpadeé sorprendido.

—¿Que no eres lo bastante sabio? Pero si el poeta Cairpré es famoso en todo el territorio como...

—Como un versificador, un comentarista, un loco idealista —concluyó—. No te hagas ilusiones, me pierdo en divagaciones. Pero por lo menos soy lo bastante sabio como para saber una cosa importante: lo poco que sé en realidad.

—Eso es absurdo. He visto tu biblioteca. ¡Todos esos libros! No puedes decir que no sabes nada.

—No he dicho que no sepa nada, hijo mío. He dicho que no sé lo suficiente. Hay una diferencia. Pensar que sería capaz de dominar el legendario Invocador de Sueños..., bueno, sería un terrible acto de hubris.

—¿Hubris?

—Del griego *hybris*, que significa arrogancia. Exceso de orgullo personal. Es un defecto que ha perjudicado a más de una gran personalidad. —Su voz volvió a convertirse en un susurro—. Incluyendo, según me han contado, a tu propio abuelo.

Me puse tenso.

—¿Te refieres a... Tuatha?

—Sí. Tuatha. El mago más poderoso que ha conocido Fincayra. El único mortal que ha sido autorizado a penetrar en el Otro Mundo para conferenciar con Dagda... y ha regresado con vida. Incluso él era vulnerable al hubris. Y eso acabó con él.

El Arpa en Flor me pareció de pronto más pesada, y su correa se clavaba en mi hombro.

—¿Cómo murió?

Cairpré acercó su cabeza a la mía.

—No conozco bien los detalles. Nadie lo sabe. Lo único que sé es que sobrestimó su poder y subestimó al servidor más pavoroso de Rhita Gawr, un ogro de un solo ojo llamado Balor.

Cairpré se estremeció.

—Pero hablemos de cosas más agradables. Hijo mío, háblame del Arpa. Te has apresurado a terminar en las Colinas Oscuras, si ya estás en el llano.

Me agité con incomodidad, acariciando el extremo curvo de mi cayado. Mientras palpaba las profundas grietas, el aroma de un marjoletto impregnó el aire, recordándome a la mujer cuyas fragancias habían inundado mi infancia. Había llegado el momento de decirle a Cairpré lo que deseaba hacer... y lo que había dejado inacabado.

Inspirando profundamente, declaré:

—No he terminado el trabajo en las colinas.

Se quedó sin aliento.

—¿Cómo que no? ¿Has tenido algún problema? ¿Trasgos guerreros sueltos?

Negué con un gesto.

—El único problema me lo he creado yo.

Los insondables estanques de sus ojos me escrutaron.

—¿Qué me dices?

—Que he descubierto algo más importante que mi misión. —Miré de hito en hito al poeta—. Quiero encontrar a mi madre y traerla a Fincayra.

La ira cruzó su rostro como un relámpago.

—¿Nos pondrías en peligro a todos por eso?

Se me formó un nudo en la garganta.

—Cairpré, por favor. Acabaré el trabajo, lo prometo, pero necesito volver a verla. Y pronto. ¿Es demasiado pedir?

—¡Sí! Estás poniendo en peligro a todos los seres vivos de esta tierra.

Intenté tragar saliva.

—Elen renunció a todo por mí, Cairpré. Adoraba vivir aquí. Amaba esta tierra hasta el fondo de su alma. Y lo dejó todo para protegerme. Durante nuestra estancia en Gwynedd, fui..., bueno, su única compañía. Su único amigo. A pesar de que nunca hice gran cosa para merecerlo.

Hice una pausa, recordando sus tristes canciones, sus manos de sanadora, sus ojos prodigiosamente azules.

—Tuvimos problemas, créeme, pero estábamos mucho más unidos de lo que imaginábamos. Hasta que un día la abandoné, la dejé sola. Me marché sin más. Debí de sentirse fatal, en aquella habitación de piedra. Incluso podría estar enferma o en apuros. Por eso quiero traerla aquí, no sólo por mí, sino también por ella.

La expresión de Cairpré se suavizó ligeramente. Apoyó una mano en mi hombro.

—Escucha, Merlín. Te comprendo. ¡Cuántas veces he deseado ver a Elen, también yo! Pero aunque dejáramos a un lado las Colinas Oscuras, traer aquí a alguien del mundo que existe al otro lado de la niebla..., bueno, eso es arriesgado, hasta rayar lo imposible.

—¿Estás seguro? El mar me ha perdonado la vida a mí dos veces.

—No es por el mar, hijo mío, si bien el viaje ya es bastante peligroso. Fincayra tiene su propio estilo, sus propios ritmos, que los mortales sólo pueden adivinar. Se dice que ni el propio Dagda se atreve a predecir quién será autorizado o no a atravesar la cortina de niebla.

—No me lo creo.

Su expresión se ensombreció.

—Cualquiera del exterior que venga aquí correrá un gran peligro, al igual que el resto de Fincayra. —Cerró los ojos, en profunda concentración—. Lo que quizá no entiendas es que cualquiera que llegue aquí, incluso la mariposa más diminuta, puede alterar el equilibrio de la vida en Fincayra y provocar una destrucción inimaginable.

—Te empiezas a parecer a Domnu —me mofé—, diciendo que yo traeré la ruina a Fincayra.

Giró la cabeza en dirección a las puertas de la villa, que ya no brillaba con una luz dorada. Más allá, las Colinas Oscuras se ondulaban como olas en un mar

embravecido.

—Podías ser exactamente eso. Sobre todo si no acabas lo que has empezado.

—¿No vas a ayudarme?

—Aunque supiera cómo hacerlo, no te ayudaría. No eres más que un muchacho. Y más atolondrado de lo que yo pensaba.

Golpeé el suelo con mi cayado.

—Tengo el poder de hacer funcionar el Arpa, ¿no? Tú mismo dijiste ante el Gran Concilio que tengo corazón de mago. Bien, pues quizá también tenga el poder de traer aquí a mi madre.

Me apretó el hombro con tanta fuerza que di un respingo.

—¡No digas eso ni en broma! Se requiere mucho más que corazón para ser un auténtico mago. Necesitas el espíritu, la intuición, la experiencia. Necesitas el conocimiento, un conocimiento descomunal acerca de los patrones del cosmos y todas las artes mágicas. Y, por encima de todo, necesitas sabiduría, la clase de sabiduría que te avisa de cuándo utilizar esas artes y cuándo reprimirte. Pues un auténtico mago emplea su poder juiciosamente, de la misma manera que un arquero experto lanza sus flechas.

—Yo no hablo de flechas. Hablo de mi madre, Elen. —Me erguí en toda mi estatura—. Si tú no me ayudas, encontraré otro modo.

La frente de Cairpré se arrugó de nuevo.

—Un auténtico mago necesita una cosa más.

—¿Qué cosa? —pregunté con impaciencia.

—Humildad. ¡Escúchame bien, hijo mío! Olvida esa locura. Coge el Arpa y regresa a tu trabajo en las colinas. No tienes ni idea del riesgo que corres.

—Correría muchos más para que ella volviera a mi lado.

El poeta alzó la vista al cielo.

—¡Ayúdame, oh, Dagda! —Mirándome otra vez, preguntó—: ¿Cómo puedo hacer que lo comprendas? Existe un proverbio, viejo como esta misma isla, que afirma que sólo la caracola más sabia de la Costa de las Caracolas Parlantes puede guiar a alguien a través de las brumas. Parece muy simple y, sin embargo, ningún mago de la historia, ni siquiera Tuatha, ha osado intentarlo jamás. ¿Te proporciona esto alguna noción del peligro implicado?

Sonreí forzosamente.

—No. Pero sí me da una idea.

—¡Merlín, no! No debes hacerlo. Por encima de todos los demás peligros, existe uno mayor para ti. Intentar un acto semejante de hechicería profunda revelará a Rhita Gawr dónde te hallas exactamente... y algo más, me temo. Cuando regrese, empeñado en conquistar este mundo y los demás, te perseguirá. Atiende a mis palabras.

Di un tironcito de la correa del Arpa.

—No le tengo miedo.

Las enmarañadas cejas de Cairpré se alzaron bruscamente.

—Entonces será mejor que empieces. Pues con un hubris como ése le proporcionarás la venganza más dulce posible. Convertirte en uno de sus sirvientes, como hizo con tu padre.

Mi estómago se contrajo como si hubiera recibido un puñetazo.

—¿Insinúas que no soy mejor que Stangmar?

—Sólo digo que eres igualmente vulnerable. Si Rhita Gawr no te mata en el acto, tratará de esclavizarte.

En ese instante, la sombra de un hombre se proyectó sobre nosotros. Me giré en redondo y me encontré ante Bumbelwy. Al parecer, había concluido su recital y se había aproximado a nuestra posición, pero estábamos tan absortos en la conversación que no advertimos que nos estaba escuchando. Nos saludó con una torpe reverencia, durante la cual su estrafalario gorro cayó al suelo con gran revuelo. Recogió el tocado y, con los hombros caídos, se enfrentó a Cairpré.

—Lo he hecho fatal, ¿verdad?

Cairpré, sin dejar de mirarme airadamente, lo despidió con un gesto.

—En otro momento. Ahora no puedo atenderte; estoy hablando con este joven.

Volviendo sus replegados mentones hacia mí, Bumbelwy dijo tristemente:

—Entonces, dímelo tú. ¿Lo he hecho muy mal o no?

Pensando que si le respondía se marcharía, le devolví una hosca mirada.

—Sí, sí. Lo has hecho fatal.

Pero no se marchó. Se limitó a menear la cabeza melancólicamente, haciendo tintinear los cascabeles.

—Así que lo he recitado mal. Es cierto, muy cierto, demasiado cierto.

—Merlín —gruñó Cairpré—. ¡Haz caso de mis advertencias! Sólo pretendo ayudarte.

Me ardían las mejillas.

—¿Ayudarme? ¿Por eso intentaste disuadirme de ir al Castillo Velado la última vez? ¿Y por qué no me dijiste que Stangmar era en realidad mi padre?

El poeta no pudo evitar una mueca de pesar.

—No te hablé de tu padre porque temía que una verdad tan terrible pudiera dejarte secuelas para siempre. Hacerte dudar de ti mismo o incluso conseguir que te odieras. Quizá me equivoqué en eso, como me equivocaba al pensar que no podrías destruir el castillo. ¡Pero esta vez tengo razón! Regresa a las Colinas Oscuras.

Miré de soslayo las puertas de la villa. Envueltas en sombras, aparecían más oscuras que lápidas funerarias.

—Primero iré a la Costa de las Caracolas Parlantes.

Antes de que Cairpré tuviera tiempo de responder, Bumbelwy carraspeó para aclararse la garganta, con lo que sus múltiples mentones se bambolearon placidamente. A continuación, se envolvió en su capa con porte teatral.

—Yo voy contigo.

—¿Qué? —exclamé—. No quiero que vengas.

—Es cierto, muy cierto, demasiado cierto. Pero iré de todos modos.

Los ojos de Cairpré centellearon.

—Lamentarás tu decisión antes incluso de lo que yo espero.

ENTRE BRUMAS



omo el sabor amargo que permanece en la boca mucho después de haber mordido una fruta podrida, Bumbelwy permaneció a mi lado, haciendo sonar sus cascabeles. Sólo que con la fruta te puedes lavar la boca y librarte del mal sabor. Con Bumbelwy, nada de lo que yo dijera o hiciera le impelería a marcharse. Ni caminando al paso más vivo que me era posible, sin detenerme siquiera a tocar el Arpa, conseguí escapar de su presencia.

Me siguió a través de las puertas de Caer Neithan, mientras Cairpré nos observaba en silencio. Me siguió por las elevaciones y hondonadas del llano, prolongando la marcha hasta mucho después de oscurecer; acampó conmigo bajo un viejo sauce y luego continuó bajo el sol en ascenso al día siguiente. Me siguió sin desfallecer hasta la gran cascada rugiente que yo sabía que era el río Incesante.

En todo ese tiempo, se quejó amargamente del calor, de las piedras que se introducían en sus botas y de la dura vida de un juglar. Cuando nos acercábamos al río, me preguntó varias veces si me gustaría oír su famoso acertijo sobre sus cascabeles, con la promesa de que me levantaría el ánimo. Cada vez que le decía que no tenía intención alguna de escuchar su acertijo —o, para el caso, sus cascabeles—, se limitaba a enfurruñarse un poco y volvía a preguntármelo más tarde.

—Ah, pero es que es un acertijo espléndido —protestó—. Es un acertijo de grandes acertijos. ¡Maldición, he vuelto a decirlo mal! Es un gran acertijo de acertijos. Eso, era así. Es gracioso. Es sensato. —Hizo una pausa, y su aspecto era aún más sombrío que de costumbre—. Es el único acertijo que conozco.

Negué con la cabeza y me dirigí a grandes zancadas hacia el río Incesante. Cuando estábamos cerca de su empinada y pedregosa orilla, oímos unos rugientes rápidos que bullían a nuestros pies. La espuma de las salpicaduras se elevaba a gran altura, creando puentes irisados que refulgían bajo la luz del sol. El chapoteo y el rugido eran tan fuertes que, por primera vez desde que salí de la Villa de los Bardos, no pude oír los cascabeles de Bumbelwy ni sus súplicas de contarme su acertijo.

Me volví hacia él y grité para hacerme oír por encima del fragor del agua:

—Me espera un largo camino, hasta la orilla sur. Vadear el río será peligroso. Aquí deberías volverte atrás.

—¿Así, no me quieres contigo? —me preguntó lúgubrementemente.

—¡No!

Frunció el entrecejo en seis pliegues.

—Claro que no me quieres contigo. Nadie me quiere. —Me escrutó unos instantes—. Pero yo sí te quiero conmigo, mozalbete afortunado.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Afortunado? ¡Eso seguro que no lo soy! Mi vida no es más que una sucesión de decepciones, una pérdida tras otra.

—Ya lo noto —declaró—. Por eso necesitas un juglar. —Con expresión seria, añadió—: Para hacerte reír. —Carraspeó—. Por cierto, ¿te he contado alguna vez mi acertijo sobre los cascabeles?

Con un gruñido, blandí mi cayado para atizarle en la cabeza. Se agachó, encorvándose más de lo habitual. El cayado rozó el dorso de su capa.

—No eres ningún juglar —vociferé—. ¡Eres una maldición! Una lamentable maldición.

—Es cierto, muy cierto, demasiado cierto. —Bumbelwy lanzó otro suspiro apesadumbrado—. Soy un fracaso como juglar. Un fracaso absoluto. Un juglar sólo necesita dos cosas: sabiduría y gracia. Y yo no tengo ninguna de ellas. —Una displicente lágrima rodó por su mejilla—. ¿Te imaginas cómo me siento? ¿Cómo me duele, desde los pulgares hasta los dedos de los pies? Mi destino es ser un juglar que entristece a todo el mundo. Incluyéndome a mí mismo.

—¿Por qué yo? —protesté—. ¿No podías elegir a otra persona a quien seguir?

—Ciertamente —gritó para imponerse a los atronadores rápidos—. Pero tú pareces tan... infeliz. Más que cualquiera que yo haya conocido antes. ¡Serás testigo de mi verdadera prueba como juglar! Si descubro cómo hacerte reír, podré hacer reír a cualquiera.

Lancé un gruñido.

—Nunca me harás reír. ¡Eso seguro!

Proyectó sus mentones hacia adelante y empezó a envolverse en su capa con una floritura. Al mismo tiempo, sin embargo, tropezó con una piedra y se ladeó bruscamente, perdiendo el gorro y casi resbalando por la empinada orilla. Tras recoger el gorro, volvió a calárselo hasta el fondo... del revés. Lo volvió del derecho con un rugido, pero no sin antes tropezar de nuevo y desplomarse sobre el cenagoso suelo. Gruñendo, recuperó el equilibrio y trató de limpiarse de barro el trasero de sus pantalones.

—Está bien —declaró con un tintineo de cascabeles—, por lo menos puedo ofrecerte el placer de mi compañía.

Hice rodar los ojos en sus órbitas y luego miré por encima del hombro el río

Incesante. Tal vez, si saltaba a las tumultuosas aguas, la corriente me alejaría de allí. Lejos de este incesante martirio con forma humana. No obstante, por tentado que me sintiera, fui juicioso. En este tramo del río, la corriente era demasiado rápida, y las rocas sobresalían como dagas. Sin duda, ocasionaría desperfectos al Arpa y probablemente también a mí mismo. ¿Dónde estaba Rhia, ahora que la necesitaba? Ella sabría cómo hablarle al espíritu del río y apaciguar la corriente. Me estremecí al pensar en el modo en el que nos habíamos separado. Pero era más culpa suya que mía. Rhia se sentía demasiado segura de sí misma. Le habría encantado verme humillado, sin duda.

Subí la correa del Arpa para ceñírmela al hombro. Por fin, en cuanto cruzara el río, no me rodearían aquellas llanuras calcinadas que se prolongaban interminables como el cielo ceniciento que las cubría y que me recordaban constantemente mi tarea inacabada. Me acordé de que, al sur de mi posición actual, el río se ensanchaba una distancia considerable. Podría vadearlo por allí. Después, continuaría mi camino hasta la Costa de las Caracolas Parlantes. Con o sin Bumbelwy.

Para mi desaliento, acabó siendo con él. El deprimente juglar, con las mangas flameando y los cascabeles repiqueteando, me siguió como una sombra mientras dejaba atrás una serie de rugientes cascadas, a través de cenagosas marismas y por tramos de piedras lisas de la llanura aluvial del río. Finalmente, al llegar a los bajíos que se formaban al pie de un grupo de enormes peñascos en forma de huevo, vadeamos a trompicones el río Incesante. Las gélidas aguas me laceraban las canillas, mientras que el blando fondo se hundía bajo mis botas a cada paso que daba. Por alguna razón, sentí como si el propio río intentara impedirme el paso.

Tras salir del agua, continuamos viajando a lo largo de la costa occidental. Durante varias horas avanzamos trabajosamente por avenidas de afiladas cañas. A la derecha, los imponentes árboles del Bosque de la Druma se elevaban hacia el cielo y cubrían la tierra con una sábana de verdor, desde aquí hasta las lejanas Colinas Brumosas. Unos pájaros de vistosas alas revoloteaban entre las ramas, pájaros que, sin duda alguna, Rhia podría identificar. En todo ese tiempo, me esforcé por hacer caso omiso del lánguido personaje y los ruidosos cascabeles que me seguían.

Por fin, divisé una fila de dunas onduladas, con una muralla de niebla detrás. Mi corazón dio un vuelco. Pese a lo limitado de mi segunda visión, me sorprendió la viveza de los colores de esa zona. Arena dorada. Frondosas enredaderas verdes. Frutos rosa y morados. Flores amarillas.

Mis botas se hundían en la tierra suelta cuando trepé por la primera duna. Al llegar a la cima, vi finalmente la costa propiamente dicha y las fluctuantes olas. La marea estaba baja. Al pie de la gruesa cortina de niebla, la arena estaba sembrada de almejas y mejillones. Los oía escupir y eructar, unido al chapoteo y el canturreo de unas aves acuáticas de largo pico en forma de cuchara. Los diminutos mejillones se arracimaban por millares en los lugares más rocosos. Por todas partes había enormes estrellas de mar rojas, buccinos de gran boca y translúcidas medusas. Los cangrejos

correteaban por doquier, esquivando las patas de las aves.

Llenando mis pulmones con el aire marino, volví a oler el aroma de las algas. Y la sal. Y el misterio.

Me agaché para recoger un puñado de arena. Al tacto era fina, y estaba caliente mientras se deslizaba entre mis dedos, igual que la primera vez, el día en que el mar me arrojó a este mismísimo lugar. Fincayra me había recibido en aquel día gris, cobijándome de las tormentas que había afrontado en el mar y también de las que llevaba conmigo bajo la frente.

Pellizqué unos cuantos granos de arena y los observé rodar por la pendiente de la yema de mi dedo hasta rebotar en mi palma. En su caída centelleaban con miles de reflejos, casi como si estuvieran vivos. Como mi propia piel. Como la propia Fincayra. Comprendí que, de algún modo, empezaba a sentir apego por esta isla. Por infeliz que hubiera sido aquí a menudo, sentía una sorprendente atracción por los contrastes entre sus tierras, sus cautivadoras leyendas y —a pesar del modo en que me habían tratado con frecuencia— por sus variopintos habitantes. Y por otra cosa, más difícil de definir.

Esta isla era, como solía decir mi madre, un lugar intermedio, un lugar donde los seres mortales e inmortales podían convivir. No siempre en armonía, naturalmente, pero sí con toda la riqueza, el poder y el misterio de ambos mundos a un tiempo. En parte Cielo y en parte Tierra. En parte este mundo, en parte el Otro Mundo.

Permanecí allí, embebido en los sonidos y los olores de la costa de Fincayra. Quizás algún día pudiera sentirme verdaderamente cómodo aquí. En algunos aspectos ya era así, más de lo que nunca me había sentido en aquel miserable pueblucho de Gwynedd. Sólo con que estuviera aquí una persona en concreto, Fincayra podría parecerme incluso mi hogar. Sin embargo, justo ahora, esa persona estaba muy lejos. Al otro lado de la niebla, más allá de la negra costa rocosa de Gwynedd.

Me descolgué el Arpa del hombro y la acuné en mis brazos. No había pulsado sus cuerdas desde hacía tiempo, desde antes de abandonar la árida llanura. «¿Qué podría originar en un lugar tan variado y rebosante de vida como éste?», me pregunté.

Pincé una cuerda, la más aguda. Su sonido fue el de un carámbano al quebrarse. Mientras la nota vibraba en el aire, de la cara de la duna que daba al mar brotó una única flor roja, con la forma de una enorme campana. Al ver cómo se mecía con la brisa salobre, me entraron ganas de tocarla, de olerla.

Pero no había tiempo. Ahora no. Deposité en el suelo el Arpa y mi cayado y me cercioré de que Bumbelwy no los tocara. Ya se había sentado en la arena de la orilla para remojarse los pies hinchados con expresión huraña. Su gorro de tres picos y sus cascabeles, silenciosos al menos por el momento, reposaban a su lado. Aunque no estaba muy lejos, parecía totalmente absorto en su tarea.

Inspeccioné la playa a uno y otro lado. Con cada flujo y reflujo de las olas, rodaban por la arena caracolas de todos los tamaños y colores. La simple extensión y belleza de esta playa me dejaban mudo de asombro, exactamente igual que el primer

día que la pisé. Ese mismo día, una caracola de la playa me había susurrado unas palabras que apenas logré comprender. ¿Encontraría hoy otra similar? ¿Y entendería lo que me decía?

En algún lugar de mi entorno se halla la caracola adecuada. El problema era que no tenía ni idea de cuál podía ser su aspecto. Lo único que sabía era lo que me dijo Cairpré: «Existe un proverbio, viejo como esta misma isla, que afirma que sólo la caracola más sabia de la Costa de las Caracolas Parlantes puede guiar a alguien a través de las brumas».

Empezando por una concha moteada que se hallaba cerca de la base de mi cayado, fui comprobando las caracolas. Conchas lisas, redondas, enroscadas, con cámaras, todas acababan en mis manos. Pero ninguna parecía la adecuada. Ni siquiera estaba seguro de cómo buscarla. Me parecía estar oyendo a Rhia diciendo algo tan absurdo como: «Confía en las moras». Ridículo, por supuesto. Sin embargo, yo sabía que en algo tenía que confiar, pero desconocía en qué.

En mi intelecto, quizá. Sí. Eso era. Ahora bien, ¿qué aspecto tendría la caracola más sabia? Sería vistosa, impresionante. Un emperador de la costa. Y de un tamaño tan considerable como su sabiduría.

Bumbelwy gritó cuando una gran ola lo cubrió al romper contra la orilla. Mientras el agua se retiraba, arrastrando arena en su reflujo, dejó al descubierto el borde de una caracola en forma de espiral, de un color rosa vivo, mayor que cualquiera de las de su alrededor. Estaba exactamente detrás de él, aunque el hombre no se había dado cuenta. ¿Podía ser la que yo buscaba? Justo cuando empezaba a acercarme, Bumbelwy se estremeció, mascullando algo sobre el agua helada, y se dejó caer hacia atrás. Cuando su codo aterrizó sobre la caracola, oí un fuerte crujido. Él lanzó un alarido y rodó de costado, sujetándose el codo herido. Sacudiendo la cabeza, supe que mi búsqueda sólo acababa de empezar.

Sólo la caracola más sabia...

Seguí la arenosa orilla, buscando cualquier concha que me pareciera indicada. Pese a la amplia variedad de formas, colores y texturas, ninguna resultaba lo bastante imponente. Las pocas que se acercaban me las llevé al oído. Pero no oí nada, excepto el incesante suspiro del mar.

Con el tiempo, llegué a una península rocosa que se adentraba en el mar y desaparecía entre remolinos de niebla. Al llegar allí, me preguntaba dónde empezar a buscar entre las húmedas rocas, cuando un cangrejo anaranjado corrió por encima de la puntera de mi bota. El animalito se detuvo y levantó sus ojitos, como si me estudiara. A continuación, se escabulló hacia la península y se esfumó.

Por alguna razón, me sentí atraído por aquella minúscula criatura que, como yo, vagaba solitaria por esa costa. Sin pensarlo, seguí al cangrejo por la península. La bruma me envolvía. Avancé con cuidado entre las rocas, intentando no resbalar. Aunque el cangrejo parecía haberse esfumado, pronto distinguí otra caracola en espiral. Estaba tumbada sobre una piedra plana recubierta de algas verdes. Era aún

mayor que la que Bumbelwy había destrozado, casi tan grande como mi cabeza. Relucía con un brillo azul marino, a pesar de la poco habitual sombra que titilaba en su superficie. Supuse que la sombra era sólo un efecto óptico debido a los movimientos de la niebla.

A cada paso que daba hacia ella, la caracola me parecía más encantadora. Unas resplandecientes líneas blancas enmarcaban sus gráciles curvas. Me sentía extrañamente atraído por ella, cautivado por sus iridiscentes tonos.

Sólo la caracola más sabia...

En ese momento, una poderosa ola se elevó ante la bruma y rompió sobre la península. Alcanzado por el rocío de espuma, noté el escozor de la sal en mis mejillas agrietadas. La ola retrocedió, arrancando de la roca la concha en espiral. Antes de que lograra cogerla, la caracola cayó al agua con un chapoteo y desapareció en un remolino de niebla.

Lancé una imprecación y me volví hacia la roca lisa. Aunque la caracola había desaparecido, la extraña sombra seguía titilando sobre las algas. Estuve a punto de inclinarme para examinarla más de cerca, pero vacilé. No sabía exactamente por qué. En ese instante, el cangrejo anaranjado salió de debajo de una roca cercana. Correteó de costado por la península, pasando bajo una cornisa antes de salir por el otro lado. Cuando rodeaba el borde de un charco salino, se introdujo entre una maraña de restos depositados por la marea.

Perdiendo todo interés en seguir al cangrejo, me alejé de allí. Mi mirada se posó en otro charco salino de agua transparente e inmóvil. En el fondo, algo refulgía entre las frondas de algas. Al agacharme sólo vi una caracola bastante sencilla, marrón y con una gran mancha azul, acurrucada entre varios erizos de mar morados. No obstante, despertó mi curiosidad. Con cuidado para evitar las afiladas espinas de los erizos de mar, introduje la mano en la fría agua y saqué la caracola.

Por poco extraordinaria que pareciera, encajaba cómodamente en la palma de mi mano. Casi como si ése fuera su lugar. La sopesé, calibrando su masa. Pesaba mucho más de lo que cabría esperar de algo tan poco compacto.

La acerqué a mi oído. Nada. Sin embargo, esta caracola tenía algo notable. Con voz insegura, pregunté:

—¿Eres la caracola más lista?

Para mi estupefacción, oí una voz cascada que parecía escupir al hablar.

—Eres un necio, muchacho.

—¿Qué? —Sacudí la cabeza—. ¿Me has llamado necio?

—Un necio y un loco —me espetó la caracola.

Sentí que se me encendían las mejillas, pero contuve mi genio.

—¿Y quién eres tú?

—No soy la caracola más lista, de ninguna manera. —La concha pareció chasquear los labios—. Pero tampoco soy tonta.

Tuve la tentación de arrojarla a las olas. Pero mi determinación de hacer volver a

mi madre seguía siendo más fuerte que mi ira.

—Entonces, dime dónde puedo encontrar a la caracola más lista.

La concha marrón se echó a reír, escupiendo agua en mi oreja.

—Prueba en un lugar donde se encuentren la madera y el agua, muchacho atolondrado.

Confuso, le di la vuelta a la caracola sobre mi palma.

—Los árboles más próximos están al otro lado de las dunas. Y no hay madera junto al agua.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro.

—Hablas como un necio.

A regañadientes, inspeccioné la península. Al final reparé en los escombros de la marea bajo los cuales había desaparecido el cangrejo. Las algas putrefactas envolvían los maderos como andrajos. Meneé la cabeza con incredulidad.

—No hablarás de aquel penoso montoncito de allá.

—Hablas como un necio —repitió la caracola.

Sin estar seguro de hacer lo correcto, deposité la concha marrón en el charco y me dirigí a los maderos carcomidos. Arranqué las algas en busca de alguna señal de caracola. Nada.

Estaba a punto de rendirme cuando reparé en una diminuta forma insertada en una grieta de la madera. Era una pequeña caracola del color de la arena, en forma de cono, que cabría perfectamente en la uña de mi pulgar. Al levantar la concha, una criatura vermiforme negra salió parcialmente por la abertura de la base y se retiró velozmente al interior. No me atreví a acercarme algo semejante a mi oído y la mantuve a cierta distancia. No podía estar seguro, pero me pareció oír un débil murmullo de agua.

Con precaución, me acerqué al objeto. La voz acuosa volvió a oírse, como una ola rompiendo en las cámaras más internas de la concha.

—Has, plaaasss, elegido bien, Merlín.

Contuve el aliento.

—¿Has pronunciado mi nombre?

—Eso he hecho, plaaasss, aunque tú no conoces el mío. Es, plaaasss, Washamballa, sabia entre las caracolas.

—Washamballa —repetí, acunando el húmedo y minúsculo cono junto a mi pabellón auditivo. En su voz había algo que acrecentó mis esperanzas—. ¿También sabes por qué estoy aquí?

—Eso, plaaasss, lo sé.

Mi corazón latía con fuerza.

—¿Me... me ayudarás, entonces? ¿La traerás otra vez a Fincayra?

La caracola permaneció silenciosa unos segundos. Al cabo, sonó de nuevo su pequeña voz gorgoteante.

—No debería ayudarte, Merlín. Los riesgos, plaaasss, son mucho mayores de lo que imaginas.

—Pero...

—No debería —prosiguió la caracola—, pero percibo algo en ti..., algo que me resulta irresistible. Aunque tienes mucho que aprender, plaaasss, esto podría formar parte de tu aprendizaje.

Mientras Washamballa hacía una pausa, escuché su húmeda respiración. No me atrevía a pronunciar palabra.

—Quizá tengamos éxito, plaaasss, o quizá fracasemos. No lo sé, pues incluso el éxito puede ser un fracaso disfrazado. ¿Todavía, plaaasss, quieres intentarlo?

—Sí —declaré.

—Entonces, apriétame con fuerza, plaaasss, contra tu corazón y concéntrate en la persona que añoras.

Aferrando la caracola con ambas manos, la oprimí contra mi pecho. Pensé en mi madre. En su mesa de hierbas, de exótico y penetrante olor. En sus ojos azules, tan colmados de sentimiento. En su ternura, en su discreto porte. En sus historias sobre Apolo, Atenea y el lugar llamado Olimpo. En su fe, fe en su Dios y en mí. En su amor, callado y profundo.

La niebla se rizaba en torno a mí. Las olas lamían mis botas. Sin embargo, no ocurrió nada más.

—Esfuézate más, plaaasss. Debes esforzarte más.

Sentí la tristeza de Elen. Que nunca podría regresar a Fincayra. Que nunca vería crecer a su hijo hasta hacerse hombre... y que él, en todos los años que pasó en Gwynedd, se había negado a llamarla madre. Una simple palabra, un poderoso vínculo. Di un respingo, recordando cuánto dolor le había causado.

Lentamente, su presencia se hizo más intensa. Noté su abrazo, la seguridad que en un tiempo sentía cuando me acunaba en sus brazos. Y, por lo menos durante breves instantes, olvidaba todos los pesares que nos afligían. Pude oler los recortes de corteza de cedro que guardaba junto a su almohada. Oí su voz llamándome a través de océanos de agua, océanos de añoranza.

De pronto, se levantó el viento. Un fiero y ululante viento que me arrojó contra las rocas y me empapó de salitre. Sopló furiosamente durante varios minutos, vapuleándome sin cesar. De repente, oí un resonante crujido, como si algo se hubiera roto al otro lado de la niebla. Las nubes onduladas que se alzaban ante mí empezaron a cambiar de forma, aglutinándose en extrañas figuras. Primero vi una serpiente, enroscada para atacar. Antes de que lo hiciera, no obstante, su cuerpo se disolvió en la nebulosa figura de una flor. La flor aumentó de tamaño lentamente, transformándose en un inmenso ojo que no parpadeaba.

Y en el centro del ojo apareció una silueta oscura. Al principio sólo era una sombra, pero se fue haciendo invariablemente más compacta. Al poco rato, parecía casi una persona que avanzaba a tientas por la bruma. Dando traspiés hacia la playa.

Era mi madre.

DE CABEZA Y ALEGREMENTE



e desplomó desmadejadamente sobre las oscuras y húmedas rocas. Tenía los ojos cerrados y su piel cremosa se veía pálida y sin vida. Su largo cabello suelto, dorado como la luna en verano, se pegaba en irregulares mechones a su túnica azul oscuro. Sin embargo, respiraba. Estaba viva.

Tras dar a la caracola un rápido apretón en señal de agradecimiento, la devolví a su lugar entre los restos arrastrados por la marea. Después, corrí junto a mi madre. Vacilante, me acuclillé a su lado. En cuanto mi dedo tocó su tersa mejilla bajo el alto pómulo, Elen de los Ojos Zafirinos abrió los párpados. Me miró durante varios segundos, con expresión de desconcierto. Después pestañeó, se incorporó apoyándose sobre un codo y habló con una voz que yo creía que no volvería a oír en la vida.

—¡Emrys! ¿Eres tú?

Aunque la gratitud sofocaba mi voz, respondí:

—Soy yo..., madre.

Al oírme pronunciar aquella palabra, un tono rosado afluyó a sus mejillas. Me tendió una mano lentamente. Su piel parecía tan húmeda y fría como la mía, pero su tacto me transmitió un calor a oleadas que me recorrieron de arriba abajo. Se sentó y nos abrazamos.

Al cabo de unos segundos, se apartó. Recorrió suavemente con sus dedos mis mejillas y ojos quemados, y parecía ver debajo de mi piel, hasta el fondo de mi alma. Supe que intentaba sentir todo lo que yo había sentido en los meses transcurridos desde que nos separamos.

De pronto, al tocarme el cuello, contuvo el aliento.

—¡El Galator! Oh, Emrys. ¡No está!

Bajé los ojos invidentes.

—Lo perdí.

¿Cómo podía decirle que lo había perdido cuando iba a encontrarme con mi propio padre? ¿Y que, cuando por fin lo conocí, había perdido más aún?

Alcé la cabeza.

—Pero te tengo a ti de nuevo. Estamos juntos aquí, en Fincayra.

Asintió, al borde de las lágrimas.

—Y tengo un nuevo nombre, además.

—¿Un nuevo nombre?

—Merlín.

—Merlín —repitió—. Como el esmerejón, la rapaz de altos vuelos.

Una punzada de pena me traspasó al recordar a mi amigo Problemas, la pequeña rapaz que había sacrificado su vida para salvar la mía. Esperaba encarecidamente que aún estuviera volando a gran altura, en algún lugar del Otro Mundo. Pensé en Aylah, la hermana del viento. Incluso pensé en Shim, el gigante que se había encaminado hacia las montañas semanas atrás. Y, sí, pensé en Rhia.

Oprimí la mano de mi madre.

—No volveré a perderte.

Escuchó mi juramento con expresión cariñosa y apesadumbrada a la vez.

—Ni yo a ti.

Me volví hacia las dunas. Bumbelwy continuaba sentado a la orilla del agua, puliendo los cascabeles con una manga. Parecía resuelto a hacer caso omiso de las gaviotas que no cejaban de tirarle de la capa manchada de cieno. El Arpa en Flor, junto con mi cayado, permanecían donde yo los había dejado, en la arena. No muy lejos de allí, la exquisita flor roja se mecía con la brisa procedente del mar.

—Vamos. —Me puse en pie y ayudé a mi madre a hacer lo propio—. Quiero enseñarte algo.

Atravesamos la península rocosa hasta llegar a la fina arena de la playa. Mientras caminábamos, con un brazo rodeando la cintura del otro, saboreé la dicha de volver a andar junto a ella. De volver a estar con ella. Y cuando pensé en mostrarle el Arpa y todo lo que podía hacer con el instrumento, mi corazón se aceleró.

Ahora sentía mi propio poder, exactamente como ella había predicho hacía tanto tiempo. Me había contado que el mismo Tuatha fue adquiriendo sus poderes a medida que llegaba a la adolescencia. Así, parecía lógico que a mí me ocurriera lo mismo. Después de todo, ¿acaso yo no había hecho ya algo que ni el propio Tuatha, con todos sus conocimientos de magia, nunca había intentado? Sonreí para mis adentros. Ni siquiera se me resistían las cambiantes brumas que rodeaban esta isla.

Cuando nos acercamos al Arpa en Flor, Elen boqueó por el asombro. Conociendo su afecto por todo lo que vive y crece, no me sorprendió comprobar que no era el Arpa lo que le llamaba la atención. Era la flor roja que había brotado en la duna. De hecho, la flor parecía más bonita ahora que justo después de su aparición. La honda copa acampanada que formaban sus pétalos pendía grácilmente de su tallo arqueado. Docenas de hojas de un verde vivo, perfectamente redondas, rodeaban el tallo como joyas engarzadas. En el borde de cada pétalo, centelleaban unas gotas de rocío.

—Tengo que oler esa flor —declaró mi madre.

—Claro. —Mi sonrisa se ensanchó—. Después de todo, la he creado yo.

Se detuvo y me miró.

—¿Tú? ¿De verdad?

—Con sólo mover un dedo —dije con orgullo—. Ven. Vamos a verla de cerca.

A medida que nos aproximábamos a la flor, mi deseo de olerla se fue haciendo más intenso. No sólo quería aspirar un poco su fragancia, sino sumergir toda la cara en sus pétalos. Beber intensamente su delicioso néctar, zambullirme en ella, de cabeza y alegremente. Apenas reparé en la extraña sombra temblorosa que cruzaba sus pétalos. Sólo era otro efecto óptico de la luz que se filtraba entre la niebla, como ya había observado. Y ninguna sombra, por oscura que fuera, podía ensombrecer la espléndida belleza de esa flor.

El brazo de mi madre se retiró de mi cintura y el mío de la suya. Continuamos avanzando hacia la flor sin pronunciar palabra, como si estuviéramos en trance. Nuestros pies se hundían en la arena húmeda y dejaban un rastro de oscuras pisadas. El único pensamiento que ocupaba mi mente era aspirar el prodigioso aroma de la flor. A sólo un paso de ella, la salobre brisa nos dio en pleno rostro. Sin dudar, ambos nos inclinamos hacia la seductora copa.

Titubeé un instante, preguntándome si debía dejar a mi madre ser la primera. Lo disfrutaría muchísimo. Entonces, la sombra se estremeció de nuevo... y mi deseo de oler la flor se hizo mucho más vehemente, tanto que olvidé todo lo demás. Incliné el rostro. Más cerca. Más.

De pronto, una silueta verde saltó sobre la cresta de la duna. Me dio un empujón y me derribó de espaldas. Caí rodando hasta que me detuve, cubierto de arena, y me revolví para enfrentarme a mi agresor.

—¡Rhia! —exclamé, ciego de ira, escupiendo arena—. ¿Es que quieres matarme?

Irguiéndose de un salto y sin prestarme la menor atención, se volvió hacia mi madre.

—¡Alto! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡No lo hagas!

Pero Elen no le hizo caso. Se apartó el pelo de la cara con una mano y se agachó para oler la flor.

Al verlo, Rhia echó a correr por la ladera de la duna en dirección a la cresta. Un grito terrible la detuvo, un grito que helaba la sangre de las venas. Algo oscuro saltó del centro de la flor, directo a la cara de mi madre. Ella dio un paso atrás, trastabillando y cubriéndose las mejillas con ambas manos.

—¡No! —grité al cielo, al mar, a la niebla—. ¡No!

Pero ya era demasiado tarde. Mi madre tropezó y rodó duna abajo. Cuando se detuvo, vi que todo su rostro estaba cubierto por una convulsa sombra. De pronto, ante mi horror, la sombra se coló por su boca y desapareció.

EL LENGUAJE DE LA HERIDA



e dirigí apresuradamente a donde estaba mi madre. Elen yacía hecha un ovillo cerca del pie de la duna. Tenía la túnica y una de sus mejillas manchadas de arena húmeda. La brisa marina se alzó, arrastrando jirones de bruma por la playa.

—¡Madre!

—¿Es tu madre? —preguntó Rhia, uniéndose a mí—. ¿Tu verdadera madre?

—Sí, lo soy —respondió Elen débilmente, y rodó sobre el costado hasta quedar tendida de espaldas. Sus ojos azules escudaron mi rostro—. ¿Estás bien, hijo mío?

Le sacudí la arena de la mejilla.

—¿Bien? —grité—. ¿Bien? Estoy destrozado. Completamente destrozado. ¡No te he traído hasta aquí para que te envenenaran!

Elen tosió brutalmente, como si intentara expulsar la sombra de su interior. Pero su rostro sólo reflejó un dolor mayor, un terror más intenso.

Me volví hacia Rhia.

—Ojalá la hubieras salvado a ella, en lugar de a mí.

Rhia tironeó de uno de los sarmientos entretejidos que componían su vestido.

—Siento no haber llegado antes. Te estuve buscando por todas partes. Por fin llegué a caer Neithan, varias horas después de que te hubieras marchado. Cuando Cairpré me contó lo que te proponías, te seguí a la máxima velocidad que pude. —Apesadumbrada, miró a Elen—. Debe de ser una sensación horrible. Como tragarse una pesadilla.

—Estoy... estoy bien —replicó la mujer, aunque su expresión descompuesta la contradecía. Intentó incorporarse, pero volvió a caer tendida sobre la arena.

Unos cascabeles repicaron a mis espaldas.

—Percibo la muerte en el aire —gimoteó una voz familiar. Giré sobre mis talones.

—Márchate, ¿quieres? ¡Eres peor que esa flor venenosa!

Su cabeza se hundió más de lo habitual.

—Comparto tu pena. De veras. Tal vez, pueda aligerar tu carga con una de las canciones burlescas de Bumbelwy.

—¡No!

—¿Qué tal un acertijo, entonces? ¿El de los cascabeles?

—¡No!

—Está bien —dijo secamente—. En ese caso, no te diré que no ha sido la flor lo que la ha envenenado. —Me miró ceñudamente varios segundos más—. Y, por cierto, que no te diré que ha sido Rhita Gawr.

Mi estómago se contrajo, al tiempo que mi madre dejaba escapar el aliento. Aferré la amplia manga de Bumbelwy y lo sacudí, haciendo tintinear sus cascabeles.

—¿Por qué dices eso?

—La sombra de la muerte. He oído su descripción muchas veces. Demasiadas para que las olvide ni siquiera un tonto como yo. Es uno de los métodos de venganza preferidos por Rhita Gawr.

Elen se estremeció y gimió lastimeramente.

—Dice la verdad, hijo mío. Si no hubiera perdido el juicio por el hechizo, lo habría recordado antes. —Su rostro se deformó con una mueca de dolor, en el momento en que volvía a levantarse la brisa, como si el mismísimo océano hubiera prorrumpido en un hondo suspiro—. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué yo?

De pronto, me sentí muy débil. Porque supe con una íntima certeza que la sombra de la muerte no iba destinada a mi madre. Iba dirigida a mí. No obstante, por mi culpa —por mi propia estupidez— la había alcanzado a ella en mi lugar. ¡Debí escuchar a Cairpré! Nunca debí traerla aquí.

—Rhita Gawr reserva este método únicamente para aquellos con cuya muerte disfruta de verdad —explicó melodiosamente Bumbelwy—. Pues es una muerte lenta, dolorosamente lenta. Y más horrible de lo que puede describirse con palabras. La persona aquejada sufre durante un mes entero, a lo largo de las cuatro fases de la luna, antes de morir por fin. Pero he oído decir que en los momentos finales de agonía sufre un tormento más escalofriante y un dolor más insoportable que en todo el mes anterior.

Una vez más, Elen lanzó un gemido y flexionó las rodillas para arrimarlas a su pecho.

—¡Basta! —Interrumpí con un gesto al malhumorado juglar—. ¡Deja de decir esas cosas! ¿Quieres matarla antes de tiempo? Será mejor que no digas nada..., a menos que conozcas algún remedio.

Bumbelwy se dio la vuelta, negando con la cabeza.

—No existe remedio alguno.

—Imposible, tiene que haber alguno —objetó Rhia, arrodillándose junto a mi madre y palpándole la frente—. Existe una cura para toda dolencia, por muy horrible que sea. Sólo tienes que conocer el lenguaje de la herida.

Durante un fugaz instante, la expresión de Elen se animó.

—Tiene razón. Puede que exista un remedio. —Estudió el rostro de Rhia durante largos segundos. Al cabo, con voz débil, preguntó—: ¿Cómo te llamas, jovencita? ¿Y cómo sabes tanto sobre el arte de la curación?

Rhia se dio unos golpecitos en el traje de sarmientos entretejidos.

—Me enseñaron los árboles de la Druma. Ellos son mi familia.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Casi todo el mundo me llama Rhia. Excepto los elfos de los bosques, que siguen utilizando mi nombre completo, Rhiannon.

El rostro de mi madre se contrajo por el dolor..., pero no me pareció que fuera a causa del mal que aquejaba a su cuerpo. Quizá se trataba de un dolor distinto, que sentía en otro lugar. Sin embargo, no dijo nada. Se limitó a volver la cabeza hacia la niebla en movimiento que se extendía más allá de la playa.

Rhia se acercó un poco más a ella.

—Por favor, dime tu nombre.

—Elen. —Mi madre desvió la mirada hacia mí—. Aunque hay quien me llama madre.

Sentí una dolorosa punzada en el corazón. Ella aún no tenía ni idea de que todo esto era culpa mía. Que yo la había traído hasta aquí, a pesar de la firme advertencia de Cairpré. Que yo había intentado, en mi ignorancia —no, en mi arrogancia—, actuar como un mago.

Rhia seguía palpando la frente de Elen.

—Te está subiendo la fiebre. Creo que te estás poniendo peor.

—Se pondrá peor —declaró Bumbelwy—. Todo se pone siempre peor. Mucho peor.

Rhia me lanzó una mirada apremiante.

—Debemos encontrar el remedio antes de que sea demasiado tarde.

Bumbelwy empezó a dar nerviosos pasos por la arena, seguido por el rumor del roce de sus mangas.

—Ya es demasiado tarde. Con este tipo de cosas, incluso demasiado pronto es demasiado tarde.

—Tal vez exista una cura que nadie ha descubierto aún —replicó Rhia—. Debemos intentarlo.

—Intenta todo lo que quieras. No servirá de nada. No, es demasiado tarde. Hace rato que es demasiado tarde.

Mi mente daba vueltas a gran velocidad, desgarrada entre la esperanzada urgencia de Rhia y la lúgubre desesperanza de Bumbelwy. Ambos no podían estar en lo cierto. Pero a la vez, los dos parecían verosímiles. Yo deseaba creer a uno, pero temía que el otro tuviera razón. Una pareja de gaviotas graznó al pasar rasante sobre nuestras cabezas y posarse en un criadero de mejillones y estrellas marinas. Me mordí el labio. Aun en el caso de que existiera un remedio, ¿qué posibilidades teníamos de

encontrarlo a tiempo? Aquí, en esta remota playa, sin nada más que dunas de arena y olas incesantes, sin nadie a quien acudir. Nadie a quien pedir ayuda.

Me erguí bruscamente. ¡Sí había alguien a quien acudir! Me puse en pie de un brinco y corrí por la playa hacia la península envuelta por la niebla. Por no prestar atención a las olas que barrían las resbaladizas rocas, patiné varias veces. Peor aún, con la remolineante espuma, no hallé ni rastro del montón de desechos varados por la marea donde había dejado a la vieja caracola sabia. ¿Se la habría llevado una impetuosa ola? Mi corazón dejó de latir. ¡Quizá nunca volviera a encontrarla!

Avanzando penosamente a gatas, inspeccioné palmo a palmo las húmedas rocas, volteando viscosas medusas y escrutando en los charcos formados al retirarse la marea. Al fin, empapado de espuma, divisé un madero encallado en las rocas. Y allí, junto a él, descansaba una pequeña caracola. ¿Era la misma? Me la llevé rápidamente a una oreja.

—Washamballa, ¿eres tú?

No recibí respuesta.

—Washamballa —supliqué—. ¡Contéstame, si eres tú! ¿Existe algún remedio para la sombra de la muerte? ¿Alguna cura, la que sea?

Finalmente, oí un prolongado suspiro acuoso, como el sonido de una ola al romper muy despacio.

—Has aprendido, plaaasss, una lección de lo más dolorosa.

—¡Sí, sí! Pero ¿puedes ayudarme ahora? Dime si existe algún remedio. Mi madre se muere.

—¿Todavía conservas, plaaasss, el Galator?

No pude reprimir una mueca de desesperación.

—No. Yo... lo regalé.

—¿Puedes recuperarlo, plaaasss, enseguida?

—No. Lo tiene Domnu.

Intuí el desaliento de la caracola por su respiración en mi oído.

—Entonces nadie puede ayudarte. Plaaasss. Porque existe una cura, pero, para encontrarla, plaaasss, debes viajar al Otro Mundo.

—¿El Otro Mundo? ¿La tierra de los espíritus? ¡Pero si la única manera de ir allí es al morir! —Sacudí la cabeza, expulsando gotas de aguas de mi cabello negro—. Incluso eso haría, si así pudiera salvar a mi madre, en serio. Pero aunque emprenda el Largo Viaje del que tanto he oído hablar, el que conduce al Otro Mundo, jamás lograría regresar con el remedio.

—Es verdad. El Largo Viaje conduce, plaaasss, a los muertos al Otro Mundo, pero no los devuelve a la tierra de los vivos.

Se me ocurrió otra idea.

—¡Espera! Tuatha, mi abuelo, descubrió un modo de llegar con vida al Otro Mundo. Para conferenciar con el gran Dagda, creo. ¿Podría seguir yo el camino de Tuatha?

—Ese camino acabó por destruir a Tuatha. Plaaass. No lo olvides. Pues fue abatido por Balor, el Ogro que sólo responde ante Rhita Gawr. En este preciso instante, Balor custodia la entrada secreta, un lugar llamado, plaaass, el Pozo del Otro Mundo. Y ha jurado detener a cualquier aliado de Dagda que intente pasar por allí.

—¿El Pozo del Otro Mundo? ¿Es una especie de escalera que asciende hasta la tierra de los espíritus?

—Sea lo que fuere —respondió con un chapoteo la voz de la caracola—, encontrarlo es tu, plaaass, única esperanza. Pues el remedio que buscas es el Elixir de Dagda, y sólo puede entregártelo el propio Dagda.

Una fría ola azotó mis piernas. Me escocían, por la sal, los arañazos sufridos en mis sucesivas caídas en las rocas, pero apenas lo notaba.

—El Elixir de Dagda —dije lentamente—. Bueno, con ogro o sin ogro, debo conseguirlo. ¿Cómo encontraré la escalera que conduce al Otro Mundo?

Una vez más, la caracola suspiró con desaliento.

—Para encontrarla, debes tratar de escuchar una extraña música mágica. Plaaass. La música de la hechicería, Merlín.

—¿Hechicería? —Estuve a punto de dejar caer la pequeña concha al suelo—. Eso es imposible para mí.

—Entonces estás perdido, irremediablemente. Porque la única manera de encontrar el camino de Tuatha es aprender, plaaass, los Siete Cantares de la Hechicería.

—¿De qué me estás hablando?

El viento arremetió contra mí, haciendo ondear mi túnica, mientras aguardaba la respuesta de la caracola. Por fin, oí de nuevo la vocecita en mi oreja.

—Nadie lo sabe, ni siquiera yo, la más sabia de las caracolas. Lo único que puedo decir, plaaass, es que Tuatha en persona grabó los Siete Cantares en el tronco de un gran árbol del Bosque de la Druma.

—¿No sería... Arbassa?

—Sí.

—¡Conozco ese árbol! En él vive Rhia. —Fruncí el entrecejo, recordando la extraña inscripción que había encontrado allí—. ¡Pero esa escritura es indescifrable! No conseguí leer ni una sola palabra.

—Pues debes volver a intentarlo, Merlín. Es tu única posibilidad, plaaass, de salvar a tu madre. Aunque debo confesar que es una posibilidad muy remota.

Pensé en mi madre, tendida a la sombra de la duna, aquejada por la sombra de la muerte, con la respiración cada vez más lenta. Yo era el culpable. Ahora debía intentar enmendar mi error, a cualquier precio. Aun así, me estremecí al recordar la descripción que me dio Cairpré de las cualidades de un buen mago. Cualidades de las que yo sin duda carecía. Fueran lo que fuesen los Siete Cantares, casi no tenía posibilidad alguna de aprendérmelos, y menos en el escaso tiempo que quedaba para

que la sombra de la muerte completara su terrible obra.

—Es demasiado —dije, descorazonado—. ¡No soy un mago! Aunque consiguiera apañármelas con los Siete Cantares, ¿cómo iba a encontrar ese Pozo del Otro Mundo, esquivar a Balor y ascender hasta el reino de Dagda, todo antes de que transcurran cuatro fases de la luna?

—No debería, plaaasss, haberte ayudado.

Pensé en la escueta luna nueva que había visto la noche anterior. Apenas un hilito plateado que a mi segunda visión le resultó casi imposible distinguir. Eso significaba que tenía tiempo hasta el final del ciclo de la luna, ni un día más, para encontrar el Elixir de Dagda. El día en que la luna se desvaneciera, mi madre lo haría también.

A medida que se acercara la luna llena, se consumiría la mitad de mi tiempo. Cuando la luna empezara a menguar, mi tiempo se estaría agotando. Y, cuando por fin se extinguiera, lo mismo les ocurriría a mis esperanzas.

—Te deseo toda la suerte, plaaasss, de Fincayra —dijo la caracola—. La necesitarás, plaaasss, y más que hubiera.

ROMERO



Como mi madre estaba demasiado débil para caminar, Rhia y yo confeccionamos unas toscas angarillas tejiendo varios juncos de la duna entre mi cayado y la rama de un marjoleto seco. Mientras trabajábamos, entrelazando los juncos de lado a lado, le expliqué parte de lo que la caracola me había informado y le pedí que nos guiara a través del bosque hasta Arbassa. Sin embargo, cuando pronuncié el nombre del gran árbol, sentí un agudo presentimiento al pensar en regresar allí. No supe por qué.

Rhia, en cambio, no pareció preocupada ni sorprendida al enterarse de que la inscripción grabada en las paredes de Arbassa contenía los secretos que yo necesitaba para encontrar el Pozo del Otro Mundo. Quizá por haber visto a Arbassa proporcionarle tantas respuestas a tantas preguntas en el pasado, se limitó a asentir, sin dejar de rematar los extremos de los juncos. Cuando finalizamos la improvisada camilla, ayudé a mi madre a colocarse encima. Le palpé la frente y noté que le había subido la temperatura. No obstante, a pesar del empeoramiento de su estado, no protestó conscientemente.

No podía decirse lo mismo de Bumbelwy. Apenas habíamos empezado a caminar, él sujetando la parte posterior de la camilla, cuando empezó a realizar una imitación de una caracola parlante. Cuando por fin advirtió que su público no lo consideraba en absoluto divertido, pasó a describir las peculiaridades de su gorro provisto de cascabeles, como si se tratara de una especie de corona real. Como eso también resultó un fracaso, empezó a quejarse de que, cargando con un peso tan grande, podía lesionarse su delicada espalda, perjudicando su capacidad como juglar. No le respondí, aunque estuve tentado de silenciarlo a él y a sus sempiternos cascabeles embutiéndole el gorro en la boca.

Rhia encabezaba la marcha, con el Arpa en Flor colgada en bandolera sobre su musculoso hombro. Yo sostenía la parte delantera de la camilla, pero el peso de mi culpa me parecía la carga más pesada de todas. El simple trayecto por encima de la

duna, pasando junto a la flor acampanada, resultó como una marcha extenuante.

Antes de entrar en el Bosque de la Druma, atravesamos un prado verde. Surcada por arroyos, la hierba del prado se movía en oleadas como la superficie del mar. La superficie rizada de cada riachuelo saltarín orlaba las plantas que crecían a lo largo de las orillas con refulgentes cintas de agua. Pensé en lo hermoso que me habría parecido este lugar en otras circunstancias, de una belleza que no había sido provocada por un instrumento mágico o por un gran mago. Una belleza que sencillamente existía.

Por fin, acompañados por el crujido de las ramitas y las agujas de pino al quebrarse bajo nuestros pies, penetramos en el antiguo bosque. El espléndido prado desapareció y todo se oscureció. El aire estaba aromatizado por intensas resinas, a veces acres, a veces empalagosas. Las ramas altas emitían susurros y chasquidos a nuestro paso. Las sombras parecían escabullirse en silencio por detrás de los árboles.

Una vez más percibí el misterio de este bosque. Era mucho más que una colección de seres vivos de diversas especies. En realidad, era un ser vivo en sí mismo. En una ocasión me había proporcionado mi cayado de marjoletto, pero ahora tuve la convicción de que me estaba espiando, observándome con desconfianza.

Sin querer, introduje los dedos de un pie bajo una raíz prominente. Aunque me encogí de dolor, mantuve firmemente sujeta la camilla. Mi segunda visión se había fortalecido desde la última vez que estuve aquí, pero la escasa iluminación del entorno seguía impidiéndome ver con claridad. La luz del sol sólo incidía en las capas superiores de esa tupida arboleda y sólo unos cuantos rayos dispersos alcanzaban el suelo del bosque. Sin embargo, yo no estaba dispuesto a reducir la marcha para orientarme. No tenía tiempo. Ni tampoco mi madre.

Siguiendo a Rhia, nos internamos cada vez más en el bosque, cargando con la camilla de juncos. La extraña sensación de que los propios árboles nos observaban y espiaban todos nuestros movimientos se hacía más intensa a cada paso que dábamos. Las ramas se agitaban ruidosamente cuando pasábamos por debajo de ellas. Otras criaturas también parecían ser conscientes de nuestra presencia. Con gran frecuencia, detectábamos una cola peluda o un par de ojos amarillos. A menudo, resonaban chillidos y aullidos entre las ramas sumidas en las sombras. Y una vez, desde algún punto muy cercano, oí un fuerte y prolongado sonido de fricción, como si unas afiladas garras arañaran la corteza de un árbol o la piel de un cadáver.

Me dolían los brazos y los hombros, pero aún me dolía más oír los crecientes gemidos de mi madre. Bumbelwy, por fin, parecía lo bastante conmovido por el sufrimiento de la mujer para reprimir sus refunfuños, aunque sus cascabeles seguían repiqueteando. Y mientras Rhia avanzaba por el bosque con la ligereza de la brisa, miraba a menudo hacia atrás con ansia, inquieta por la ocupante de la camilla.

Al cabo de varias horas de marcha entre la umbría espesura, rodeados de musgos y helechos, sentía palpar mis hombros dolorosamente, como si fueran a estallarme. Mis manos, casi insensibles, ya no podían seguir sujetando nada. ¿No había un

camino más corto? ¿Era posible que Rhia se hubiese perdido? Carraspeé para aclararme la garganta reseca, dispuesto a llamarla a gritos.

De pronto, más adelante, divisé una nueva luz entre las ramas. Cuando nos abrimos paso entre una maraña de helechos que se aferraban a mis tobillos y a mis muslos, la luz se hizo más intensa. Los huecos que dejaban los árboles eran cada vez más anchos. Una fresca brisa, aromática como la menta verde, acarició la sudorosa tez de mi frente.

Salimos a un claro cubierto de hierba. En el centro, entre una telaraña de raíces prominentes, se erguía un majestuoso roble. Arbassa. Parecía más viejo y más alto que ninguno de los demás árboles que habíamos visto. Su tronco macizo, de la anchura de cinco o seis árboles fusionados en uno solo, alcanzaba antes de que le brotaran las ramas una altura varias veces superior a la mía. A partir de allí se encumbraba hasta que su copa se confundía con las nubes.

Enclavada en medio de las ramas más bajas, construida con los miembros del propio roble, se hallaba la casita aérea de Rhia. Las ramas se curvaban y retorcían para formar las paredes, el suelo y el techo. Resplandecientes cortinas de hojas verdes cubrían todas las ventanas. Recordé la primera vez que vi la casita de noche, iluminada desde el interior y refulgente como el estallido de una estrella.

Rhia levantó los brazos como ramas ascendentes.

—Arbassa —llamó.

El gran árbol se estremeció y llovió rocío sobre nosotros. Con una punzada de remordimiento, recordé mi torpe intento de que el abedul de las Colinas Oscuras se inclinara ante mí. Ese día, Rhia me llamó niño pequeño por haber intentado algo semejante. Tuviera razón o no, mientras depositaba suavemente la camilla de mi madre sobre la hierba, yo sabía que en el día de hoy había sido algo mucho peor por intentar hacer algo distinto.

—Romero —dijo Elen con voz ronca de tanto gemir. Señaló un matorral provisto de frondosos brotes que crecía cerca del lindero del claro—. Tráeme un poco, por favor.

Con la velocidad del rayo, Rhia arrancó un brote y se lo ofreció.

—Aquí tienes. Es tan aromático que me recuerda las agujas de pino secadas al sol. ¿Cómo lo has llamado?

—Romero. —Mi madre lo aplastó haciéndolo rodar entre las palmas de sus manos, impregnando el aire con su penetrante olor. Se acercó las hojas trituradas al rostro e inhaló profundamente.

Su rostro se relajó una pizca. Bajó las manos.

—Los griegos lo llamaban ¡estrella de la tierra! ¿No es encantador?

Rhia asintió y sus bucles rebotaron sobre sus hombros.

—Y es bueno para el reuma, ¿verdad?

Elen la miró con sorpresa.

—¿Cómo puedes saber eso, chiquilla?

—Cwen, mi amiga, lo utilizaba para las manos. —Una sombra cruzó el rostro de Rhia—. Al menos antes era mi amiga.

—Hizo un pacto con los trasgos —expliqué—. Y casi nos mata de pasada. Era una ar... Rhia, ¿cómo la llamabas?

—Una arbólida. Mitad árbol, mitad persona. Era la última de su especie. —Rhia escuchó unos instantes las susurrantes hojas del roble—. Me cuidó desde que yo era niña, desde que me encontró abandonada en el bosque.

Mi madre se contorsionó por el dolor, pero sus ojos permanecieron clavados en Rhia.

—¿Y echas... echas de menos a tu verdadera familia, niña?

Rhia hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Oh, no. En absoluto. Los árboles son mi familia. Sobre todo Arbassa.

Las ramas volvieron a estremecerse, duchándonos de rocío. Y sin embargo, no pude evitar advertir que, pese a la aparente indiferencia de Rhia, sus ojos grisazulados parecían tristes. Más tristes de lo que nunca los había visto.

Bumbelwy, frunciendo las cejas, la boca y las múltiples papadas, se inclinó sobre la camilla y le tocó la frente a mi madre.

—Tienes mucha fiebre —dijo tétricamente—. Más que antes. Es el momento adecuado para plantear mi acertijo de cascabeles. Es uno de los más graciosos, sobre todo porque no conozco ningún otro. ¿Te lo cuento?

—No. —Lo aparté de un brusco empujón—. ¡Tus acertijos y canciones sólo la pondrán más enferma!

Hizo un puchero y todas sus papadas se bambolearon sobre el cierre de su capa.

—Es cierto, muy cierto, demasiado cierto. —A continuación, se enderezó un poco—. Pero algún día, y recuerda mis palabras, haré reír a alguien.

—¿Eso crees?

—Sí. Quizás incluso a ti.

—De acuerdo. El día que lo consigas, yo me comeré mis botas. —Lo miré ceñudamente—. Ahora lárgate. Eres peor que una maldición, una plaga y un ciclón al mismo tiempo.

Elen gimió al cambiar de posición en la camilla. Empezó a decirle algo a Rhia, con sus ojos azules desmesuradamente abiertos por la angustia. Pero, por alguna razón, se contuvo.

En lugar de seguir, aspiró otra vaharada de romero. Volviendo el rostro hacia mí, me pidió:

—Búscame un poco de bálsamo de limón, ¿quieres? Me ayudará a soportar este dolor de cabeza. ¿Sabes dónde crece?

—No estoy seguro. Quizá lo sepa Rhia.

La aludida asintió, con los ojos todavía ensombrecidos.

—Y un poco de manzanilla, chiquilla, si la encuentras. A menudo brota cerca de los pinos, junto con una pequeña seta blanca con una pelusa roja en el tallo.

—Los árboles me guiarán hasta ella. —Rhia alzó la vista hacia las gruesas ramas de Arbassa—. Pero antes te llevaremos adentro.

Se despojó de sus cómodos zapatos de corteza de árbol y se introdujo en un pequeño hueco que dejaban las raíces. Después, pronunció una larga frase siseante en el idioma de los robles. Las raíces se cerraron sobre sus pies, de modo que ahora parecía un joven plantón enhiesto al lado de Arbassa. Cuando abrió los brazos para rodear con ellos el enorme tronco, una frondosa rama descendió y se apoyó delicadamente sobre su espalda. Acto seguido, la rama se elevó, las raíces se separaron y la corteza se replegó, apartándose para dejar al descubierto una pequeña abertura en el tronco a modo de puerta. Rhia entró y nos indicó por señas que la siguiéramos.

Al inclinarme para recoger el extremo delantero de la camilla, miré a mi madre. La transpiración perlaba sus mejillas y su frente. ¡Qué tormento reflejaba su rostro! Verla así me hacía sentir como si alguien retorciera una lanza clavada en mi pecho. Y sin embargo... No podía librarme de la sensación de que no todo el dolor que sufría hoy se lo había causado yo.

Bumbelwy, refunfuñando para sí mismo, levantó la parte posterior de la camilla. Juntos cruzamos a trompicones el laberinto de raíces, en dirección a la entrada. Cuando me hallaba a sólo dos pasos, la puerta abierta en la corteza empezó a cerrarse. ¡Como la primera vez, el día que conocí a Arbassa! De nuevo, el árbol se negaba a dejarme entrar.

Rhia le chilló. Fue una severa reprimenda de siseos y manotazos. El árbol se estremeció. La remisa puerta dejó de cerrarse y empezó a abrirse lentamente. Rhia me dirigió una entristecida mirada. Después, se volvió y empezó a subir por la nudosa escalera de caracol que ascendía por el interior del tronco. Yo la seguí, agachando la cabeza al cruzar bajo el dintel, y enseguida me asaltaron los olores húmedos y variados como las hojas en otoño después de la lluvia. Y también las increíbles dimensiones del tronco. Arbassa parecía mayor desde dentro que por fuera. Aun así, yo tenía que concentrarme al máximo, a causa de la débil iluminación, para no golpear la camilla contra las paredes ni inclinarla hasta el punto de que mi madre pudiera resbalar y caerse.

Ascendimos con cuidado por las escaleras de madera viva. Una extraña inscripción, enrevesada como la tela de una araña, recorría las paredes. Sus runas entrelazadas ocupaban todo el hueco de la escalera, de arriba abajo. Pero me resultaba tan incomprensible como antes. Mis esperanzas sufrieron un nuevo golpe.

Finalmente, llegamos a la gruesa cortina de hojas que señalaba la entrada a la morada de Rhia. Tras apartarla, entramos en una amplia plataforma de ramas entrelazadas. A nuestro alrededor, los muebles de madera crecían directamente de las ramas entretejidas. Reconocí la mesita baja junto a la estufa de leña, la pareja de robustas sillas, la alacena de color miel con los cantos forrados de hojas verdes.

—Oh —exclamó Elen, incorporándose ligeramente para ver mejor—. Es

precioso.

Hice una seña a Bumbelwy con la cabeza y depositamos la camilla con la máxima suavidad posible. Mientras el juglar se enderezaba con rigidez, las arrugas de su ceño se distendieron casi imperceptiblemente. Miró en derredor, embelesado por el interior de la casa. Mi mente, sin embargo, se había quedado en el hueco de la escalera.

Como si me leyera el pensamiento, Rhia me tocó el brazo.

—Voy a buscar algunas hierbas que tengo para tu madre. —Se descolgó del hombro el Arpa en Flor y la apoyó contra la pared, cerca de la camilla—. Y tú, si aún tienes esperanzas de salvarle la vida, tienes mucho que hacer.

EL SECRETO DE ARBASSA



n las profundidades de Arbassa trabajé con ahínco. Probé todo lo imaginable para encontrar la clave del rompecabezas. Una y otra vez, subí lentamente la escalera de caracol y volví a bajarla, buscando el punto correcto por donde empezar. Retrocedí un paso para escudriñar las paredes en busca de algún patrón. Me acerqué al máximo, apoyando la frente en la fría madera, para examinar cada runa individualmente, por turnos. Todo fue en vano.

Hora tras hora, me empeiné con la misteriosa escritura de las paredes. Una escritura que quizá podía guiarme hasta la cura que Elen necesitaba tan desesperadamente. Pero, aunque la intrincada inscripción grabada parecía repleta de sentidos ocultos, no hallé comprensión alguna por mi parte.

El sol se ocultó y desapareció, y la débil luz que bañaba la escalera se desvaneció por completo. Durante un rato me esforcé por utilizar mi segunda visión, que en la oscuridad era aun menos fiable de lo habitual, hasta que al fin Rhia me trajo una lámpara extraordinaria. Era una esfera del tamaño de mi puño, hecha de fina pero resistente cera de abeja. Por su interior correteaba más de una docena de escarabajos que relucían con una firme luz ámbar, suficiente para iluminar al menos un pequeño segmento de la inscripción.

Pese a estarle agradecido por la lámpara, la acepté sin pronunciar palabra. Lo mismo hice con los dos cuencos, uno lleno de agua y el otro de grandes frutos secos verdes, que Bumbelwy me trajo al cabo de un rato. Excepto cuando tropezó con los peldaños y me derramó la mitad del agua en el cuello, apenas reparé en su presencia. Estaba demasiado absorto en mi trabajo. Y también en mis remordimientos. Pese a toda mi concentración en las extrañas runas, no podía evitar oír los insistentes gemidos y suspiros de la mujer que yacía en el suelo, unos metros más arriba. La mujer que yo había traído a Fincayra.

En el exterior, yo lo sabía, una pálida luna nueva se elevaba por encima del Bosque de la Druma, pintando las ramas de Arbassa con un tenue resplandor

plateado. Me quedaba un mes menos un día para hallar el remedio. Por difícil, quizá imposible, que resultara la tarea, no podía iniciarla hasta que descifrara la inscripción. Y la inscripción parecía reacia a desvelar su secreto.

Apoyé la mano cansadamente en la pared de madera. De pronto, noté una breve chispa de calor procedente de las runas. Fue apenas un cosquilleo en la palma de la mano que se desvaneció enseguida. Sin embargo, tuve la íntima certeza de que esta escritura había sido grabada, efectivamente, por el gran mago Tuatha. ¿Era posible que él supiera que un día, años más tarde, su propio nieto se esforzaría por leer estas misteriosas palabras? ¿Que las palabras supondrían la única esperanza de encontrar las escaleras que conducían al Otro Mundo y al Elixir de Dagda? ¿Y era posible que Tuatha hubiera adivinado que el Elixir sería necesario para salvar la vida de Elen, la mujer a quien una vez predijo que daría a luz a un mago con poderes mayores incluso que los suyos?

¡Menudo mago había resultado ser yo! Cuando no utilizaba un instrumento mágico, ¿qué me habían reportado mis poderes? Nada más que sufrimiento. Para mí y para quienes me rodeaban. No sólo había cegado mis propios ojos, sino que casi acabo con la vida de mi propia madre.

Bajé desganadamente hasta el pie de la escalera. Me acerqué a la pared, alargué la mano sin mucha convicción y toqué la primera de las runas con la yema del dedo. Parecía una especie de girasol vagamente cuadrado con largas barbas enredadas. Repasé sus curvas muy despacio, intentando captar de nuevo un atisbo de su significado.

Nada.

Dejé caer la mano. Tal vez se tratara de una cuestión de confianza. De fe. «He nacido para ser un mago, ¿no? Lo dijo el mismo Tuatha. Yo soy su nieto. Su heredero».

Toqué otra vez la primera runa.

De nuevo, no percibí nada.

«¡Háblame, runa! ¡Te lo ordeno! —Siguió sin ocurrir nada. Descargué un puñetazo contra la pared—. ¡Háblame, te digo! ¡Es una orden!».

Otro gemido lastimero resonó por el hueco de la escalera. Sentí un nudo en el estómago. Dejé escapar el aliento lenta y entrecortadamente. «¡Si no es por mí, que sea por ella! Morirá si no descubro el modo de averiguar tu secreto. —Una lágrima resbaló por mi mejilla—. Por favor. Por ella. Por Elen. Por... mi madre».

Un extraño cosquilleo se transmitió a través de mi dedo. Sentí un hálito de algo que no era todavía una sensación.

Oprimiendo el dedo contra la runa, me concentré con más empeño. Pensé en Elen, tumbada en un suelo de ramas entrelazadas. Pensé en su amor por mí. Pensé en mi amor por ella. La madera estaba cada vez más caliente bajo mi dedo. «Ayúdala, por favor. Me ha dado tanto...».

Lo comprendí de golpe. La primera runa revelaba su significado directamente a

mi cerebro, con una profunda y sonora voz que yo no había oído nunca, pero que, de algún modo, conocía desde siempre: «Estas palabras se leerán con amor o no se leerán».

Entonces, llegó lo demás. En un caudaloso y embravecido río de palabras, un impetuoso torrente que me derribó y arrastró consigo. «Los Siete Cantares de la Hechicería, hasta el Otro Mundo serán vuestra guía, aunque nadie albergue esperanza alguna, porque son a un tiempo una melodía y muchas...».

Presa ahora de una gran excitación, leí runa a runa toda la inscripción, remontando uno por uno los peldaños de la escalera. Me detuve a menudo, repitiendo las palabras en silencio antes de proseguir. Cuando por fin llegué arriba del todo, los primeros rayos del sol se colaban por el hueco de la escalera y danzaban temblorosos sobre las runas. En el transcurso de la noche, los Siete Cantares habían quedado grabados en las paredes de mi mente del mismo modo que un día fueron tallados en las paredes de Arbassa.

UNA MELODÍA Y MUCHAS



Subí el último tramo de escalera y atravesé una cortina de hojas. Mi madre todavía estaba tendida en el suelo, aunque ya no sobre la camilla. Al oírme entrar, se agitó bajo una ligera manta plateada, tejida con seda de mariposa nocturna, y trató de hacer un esfuerzo para levantar la cabeza. Rhia estaba sentada a su lado con las piernas cruzadas y el rostro contraído por la preocupación. Bumbelwy, apoyado en la pared más alejada, me miró desconsoladamente.

—He leído la inscripción —anuncié sin orgullo—. Ahora debo intentar hacer lo que dice.

—¿Puedes contarnos algo? —susurró Elen. La rosada luz del amanecer que se colaba por las ventanas maquillaba la pálida tez de sus mejillas—. ¿Cómo empieza?

Me arrodillé a su lado con expresión sombría. Estudié su rostro, tan dolorido y, sin embargo, tan lleno de amor. Y recité:

*Los Siete Cantares de la Hechicería
hasta el Otro Mundo serán vuestra guía,
aunque nadie albergue esperanza alguna,
porque son a un tiempo una melodía y muchas.*

—Aunque nadie albergue esperanza alguna —repitió Bumbelwy, con la mirada ausente fija en su gorro—. Es cierto, muy cierto, demasiado cierto.

Lo fulminé con la mirada, mientras Rhia recogía una almohada perfumada con esencia de pino.

—¿Qué significa eso de una melodía y muchas?

—No estoy seguro. —Observé cómo deslizaba la almohada bajo la cabeza de mi madre—. Pero sigue diciendo que cada uno de los Siete Cantares forma parte de lo que llama «el glorioso y gran Canto de las Estrellas», de modo que quizá tenga algo

que ver con eso.

—Claro que sí, hijo mío. —Elen me contempló unos instantes—. ¿Qué más decían las palabras?

—Muchas cosas. —Suspiré—. La mayor parte no lo entiendo. Algo sobre plantones y círculos, y las fuentes ocultas de la magia. Y sobre que la única diferencia entre la magia buena y la mala es la intención de aquel que la emplea. —Tomé de la mano a mi madre—. Después, llegué a los Siete Cantares propiamente dichos. Empiezan con una advertencia:

*Descubre la verdad
que hay en cada Cantar
antes de continuar
con esta tonadilla,
pues como un árbol es,
que crece sin parar,
cuando en su origen fue
una simple semilla.*

Hice una pausa, recordando que incluso el poderoso Arbassa, en cuyos brazos descansábamos ahora, empezó siendo una simple semilla. No obstante, eso mejoró poco mi ánimo cuando me acordé de las palabras que seguían:

*Busca los Siete Cantares
en orden, porque las partes
forman la esencia del todo.
Pero antes descubre el fondo
del alma esencial presente
en cada Cantar que aprendes.*

—El alma esencial presente en cada Cantar —repitió Rhia—. ¿Qué crees que significa eso?

Acaricié las ramas entretreídas que formaban el suelo.

—No tengo ni idea. Ninguna en absoluto.

Mi madre me oprimió la mano débilmente.

—Recítanos los Cantares.

Todavía reflexionando sobre la pregunta de Rhia, entoné:

*Para empezar, hay que Cambiar,
como la arbólida sabe.
Después es necesario Atar,*

el Lago del Rostro lo hace.

*Proteger es la habilidad
que conocen los enanos,
y el secreto arte de Nombrar
se cultiva aún en Eslantos.*

*Un gran poder hay en Saltar
que hoy en Varigal se enseña.
Lo siguiente es Eliminar,
y el dragón duerme en su cueva.*

*Ver es el último Cantar,
en la Isla Olvidada oculto.
Con eso ya puedes buscar
el Pozo del Otro Mundo.*

*Mas no pretendas encontrar
sin los Cantares el Pozo,
pues el peligro acechará
por el ogro de un solo ojo.*

El silencio se adueñó de la habitación. Ni siquiera los cascabeles de Bumbelwy tintineaban.

Por fin, hablé con voz queda:

—No sé cómo voy a hacer todo lo que los Cantares exigen y volver aquí antes...

—De que yo muera. —Elen acercó una mano a mi mejilla—. ¿Existe algún modo de convencerte para que no vayas, hijo mío? —Su brazo volvió a caer lánguidamente—. Al menos estaríamos juntos hasta el fin.

—¡No! Lo que te ocurre es culpa mía. Debo intentar encontrar el remedio, aunque las probabilidades sean de una entre un millón.

Su rostro, ya pálido, se puso aún más blanco.

—¿Incluso si eso significa tu propia muerte, además de la mía?

Rhia me tocó el hombro comprensivamente. De pronto, algo se agitó en mi memoria y recordé a alguien más que había perdido, el valiente esmerejón que murió en la lucha por destruir el Castillo Velado. Habíamos decidido llamarlo Problemas, y ningún nombre habría sido más apropiado. Aun así, sus proezas tuvieron más resonancia incluso que sus airados chillidos junto a mi oreja. Me pregunté si su espíritu seguiría viviendo en el Otro Mundo. Y si, en el caso de que yo fracasara en mi misión, me reuniría con él allí, además de con mi madre.

Elen se puso tensa, con los puños crispados, mientras otro espasmo de dolor recorría su cuerpo. Rhia preparó en un cuenco una poción amarilla de un olor tan

agradable como el de caldo de buey. Con cuidado, ayudó a mi madre a beber unos sorbos, pero no pudo evitar que se derramara un poco por el suelo. Después, alzando el cuenco, Rhia chasqueó la lengua con fuerza repetidamente.

Desde lo alto de la alacena, una ardilla de grandes ojos castaños saltó al suelo y trepó por el costado de mi amiga. Apoyó una pata en su muslo, meneando su peluda cola. Casi antes de que Rhia chasqueara otra orden, la ardilla le arrebató el cuenco de las manos. Con un agudo chillido a modo de respuesta, se alejó dando brincos, sujetando el cuenco con los dientes.

—Es Ixtma —explicó a mi madre—. La encontré en un bosque cercano, con una pata rota. Se la curé y desde entonces me visita a menudo y me ayuda siempre que puede. Le he pedido que vuelva a llenarte el cuenco, después de cortar un poco más de manzanilla.

A pesar de su estado, mi madre pareció a punto de echarse a reír.

—Eres una chica asombrosa, sin duda. —Después, su rostro se tensó, mientras las sombras de las hojas bailaban sobre su cabello dorado—. Sólo desearía tener más tiempo para conocerte.

—Lo tendrás —declaró Rhia—. Cuando regresemos con el remedio.

—¿Regresemos? —La miré estupefacto—. ¿Quién ha dicho que tú vendrás?

—Yo —respondió con calma, cruzándose de brazos—. Y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión.

—¡No! ¡Rhia, podrías morir!

—Aun así, te acompañaré.

El suelo y las paredes de la casa crujieron porque Arbassa se bamboleó de lado a lado. Yo no podía asegurar que una repentina racha de viento hubiera sacudido sus ramas, pero sospeché que el viento no soplaba en el exterior, sino en el interior.

—¿Y por qué quieres venir conmigo? —exigí saber.

Rhia me miró de una manera muy rara.

—Te pierdes fácilmente.

—No insistas más en eso, ¿quieres? ¿Qué hay de mi madre? Alguien tiene que...

—Ixtma se ocupará. Ya lo hemos dispuesto todo.

Me mordí el labio. Volviéndome hacia Elen, le pregunté, exasperado:

—¿Todas las chicas son tan obstinadas?

—No. Sólo las que tienen instintos claros. —Sus ojos se desviaron hacia Rhia—. Me recuerdas a mí misma, chiquilla.

Rhia se ruborizó.

—Y tú me recuerdas a... —Su voz se apagó—. Te lo diré cuando regresemos.

Bumbelwy carraspeó para llamar la atención.

—Yo me quedaré.

Solté un respingo.

—¿Qué?

—He dicho que yo me quedaré. Le haré compañía durante el horrendo trance de

la agonía. Será algo tremebundo, absolutamente funesto, eso lo sé con toda seguridad. Pero quizá yo pueda aligerar un poco su insoportable carga. Desempolvaré mis canciones más alegres, mis chistes más graciosos. Es lo adecuado para alguien atenazado por el horror de la muerte.

—¡No harás nada semejante! —Descargué un puñetazo sobre la mesa de madera —. Tú... vendrás con nosotros.

Bumbelwy abrió desmesuradamente sus oscuros ojos.

—¿Quieres que vaya?

—No. Pero vendrás de todos modos.

—¡Merlín, no! —Rhia abrió los brazos envueltos en hojas—. Por favor, no lo dejes venir.

Sacudí la cabeza con determinación.

—No es que quiera que nos acompañe. Lo que quiero es alejarlo de mi madre. Lo que el llama humor la mataría en una semana, en lugar de en un mes.

Elen alargó una mano temblorosa hacia mí y me acarició la mejilla cubierta de cicatrices.

—Si tienes que irte, quiero que escuches lo que tengo que decir. —Clavó en mí sus ojos zafirinos, de modo que casi pude sentir su penetrante mirada atravesando mi piel—. Y lo más importante, quiero que sepas que, aunque yo muera antes de tu regreso, para mí ha merecido la pena sólo por verte una vez más.

Aparté el rostro.

—Y otra cosa, hijo mío. En el tiempo que he vivido, apenas he aprendido nada, pero una cosa sí sé: todos, incluida yo, albergamos en nuestro interior la crueldad de una serpiente y la candidez de una paloma.

Me aparté el flequillo de la frente.

—¡Yo tengo una serpiente, eso seguro! Pero nunca creeré que tú también. Nunca.

Suspiró cansinamente y sus ojos recorrieron las ramas entretejidas que formaban la habitación.

—Te lo diré de otro modo. De niño te gustaban mucho mis relatos sobre los antiguos griegos. ¿Recuerdas el de una joven llamada Psyche?

Desconcertado, asentí con un movimiento de cabeza. De nuevo, sus ojos azules parecieron inspeccionarme.

—Bien, pues la palabra griega psyche tiene dos significados. Unas veces significa mariposa y otras significa alma.

—No comprendo.

—La mariposa es un maestro de la transformación, ya lo sabes. Cambia de forma, de un simple gusano al ser más bello que existe. Y el alma, hijo mío, puede hacer lo mismo.

Tragué saliva.

—Lo lamento, madre.

—No lo lamentes, hijo mío. Te quiero. Os quiero a todos.

Me agaché y besé su frente ardiente. Me dedicó una vacilante sonrisa y luego volvió el rostro hacia Rhia.

—Y para ti, chiquilla, tengo esto. —Sacó de un bolsillo de su túnica azul un amuleto de ramitas atadas con un hilo rojo—. Un amuleto de roble, fresno y endrino. Llévatelo. ¿Ves que los brotes están creciendo con renovada vida? Están a punto de florecer, igual que tú. Consérvalo, te infundirá valor. Y te recordará que debes confiar en tus instintos. Hazles caso, porque son la voz de la Naturaleza, la madre de todos nosotros.

Los ojos de Rhia brillaban mientras cogía el regalo y lo sujetaba hábilmente a su vestido tejido con enredaderas.

—Les haré caso, lo prometo.

—Creo que ya lo haces.

—Es cierto —admití—. Es famosa por recordar a los demás que confíen en las moras.

Rhia se sonrojó, pero siguió jugueteando con el amuleto de roble, fresno y endrino.

—Por supuesto —masculló Bumbelwy—, para mí no tienes nada.

Lo miré con acritud.

—¿Por qué iba a tener algo para ti?

—Pues sí tengo algo —dijo fatigadamente Elen—. Tengo un deseo.

—¿Un deseo? —El escuálido personaje se acercó y se arrodilló en el suelo de ramas—. ¿Para mí?

—Deseo que algún día hagas reír a alguien.

Bumbelwy agachó la cabeza.

—Gracias, mi señora.

—Merlín —susurró mi madre—. Quizá tus Siete Cantares sean como los siete trabajos de Hércules. ¿Los recuerdas? Se consideraban tareas imposibles y, sin embargo, él las realizó todas y sobrevivió.

Aunque asentí, no me sentí mejor. Pues el trabajo más difícil de Hércules fue sostener el mundo entero sobre sus hombros durante un tiempo. Y el peso que soportaba yo ahora no me parecía inferior a ése.



SEGUNDA PARTE

TUATHA



La puerta enmarcada por la corteza se abrió rechinando y abandoné el interior de Arbassa. Antes de salir del hueco de la escalera sumido en sombras, inspiré por última vez la húmeda fragancia de la cara interna de las paredes... y eché una mirada a las runas grabadas por Tuatha hacía ya tanto tiempo. Volví a leer las palabras de advertencia que perturbaban mi mente más que las otras.

*Busca los Siete Cantares
en orden, porque las partes
forman la esencia del todo.
Pero antes descubre el fondo
del alma esencial presente
en cada Cantar que aprendes.*

¿Qué significaba la última frase? El alma esencial de cada Cantar. Ya me resultaría bastante difícil descifrar el sentido de los Siete Cantares, pero dominar el alma esencial de cada uno me parecía definitivamente imposible. Ni siquiera se me ocurría por dónde empezar.

Rhia salió a la hierba por la puerta abierta. Su cabello castaño rizado reflejaba un rayo de luz que atravesaba las ramas de Arbassa. Se agachó y acarició una de las raíces del gran árbol. Cuando se incorporó, sus ojos buscaron los míos.

—¿Estás segura de que quieres venir? —le pregunté.

Asintió y dio una última palmadita a la raíz.

—No será fácil, eso seguro. Pero tenemos que intentarlo.

Al oír los tintineantes cascabeles de Bumbelwy por el hueco de la escalera, meneé la cabeza.

—Y con su compañía, será aún más difícil.

Rhia ladeó la cabeza hacia la entrada.

—Preferiría escuchar todo el día un arpa rota que oír esos cascabeles. Me recuerdan a una tetera de hierro rodando por la ladera de una colina.

Me acordé de la melodiosa música del Arpa en Flor, una música que me había acompañado durante tantas semanas. Para no arriesgarme a que sufriera daños, decidí no llevar el Arpa, y la dejé a buen recaudo junto a la estufa de Rhia. Arbassa la protegería. Con todo, yo sabía que echaría de menos sus armoniosos acordes. Y algo más.

Estudié el rostro de Rhia, tan afligido como el mío.

—Nunca debí apartarme de mi tarea en las Colinas Oscuras. Puse en peligro a toda Fincayra. Y ahora he hecho lo mismo con mi madre. —Clavando la punta de mi cayado en la hierba, suspiré—. La verdad es que no merecía encargarme del Arpa. Tú me has visto pavoneándome con ella por ahí, como si fuera una especie de mago. Bueno, pues no soy ningún mago, Rhia. No tengo bastantes poderes. Ni soy lo suficientemente sabio.

Sus cejas se arquearon ligeramente.

—Creo que ahora eres algo más sabio.

—¡No lo suficiente para dominar las almas de los Cantares! Ni siquiera sé por dónde empezar.

El tupido dosel vegetal que se extendía sobre nuestras cabezas se agitó repentinamente. Las ramas se mecían con fuerza y chocaban unas con otras, descargando una lluvia de hojas y ramitas en el suelo. Aunque los árboles más pequeños que rodeaban a Arbassa se mantenían perfectamente inmóviles, el gran roble se bamboleaba como si lo azotara un fuerte vendaval.

Un miedo cerval se apoderó de mí. Aferré a Rhia por el brazo.

—¡Ven! Antes de que nos caiga encima una rama.

—Tonterías. —Rhia se soltó de una sacudida—. Arbassa jamás haría eso. Escucha.

Mientras me sacudía las hojas del pelo, advertí que los susurros y chasquidos de las ramas no eran los únicos sonidos. Uno se repetía una y otra vez. Tttuuuaaatthhhaaa. Tttuuuaaatthhhaaa. El murmullo se fue apagando lentamente, hasta que las ramas se quedaron inmóviles. El majestuoso árbol se erguía ante nosotros exactamente como antes. Pero algo había cambiado, porque aunque yo seguía sin saber nada acerca de las almas de los Cantares, ahora tenía cierta idea de dónde ir para averiguarlo.

—La tumba de Tuatha —anuncié—. Nuestra búsqueda empieza allí.

Rhia se mordisqueó el labio.

—Si Arbassa cree que eso puede servirnos de ayuda, yo también lo creo. Pero no me gusta la idea de ir a ese lugar. No me gusta ni pizca.

En ese preciso instante, Bumbelwy, con un aspecto más apesadumbrado de lo habitual, asomó la cabeza por la entrada abierta en el tronco. Salió dando traspiés por

la hierba, con los brazos cruzados sobre el vientre.

—¡Menuda tormenta! Me ha dejado el estómago completamente revuelto. —El espigado personaje se irguió en toda su estatura, sacudiendo los cascabeles de su gorro—. Pero no temáis, no temáis nada. Ese tipo de tiempo me sigue a todas partes, por eso estoy acostumbrado.

Rhia y yo intercambiamos miradas de preocupación.

—No me he echado atrás —prosiguió, frotándose el costado—. Aunque esta nueva lesión me hará más difícil entreteneros por el camino. ¡Aun así, un juglar debe intentar hacerlo lo mejor que pueda!

Se cubrió la cabeza con la capucha y empezó a dar saltos alrededor de Arbassa, haciendo sonar los cascabeles con una irregular cadencia.

Fruncí el ceño.

—Es mejor que nos intentes entretener a nosotros que a mi madre.

Bumbelwy empujó la capucha hacia atrás.

—Oh, quédate tranquilo —dijo distraídamente—. Aún le queda mucho tiempo. Tiene por delante casi un mes de dolor constante, antes de su muerte segura. —Contempló pensativamente la casa aérea de Rhia—. Si quieres, puedo volver y hacer que suelte unas carcajadas antes de marcharnos.

Levanté mi cayado para atizarle.

—¡Idiota! ¡Tienes menos talento para hacer reír a la gente que un cadáver en descomposición!

Todos sus mentones se arrugaron.

—Espera y verás. Algún día haré reír a alguien. Lo sé.

—Ya puedo saborear mis botas —respondí despectivamente, bajando el cayado.

El inmenso tronco de Arbassa crujió y la puerta se cerró lentamente. Observé el tronco, recorriéndolo con la mirada hasta la copa, donde desaparecía entre una maraña de ramas y hojas. Durante unos segundos atisé entre las ramas, entretejidas como las fibras de un tapiz viviente. Las hojas refulgían al sol; el musgo brotaba como pelusa debajo de cada rama.

—¿Tú crees que algún día Arbassa me abrirá las puertas de buen grado? —pregunté a Rhia—. ¿Tal vez incluso con alegría?

Al oírme, el árbol entero se estremeció, dejando caer más hojas y fragmentos de corteza sobre nosotros. Los párpados de Rhia se entornaron.

—Arbassa se muestra muy protector conmigo, eso es todo.

Escudriñé sus ojos grisazulados.

—No estás obligada a venir.

—Lo sé. —Hizo un mohín con los labios, pensativa—. Pero ¿estás seguro respecto a lo de ir a la tumba de Tuatha?

Bumbelwy jadeó, retorciéndose las manos.

—¿La sepultura del gran mago? Nadie va allí. Es decir, nadie que haya sobrevivido. Ese sitio está encantado, es un lugar terrible. Es cierto, muy cierto,

demasiado cierto.

—Pues allí vamos —le espeté.

—Pero yo no puedo guiarte —protestó Rhia—. Ni siquiera sé dónde está.

—Yo sí. Ya he estado allí, una o quizá dos veces, aunque necesito ir de nuevo para estar seguro. —Froté el mango de mi cayado, perfumando el aire con el olor a marjoleto—. Si tú nos conduces hasta aquel gran pantano que se extiende al pie de las Colinas Brumosas, yo puedo seguir desde allí.

Rhia sacudió sus rizos dubitativamente.

—Así perderíamos un tiempo precioso.

Bumbelwy meneó la cabeza con un tintineo.

—Perderemos más que eso.

—Pues que así sea. —Golpeé la hierba con mi cayado—. Vámonos.

Rhia dirigió una mirada de añoranza a las ramas de Arbassa y luego dio media vuelta y cruzó el prado de alta hierba hasta desaparecer por un hueco entre dos árboles. Yo la seguí. Bumbelwy cerraba la marcha, refunfuñando para sí mismo sobre tumbas encantadas y magos vengativos.

Durante un rato seguimos una sinuosa pista forestal surcada de huellas de zorro, oso y lobo, además de otras que no conseguí identificar. Más adelante, el camino se esfumaba y tuvimos que atravesar penosamente una ancha franja de árboles caídos, derribados por alguna tormenta desenfrenada. Cuando, con las canillas surcadas de arañazos y sangrando, encontramos de nuevo el camino entre los pinos y cedros que entorpecían nuestro avance, Rhia nos condujo a un terreno más elevado. Allí, las coníferas estaban más espaciadas, lo que permitía que llegaran al suelo del bosque más rayos de luz. Eso favorecía mi segunda visión, por lo que al menos logré evitar los tropiezos con cada raíz y las lanzadas que me asestaban todas las ramas.

Aun así, no resultaba fácil seguirle el paso a Rhia. Como a mí, la impulsaba lo apremiante de nuestra situación. Y, quizá, la tentadora posibilidad de perder a Bumbelwy en algún rincón del bosque. Pero gracias a sus largas y delgadas piernas, el juglar conseguía no retrasarse, quebrando ramas y hojas a cada paso. Entretanto, Rhia se movía con la agilidad de un ciervo, en ocasiones emprendiendo una rápida carrera para remontar una pendiente. Al verla, recordé la historia de la griega Atalanta, la muchacha capaz de correr a una velocidad increíble. Pero al mismo tiempo que sonreía por la comparación, fruncí el ceño al pensar en la mujer que me había contado la historia.

Me esforcé por mantener el paso. Mis ojos invidentes me escocían por el sudor. A medida que el sol se elevaba por encima de nosotros, la humedad del terreno era más patente. El musgo crecía en todos los troncos de árbol, del suelo manaban borboteantes arroyuelos y el lodo embadurnaba nuestras botas. Cada vez eran más frecuentes los charcos de agua estancada. Fue el olor, no la vista de este terreno, lo que reconocí. Rancio, siniestro y putrefacto, estaba clavado en mi memoria como garras en la carne.

—Por aquí —anuncié, torciendo hacia el este.

Rhia se dispuso a seguirme caminando liviana por el barro, a diferencia de Bumbelwy, que resbalaba y tropezaba constantemente justo detrás de ella. Los conduje hasta un grupo de cedros inmersos en las sombras. Los ruidos del bosque se fueron extinguiendo progresivamente, dejando paso a una quietud sobrenatural. Ni siquiera el susurro de las alas de un pájaro interrumpía el silencio.

Me detuve al llegar al lindero de la arboleda. Con una mirada hacia atrás, indiqué a los demás que se quedaran donde estaban. Rhia empezó a hablar, pero alcé una mano para acallarla. Lenta y cautelosamente, avancé en solitario.

Una súbita racha de viento atravesó los cedros, sacudiendo sus ramas. En lugar de emitir sus chasquidos y crujidos habituales, vibraron de una forma extraña, como si entonaran un quedo canto fúnebre. Un canto a la pérdida y a la añoranza. Un canto a la muerte. La arboleda se oscureció, hasta que apenas pude distinguir el contorno de mis botas en el suelo cubierto de hojas muertas. A mi alrededor, por todas partes, el lamento de las ramas se intensificó. Por fin, me interné en el pequeño claro formado por el círculo de viejos cedros que yo sabía que marcaban la tumba de Tuatha.

Lenta, muy lentamente, el claro se iluminó. Pero la nueva luz no procedía del sol, sino de los venerables cedros, cuyas bamboleantes ramas habían empezado a relucir con un espectral brillo azul. Al ver las ramas meciéndose al viento como las barbas de unos ancianos, me pregunté si estos árboles albergarían las almas de los discípulos de Tuatha, condenados a vigilar este sepulcro en un velatorio eterno.

Yo ya había visitado este lugar en dos ocasiones, ahora estaba seguro. Una vez, no hacía mucho tiempo. Y la otra, cuando era niño, cuando me trajeron aquí sobre la grupa del caballo de mi padre, Ionn, para presenciar el funeral de Tuatha. Recordaba muy poco de aquella ceremonia, excepto la sensación de duelo que se respiraba en la arboleda.

Mi mirada se posó en un estrecho túmulo de tierra que se elevaba en el centro del claro. Doce piedras pulidas, perfectamente redondas, señalaban su contorno. Refulgían como hielo azul. Al acercarme un poco, me sorprendió la longitud del túmulo. O Tuatha había sido enterrado con el sombrero puesto o bien fue un hombre realmente alto.

—Ambas cosas son ciertas, jovenzuelo insolente.

La profunda voz me habló al oído. Era la misma que había oído cuando intentaba descifrar las runas del interior de Arbassa. Inexplicablemente, tuve la certeza de que era la voz del propio Tuatha. Sin embargo, más allá del miedo, más allá del respeto, sentía un extraño anhelo. Concentrando mi mente en el túmulo funerario, expresé en palabras mis pensamientos.

—Desearía haberte conocido, gran mago.

Las piedras azules centellaron con más viveza, hasta que eclipsaron el círculo de viejos cedros. En su interior, parecían arder unas velas, cuyas llamas provenían del mismísimo espíritu de Tuatha.

—Quieres decir que desearías que te hubiera salvado de tu propia imprudencia.

Me revolví con incomodidad, arañando el suelo con la punta de mi cayado.

—Eso también. Pero, además, desearía haberte conocido sólo para estar contigo. Para aprender de ti.

—Esa posibilidad nos fue arrebatada —declaró la voz con amargura—. ¿Y sabes por qué?

—¿Porque fuiste abatido por el ogro Balor?

—¡No! —tronó Tuatha, con lo que las piedras se encendieron como antorchas—. Has contestado cómo, no por qué.

Tragué saliva.

—Yo... no sé por qué.

—¡Entonces piensa con más empeño! ¿O acaso tienes el cráneo tan duro como tu padre?

Sentí arder mis mejillas por la ofensa, pero no dejé traslucir mi indignación. Arrugué la frente, sondeando mi mente en busca de la respuesta. De pronto, recordé las palabras de advertencia de Cairpré a las puertas de la Villa de los Bardos.

—¿Fue por... hubris?

—¡Sí! —exclamó el espíritu de Tuatha—. Mi defecto más grave, y también el tuyo.

Incliné la cabeza, demasiado consciente de que su afirmación era cierta.

—Gran mago, no merezco tu ayuda. Pero Elen sí. Y si puedo albergar alguna esperanza de salvarla, debo saber algo.

Las piedras titilaron ominosamente.

—¿Cómo sé que no la abandonarás, como has abandonado las Colinas Oscuras, siguiendo los designios de Rhita Gawr?

Me estremecí.

—Te doy mi palabra.

—También le diste tu palabra al Gran Concilio.

—¡No la abandonaré! —Recorrí con la mirada el círculo de cedros, que parecían agitar sus ramas con desaprobación. Con una voz que era apenas un susurro, añadí—: Ella lo es todo para mí.

Durante un largo instante, no oí nada más que el rumor de las hojas. Al cabo, las piedras azules relucieron de nuevo.

—De acuerdo, novato. ¿Qué es lo que quieres saber?

Di un cauteloso paso hacia el túmulo.

—Necesito saber qué significa encontrar el alma de un Cantar.

Las piedras llamearon intensamente.

—Ah, el alma de un Cantar. ¡Tanto y a la vez tan poco! Verás, jovenzuelo inexperto, por breves que puedan parecerte los Siete Cantares que has leído, desvelan el origen secreto de las siete artes básicas de la hechicería. Cada Cantar no es más que un principio, un punto de partida que conduce a un conocimiento y un poder que

escapan a tu imaginación. ¡Yo diría que la desbordan por completo! Y cada Cantar consta de tantos versos que tardarías siglos en aprenderte sólo unos cuantos.

—Pero ¿qué es el alma de un Cantar?

—¡Paciencia, mozalbeta imberbe! —Las piedras parecían arder como ascuas—. El alma de un Cantar es su verdad esencial. Su principio básico. Encontrarla es tan difícil como captar el aroma de una flor silvestre desde la orilla opuesta de un gran lago. No se ve, no se puede tocar y, sin embargo, debes conocerlo.

Sacudí la cabeza.

—Eso parece difícil incluso para un mago, y mucho más para un muchacho.

Las ramas se menearon más enérgicamente mientras la voz de Tuatha proseguía:

—Aún puedes llegar a ser un mago, jovenzuelo; es decir, si sobrevives. Pero recuerda esto: con el escaso tiempo de que dispones, sentirás la tentación de saltarte alguno de los Cantares. ¡Resístete a semejante temeridad! No intentes encontrar el Pozo del Otro Mundo hasta que hayas descubierto las almas de todos los Cantares. Presta atención a lo que digo. Encontrar sólo cinco o seis no es mejor que no encontrar ninguno. Sin los siete completos, perderás algo más que la ocasión. Perderás la propia vida.

Tomé aliento con inseguridad.

—¿Cómo lo sabré, gran mago? ¿Cómo sabré cuándo he encontrado el alma de cada Cantar?

En ese instante, una columna de llamas azules surgió de las piedras. Crepitó y siseó mientras ascendía por los aires y se estrelló contra el mango de mi cayado como si fuera un rayo azul. Me tambaleé por la violencia del impacto, pero conseguí no soltar el cayado. Sólo notaba los dedos un poco chamuscados.

La voz gutural volvió a resonar en mis oídos.

—Lo sabrás.

Palpé mi cayado. Parecía el mismo de siempre, pero, de algún modo, supe que ya no lo era.

—Ahora debes irte, jovenzuelo. Recuerda lo que te he dicho. —La luz de las piedras empezó a desvanecerse—. Te deseo que sobrevivas para visitar una vez más mi tumba.

—Por favor —supliqué—, dime una cosa más. ¿Es cierta la profecía de que sólo un niño de sangre humana puede derrotar a Rhita Gawr o a Balor, su sirviente?

El resplandor no se avivó. No oí otro ruido que el melancólico murmullo de las ramas.

—Dímelo. Por favor.

Al final, las piedras centellearon débilmente.

—La profecía puede ser verdadera y puede ser falsa. No obstante, aunque sea verdadera, la verdad tiene a menudo más de una cara. Ahora... ¡márchate! Y no vuelvas hasta que seas más sabio de lo que te correspondería por tu edad.

EXTRAÑOS COMPAÑEROS DE CAMA



uando abandoné el bosquecillo, los árboles guardaron de nuevo un siniestro silencio. Empuñé con firmeza mi cayado, consciente de que, como yo mismo, había sido tocado por el espíritu de Tuatha. Y que, como yo, nunca más sería el mismo.

Rhia y Bumbelwy vinieron hacia mí cuando salí de entre los cedros. Aunque caminaban una al lado del otro, el contraste entre ambos no podía haber sido más vivo. Ella se movía con la agilidad de un zorro joven y se vestía con el follaje del bosque. Él, rígido y sombrío como un tocón de árbol, se cubría con una pesada capa parda y, naturalmente, un gorro de cascabeles colgantes. Con todo, al menos por ahora, eran mis compañeros.

Rhia extendió el brazo y me rodeó el dedo índice con uno de los suyos.

—¿Qué has descubierto?

Le oprimí el dedo.

—Algunas cosas. Muy pocas.

—Eso no es suficiente —dijo Bumbelwy—. Nada es nunca suficiente.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Rhia, mirando de reojo las sombras que proyectaban las ramas a mi espalda.

Mordisqueándome el labio, rememoré el primero de los Siete Cantares.

—Bueno, tengo que encontrar como sea el alma del arte de Cambiar. Y para eso, necesito encontrar a un arbólido. Para empezar hay que Cambiar, como la arbólida sabe. —Contuve el aliento—. Pero, oye, ¿no dijiste que Cwen era la última de los arbólidos?

Rhia asintió tristemente. Comprendí que aún estaba dolida por la traición de Cwen.

—Ella era la última. La última de todos. Y lo más probable es que también haya muerto. Posiblemente se desangró, después de que aquel trasgo le seccionara el brazo.

Hice rodar el retorcido mango del cayado en mi mano.

—Pero entonces, ¿cómo voy a encontrar el alma del primer Cantar? Guarda relación con los árbólidos.

Rhia enterró las manos entre sus rizos.

—¡Se te dan bien los retos, Merlín! Tu única esperanza es ir a Faro Lanna, el hogar ancestral de los árbólidos. Aunque no creo que encuentres gran cosa tampoco allí.

—¿Está muy lejos?

—Mucho. Hay que llegar al extremo meridional de Fincayra. Y tendremos que cruzar la Druma en toda su extensión, lo cual nos frenará todavía más. La única manera de evitarlo sería atajar por las Colinas Brumosas hasta llegar a la costa y luego dirigirnos hacia el sur..., pero eso significaría pasar por la tierra de las piedras vivas. ¡No es una idea sensata!

La cabeza de Bumbelwy se movió enérgicamente de lado a lado para secundar a mi amiga.

—Un sabio consejo, jovencita. Las piedras vivas tienen una apetencia desaforada por los viajeros. —Tragó saliva, lo que hizo temblar sus mentones superpuestos—. En especial por los juglares, según me han contado.

—Pues deben de tener un estómago a toda prueba —añadí sarcásticamente. Encarándome con Rhia, le pregunté—: ¿No es ésa la región donde vive la Gran Elusa?

Bumbelwy se estremeció.

—¡Otra razón excelente para evitarla! Incluso las piedras vivas temen a esa araña monstruosa. Su apetito es mayor que el de aquéllas. Mucho mayor.

Inspiré una gran bocanada de aire perfumado por las ramas circundantes.

—De todos modos, Rhia, quiero que nos lleves por el camino más corto, a través de las Colinas Brumosas.

Tanto la chica como el juglar se sobresaltaron. Incluso los silenciosos cedros hicieron vibrar sus ramas, como si respiraran entrecortadamente por el asombro.

Rhia me miró con incredulidad.

—¿Hablas en serio?

—Absolutamente en serio. —Me aparté el flequillo de la frente—. Si podemos ahorrarnos un día, o incluso una hora, de ello podría depender la vida de mi madre.

Bumbelwy, con el rostro cubierto de profundas arrugas que parecían esculpidas, aferró la manga de mi túnica.

—No lo hagas. Esas colinas son mortales.

Me zafé de una sacudida.

—Si prefieres quedarte con Tuatha, es por ahí. —Mientras sus ojos se abrían al máximo, golpeé con mi cayado el suelo regado de agujas de pino—. Nos vamos.

Dejamos atrás la arboleda umbría y recorrimos el encharcado territorio. Sin contar el incesante tintineo de los cascabeles de Bumbelwy, avanzábamos en silencio.

Por lo menos, pensé tristemente, la Gran Elusa nos oirá llegar. Pero ¿la oiremos nosotros? ¿Y reprimirá su apetito el tiempo suficiente para recordar que en una ocasión nos recibió a Rhia y a mí como invitados en su caverna de cristal? Sentí que las piernas no me sostenían al pensar en sus babeantes fauces.

Mientras chapoteábamos por el cenagoso terreno, los árboles eran cada vez más escasos, y pude distinguir nuevos puntos de referencia: un curioso peñasco en forma de sillón recubierto de líquenes amarillentos, el retorcido esqueleto de un árbol seco, una piedra cubierta de musgo de un llamativo color naranja, una extraña zanja triangular. A la luz del crepúsculo, cada vez más avanzado, el suelo empezaba a empaparse más de agua, al igual que nuestras botas. Pronto oí croar ranas a lo lejos. Varias aves acuáticas se unieron al coro, chillando con sus voces espectrales. El rancio olor a descomposición se hizo más intenso. Al cabo de poco rato, llegamos al borde de una ancha franja de altas hierbas, árboles muertos y oscuras trampas de arenas movedizas. La ciénaga.

Sacudiendo las mangas llenas de salpicaduras de barro, Bumbelwy protestó:

—No vamos a cruzar eso ahora, ¿verdad? Está anocheciendo.

—O acampamos aquí —repliqué—, o buscamos un terreno más seco en las colinas. ¿Qué opinas tú, Rhia?

La joven arrancó un puñado de moras oscuras de un matorral bajo y se las embutió en la boca.

—Mmm. Aún están dulces.

—¿Rhia?

—Busquemos terreno seco —respondió por fin—. Aunque las moras son aquí muy sabrosas.

Bumbelwy meneó la cabeza, mientras el grito de una grulla de las marismas resonó entre las sombras como un eco de ultratumba.

—Una alternativa fantástica. Pasar la noche en una ciénaga y morir estrangulado por una serpiente, o dormir ante la puerta de la Gran Elusa y ser devorado para desayunar.

—La elección es tuya. —Me puse en marcha saltando por encima de un tronco medio podrido. Aterricé en un charco, salpicando agua en todas direcciones. Segundos más tarde, oí otros dos chapoteos (junto con unos cascabeles y muchas imprecaciones) detrás de mí.

Durante un rato seguí una pista de barro reseco por el sol que se internaba como un dedo en la ciénaga. Pero pronto, incluso eso desapareció, obligándonos a vadear los charcos rodeados de hierba. A veces el agua me llegaba a los muslos. Los largos dedos ennegrecidos de las ramas sumergidas se aferraban a mi túnica, mientras que el barro se colaba en mis botas. Y con frecuencia, extrañas siluetas se movían en la insondable espesura.

La luz fue disminuyendo progresivamente. Esa noche no habría luna, puesto que se habían acumulado gruesas nubes que ocultaban el cielo. Tanto mejor, me dije. Ver

la luna me recordaría el tiempo que se me escurría de las manos, al igual que la esperanza.

Seguimos avanzando trabajosamente, casi a oscuras. Al cabo de otra hora de vadear y chapotear, toda luz se había desvanecido. Empecé a temer que nos hubiéramos desviado de nuestro rumbo. La penumbra parecía extenderse hasta el infinito. Sentía las piernas más pesadas a cada minuto. Entonces, poco a poco, el terreno empezó a cambiar, pero pronto comprobé que ascendíamos gradualmente por un terreno más pedregoso. Los charcos de agua estancada desaparecieron, junto con su olor. El croar de las ranas y los chillidos de las aves se extinguieron a nuestras espaldas.

Habíamos atravesado la ciénaga.

Exhaustos, nos dirigimos dando traspies a un claro plano rodeado de peñascos. Lo declaré nuestro campamento por esa noche. Nos dejamos caer blandamente sobre el suelo cubierto de musgo como un solo hombre. Para calentarme las manos heladas, las introduje en las mangas opuestas de mi túnica. Cerré los ojos y empecé a amodorrarme.

Desperté cuando una gran gota de lluvia se estrelló contra mi nariz. Cayó otra gota, y otra más. Una nube relampagueó de improviso en el horizonte y el trueno retumbó sobre los montes. Empezó el aguacero. La lluvia nos ametralló, empujada por el creciente viento. El cielo nocturno se oscureció aún más, como si las nubes se hubieran condensado en forma de grandes losas de piedra. El agua caía a raudales del cielo enfurecido. Ni si hubiera podido transformarme de algún modo en pez habría estado más empapado. Lo único que me faltaba ya eran agallas.

Temblando de frío, me acerqué a uno de los peñascos, con la esperanza de que nos permitiera resguardarnos. Fue entonces cuando advertí que el peñasco se estaba acercando a mí.

—¡Piedras vivas! —gritó Rhia—. Tenemos que volver...

—¡Ayyyyy! —aulló Bumbelwy—. ¡Me está devorando!

Intenté apartarme del peñasco, pero la hombrera de mi túnica quedó atrapada, reteniéndome con fuerza. Tiré de ella para liberarme. Con el agua corriéndome por el rostro, golpeé la piedra con los puños.

Mi puño golpeó la húmeda roca... y se quedó pegado. ¡No podía retirarme! De pronto, para mi horror, la piedra empezó a envolverlo. Se estaba tragando mi mano entera con sus labios de piedra. Lancé un alarido, pero un trueno ahogó mi voz. Entre tinieblas, bajo la lluvia torrencial, luché con todas mis fuerzas por soltarme de su presa.

La piedra pronto había engullido toda mi mano. Después, mi muñeca. Mi antebrazo. Mi codo. Por fuerte que la pateé y forcejeé, no conseguí zafarme. Aún podía notar los dedos y la mano, pero la presión sobre ellos aumentaba inexorablemente. En unos instantes, mis huesos se desintegrarían, triturados por las mandíbulas de una piedra viviente.

Un repentino rayo iluminó las colinas. En ese instante, una voluminosa silueta rechoncha, más ancha que los propios peñascos, penetró en el claro. Su voz, más fuerte incluso que el trueno, se oyó por encima de la tormenta.

—Teeengo haaambre —bramó la enorme bestia—. Teeengo muuucha haaambre.

—¡La Gran Elusa! —gritó Rhia.

Bumbelwy gritó a su vez, como si fuera el alarido de un hombre en trance de muerte.

De un solo brinco, la Gran Elusa se plantó a mi lado, salpicando de barro en todas direcciones con sus ocho patas. A pesar de la lluvia y la oscuridad, mi segunda visión no podía pasar por alto sus inmensas fauces abiertas. Mientras miraba por el rabillo del ojo las interminables hileras de dientes irregulares, forcejeé con más ahínco, tratando de escapar. Las mandíbulas se cerraron.

¡No sobre mí! Con un terrorífico crujido, la Gran Elusa dio un colosal bocado a la piedra viviente. El peñasco se estremeció violentamente y soltó mi brazo. Caí de espaldas sobre el encharcado terreno. Antes de comprender lo que estaba ocurriendo, algo cayó encima de mí, mientras un fogonazo de luz blanca arrasaba la loma.

LA CAVERNA DE CRISTAL



na luz vacilante como de estrellas danzaba a mi alrededor. Y también alrededor de Rhia y Bumbelwy, puesto que yacíamos en un amasijo de brazos, piernas y ropas desgarradas. Retiré de mi cara un pie mojado y me incorporé hasta sentarme. Aparte de estar empapado y sentir un dolor intenso en la mano, me encontraba bien. Dondequiera que me hallara.

Reconocí a simple vista las sucesivas filas de cristales relucientes, las centelleantes ondas de luz que reverberaban sobre las paredes y la majestuosidad sin paliativos de este lugar. Miles y miles de deslumbrantes facetas talladas, todas lisas como el hielo, refulgían por todas partes, brillando con luz propia. ¡La caverna de cristal! En mi primera visita, descubrí que nunca había estado en un lugar más hermoso que éste. Ahora volví a confirmarlo.

Algo crujió detrás de mí. Volví la cabeza rápidamente y vi a la Gran Elusa, de cuerpo tan vasto que casi ocupaba toda la esplendorosa caverna. Acababa de devorar lo que parecían los cuartos traseros de un jabalí. Sus grandes ojos, facetados como los mismos cristales, me observaban mientras masticaba. Tras engullir el último bocado, se limpió las patas lamiéndoselas con sorprendente delicadeza.

—Bienveniido a mi caveeerna —bramó.

Bumbelwy, con los cascabeles repicando al compás de su temblor, aferró mi manga, aterrorizado.

—¿Somos... somos los si-si-siguientes?

—Claro que no —lo regañó Rhia, cuyos bucles empapados chispeaban como los cristales que nos rodeaban—. Nos ha traído aquí para alejarnos de las piedras vivas.

—Se-se-se nos puede co-comer e-e-ella —tartamudeó el juglar.

—Sileencio. —La monstruosa araña se rascó su blanca joroba—. He saciaaado mi apetiito por ahoora. Por sueerte paaara vosootros, las pieeedras viivas son leentas de digeriir. El jabalií eera simplemeente el pooostre.

Me sequé las gotas de lluvia de la cara con la manga de mi túnica.

—Gracias. Pero ¿cómo nos has traído tan deprisa?

—Saltaaando. —La Gran Elusa se acercó un poco más, de modo que pude verme reflejado docenas de veces en las facetas de sus ojos—. Es un aarte que quizaas apreeendas alguuún diiía.

—¡Saltar es uno de los Siete Cantares que debo dominar! No me digas que necesito aprender a hacer lo que has hecho tú. Eso sólo ya podría ocuparme toda una vida.

—Muuuchas viiidas. —La gran araña blanca siguió examinándome—. Soobre toodo paaara aalguien que no termiina naada de lo que empieeza. ¿Dooónde has dejaaado el Aarpa en Floor?

El sudor perlaba mi frente.

—En un lugar seguro. Dentro de Arbassa. ¡Pero ahora no puedo volver a las Colinas Oscuras! Antes tengo que resolver otro asunto.

—Un probleema que has causaaado tuuú.

Agaché la cabeza.

—Sí.

—Un probleema —tronó la criatura— que auuún pueedes solucionaaar.

Muy despacio, levanté la cabeza.

—¿Estás diciendo que realmente tengo alguna posibilidad de salvarla?

Una de sus enormes patas tamborileó sobre los cristales del suelo.

—Uuuna posibilidaaad minuuúscula, peero, auuun asiií, es uuuna posibilidaaad.

Rhia se arrimó a mí lentamente.

—¿Y Elen viviría?

—Tal veeez, y su joooven hijiito quizaas viiiva tambieén. —La Gran Elusa se aclaró la garganta y el ruido retumbó entre las cristalinas paredes curvas—. Peero necesitaraaá sobreviviiir a eeesta empreesa, y muucho maaás, aaantes de encontraaar alguuún diiía su proopia caveerna de cristaaal.

—¿Mi propia caverna de cristal? —Mi corazón dio un vuelco ante la perspectiva—. ¿Es eso posible?

—Toodo es posiiible.

La inmensa araña desplazó su masa de lado, dejando al descubierto una colección de objetos relucientes. ¡Los Tesoros de Fincayra! Reconocí el Orbe de Fuego, con su esfera naranja brillando como los cristales de las paredes; el delicado cuerno que yo sabía que era el Invocador de Sueños, y la gran espada Cortafondo, con uno de cuyos filos se podía hendir hasta el alma y con el otro curar cualquier herida. Justo detrás de ellos, distinguí el arado que araba él solo el campo, el Tesoro que Honn describiera a su hijo. Cerca yacían las demás Herramientas Mágicas, con la excepción de la que se había perdido.

—Incluuso es posiiible que, un diiía, seeas lo bastaaante saaabio coomo paaara usaar uuuno de los Tesooros sin destruiir maaás de lo que creeas.

Tragué saliva con dificultad.

—Pueeedes recitaaarme los Sieete Cantaaares. —No era una petición, sino una orden; sus palabras retumbaban en mis oídos.

Titubeé un instante, pero enseguida respiré hondo y empecé:

*Los Siete Cantares de La Hechicería
hasta el Otro Mundo serán vuestra guía,
aunque nadie albergue esperanza alguna,
porque son a un tiempo una melodía y muchas.*

Bumbelwy, que se había acurrucado en el extremo opuesto de la caverna, meneó la cabeza con displicencia, haciendo sonar sus cascabeles. La araña fijó en él un ojo enorme, y el juglar se inmovilizó al instante.

Bajo los destellos de los cristales continué recitando la advertencia de dominar los Cantares uno a uno. Los vivaces ojos de Rhia chispeaban como los propios cristales cuando pronuncié las palabras que ahora estaban incrustadas en todo mi ser. Cuando, al terminar, mencioné el ojo del ogro Balor, la Gran Elusa se revolvió incómodamente sobre el suelo facetado.

Durante un rato, nadie habló. Al cabo, resonó la voz de la Gran Elusa.

—¿Tieeenes mieeedo?

—Sí —murmuré—. Tengo miedo de no conseguirlo en el plazo de cuatro fases de la luna.

—¿Naaada maaás?

—Tengo miedo de lo que puede costarme descubrir las almas de los Cantares.

—¿Naaada maaás?

Pasé la mano nerviosamente por el suelo cristalino, palpando los afilados cantos.

—Tengo miedo del séptimo Cantar, Ver, más que nada. Pero... no sé por qué.

—Averiguaraaás por queeé, si lleegas tan leeejos. —Se rascó el peludo dorso empleando tres de sus patas—. Quizaaás apreeendas tambieeen un pooco de maaagia. Peeero es uuuna laaástima que no apreeendas naaada reaaalmente úuutil. Cooomo tejeeer uuuna telaraaña. O masticaaar unaaa pieeedra.

Rhia soltó una risita. Después, su rostro se tensó.

—¿Qué significa eso, el comentario sobre el ojo del ogro?

Los pelos blancos de la araña se erizaron.

—El oogro sooólo tieene un ooojo. Y cualquieera que lo miiire, aaaunque sooólo seeea por un instaaante, mueeere.

Rhia se me arrimó discretamente.

—Así es como debió de morir Tuatha.

—En efeecto —confirmó la Gran Elusa—. Y asiii es cooomo morireeéis tambieeen vosootros, si no teneeéis cuidaaado.

Fruncí el entrecejo.

—La verdad es que quizá nunca pase del primer Cantar. Cuando nos encuentre,

nos dirigíamos a Faro Lanna, con la esperanza de descubrir algo que nos sirva de ayuda. Pero si no quedan arbolitos, ni siquiera es una esperanza válida.

—Es la única esperanza que tenemos.

—Faro Lanna está muy lejos —comentó Rhia con desesperación—. Tardaremos toda una semana en llegar, incluso si no nos topamos con más problemas.

—¡Una semana! —gemí—. No disponemos de tanto tiempo.

Una repentina explosión de luz blanca inundó la caverna de cristal.

CAMBIOS



os hallábamos en un prado, sentados al borde de un escarpado precipicio que caía a plomo hasta el mar. Cuando me asomé al abismo, divisé colonias de golondrinas de mar y gaviotas de alas plateadas que anidaban en la cara vertical del risco, graznando, revoloteando y atendiendo a sus crías. Una fría brisa me abofeteó el rostro. El olor del agua salada impregnaba el aire. A lo lejos, a mis pies, la línea blanca de la marea se difuminaba hasta convertirse en un océano, primero intensamente azul y luego verde oscuro como el jade. Al otro lado de un ancho brazo de mar, logré distinguir a duras penas la silueta de un islote, oscuro y misterioso. Más allá, se condensaba la muralla de niebla que rodeaba Fincayra por completo.

Me volví hacia Rhia y Bumbelwy, que también inspeccionaban nuestro nuevo entorno. ¡Y pensar que, apenas unos segundos antes, estábamos en el interior de la caverna de cristal de la Gran Elusa! Dondequiera que nos encontráramos ahora, estábamos muy lejos. Una habilidad prodigiosa, trasladar a la gente de ese modo. La Gran Elusa se había acordado de mandar también mi cayado. Tomé nota mentalmente de prestar mucha atención a la primera lección, Saltar, si conseguía llegar tan lejos.

Rhia se puso en pie como impulsada por un resorte.

—Mira eso —gritó, señalando el islote—. ¿Lo ves?

Me incorporé apoyándome en el cayado.

—Ese islote de ahí, sí. Parece casi irreal, ¿no crees?

Rhia continuó mirándolo fijamente.

—Eso se debe a que es casi irreal. Es la Isla Olvidada. Estoy segura.

Un escalofrío recorrió mi espinazo.

—¡El séptimo Cantar! Ahí es donde debo ir para aprender a Ver. —Le dirigí una breve mirada antes de concentrarme otra vez en el islote, envuelto en inestables vapores—. ¿Lo habías visto antes?

—No.

—Entonces, ¿cómo puedes estar segura de que es la Isla Olvidada?

—Por las historias de Arbassa, naturalmente. Es el único territorio de todo Fincayra que no está en contacto con la isla mayor. Nadie, se dice que ni el propio Dagda, ha puesto el pie allí desde hace una eternidad. Y con la excepción del pueblo mer, que vive en esta rada, nadie sabe cómo sortear las poderosas corrientes y los aún más poderosos hechizos que la protegen en todo momento.

Esquivé a una gaviota que pasó planeando ante mis narices. Sin embargo, no podía apartar la vista del islote.

—Suena como si pretendieran que nadie fuera allí. —Mi estómago se revolvió con inquietud—. Por la razón que sea.

Rhia suspiró, sin dejar de mirar la isla.

—Algunos creen que guarda relación con la causa de que los fincayranos perdieran las alas, hace mucho tiempo.

—Es cierto, muy cierto, demasiado cierto —salmodió Bumbelwy, que caminaba taciturno detrás de nosotros, haciendo sonar los cascabeles a cada paso—. Ése fue el momento más triste de toda la historia de nuestro pueblo.

¿Qué podía saber el adusto juglar sobre cómo perdieron las alas? De repente, me sentí esperanzado.

—¿Tú sabes cómo sucedió?

Su alargado rostro se volvió rápidamente en mi dirección.

—Eso no lo sabe nadie. Nadie.

Fruncí el ceño. Aylah, la hermana del viento, lo sabía. Pero no había querido contármelo. Deseé poder preguntárselo otra vez, aunque eso era imposible, tan imposible como atrapar el viento. Casi con toda seguridad, a estas alturas ya habría recorrido volando todo el camino hasta Gwynedd.

Rhia apartó finalmente la vista del islote.

—¿Quieres saber dónde nos encontramos en este preciso instante?

Asentí con un gesto.

—Todavía hablas como una guía.

—Todavía necesitas una guía —respondió, esbozando una sonrisa—. Estamos en Faro Lanna, la lengua de tierra que en un tiempo fue el hogar de los árbólidos.

Escuchando las olas que batían a nuestros pies, estudié la meseta. Empinados riscos de color crema nos cerraban el paso por tres lados. Excepto por unas cuantas piedras amontonadas, posiblemente los únicos restos que quedaban de antiguos muros o chimeneas, sólo la hierba cubría el altiplano. Hacia el norte, a lo lejos, una oscura línea de árboles marcaba el lindero de un bosque. Más allá se extendía un horizonte animado por una neblina morada, posiblemente lo único visible de las Colinas Oscuras.

Una deslustrada mariposa marrón surgió revoloteando de la hierba y se posó sobre mi muñeca. Sus patas me hacían cosquillas, por lo que sacudí la mano. Entonces se alejó volando y se detuvo sobre el nudoso mango de mi cayado. Sus alas

inmóviles se confundían con el marrón más oscuro de la madera.

Con un amplio gesto del brazo, indiqué la meseta cubierta de hierba.

—No sé cómo vamos a aprender el arte de Cambiar de los árbólidos. Si alguna vez vivieron aquí, no dejaron mucho cuando se marcharon.

—Así eran ellos. —Rhia recogió un guijarro blanco y lo arrojó por el precipicio —. Los árbólidos eran seres errantes, siempre en busca de un lugar mejor donde vivir. Un lugar donde echar raíces, como los árboles de verdad, y llamarlo hogar. Sus únicos asentamientos estaban aquí, junto a los acantilados, pero como adivinarás por esos montículos de rocas, no eran gran cosa. Simples refugios para los más viejos y los más jóvenes. No había bibliotecas, ni mercados, ni salas de reuniones. La mayoría de los árbólidos pasaba el tiempo vagando por Fincayra, y sólo regresaban cuando estaban dispuestos a encontrar pareja o a morir.

—¿Y qué fue de ellos?

—Supongo que estaban tan enfrascados en sus exploraciones que cada vez eran menos los que se molestaban en volver a casa. Con el tiempo, ya nadie volvía. Los asentamientos se vinieron abajo o fueron arrasados por el viento, ya que nadie se ocupaba de su mantenimiento. Y los propios árbólidos se extinguieron, uno por uno.

Pateé unas briznas de hierba que sobresalían del suelo.

—No puedo reprocharles que fueran vagabundos. Yo también lo llevo en la sangre. Pero suena como si nunca se sintieran en casa en ninguna parte.

Rhia me estudió cuidadosamente, mientras el viento procedente del mar alborotaba su atuendo de hojas.

—¿Y llevas en la sangre la capacidad de sentirse en casa, como tú dices?

—Eso espero, pero no estoy seguro. ¿Y tú qué?

Se puso tensa.

—Mi hogar es Arbassa. Es mi familia. La única familia que he conocido.

—Con excepción de Cwen.

Se mordió el labio.

—Una vez formó parte de mi familia. Pero ya no. Renunció a eso, a cambio de un puñado de promesas de trasgo.

La mariposa alzó el vuelo desde mi cayado. Sobrevoló a Bumbelwy, que seguía contemplando con expresión melancólica el brazo de mar que nos separaba de la Isla Olvidada. Justo antes de posarse, al parecer, la mariposa cambió de opinión y regresó al nudoso cayado de marjoleto. Observé sus alas marrones mate, una de las cuales estaba gravemente desgarrada y se abría y se cerraba lentamente.

—Debemos encontrarla —dije mirando de nuevo a Rhia.

—¿A quién?

—A Cwen. Quizá pueda decirnos lo que estas montañas de piedras no pueden.

Rhia hizo una mueca de desagrado, como si se hubiera comido un puñado de moras amargas.

—Entonces estamos perdidos. No hay manera de encontrarla, aunque hubiera

sobrevivido a la amputación del brazo. Además, si la encontramos, tampoco podremos fiarnos de ella. —Escupiendo casi las palabras, añadió—: Es una traidora de pies a cabeza.

Por debajo de nuestra posición, una ola enorme se estrelló contra el acantilado, provocando la desbandada de las gaviotas y golondrinas de mar ante la avalancha de espuma.

—¡Aun así, tengo que intentarlo! Seguro que alguien la vio cuando se marchaba. Si los árbólidos son tan escasos en estos tiempos, la visión de uno de ellos no pasaría inadvertida, ¿no te parece?

Negó con la cabeza.

—No lo entiendes. Los árbólidos no sólo se sentían a disgusto si se quedaban en un mismo lugar. Tampoco se sentían a gusto si permanecían en un mismo cuerpo.

—No insinuarás...

—¡Sí! ¡Sabían cómo cambiar de forma! Ya sabes que la mayoría de los árboles cambia de color en otoño y les crece un follaje completamente nuevo en primavera. Los árbólidos iban mucho más allá. Cambiaban constantemente su forma de árbol por la de un oso o un águila, o una rana. Por eso se mencionan en el Cantar sobre Cambiar. Eran maestros en ese arte.

Mis esperanzas, ya frágiles como la mariposa posada en mi cayado, se esfumaron por completo.

—De modo que Cwen, si sigue con vida, puede presentar cualquier aspecto.

—Cualquiera, en efecto.

Al ver mi desesperación, Bumbelwy intervino.

—Puedo cantarte una canción, si quieres. Algo ligero y alegre.

Como yo no tenía ánimos para protestar, empezó a cantar, sacudiendo su gorro de cascabeles colgantes para marcar el compás.

*La vida es una maldición,
¡pero aún podría ser peor!
Por eso yo soy tan feliz,
¡lo peor no me ha ocurrido a mí!*

*La muerte acecha en derredor,
mas yo recurro a mi valor.
En tanto no me afecte a mí,
la suerte vuelve a sonreír.*

*Y no estéis tristes, por favor,
tomaos la vida como yo.
Lo peor aún está por venir,
martirio eterno: eso es vivir.*

—¡Basta! —gritó Rhia—. Si realmente lo crees, ¿por qué no te tiras por ese barranco y pones fin a tu sufrimiento?

Bumbelwy frunció el ceño por triplicado.

—¿No estabas escuchando? ¡Esta canción es muy animada! Es una de mis favoritas. —Suspiró—. Oh, cielos, debo haber dicho mal la letra. Como siempre. Va, lo intentaré otra vez.

—¡No! —gritó una voz.

Pero la voz no era la de Rhia. Ni la mía. Era la voz de la mariposa.

Aleteando frenéticamente, el minúsculo insecto abandonó su posición, se elevó por los aires y empezó a descender girando sobre sí misma. Justo antes de estrellarse contra la hierba, un fuerte crujido hendió el aire. La mariposa desapareció.

En su lugar se erguía una enjuta y retorcida criatura, en parte árbol y en parte mujer. Su cabello, áspero como la paja, le caía sobre la tez del rostro, más parecida a la corteza de árbol, enmarcando dos ojos oscuros en forma de lágrimas. Una túnica marrón envolvía su cuerpo, cubriéndolo hasta los anchos y nudosos pies, y en el más pequeño de los seis dedos de su mano lucía un anillo de plata. Exhalaba el dulce aroma de la flor de manzano, en vivo contraste con la amarga expresión de su rostro.

Rhia se quedó tan tiesa como una rama seca.

—Cwen.

—Sssí —susurró la arbólida con una voz áspera como la hierba seca—. Ssoy Cwen. La misssma Cwen que te crió desssde niña y te cuidó durante tantass enfermedadesss.

—¡Y que intentó venderme a los trasgos!

Cwen se pasó su única mano por el enmarañado cabello.

—No era éssse mi desseo. Me prometieron que no te lassstimarían.

—Tenías que saber que mentirían. Nadie puede fiarse de un trasgo guerrero. —Contempló fríamente al nudoso personaje—. Ahora nadie puede fiarse de ti.

—¿No vesss que esso ya lo sé?

Una gaviota de mar se posó en la hierba a cierta distancia y empezó a arrancar briznas con el pico. Pero aunque el ave tironeaba con energía, la hierba no cedía.

—Fíjate en esso —dijo Cwen, dando un pasito en aquella dirección. Con voz más amable, preguntó—: Sssi quissiera ayudarte a consstruir tu nido, pajarito, ¿me dejaríasss?

La golondrina de mar lanzó un graznido y agitó sus alas con acritud contra la arbólida. Sólo al cabo de un rato de esta exhibición, se calmó finalmente y reanudó su trabajo, sin dejar de mirar a Cwen, llena de desconfianza.

Con tristeza, la arbólida se volvió hacia Rhia.

—¿Lo vesss? Essste esss mi cassstigo.

—Te lo mereces, hasta la última gota.

—¡Ssoy muy desssdichada! ¡Absssolutamente desssdichada! Creía que lasss cossasss ya no podían ir peor. Pero entoncesss aparecissste de repente. —Señaló a

Bumbelwy con un dedo nudoso—. Con esste... cantor de desssgraciasss.

El juglar levantó la cabeza, esperanzado.

—¿Acaso prefieres los acertijos? Me sé uno buenísimo sobre cascabeles.

—¡No! —aulló la árbólida—. Por favor, Rhia. Me consssumen loss remordimientoss. ¿No vasss a perdonarme?

La joven cruzó los brazos cubiertos de hojas.

—Jamás.

Sentí una extraña desazón. La palabra jamás retumbó en mis oídos como si una pesada puerta se cerrara de golpe y fuera atrancada por dentro. Para mi sorpresa, en mi interior nació un sentimiento de comprensión. Era verdad que Cwen había hecho algo terrible. Algo de lo que se arrepentía. Pero ¿no había hecho yo también cosas de las que me arrepentía?

Me situé junto a Rhia para hablarle en voz baja.

—Cuesta mucho, lo sé. Pero aun así, quizá deberías perdonarla.

Me devolvió una mirada glacial.

—¿Cómo podría perdonarla?

—Del mismo modo que mi madre me perdonó por lo que le hice. —En ese instante, las palabras de Elen al separarnos volvieron a mi mente: «La mariposa puede cambiar de forma, de un simple gusano al ser más bello que existe. Y el alma, hijo mío, puede hacer lo mismo». Me mordí el labio inferior—. Cwen hizo algo detestable, está claro; pero merece otra oportunidad, Rhia.

—¿Por qué?

—Porque, en fin, podría cambiar. Todos nosotros, todos los seres vivos, tenemos el potencial de cambiar.

De repente, mi cayado relampagueó con una intensa luz azul. La caña de madera chisporroteó como si estuviera ardiendo. Una fracción de segundo más tarde, tanto la luz como el sonido se extinguieron. Al girar el cayado en mi mano, descubrí una marca, azul como el cielo durante el crepúsculo, grabada a media altura sobre la caña. Tenía la forma de una mariposa. En ese momento, supe que el espíritu de Tuatha seguía tocando mi cayado. Y que, de algún modo, había descubierto el alma de Cambiar.

Tibubeante, Rhia alargó la mano hacia la árbólida. Cwen, con sus finos ojos relucientes, la tomó con la suya. Por un momento, se contemplaron mutuamente en silencio.

Al fin, la árbólida se volvió hacia mí.

—¿Exissste algún modo de darte las graciasss?

—Veros a ambas así es suficiente recompensa.

—¿Sseguro que no puedo ayudaross en nada?

—No, a menos que conozcas el poder de Saltar —respondí—. Ahora debemos ir al Lago del Rostro, que está muy al norte.

—A diez días de camino —se quejó Bumbelwy—. No, más bien doce. No, que

sean catorce.

Los ojos en forma de lágrima de Cwen me sondearon.

—No conozco la técnica de Ssaltar, pero la de Cambiar quizá te resssulte útil.

Rhia contuvo el aliento.

—Oh, Cwen, si pudiéramos nadar como peces...

—Osss ahorraríaiss varioss díasss.

Di un respingo.

—¿Es posible, de verdad?

Una pícara sonrisa se extendió por el rostro de Cwen mientras meneaba sus huesudos dedos en dirección a Bumbelwy.

—Tú, cantor de desssgraciasss, ssserásss el primero.

—No —imploró él, retrocediendo—. No serás capaz. No lo harás.

—Flippna ssslippna, hahanaway ssswish —recitó Cwen—. Kelpono bubblim tubblim pezzz.

Bumbelwy se detuvo en seco al advertir que había reulado casi hasta el borde del acantilado. Miró hacia abajo, a las olas rompientes, con los ojos desorbitados por el miedo y las mangas ondeando al viento. Volvió a mirar a Cwen, y sus ojos se abrieron más aún.

—Po-por favor —balbuceó—. ¡Odio el pe-pe-pescado! ¡Está todo tan resbaladizo y mo-mojado! Ta-tan...

Crrrac.

Un desgarbado pez, con unos ojos enormes y cuatro barbillas bajo su boca de comisuras oblicuas, se convulsionaba indefenso sobre la hierba, hasta que por fin consiguió arrojar al vacío. Pero yo no podía reírme porque sabía que el siguiente era yo.

EMOCIÓN LÍQUIDA



e repente, fui incapaz de respirar.

El viento soplaba a fuertes rachas. Advertí que caía, caía y caía. Me esforcé por inhalar un poco de aire. ¡Imposible! El aullido del viento me destrozaba los oídos, pero no podía llenarme los pulmones con él, como hasta un momento antes. De pronto, con un chapoteo, entré en el agua fría. Mis agallas se abrieron de par en par. ¡Agallas! Volvía a respirar, al fin. El agua que se agitaba a mi alrededor también circulaba por mi interior.

Ya no tenía brazos. Ni piernas. Mi cuerpo era ahora una única cola ahusada, con aletas flexibles encima, debajo y a ambos lados. Una de las aletas se curvaba alrededor de un palito, y supuse que eso era todo lo que quedaba de mi cayado. Del paradero de mi talega, mis botas y mi túnica no tenía ni la menor idea.

Tardé unos segundos en aprender a equilibrarme, pues cada vez que intentaba mover las aletas, me ladeaba sin poder evitarlo. Y tardé bastante más en conseguir que mi segunda visión se adaptara a la débil y fragmentada luz submarina. Excepto en la capa de agua más superficial, no había prácticamente luz alguna. Sólo gradaciones de oscuridad.

Tras varios minutos de forcejear, no obstante, mi confianza empezó a aumentar. Descubrí que nadar exigía movimientos completamente distintos ahora que cuando tenía forma humana. Dar brazadas estaba fuera de lugar. Lo mismo ocurría con patear, al menos de la manera tradicional. Lo que tenía que hacer era contonearme, meneando todo el cuerpo de un lado al otro, como un látigo viviente al restallar. Hasta la última de las escamas de mi piel, desde las agallas hasta la punta de la cola, participaban en el movimiento. Pronto comprobé que podía atravesar las olas. Y podía ascender y descender, además de virar a la derecha o a la izquierda.

Un esbelto pez moteado de tonos verdes y marrones nadó por encima de mí. Supe en el acto que era Rhia, pues aunque no llevaba en el agua más tiempo que yo, se movía con la gracia de la propia corriente. Ambos agitamos las aletas a modo de

saludo. Ella emitió una especie de tos y comprendí que se estaba riendo al ver mi cayado en miniatura.

En ese momento, Bumbelwy, arrastrando una tira de algas enrolladas en su cola, nadó lentamente hacia nosotros. Si bien ya no tenía cascabeles, resultaba inconfundible. Visto por delante, sus nacidas barbillas le conferían el aspecto de una anguila que luciera una estola de plumas. Era lo más cerca que había estado nunca de ser gracioso y no se percataba de ello.

Nuestra primera tarea era aprender a mantenernos juntos. Rhia y yo nos turnábamos para encabezar la formación y Bumbelwy siempre nos seguía de cerca. Con el tiempo, Rhia y yo empezamos a nadar de una manera cada vez más coordinada. Un sexto sentido se despertó lentamente en nosotros, el mismo que mantiene unido todo un banco de peces. Al final de la primera jornada completa de natación, ambos nos movíamos casi como un único ser conectado por lazos invisibles.

Una silenciosa emoción líquida me embargaba mientras nadábamos entre vastas selvas de algas cimbreantes o brincábamos entre las olas embravecidas. Podía paladear los sentimientos, además de los sabores de las corrientes; percibí la alegría de una familia de delfines, el solitario esfuerzo de una tortuga migratoria, el hambre de una anémona de mar recién nacida. Y sin embargo, en ningún momento olvidé la seriedad de mi misión. Incluso mientras me regocijaba con la experiencia de ser un animal acuático, sabía que todo esto era simplemente un medio de ahorrar tiempo y, quizá, de salvar a Elen. Aun así, me prometí que, si lograba sobrevivir a esta aventura y algún día llegaba a ser un mago de verdad, quizás incluso el tutor de un joven rey o una joven reina, recordaría las virtudes de transformar a mi pupilo en pez.

Una de esas virtudes era descubrir la gran cantidad de comida que podía proporcionarnos el mar. ¡Qué digo, el mar era en realidad un enorme banquete flotante! Día tras día, comí insectos, huevos y gusanos suficientes para empacharme. Rhia, por su parte, reveló su afición a cazar los sabrosos crustáceos pequeños. Y, aunque Bumbelwy se plantó en los gusanos, también probó muchas de las extrañas exquisiteces del mar.

Al mismo tiempo, intentábamos mantenernos alerta ante el peligro de convertirnos en el almuerzo de otros. Una vez me introduje en un túnel de vistoso coral amarillo, sólo para descubrir que un pez muy grande y muy hambriento me esperaba en el otro extremo. Por muy rauda que hubiera sido mi huida, seguro que me habría cazado, de no haber sido por otra criatura mayor que apareció de improviso, ahuyentando a mi perseguidor. Sólo tuve tiempo de echar un fugaz vistazo al ser que me había ayudado, pero me pareció que tenía cola de pez y torso de hombre.

Durante seis días y cinco noches nadamos en línea recta hacia el norte. A menudo, después de oscurecer, la pálida luz de una luna que se aproximaba al cuarto creciente danzaba sobre las olas. Pero yo no era sensible a la belleza de la luna. En su faz sólo veía el rostro de otra persona, alguien a quien temía perder para siempre. Nos

quedaban menos de tres semanas.

Por fin llegó el momento en que Rhia giró bruscamente hacia la costa. Nos condujo a un pequeño delta donde un arroyo desaguaba en el mar. Pude degustar, mezclada con los sabores salados del mar abierto, la pureza de la nieve derretida, la naturaleza juguetona de las nutrias y la inagotable paciencia de un grupo de ancianas coníferas. Remontamos el arroyo hasta donde nos fue posible. Al cabo, concentrando mi mente, repetí la orden que Cwen me había enseñado.

De pronto, me encontré hundido hasta las rodillas en el agua de una impetuosa cascada, aferrando el cayado con una mano y el brazo de Rhia con la otra. Muy cerca, corriente abajo, Bumbelwy se dejó caer sobre la cenagosa orilla, tosiendo y escupiendo agua. Al parecer, había olvidado que las personas no suelen respirar demasiado bien con la cabeza bajo el agua.

Mientras Bumbelwy se recuperaba, Rhia y yo escurrimos un poco de agua de nuestras ropas y de nuestra persona. Entretanto, ella me explicó su convicción de que este arroyo nacía en el mismísimo Lago del Rostro. Dentro de poco, los tres recorreríamos la pedregosa orilla, ascendiendo con el terreno, cada vez más empinado. Un tupido bosque de arraclanes y abedules que se pegaban a la orilla nos entorpecía la marcha. Cada vez que Bumbelwy intentaba librarse de las ramas que se enredaban en su capa, sus cascabeles repicaban con un ruido sofocado por el agua de su interior.

Al llegar a cierto punto, me detuve, resollando por el esfuerzo. Divisé una seta de sombrerete irregular que crecía entre las raíces de un abedul y la arranqué de cuajo.

—Por extraño que parezca —dije a la vez que le daba un mordisco—, voy a echar de menos aquellos gusanitos blancos.

Rhia se secó el sudor de la frente y me sonrió. Arrancó otra seta para ella.

—Tal vez encuentres más gusanos en el Lago del Rostro.

—¿Por qué se llama así? ¿Lo sabes?

Rhia masticó pensativamente.

—Algunos dicen que es por su forma, que recuerda la cara de un hombre. Otros afirman que es por los poderes del agua.

—¿Qué poderes?

—Según la leyenda, si te miras en ella, te enfrentarás a una verdad importante de tu vida. Aunque sea una verdad que preferirías no saber.

ATAÑURAS



roseguimos nuestro camino, siguiendo la pedregosa orilla del arroyo mientras ascendíamos entre los arraclanes. Tropezábamos con las raíces a cada paso y las zarzas nos desgarraban la ropa, pero apenas aminoramos la marcha. Varias horas más tarde y con algunos arañazos en las piernas, el curso fluvial nos condujo a un angosto valle rodeado de empinadas colinas boscosas. El penetrante olor de los pinos nos envolvía en oleadas. Entre los árboles relucían afloramientos de cuarzo blanco bajo el sol de media tarde.

Con todo, en el valle reinaba un silencio sobrenatural. No cantaban los pájaros, no parloteaban las ardillas, no zumbaban las abejas. Escuché atentamente, con la esperanza de oír el rumor de algún ser vivo. Rhia, leyéndome la mente, asintió para confirmarlo.

—Las aves y demás animales no se acercan a este valle. Nadie sabe por qué.

—Son más listos que las personas —comentó Bumbelwy, cuyos cascabeles seguían rezumando agua.

Contemplé a Rhia mientras descendía hasta la orilla del lago formado en el centro del valle. De aguas casi negras, tan tranquilo que apenas una onda alteraba su superficie, su contorno recordaba, desde nuestra posición, el perfil de un hombre de mandíbula cuadrada, prominente y desafiante..., muy parecido a mi padre. Al acordarme de él, me puse rígido. Deseé que hubiera sido tan fuerte en realidad como en apariencia. Lo bastante fuerte para resistirse a Rhita Gawr cuando tuvo ocasión. Lo bastante fuerte para ayudar a su propia esposa, Elen, cuando ella lo necesitaba.

Un inesperado chillido me devolvió violentamente a la realidad.

Allí, en la orilla del lago, estaba Rhia, contemplando las negras aguas. Extendía las manos ante sí en actitud defensiva, y su espalda se arqueaba por el miedo. Sin embargo, aunque algo del lago la hubiera asustado, no se esforzaba lo más mínimo por apartarse o huir. Miraba fijamente el agua, completamente transfigurada.

Corrí hacia ella. Bumbelwy me siguió, tropezando alternativamente con los

jirones de su capa y con la maraña de zarzas que crecían junto a la orilla. Justo cuando llegaba a su lado, Rhia se dio la vuelta. Su piel, normalmente repleta de color, mostraba una palidez mortal. Al verme, se quedó sin aliento, como si le hubiera dado un susto. Después, se estremeció y se apoyó en mi brazo.

Planté los pies firmemente en el suelo para sostener su peso.

—¿Estás bien?

—No —respondió débilmente.

—¿Has visto algo en el lago?

—S-sí. —Se estremeció de nuevo y me soltó el brazo—. Y tú... será mejor que no mires.

—Bien —declaró Bumbelwy, observando de reojo las oscuras aguas, con evidente nerviosismo—. Vámonos.

—Espera. —Me acerqué a la orilla del lago. Atisé las aguas tranquilas y contemplé mi propio reflejo, tan nítido que, por un instante, creí que mi hermano gemelo me devolvía la mirada desde el lago. Me pregunté qué podía ser tan aterrador, en un reflejo tan perfecto. Allí estaban mis ojos inservibles, como pedazos de carbón bajo mis cejas. Y mis mejillas cubiertas de cicatrices, consumidas por unas llamas que casi podía notar aún. Acariciándome la cara, deseé que algún día me creciera la barba para ocultar aquellas cicatrices. Una barba larga y blanca como la que imaginaba que lucía el propio Tuatha.

Di un salto atrás. Al muchacho del lago empezó a crecerle el vello facial. Al principio negro, después gris y finalmente blanco como el cuarzo de la ladera, el pelo se alargaba y espesaba, hasta cubrir la mayor parte del rostro del muchacho, cada vez más hirsuto. En pocos minutos le llegaba a las rodillas. ¿Cómo era posible? ¿Me estaba diciendo el Lago del Rostro que yo, al igual que mi abuelo antes de mí, tendría una barba así? ¿Que algún día, como él, sería un mago?

Sonreí, sintiendo una confianza cada vez mayor ante la perspectiva de escrutar las oscuras e inmóviles aguas. Lo que Rhia hubiera visto había desaparecido. Me acerqué más a la superficie. El muchacho del lago, que ya no llevaba barba, se alejó lentamente. Echó a correr hacia algo. No, hacia alguien. Un corpulento y musculoso guerrero que lucía una cinta roja en la frente salió de la espesura. Cuando se acercó, vi que sólo tenía un ojo. Un enorme ojo iracundo. ¡Balor!

Para mi horror, el ogro esquivó al muchacho con facilidad, lo atenazó por el cuello y lo levantó del suelo. Mi propia garganta se constriñó mientras observaba al muchacho estrangulado por aquellas fuertes manos. Por mucho que lo intenté, no podía apartar la vista de la aterradora escena. El muchacho forcejeaba enloquecidamente, tratando de no mirar el mortífero ojo del ogro. Pero el poder del ojo lo atraía. Finalmente, sucumbió. Con una última sacudida de las piernas, colgó como un peso muerto en manos del ogro.

Me desplomé de espaldas, boqueando ansiosamente para respirar. Mi mente giraba como un torbellino. La garganta me dolía con cada latido del pulso. Cada vez

que inspiraba, tosía de una forma incontrolable.

Rhia me tendió los brazos, lo mismo que Bumbelwy. La joven me oprimió la mano, al tiempo que me palpaba la frente con una mirada comprensiva. Lentamente, la tos remitió. Pero antes de que ninguno de nosotros recuperara el habla, alguien nos llamó desde la otra orilla.

—¿Y bien? —jadeó una animada voz—. ¿Las profecías del lago os resultan difíciles... de tragar, por así decirlo? —A eso siguió una carcajada de auténtico regocijo—. ¿O sólo os habéis... atragantado un poco?

Recobrando la compostura, examiné la lóbrega superficie del lago. Cerca de lo que sería la nariz del perfil, distinguí una inmensa nutria peluda, de color plateado excepto el morro, que era blanco. Flotaba de espaldas indolentemente, pataleando con tal destreza que apenas levantaba olas.

Señalé en su dirección.

—Allí. Una nutria.

Rhia meneó la cabeza con incredulidad.

—Creía que aquí no vivía nadie.

—Yo vivo donde me place —respondió alegremente el animal, proyectando un chorro de agua entre sus dos incisivos superiores—. ¿Os apetece daros un baño conmigo?

—Ni en broma —declaró Bumbelwy. Sacudió sus largas mangas como si fueran aletas, con lo que provocó que, de los cascabeles, goteara agua sobre su rostro—. Ya he nadado más que suficiente para el resto de mi vida.

—Entonces quizá debería cantaros una de mis canciones acuáticas. —La nutria pataleó distraídamente para acercarse a nosotros, mientras se palmeaba la barriga con ambas aletas delanteras—. Tengo una voz muy fluida. —Su animosa risa se repitió y el eco la reprodujo en la otra orilla del lago.

Me apoyé en el cayado, pensando que me ayudaría a disimular mi asombro.

—No, gracias. La única canción que nos interesa no tiene que ver con el agua. —Inspirado por una súbita idea, le pregunté—: ¿Por casualidad sabes algo de la magia de Atar?

Rhia frunció el entrecejo.

—Merlín —me previno—, no lo conoces de nada. Podría ser...

—Un experto en cuestiones de ataduras —dijo la nutria tranquilamente—. Atar es mi pasatiempo favorito. Es decir, después de flotar de espaldas y contemplar las nubes.

—¿Lo ves? —le susurré a mi amiga—. Él puede decirnos lo que necesitamos saber. Y no veo a nadie más por este lago capaz de ayudarnos.

—No me fío de él.

—¿Por qué no?

Su mejilla se abombó por la presión de la lengua desde dentro.

—No sé por qué, exactamente. Es sólo una sensación. Un instinto.

—¡Oh, al cuerno tus instintos! ¡Se nos acaba el tiempo! —Recorrí con la mirada toda la orilla en busca de señales de otros seres que pudieran ayudarnos. No había ninguno—. ¿Por qué iba a mentirnos? No tenemos motivos para desconfiar de él.

—Pero...

Solté un gruñido de impaciencia.

—¿Y ahora qué?

Su respuesta fue como el siseante aviso de una serpiente.

—Es que yo... ¡Al cuerno todo, Merlín! No sé expresarlo con palabras.

—Entonces me ceñiré a lo que creo, no a tus sensaciones. Y lo que creo es que cualquier ser que viva solo en este lago encantado debe poseer conocimientos especiales. Quizás incluso poderes especiales. —Me volví nuevamente hacia la nutria, que se había acercado mucho flotando por inercia—. Necesito encontrar el alma..., el primer principio... del arte de Atar. ¿Querrás ayudarme, mi buena nutria?

Extendiendo el cuello en dirección a la orilla, la nutria me lanzó un chorro de agua.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque yo te lo pido, por eso.

El animal resopló bajo el agua, creando un rosario de burbujas.

—Oh, eso me entra por un oído y me sale por el otro. —Más burbujas—. Necesitarás una razón más convincente.

Clavé mi cayado en el suelo.

—¡Porque está en juego la vida de mi madre!

—Mmmm. ¿Tu madre? Yo también tenía madre —comentó con despreocupación—. Nadaba terriblemente despacio. Oh, algas, supongo que podría ayudarte. Aunque sólo en lo más básico.

Mi corazón se puso a latir con violencia en mi pecho.

—Eso es lo que necesito.

—Entonces, acércame algunas de esas zarzas. —Se aproximó a la deriva hasta la orilla—. Ahí, junto a tus pies.

—¿Zarzas?

—Naturalmente —replicó la nutria, describiendo un lento círculo en el agua—. Para aprender a Atar necesitas atar algo. ¡Muévete, muchacho! No tengo toda la tarde. Que tus sonrientes amigos te ayuden.

Me encaré con Rhia, que mantenía su hosca expresión, y con Bumbelwy, que nunca la abandonaba.

—¿Me echáis una mano?

Aceptaron a regañadientes. Las zarzas, aunque elásticas, eran gruesas y pesadas, además de estar recubiertas por hileras de diminutas espinas. Costaba mucho sujetarlas y levantarlas. Tirar de ellas era una tarea especialmente difícil. Desenredar unas de otras era mucho peor.

Por fin lo conseguimos. Varias zarzas sueltas, de una longitud equivalente a tres o

cuatro veces mi estatura, yacían a mis pies. Bumbelwy se dejó caer de espaldas al agua, extenuado, con un fuerte tintineo. Rhia permaneció a mi lado, observando a la nutria con desconfianza.

Enderecé la espalda, sintiendo un dolor terrible exactamente entre las paletillas. Sin duda, tantos tirones habían forzado algo en aquella región.

—Ya hemos terminado. ¿Y ahora qué?

La nutria siguió nadando en círculos.

—Ahora ata una zarza alrededor de tus piernas. Aprieta todo lo que puedas.

—Merlín —me previno Rhia. Tocó el amuleto de roble, fresno y endrino que le había entregado Elen y que continuaba sujeto a su camisa de hojas.

Sin hacerle caso, me senté y arrollé una de las zarzas alrededor de mis tobillos, pantorrillas y muslos. A pesar de las espinas, conseguí atarla con un nudo triple.

—Bien —suspiró la nutria tras un bostezo—. Ahora haz lo mismo con tus brazos.

—¿Mis brazos?

—¿Quieres aprender a Atar o no?

Me volví hacia Rhia.

—Ayúdame, ¿quieres?

—No quiero.

—Por favor. Estamos desperdiciando un tiempo precioso.

Mi amiga se estremeció.

—Está bien. Pero me parece un grave error.

La nutria, con su pelaje reluciente, cloqueó con satisfacción al ver a Rhia atarme las manos unidas y luego inmovilizármelas contra el pecho.

—Bien. Ya casi has terminado.

—Eso espero —repliqué, vacilante—. Estas espinas me están perforando la piel.

—Sólo una más. Te complacerá tanto que no querrás ni moverte, por así decirlo.

La nutria introdujo una aleta en el agua y salpicó a Bumbelwy.

—¡Eh, tú, holgazán! Rodea todo su cuerpo con una zarza. Asegúrate de cubrir todos los puntos que nos hemos dejado hasta ahora. Incluso la cabeza. Estamos hablando de un hechizo muy delicado. Todo debe quedar perfecto.

Bumbelwy me miró desconsolado.

—¿Lo hago?

Hice rechinar los dientes.

—Hazlo.

Con expresión adusta, Bumbelwy me envolvió tan apretadamente como un capullo de mariposa. Cuando hubo concluido, sólo quedaban expuestas mi boca y parte de una oreja. Yacía de costado en el suelo, incapaz de moverme, preparado por fin para descubrir el alma de Atar.

Con la mandíbula apretada, pregunté entre dientes:

—¿Y ahora qué?

La nutria dejó escapar una risita.

—Ahora que la curiosidad te tiene inmovilizado, por así decirlo, te transmitiré la información que me has solicitado.

—Hazlo deprisa. —Una zarza se clavó en mi cadera. Intenté rodar hacia el otro lado pero ni siquiera pude empezar a moverme—. Por favor.

—El primer principio de Atar, como en cualquier otra disciplina, es... —Proyectó un surtidor de agua hacia arriba—: No confiar nunca en un tramposo.

—¿Qué?

La nutria se rió de una manera incontrolable, aferrándose la voluminosa barriga mientras rodaba sobre sí misma en el agua poco profunda de la orilla.

—Por eso me llaman el Tramposo del Lago. —Sin dejar de reírse, pataleó indolentemente para dirigirse a la otra orilla—. Espero no haberte impuesto demasiadas ataduras, por así decirlo.

Bramé de furia, pero no podía hacer nada. Si ya había tardado mucho en atarme con las zarzas, me pareció que tardaba al menos el doble en desatarme. Para cuando pude ponerme en pie y pasear por la orilla agobiado por la frustración, el sol casi había desaparecido por detrás del borde de las colinas.

—He desperdiciado todo un día —gemí, dolorido por los arañazos de las manos, la cadera y la frente—. ¡Un día entero! No puedo creer que confiara en él.

Rhia no dijo nada, pero yo sabía perfectamente en qué estaba pensando. Me volví hacia ella.

—¡No deberías haber venido conmigo! Debiste quedarte con Arbassa, donde por lo menos estarías a salvo.

Sus ojos grisazulados me analizaron detenidamente.

—No quiero estar a salvo. Quiero estar contigo.

Aplasté una zarza con el talón.

—¿Por qué te molestas?

—Porque... Porque quiero. —Contempló tristemente las oscuras aguas—. A pesar de lo que me ha mostrado el lago.

—¿Qué te ha mostrado?

Suspiró pesadamente.

—No quiero hablar de eso.

Acordándome de mi visión del ojo de Balor, asentí en silencio.

—De acuerdo —dije al fin—. Pero sigo sin saber por qué quieres quedarte.

Algo llamó su atención desde el cielo y Rhia levantó la vista. Siguiendo su mirada, vi dos siluetas lejanas que surcaban las alturas, cerca del horizonte. Aunque apenas lograba verlas, enseguida supe qué eran. Una pareja de rapaces que cabalgaban juntas sobre la brisa. Volaban casi como un solo ser, elevándose y virando al unísono, del mismo modo en que Rhia y yo nos movíamos cuando éramos peces.

—¿No te parecen adorables? —me preguntó, sin perder de vista a las aves—. Si son como los halcones de la Druma, no sólo vuelan juntos, sino que también construyen juntos el nido, donde comparten el resto de sus vidas.

Lo comprendí en el acto. Lo que ataba a los halcones, lo que me ataba a Rhia, no tenía nada que ver con zarzas. Ni con cuerdas. Ni con cadenas de ninguna clase.

Me volví hacia mi amiga.

—Rhia, supongo que las ataduras más sólidas son invisibles. Quizá... las ataduras más firmes son las del corazón.

Mi cayado se incendió con un relámpago azul. Cuando la llamarada se desvaneció, descubrí una nueva marca grabada en la caña, no muy lejos de la mariposa. Era una pareja de halcones, unidos en su vuelo.

LA LUZ VOLADORA



El resplandor apenas se había desvanecido de mi cayado cuando mi mente ya volvía a concentrarse en el tercer Cantar, el de Proteger. Me alejé del lago, cuya lisa superficie centelleaba siniestramente, en dirección al boscoso valle que nos rodeaba. Coronar la empinada y frondosa ladera era sólo el principio. Pues el tercer Cantar exigía otro largo viaje. Proteger es la habilidad que conocen los enanos.

¡A la tierra de los enanos! Su reino, me explicó Rhia, sólo recibía visitas en raras ocasiones, y casi nunca por voluntad propia. Los enanos, si bien estaban en paz con sus vecinos, no acogían con agrado a los intrusos de ninguna clase. Lo único que se sabía de su reino subterráneo era que sus accesos se hallaban ocultos en algún punto cercano a las fuentes del Río Incesante, en los altiplanos del norte de las Colinas Brumosas. Esta vez no teníamos elección respecto al modo de llegar a nuestro destino. Teníamos que andar.

Incluso obligándonos a continuar todos los días hasta mucho después del atardecer, tardamos más de media semana en atravesar las colinas. Nuestras comidas constaban principalmente de manzanas silvestres, frutos secos en forma de medialuna, un néctar dulce que descubrió Rhia y un huevo ocasional o dos, cuando encontramos un nido de urogallo desprotegido. Logramos evitar cualquier nuevo tropiezo con las piedras vivas, pero el trayecto resultó arduo. Los vapores se arremolinaban constantemente, envolviéndonos en mantos de niebla que nos impedían ver incluso el terreno más elevado. Cuando vadeábamos un pantano, Rhia perdió un zapato en una trampa de arenas movedizas. Dedicamos gran parte de esa tarde a buscar un serbal para que ella se hiciera un zapato de recambio con la correosa corteza de ese árbol. Dos días después, atravesamos un desfiladero, resbaladizo por el hielo y la nieve, pero sólo después de viajar durante toda la noche de luna llena.

Por fin, derrengados y mugrientos, llegamos a los altiplanos de la cabecera del

río. Incontables flores amarillas en forma de estrella tapizaban el llano, impregnando el aire de un fuerte, pero agradable olor. Más tarde llegamos al caudaloso Río Incesante. Allí nos topamos con una pareja de unicornios de color crema que pastaban junto a la orilla. Seguimos el sinuoso curso del río hacia el norte, por una serie de anchos prados de alta montaña que ascendían como brillantes escaleras verdes.

Cuando Rhia alcanzó el límite de uno de esos prados, se detuvo y señaló la línea de montañas nevadas que se recortaban en la distancia.

—Mira, Merlín. Detrás de aquellas cumbres se encuentra la ciudad de los gigantes, Varigal. Siempre he deseado verla, aunque ahora no hay más que ruinas. Arbassa dice que es el asentamiento más antiguo de Fincayra.

—Lástima que los enanos, y no los gigantes, sean nuestro objetivo ahora. —Me incliné para arrancar un puñado de hierba de briznas plumosas—. Los gigantes tendrán que esperar al quinto Cantar, el que se refiere de algún modo a Varigal. Si llegamos tan lejos.

Seguíamos en camino después de anochecer, cuando apareció un disco luminoso entre las densas nubes. Mordida por uno de los lados, la luna empezaba a menguar. Apreté el paso hasta prácticamente correr por la herbosa orilla, sabiendo perfectamente que ya había consumido más de la mitad del tiempo disponible y sólo había descifrado dos de los misteriosos Cantares. ¿Cómo iba a completar los cinco restantes, ascender hasta el Otro Mundo, apoderarme del Elixir y regresar junto a Elen, todo en menos de dos semanas? Ni siquiera un mago auténtico esperaría lograr tanto.

Ayudados por el resplandor de la luna, remontamos con gran esfuerzo otra abrupta elevación, sujetándonos a las raíces y matorrales para no caer hacia atrás dando tumbos. El Río Incesante, ahora sólo un arroyo borboteante, corría cuesta abajo a nuestro lado, y sus pequeñas cascadas y remansos centelleaban bajo la plateada luz lunar. Por fin llegamos a la cima. Ante nosotros se extendía un enorme prado iluminado por la luna, dividido por una refulgente cinta de agua.

Bumbelwy se desplomó en un confuso amasijo junto al arroyo.

—No puedo continuar sin descanso. Y tampoco sin comida. Un juglar necesita reponer fuerzas.

Jadeando para respirar el aire nocturno, me apoyé en mi cayado.

—Es tu público quien necesita reponer fuerzas.

—Cierto, muy cierto, demasiado cierto. —Se enjugó la frente con el borde de su pesada capa—. Y por encima de todo lo demás, ¡me estoy asando vivo! Esta capa me hace sudar aun después de la puesta de sol. Y durante estos días calurosos que hemos pasado, ha sido una auténtica tortura.

Meneé la cabeza, perplejo.

—¿Y por qué no te desprendes de ella?

—Porque sin ella, podría congelarme. ¡Convertirme en hielo! ¡Ahora mismo, en

un segundo, en un instante!

Rhia y yo intercambiamos miradas burlonas. Después ella se inclinó y olfateó las flores con forma de estrella. Sonriendo, arrancó un puñado de tallos, los enrolló hasta formar una bola amarilla compacta y me la tendió.

—Pruébalo —me suplicó—. La flor astral es alimento para el viajero. Se dice que algunos viajeros extraviados han sobrevivido sin otra cosa durante muchas semanas.

Mordí la bola de flores y noté un sabor dulce, pero ácido, casi como la miel quemada.

—Mmmm. ¿Sabes a quién le gustaría mucho? A nuestro amigo Shim.

—Sí —replicó Rhia—. O, como diría él, decidida, absoluta y definitivamente sí. —Le tendió otra bola a Bumbelwy y se tumbó de espaldas junto al arroyo—. ¡A Shim le encantaba la miel tanto como a mí! Incluso antes de crecer hasta convertirse en un verdadero gigante, era capaz de comer más miel que nadie. —Con un suspiro, añadió—: Me pregunto si volveremos a verlo algún día.

Arrodillándome, formé un cuenco con las manos y las introduje en el agua cristalina. Cuando me las acerqué a la cara, sin embargo, el vacilante reflejo de la luna apareció entre ellas. Me eché hacia atrás bruscamente, empapándome la túnica.

—¿Has visto algo? —Rhia me examinó con inquietud.

—Sólo un recuerdo del daño que he causado.

Me estudió otro largo momento. Después, con una voz tan queda que apenas pude oírla con el murmullo del agua, me dijo:

—Aún tienes el corazón de un mago.

Mi mano palmeó el agua, salpicándonos a ambos.

—¡Entonces quiero el sencillo corazón de un muchacho! Rhia, cada vez que hurgo en esos... anhelos, esos poderes, esas artes mágicas, ¡hago algo horrible! Por mi culpa, mi madre yace al borde de la muerte. Por mi culpa, gran parte de las Colinas Oscuras siguen siendo un páramo, esperando sólo el regreso de Rhita Gawr y sus trasgos guerreros. Y por mi culpa, mis propios ojos están ciegos, inútiles.

Bumbelwy se incorporó apoyándose en un codo y haciendo repicar sus cascabeles.

—¡Cuánta desesperación, hijo mío! ¿Puedo ofrecerte mi consuelo? Permíteme contarte el acertijo de...

—¡No! —grité, ahuyentándolo con un gesto. Me volví hacia Rhia—. La verdad es que Domnu es un vieja bruja y una ladrona, pero estaba en lo cierto. Yo podría ser la peor catástrofe que haya sobrevenido a Fincayra.

Rhia no dijo nada y se encorvó para beber agua del arroyo. Cuando alzó la cabeza, se secó el agua de la barbilla.

—No —declaró por fin—. No lo creo. No es por nada que pueda identificar con exactitud. Es como... las moras. Quiero decir, que el Arpa funcionaba realmente contigo, al menos durante un tiempo. La caracola parlante también hizo lo que le pedías.

—Mi único mérito fue encontrar la caracola adecuada. Y ella utilizó su propio poder para traer a mi madre a la isla.

—Aunque tengas razón, ¿qué me dices de Tuatha? Él no te habría permitido descifrar los Siete Cantares a menos que tuvieras alguna posibilidad de dominarlos y llegar al Otro Mundo.

Incliné la cabeza con un gesto de frustración.

—Tuatha era un gran mago, un mago de verdad. Y me dijo que algún día quizá yo también llegara serlo. ¡Pero incluso los magos cometen errores! No, la única manera de llegar al Otro Mundo es muriéndome. Y mi madre moriría conmigo.

Rhia envolvió mi dedo con el suyo, todavía húmedo de agua del arroyo.

—Aún está la profecía, Merlín: Que sólo un niño de sangre humana puede derrotar a Rhita Gawr a sus servidores.

Me giré y contemplé el ancho prado que se extendía al otro lado del arroyo. Aunque parte de la hierba brillaba a la luz de la luna, el prado estaba en su mayoría envuelto en sombras. Y supe que en algún lugar cercano se hallaba el reino de los enanos. Y en algún lugar más lejano estaba la entrada secreta del mundo de los espíritus, custodiada por el ogro Balor.

Retiré la mano.

—Esa profecía, Rhia, es digna de la persona que la formuló. Además, sólo quiero salvar a mi madre, no combatir a los guerreros de Rhita Gawr. —Cogí una piedra y la lancé al arroyo plateado—. Y dudo que pueda conseguir ni siquiera eso.

—Ah, sufrimiento —recitó Bumbelwy, con el rostro tan sombrío como el prado—. Por lo menos comprendes la sabiduría que encierra lo que te he estado diciendo desde el principio.

Monté en cólera.

—Nada de lo que me has dicho se parece ni remotamente a la sabiduría.

—No te ofendas, por favor. Me limito a señalar que sólo te queda una cosa por hacer: abandonar.

Me ardían las mejillas. Empuñé mi cayado y me puse en pie.

—¡Eso, patética imitación de juglar, es algo que no pienso hacer! Es posible que mi fracaso en esta misión esté asegurado, pero no me rendiré por cobardía. Mi madre se merece algo más que eso. —Lanzando una mirada al prado iluminado por la luna, le espeté a Rhia—: Ven si quieres. El reino de los enanos no puede estar muy lejos.

Mi amiga inspiró profundamente.

—Sí, pero sería una locura intentar encontrarlo ahora. Necesitamos descansar unas cuantas horas. Y, Merlín, ese prado... está lleno de peligros. Lo presiento. Y sobre todo, es seguro que los túneles de los enanos están bien ocultos por el terreno y no por la magia. Ya nos costará bastante encontrarlos incluso de día.

—Abandona —me instó Bumbelwy, recogiendo más flores astrales.

—Jamás —gruñí. Basculando sobre el bastón, me volví para marcharme.

—¡No, Merlín! —Rhia extendió los brazos hacia mí—. No le hagas caso. Espera

a que se haga de día. Te perderías fácilmente.

Si yo pudiera echar fuego por la boca, lo habría hecho.

—¡Espera tú a que se haga de día! Sé cuidar de mí mismo.

Crucé hasta el prado, donde las altas hierbas susurraron al rozar mi túnica. La luz de la luna salpicaba el terreno como huellas de garras luminosas, pero en su mayor parte estaba sumido en tinieblas. De pronto, varios pasos más adelante, mi segunda visión captó una zona anormalmente oscura. Como no había cerca ningún árbol o roca que proyectaran su sombra, deduje que podía ser un túnel, o por lo menos una zanja. No fui tan imprudente para introducirme sin más en un lugar semejante y me desvié hacia la izquierda.

De repente, la tierra cedió bajo mis pies y me precipité hacia abajo. Antes de poder gritar siquiera, una negrura absoluta me engulló.

Cuando desperté, me encontré enroscado formando un apretado ovillo y cubierto por una pesada manta que apestaba a humo. Alguien me llevaba a cuestras, gruñendo ininterrumpidamente, pero no logré adivinar qué tipo de bestia era o adónde me llevaba. Unas gruesas cuerdas inmovilizaban mis brazos y piernas, en tanto que una mordaza de tela tapaba mi boca. Aparte de los ahogados gruñidos que sonaban debajo de mí, no oí nada más que el latido de mi propio corazón. Zarandeado y vapuleado como un saco de trigo, estaba cada vez más mareado y magullado. Mi martirio pareció prolongarse durante horas.

Finalmente, el zarandeo se detuvo en seco. Me depositaron sobre un suelo de piedra lisa y dura. Permanecí tendido boca abajo, con la mente confusa. La manta fue retirada de golpe. Con gran esfuerzo, rodé sobre mí mismo.

Un grupo de enanos, ninguno de los cuales me llegaría a la cintura, me miraban fijamente con ojos más encendidos que el fuego. La mayoría lucía una enmarañada barba, y todos llevaban dagas enjoyadas al cinto. Plantados ante una fila de antorchas chisporroteantes, con los pies bien asentados en el suelo y los fornidos brazos cruzados sobre el pecho, parecían tan inamovibles como las paredes de roca que los rodeaban. Uno, cuya barba presentaba franjas grises, enderezó la espalda rígidamente, induciéndome a suponer que era uno de los enanos gruñones que me habían traído a hombros.

—Corta sus ligaduras —ordenó una voz imperiosa.

De inmediato, unas fuertes manos me obligaron a rodar de nuevo sobre mi estómago y cortaron las cuerdas. Alguien arrancó de mi boca la mordaza de tela. Moviendo los brazos entumecidos y la lengua abrasada, conseguí sentarme.

Al ver mi cayado en el suelo, a mi lado, alargué la mano para cogerlo. Un enano alzó su pesada bota y me aplastó la muñeca. Grité de dolor, y el eco de mi grito rebotó en las paredes de roca.

—No tan deprisa.

Era la misma voz autoritaria. Esta vez, no obstante, identifiqué su origen: una gruesa enana que estaba sentada en un trono tallado en jade, con hileras de piedras

preciosas incrustadas, instalado sobre una cornisa más elevada que el suelo de piedra. Tenía el cabello alborotado y del color del bronce, la piel clara y unos pendientes con conchas colgantes que se entrechocaban cada vez que ella movía la cabeza. Vestía una túnica negra con runas y figuras geométricas bordadas con reluciente hilo de oro, acompañada por un sombrero picudo a juego. En una mano sostenía un cayado casi tan alto como el mío.

Cuando hice ademán de ponerme en pie, la enana alzó la mano libre.

—¡No intentes levantarte! Permanecerás más bajo, más abajo que yo. Y no intentes recuperar tu cayado.

Se inclinó hacia mí, haciendo tintinear sus pendientes de conchas blancas.

—Los cayados pueden ser peligrosos, ¿lo sabías? Incluso en manos de un encantador tan novato como tú, Merlín.

Me quedé sin aliento.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Se rascó la prominente nariz.

—Nadie sabe tu verdadero nombre. Ni siquiera tú mismo, está claro.

—Me has llamado Merlín.

—Sí —dijo con una ronca carcajada que pareció avivar las llamas de las antorchas de la caverna—. Y tú puedes llamarme Urnalda. Pero tampoco es mi verdadero nombre.

Frunciendo el ceño con desconcierto, volví a intentarlo.

—¿Cómo sabías que me llaman Merlín?

—Ah. —Las blancas conchas repicaron cuando asintió—. Esa pregunta está mejor. —Extendió un rechoncho dedo para tocarse un pendiente—. Las caracolas me lo contaron. Igual que una caracola te contó algunas cosas, cosas que has sido demasiado testarudo para escuchar.

Me revolví sobre el duro suelo de piedra, pero no dije nada.

—No sólo eso, además eres un intruso. —Urnalda agitó los brazos, proyectando veloces sombras sobre las paredes—. Y yo detesto a los intrusos.

Al oírlo, varios enanos empuñaron sus dagas enjoyadas. Uno de ellos, cuya frente presentaba una cicatriz irregular, cloqueó audiblemente. El sonido se propagó por el aire de la estancia subterránea.

Acariciando su cayado, Urnalda me examinó un rato largo.

—Aun así, todavía puedo decidirme a ayudarte.

—¿De veras? —Miré de soslayo a los otros enanos, que gruñeron decepcionados. Después, recordando mi experiencia con el Tramposo del Lago, sentí una repentina desconfianza—. ¿Por qué ibais a ayudarme?

La enana resolló.

—Porque un día, si sales airoso, podrías llevar un sombrero como el mío.

Sin comprender lo que me decía, estudié con más atención su sombrero picudo. La punta estaba descuidadamente ladeada. Más abajo, docenas de minúsculos

orificios atravesaban su superficie, permitiendo que el cabello pelirrojo de Urnalda asomara por ellos. Menos por el bordado en plata, que habría resultado más atractivo si representara estrellas y planetas en lugar de runas, era sencillamente el sombrero más ridículo que había visto en toda mi vida. ¿Por qué iba yo a querer nunca algo semejante?

Los ojos de la enana se estrecharon, como si fuera capaz de leerme el pensamiento. Con una voz más grave de lo normal, declaró:

—Este sombrero es de un encantador.

Di un respingo.

—No pretendía ofenderte.

—Eso es mentira.

—De acuerdo, está bien. Siento haberte ofendido.

—Eso es verdad.

—Por favor. ¿Querrás ayudarme?

Urnalda tamborileó pensativamente con los dedos sobre su cayado, antes de mascullar por fin una respuesta monosilábica:

—Sí.

Un enano de barba negra que se hallaba junto al trono gruñó airadamente. Con la velocidad del rayo, ella se volvió y levantó la mano como si fuera a abofetearlo. El enano se quedó petrificado, incapaz de moverse. Lentamente, la enana bajó la mano... y la barba se separó brutalmente de la cara del otro. Chillando, el enano se cubrió con las manos las mejillas desnudas. Mientras, los demás enanos ululaban y lanzaban groseras risotadas, señalando la barba caída en el suelo.

—¡Silencio! —Urnalda se agitó con impaciencia, sacudiendo los pendientes de conchas, además del trono instalado en la cornisa—. Eso te enseñará a no poner en duda mis decisiones.

Se volvió hacia mí.

—Te ayudaré porque aún puedes desafiar al destino y sobrevivir. Tal vez incluso vivas para convertirte en un encantador tú también. —Me miró de reojo, tímidamente—. Y si te ayudo ahora, algún día quizá me ayudes tú a mí.

—Lo haré. Te prometo que lo haré.

Las antorchas chisporrotearon, temblorosas, de modo que las paredes de roca parecían vibrar. Urnalda se inclinó y su sombra aumentó de tamaño sobre la superficie achaflanada que tenía detrás.

—Una promesa es algo muy serio.

—Lo sé. —La miré con solemnidad—. Si me ayudas a encontrar el alma de Proteger, no lo olvidaré.

Urnalda chasqueó dos dedos.

—Traedme una luz voladora. Y una piedra para esculpir, una maza y un cincel.

Todavía desconfiando de una posible artimaña, pregunté:

—¿Qué es una luz voladora?

—Cállate.

Excepto por el chisporroteo de las antorchas, el silencio reinó en la habitación. De pronto, unas pesadas botas atronaron en la estancia subterránea, cuando un par de enanos se aproximaron al trono. Uno de ellos se encorvaba bajo el peso de una enorme piedra negra, basta como las paredes mismas, que debía de pesar el doble que él. A un gesto de Urnalda, inclinó un hombro y dejó caer la piedra al suelo con un seco estampido.

El segundo enano llevaba una maza y un cincel en una mano, y un objeto pequeño y luminoso en la otra. Parecía una taza de cristal transparente invertida, con el borde apoyado sobre la palma de la mano. Detrás del cristal, parpadeaba una luz vacilante. A otra señal de Urnalda, depositó las herramientas junto a la piedra. Luego, colocó la taza cuidadosamente también en el suelo y retiró la mano con suma delicadeza, pero con rapidez, a fin de evitar que escapara algo que había en su interior.

Urnalda emitió una ronca carcajada y las antorchas llamearon con más fuerza.

—Dentro de la jaula de cristal hay una luz voladora, una de las criaturas más raras de Fincayra. —Me dedicó una torva sonrisa, una mueca que no me gustó—. Tu siguiente Cantar es el de Proteger, ¿verdad? Para averiguar lo que necesitas saber, debes descubrir la mejor manera posible de proteger la luz voladora de todo mal.

Al contemplar la maza y el cincel, me costó tragar saliva.

—¿Insinúas que debo esculpir una jaula... a partir de esa gran piedra?

La enana se rascó la nariz en actitud reflexiva.

—Si ésa es la mejor manera de proteger a esa criaturita tan frágil, entonces eso es lo que debes hacer.

—Pero puedo tardar días. ¡O semanas!

—Los enanos tardamos muchos años en excavar los túneles y cámaras de nuestro reino.

—Yo no dispongo de tanto tiempo.

—Silencio. —Apuntó con su cayado hacia una abertura del techo que relucía con una amortiguada luz propia—. Ese túnel, como el otro por el que caíste, nos proporciona aire además de luz. Tenemos cientos de ellos, todos tan lisos como el suelo en el que te sientas, todos ocultos para la superficie por medio de encantamientos. Así es como los enanos estamos tan bien protegidos. Por eso has venido aquí a aprender el alma del Cantar.

—¿Estás segura de que no existe otra manera? —protesté.

Los pendientes se balancearon de lado a lado.

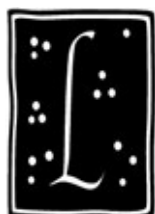
—No hay otra manera de aprender la lección por ti mismo. Tu misión es proteger a esa criaturita de todo mal. Empieza ya.

Con un último repiqueteo de conchas, Urnalda abandonó la habitación, seguida por su cortejo. Observé las chispeantes antorchas de las paredes, contemplando las sombras que proyectaba el trono crecer y reducirse, para volver a aumentar. Ese

mismo trono, al igual que las paredes, había sido labrado a partir de la implacable piedra, la misma piedra que los enanos, a lo largo de los siglos, habían modelado hasta dar forma a todo su reino.

Y ahora me tocaba a mí modelar la piedra.

PROTECCIÓN



La maza y el cincel despedían fríos reflejos de la luz vacilante de las antorchas. Empuñando las herramientas, recuperé la vertical y me acerqué a la imponente roca negra, que me llegaba casi a la cintura. Alcé la maza y descargué el primer golpe. La mano, el brazo y todo el pecho acusaron la sacudida. Antes de que el eco del mazazo se extinguiera, asesté un segundo golpe. Luego, un tercero.

Transcurrió el tiempo mientras trabajaba, pero a un ritmo desconocido. En la sala subterránea del trono de Urnalda, el único signo del día o la noche procedía del conducto de ventilación del techo. Mientras que, de noche, en su boca circular brillaba la luz plateada de la luna, de día resplandecía con la luz dorada del sol.

Pero el día y la noche no suponían ninguna diferencia para mí. Las antorchas de las paredes chisporroteaban constantemente. Yo descargaba mazazos sin descansar sobre el liso extremo del cincel, directamente sobre la piedra negra y, en ocasiones, sobre mi pobre pulgar amoratado. La maza retumbaba al compás de mi respiración. Saltaban esquirlas por los aires, y alguna a mi cara. Pero yo continuaba, deteniéndome sólo el tiempo suficiente para comer un poco de las espesas gachas humeantes que me servían los enanos, o para descabezar un fragmentado sueño sobre la manta.

Tres enanos barbudos me vigilaban en todo momento. Uno custodiaba mi cayado, que continuaba en el suelo de piedra, con los fornidos brazos cruzados sobre el pecho. Además de la daga, de su cinturón pendía un hacha de doble filo. Los otros dos, provistos de largas lanzas con la punta de piedra roja como la sangre, se habían situado a ambos lados del túnel de entrada. Todos lucían la misma expresión seria, que sólo se acentuaba cada vez que Urnalda entraba en la habitación.

La enana se sentaba en su trono de la cornisa durante horas, aparentemente para verme trabajar. Parecía absorta en sus pensamientos, a pesar del constante martilleo de la maza en mis manos llenas de ampollas. O quizás intentaba sondear mis

pensamientos más íntimos. No lo sabía, ni me importaba. Lo único que sabía era que no iba a abandonar, como me había sugerido Bumbelwy. Cuando pensaba en su propuesta, o en el estado de mi madre, saltaban chispas de la piedra. Sin embargo, era cada vez más consciente de las limitaciones de tiempo, y de las de mi habilidad como picapedrero.

El resplandor de la luz voladora titilaba y fluctuaba, reflejándose sobre la piedra negra mientras yo trabajaba. Poco a poco, fui arrancando más fragmentos de piedra; había conseguido practicar una ranura poco profunda. Si mi pulgar y mis doloridos brazos aguantaban, la ensancharía hasta obtener un hueco lo bastante grande como para darle la vuelta y cubrir con él la luz voladora. No sabía cuánto tiempo necesitaría para ello. A juzgar por la cambiante luz del conducto de ventilación del techo, ya habían transcurrido dos días y dos noches.

En el curso de mi labor, en ningún momento dejé de oír en mi mente la última orden de Urnalda: «Tu misión es proteger a esa criaturita de todo mal». De vez en cuando, mientras proseguía con el martilleo, me preguntaba si habría alguna pista oculta en aquellas palabras. ¿Existía algún otro modo de mantener a salvo la luz nocturna? ¿Algún modo que se me escapaba?

No, me dije, eso era imposible. La propia Urnalda atribuía a los túneles de piedra el mantenimiento de la seguridad de los enanos. Porque, aunque ni siquiera la piedra dura eternamente, es lo más resistente que hay.

El mensaje estaba claro: debía construir una jaula de piedra, igual que los enanos erigieron este reino subterráneo. No tenía elección.

Aun así, mientras seguía golpeando y raspando con la intención de ensanchar las grietas de la piedra, deseé que existiera un modo más fácil. ¡Como mi forma de empuñar la gran espada Cortafondo en la batalla del Castillo Velado! No había empleado las manos, sino algún poder oculto de mi mente, para que la espada volara por los aires. De alguna manera desconocida para mí, había conectado con la magia de Salta. Como la Gran Elusa al enviarnos a la tierra abandonada de los árbolidos. ¿Era posible conectar otra vez con ese mismo poder? ¿Podía hacer que la maza y el cincel trabajaran ahora para mí, ahorrándome así el dolor de espalda, el entumecimiento de los brazos y las magulladuras del pulgar?

—No seas necio, Merlín.

Aparté la vista de la piedra para encararme con Urnalda, que me observaba desde su trono de jade.

—¿Qué quieres decir?

—¡Quiero decir que no seas tonto! Si, efectivamente, conseguiste que Cortafondo volara hacia ti, no fue tanto gracias a tu poder como por otra razón. Esa espada es un Tesoro de Fincayra. Posee sus propios poderes. —Se reclinó en su trono de jade, haciendo resonar sus pendientes—. Tú no empuñaste la espada, sino que ella te empuñó a ti.

Dejé caer la maza, que rebotó con gran estruendo en el suelo de piedra.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Lo hice yo! ¡Yo utilicé la espada! Con mi propio poder. Igual que...

Urnalda sonrió burlonamente.

—Acaba la frase.

Mi voz descendió de volumen hasta convertirse en un murmullo.

—Igual que utilicé el Arpa en Flor.

—Exacto. —Las antorchas vacilaron mientras la enana me examinaba, rascándose la protuberante nariz—. Aprendes despacio, pero quizá todavía hay esperanza para ti.

—Tengo la sensación de que estás hablando de algo más que de mi habilidad con la piedra.

Urnalda lanzó un bufido, enderezando su sombrero.

—Por supuesto. Estoy hablando de tu capacidad de Ver. No me extraña que, de los siete Cantares, ése sea el que más temes.

Me puse blanco como la cera. Sin darme tiempo a replicar, la enana añadió:

—Aprendes despacio también con la piedra. ¡Nunca conseguirías lo mismo que un enano con los túneles! Razón por la cual dudo que la profecía resulte ser cierta.

—¿Qué profecía?

—La de que algún día reconstruirás un gran círculo de piedras, tan grande como Estonahenj.

Empecé a echar chispas como una de las antorchas.

—¿Yo? ¿Reconstruir algo de esas dimensiones? ¡Es muy probable! Tan probable como que levante Estonahenj piedra a piedra y lo traslade a Gwynedd por encima del océano.

Sus ojos rojos brillaron de forma extraña.

—Oh, ha sido profetizado que eso también lo harás. No a Gwynedd, sino a una tierra vecina llamada Logres, o Gramarye, para algunos. Pero esa profecía es aún menos probable que la otra.

—Basta —declaré. Soplé sobre mi palma ampollada y recogí otra vez la maza—. Ahora tengo que volver al trabajo serio. Esculpir una jaula de piedra, como me ordenaste.

—Eso es mentira.

Me quedé petrificado con la maza en alto.

—¿Mentira? ¿Por qué?

Las sombras danzaban por la habitación, mientras los pendientes tintineaban suavemente.

—Merlín, yo te di una orden, pero no fue ésa.

—Me entregaste esta piedra.

—Eso es verdad.

—Me dijiste que protegiera la luz voladora de todo mal.

—Eso es verdad.

—Y eso significa esculpir algo más fuerte que esa taza de cristal.

—Esa decisión fue tuya, no mía.

Lentamente, titubeando, bajé la maza. La dejé en el suelo junto con el cincel y me acerqué al cristal. La criatura del interior temblaba como una diminuta llama.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Urnalda? Es sobre la luz voladora.

—Pregunta.

Observé la fluctuante luz del otro lado del cristal.

—Dijiste que es una de las criaturas más raras de Fincayra. ¿Cómo sobrevive? ¿Cómo se mantiene a salvo?

El rostro de Urnalda, iluminado por las antorchas, mostró la sombra de una sonrisa irónica.

—Está a salvo cuando vaga libremente a la luz del sol, donde nadie puede verla. Y de noche, bailando en los lugares donde la luz de la luna se encuentra con el agua.

—En otras palabras..., siendo libre.

Los pendientes de conchas tintinearono ligeramente, pero Urnalda no dijo nada.

Alargué la mano para tocar la copa de cristal. Extendí los dedos sobre su superficie y sentí el calor de la criatura atrapada en el interior. Con una brusca torsión de muñeca, puse la taza del revés.

Un refulgente punto de luz, no mayor que una pepita de manzana, flotó en el aire de la cavernosa sala. Sólo oí un débil canturreo mientras se elevaba, rozándome la cabeza. La luz voladora ascendió rápidamente hasta el techo, se coló por la boca del conducto de ventilación y desapareció.

Urnalda aporreó con el puño el brazo de su trono. Los dos enanos que guardaban la entrada bajaron la lanza al momento, apuntándome directamente a mí. La enana descargó otro puñetazo.

—Dime por qué has hecho eso.

Inspiré entrecortadamente.

—Bueno, porque incluso una jaula de piedra se desmoronaría con el tiempo. La mejor manera de proteger algo es dejándolo libre.

En ese instante, una llama azul brotó de mi cayado. El enano que se encontraba más cerca lanzó un aullido y brincó hasta el doble de su altura. Incluso antes de que aterrizara, distinguí la nueva marca, grabada en azul, en mi cayado. Era una piedra agrietada.

LOS RÍOS FRÍO Y CALIENTE



uando localicé a los demás en el campamento instalado junto a las fuentes del río, no lejos de donde los había dejado, llevábamos separados más de tres días enteros. La hierba del prado, teñida con varias tonalidades de verde, se ondulaba con la brisa. Al verme llegar, Rhia se apresuró a reunirse conmigo. Su preocupada expresión se relajó en cuanto vislumbró la tercera marca grabada en mi cayado.

Me acarició la mano.

—Estaba muy preocupada, Merlín.

Sentí un nudo en la garganta.

—Me temo que tenías motivos. Dijiste que me perdería y supongo que así fue.

—Pero encontraste el camino de vuelta.

—Sí —coincidí—. Pero he tardado demasiado. No quedan más de diez días.

Bumbelwy se unió a nosotros, casi tropezando con su capa al saltar por encima del ruidoso arroyo. Aunque lucía su habitual ristra de papadas y el ceño fruncido, parecía genuinamente contento de verme. Me agarró la mano y la estrechó enérgicamente, ensordeciéndome con sus cascabeles. Enseguida, intuyendo que estaba a punto de intentar una vez más contarme su famoso acertijo de los cascabeles, me volví y me alejé a paso vivo. Él y Rhia me siguieron. Al cabo de un rato, habíamos aumentado la distancia entre nosotros y el reino de los enanos, pero la que nos quedaba por recorrer era mucho mayor. Pues el cuarto Cantar, Nombrar, estaba relacionado con los eslantos, un misterioso pueblo que vivía en el extremo más septentrional de Fincayra. Para llegar allí, no sería necesario cruzar más puertos de montaña cerrados por la nieve, pero tendríamos que atravesar el Llano Herrumbroso en toda su extensión. Eso sólo ya nos llevaría varios días. Enseguida nos veríamos forzados a encontrar un paso entre los escarpados riscos del Barranco de las Águilas, por no hablar de las estribaciones septentrionales de las Colinas Oscuras. Y aunque yo sabía que el peligro acechaba en aquellos parajes, lo que más me inquietaba era la

idea de cruzar las Colinas Oscuras.

Para atravesar el llano, nos levantábamos cada día al alba, cuando las primeras aves matutinas y las últimas ranas nocturnas cantaban juntas a coro. Sólo nos deteníamos ocasionalmente para recoger moras o raíces, y una vez, gracias a que Rhia conocía el lenguaje de zumbidos de las abejas, para chupar un trozo de panal rezumante de dulce jarabe. Mi amiga también parecía saber exactamente dónde encontrar agua y nos guiaba hasta manantiales ocultos y estanques serenos. Era como si pudiera penetrar en la mente secreta del paisaje con la misma facilidad con que podía leer la mía. La luna arrojaba luz suficiente para viajar de noche, y eso era lo que hacíamos, a través de la extensa llanura. Mas la luna, como nuestro tiempo, menguaba rápidamente.

Por fin, al cabo de tres largos días, llegamos al borde del Barranco de las Águilas. Nos sentamos en el reborde rocoso, oteando las anchas franjas de rojo, pardo, ocre y rosa que recubrían los riscos y farallones. Relucientes pináculos blancos sobresalían de la pared opuesta. En el suelo, a gran distancia, un río poco profundo serpenteaba al pie del acantilado.

Cansado como estaba, no pude evitar la sensación de recibir una oleada de energía al recordar el conmovedor grito del águila de las cañadas que había señalado el inicio del Gran Concilio de Fincayra. ¡Ojalá pudiera volar yo como un águila! Podría rebasar esta pintoresca garganta a la velocidad del viento. Como había hecho, una eternidad atrás, sobre el dorso emplumado de Problemas.

Pero yo no era ni un águila ni una rapaz. Como Rhia y Bumbelwy, tendría que descender por el barranco a pie y encontrar un camino de subida por el otro lado. Recorrí, con mi segunda visión, la línea de acantilados, buscando un lugar por el que cruzar. Por lo menos nos hallábamos lo bastante al norte como para que las paredes no fueran absolutamente inexpugnables. Más al sur, se elevaban hasta formar un abismo de una anchura desmesurada que hendía por el mismísimo centro las Colinas Oscuras.

Rhia, la de paso más seguro de los tres, encabezó la marcha. Pronto descubrió una serie de estrechas cornisas que recorrían en zigzag las paredes del barranco. Siguiendo cada cornisa hasta encontrar un lugar desde donde descolgarnos hasta la siguiente, fuimos descendiendo por la pared de roca, unas veces resbalando sobre el trasero, otras superando a gatas promontorios que se desmoronaban a nuestro paso. Finalmente, empapados de sudor, llegamos al fondo del barranco.

El río, aunque lodoso, estaba mucho más fresco que nosotros. Bumbelwy, achicharrado de calor bajo su gruesa capa, se zambulló en el agua sin mediar palabra. Rhia y yo lo seguimos en el acto, arrodillándonos sobre las piedras redondeadas que recubrían el lecho del río para remojarnos la cabeza y los brazos, salpicándonos de agua mutuamente. En cierto momento, aunque no podía estar seguro, me pareció oír el grito distante de un águila, procedente de algún punto de los riscos, muy por encima de nosotros.

Por fin, considerablemente refrescados, emprendimos la ardua escalada para salir del barranco. Poco después, tenía que usar ambas manos, de modo que introduje mi cayado en el cinturón de mi túnica. A medida que la ladera se empinaba, los reniegos de Bumbelwy arreciaron. Aun así, siguió trepando justo detrás de Rhia, aprovechando los asideros y apoyos para las manos y los pies que ella acababa de utilizar.

Mientras escalábamos un farallón particularmente escarpado, sentí un fuerte dolor en los hombros, a causa de la tensión. Me incliné hacia atrás todo lo que me atreví sin perder pie, con la esperanza de divisar la cima de la pared del barranco. Pero sólo vi más riscos con estratos pardos y grises que seguían ascendiendo interminablemente. Al mirar hacia abajo, distinguí el lodoso río, que parecía poco más que un hilito de agua circulando por el fondo del barranco. Me recorrió un escalofrío y me aferré con más fuerza a la roca. Por poco que me apeteciera seguir escalando, aún me apetecía menos caerme desde aquella altura.

Rhia, que trepaba por el farallón a mi izquierda, me llamó de improviso.

—¡Mira! Un shar. En esa roca rosada.

Con precaución para no perder el equilibrio, me volví y descubrí un animalito de pelaje castaño, parecido a un gatito, que tomaba el sol. Al igual que un gato, yacía enroscado formando un ovillo y ronroneaba suavemente. Pero, a diferencia de los gatos, tenía el hocico puntiagudo, recubierto de finos bigotes, y dos alas delgadas como el papel plegadas a la espalda. Las delicadas alas se agitaban con cada ronroneo.

—¿No es adorable? —preguntó Rhia, sujetándose a la pared de piedra—. Los shar sólo viven a gran altura, en lugares rocosos como éste. Hasta hoy, yo sólo había visto otro y desde mucho más lejos. Son muy asustadizos.

Al oír su voz, el shar abrió unos grandes ojos azules. Se puso tenso, observando a la joven con gran atención. Luego, pareció relajarse. El ronroneo se reanudó. Lentamente, Rhia cambió los pies de posición. A continuación, aferrándose con una mano al agrietado risco, extendió el otro brazo en dirección a la criatura.

—Cuidado —le advertí—. No te caigas.

—Chsst. Lo vas a asustar.

El shar se movió ligeramente, apoyando sus peludas garras en la roca como si se dispusiera a incorporarse. En cada garra tenía cuatro pequeños dedos. A medida que la mano de Rhia se aproximaba a su rostro, el ronroneo aumentaba de intensidad.

En ese momento, intuí que había algo extraño en las garras. Al principio no logré identificar qué era. Por alguna razón, eran un poco... raras.

De repente, lo supe. Los dedos estaban unidos por una membrana, como las patas de un pato. Ahora bien, ¿para qué necesitaba patas palmeadas un animal de las altas cumbres pedregosas? Lo comprendí en una fracción segundo.

—¡No, Rhia! ¡Es un espectro cambiante!

Pero en el mismo instante en que empecé a gritar, el shar empezó a transformarse.

A la velocidad del rayo, sus alas se esfumaron, los ojos azules enrojecieron, los pelos se volvieron escamas y el cuerpo felino se convirtió en una serpiente de dientes agudos como dagas. El aire crepitó cuando el monstruo se desprendió de una piel transparente y quebradiza, como un ofidio que muda la librea. Todo eso ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Al oír mi grito, Rhia apenas tuvo tiempo de retirar la mano antes de que el serpentino animal, con las fauces abiertas de par en par, le saltara a la cara con las zarpas desplegadas. Con un salvaje alarido, su atacante pasó rozándole la cabeza y se precipitó al vacío.

Aunque sus mandíbulas no habían alcanzado a Rhia, la cola del espectro cambiante le flageló la mejilla. Desequilibrada, perdió pie, pero consiguió agarrarse al farallón con una sola mano, balanceándose precariamente. Luego, la piedra empezó a resquebrajarse bajo su mano. La joven cayó justo encima de Bumbelwy.

Aferrándose a la pared de roca, con los dedos blancos por la presión, el escuálido juglar aulló al recibir el impacto. Pero consiguió resistir, amortiguando así la caída de Rhia. Sin embargo, mi amiga quedó colgando cabeza abajo de la espalda de Bumbelwy, luchando por enderezarse.

—¡Aguanta, Bumbelwy! —grité, contemplándolos desde arriba.

—Hago lo que puedo —gimió el juglar—. Pero con eso nunca basta.

De repente, la piedra a la que se agarraba el hombre se desprendió y se partió en pedazos, que rebotaron en la pared rocosa antes de llegar al fondo. Mis dos amigos gritaron a un tiempo. Agitando brazos y piernas, resbalaron por la escarpada pared hasta chocar con una estrecha cornisa que detuvo su caída. Permanecieron allí colgados a gran altura sobre el fondo del barranco.

Como una desgarrada araña, descendí por el acantilado, con el cayado bamboleándose en mi cinturón. A mis pies, Rhia y Bumbelwy yacían en un confuso montón sobre la cornisa y gemían lastimeramente. Rhia intentó incorporarse, pero cayó hacia atrás; su brazo derecho se movía de una forma extraña.

Avanzando con precaución por la estrecha cornisa, logré llegar hasta ellos. Mientras ayudaba a Rhia a sentarse, su respiración se alteró cuando rocé su brazo retorcido. Los ojos que buscaron los míos reflejaban un intenso dolor.

—Me avisaste... justo a tiempo.

—Ojalá lo hubiera hecho unos segundos antes. —Una inesperada ráfaga de viento nos roció de polvo de la pared del acantilado. Cuando volvió la calma, saqué un manojo de hierbas de mi talega y froté el arañazo de la mejilla de mi amiga.

—¿Cómo has sabido que era un espectro cambiante?

—Por las patas palmeadas. ¿Recuerdas cuando nos encontramos aquel falso pájaro aleah en el bosque? Entonces me explicaste que los espectros cambiantes siempre tienen alguna característica extraña. —Me señalé a mí mismo—. Supongo que en eso se parecen mucho a las personas.

Rhia intentó levantar el brazo y su rostro se contrajo con una mueca de dolor.

—La mayoría de las personas no son tan peligrosas.

Deslizándome lentamente por la cornisa, me situé al otro lado de Rhia para verle mejor el brazo herido.

—Creo que está roto.

—Y olvidémonos del pobre Bumbelwy, claro —gimoteó el juglar—. No he hecho nada de utilidad. Nada en absoluto.

A pesar del dolor, Rhia casi sonrió.

—Bumbelwy, has estado maravilloso. Si el brazo no estuviera a punto de caérseme, te daría un abrazo.

Por un breve instante, el malhumorado juglar dejó de lamentarse. En realidad, se ruborizó, aunque muy levemente. Enseguida, al ver el brazo herido de Rhia, frunció a la vez el entrecejo, las mejillas y los mentones.

—Eso tiene muy mal aspecto. Quedarás incapacitada de por vida. Nunca podrás volver a comer o a dormir.

—No estoy de acuerdo —le contradije. Con suavidad, apoyé el brazo de mi amiga sobre su regazo, palpándolo en busca de la fractura.

Su cuerpo se arqueó por el dolor.

—¿Qué puedes hacer tú? No hay nada... ¡Oye, eso me ha dolido!... por aquí para entablillarlo. Y sin los dos... ¡ay!... brazos me resultará imposible trepar hasta arriba.

—Imposible —repitió Bumbelwy como el eco.

Negué con la cabeza, con lo que varias piedrecitas salieron despedidas de mi cabello.

—Nada es imposible.

—Bumbelwy tiene razón —protestó Rhia—. No puedes inmovilizarme el brazo. ¡Au! Ni siquiera esa talega de hierbas... puede ayudarte. Merlín, tienes que dejarme aquí. Marchaos... sin mí.

Apreté las mandíbulas.

—¡Ni hablar! He aprendido algo más sobre ataduras que eso. Estamos juntos, tú y yo, como aquellos dos halcones que vimos volando con el viento.

Una tenue luz parpadeó en sus ojos.

—Pero ¿cómo? No puedo escalar... sin este brazo.

Tensé mis doloridos hombros y luego inspiré profundamente.

—Espero curarte el brazo.

—No seas absurdo. —Bumbelwy se arrastró hacia el borde de la cornisa—. Para eso necesitarías unas tablillas. Una camilla. Y un ejército de sanadores. Te aseguro que es imposible.

Tras examinar la fractura, coloqué las manos encima suavemente. Aunque para mi segunda visión no suponía diferencia alguna, cerré los ojos para concentrarme. Imaginé con todas mis fuerzas que la luz, cálida y reparadora, se acumulaba en mi pecho. Cuando mi corazón refulgía de luz, la dejé circular por mis brazos hasta que llegó a mis dedos. Como invisibles ríos de calor, la luz fluyó a través de mí y penetró en Rhia.

—Oh —exclamó ella con un suspiro—. Qué alivio. ¿Qué estás haciendo?

—Sólo hago lo que me dijo una vez una amiga muy sabia. Escuchar el lenguaje de la herida.

La joven sonrió y se recostó en la cornisa rocosa.

—No te engañes —la previno Bumbelwy—. Si ahora te sientes mejor, es sólo porque después te sentirás diez veces peor.

—¡No me importa, viejo incordio! Ya me siento con más fuerzas. —Empezó a levantar el brazo.

—No lo hagas —le ordené—. Todavía no.

Mientras la reconfortante luz seguía brotando de la punta de mis dedos, me concentré en los huesos y en los músculos invisibles bajo la piel. Con paciencia y mucho cuidado, palpé mentalmente cada fibra de tejido. Animaba con amabilidad a cada célula para que volviera a ser fuerte, a integrarse con el resto. Uno por uno limpié los tendones, los tensé y los volví a fijar en su lugar. Finalmente, retiré las manos.

Rhia levantó el brazo. Flexionó rápidamente los dedos. Después, me arrojó los brazos al cuello y me apretó con la fuerza de un oso.

—¿Cómo lo has hecho? —me preguntó sin soltarme.

—En realidad, no lo sé. —Di una palmadita en el mango de mi cayado—. Pero creo que podía ser otro verso del Cantar de Atar.

Me soltó por fin.

—Verdaderamente, has encontrado el alma de ese Cantar. Tu madre, la sanadora, estaría orgullosa.

Sus palabras me sobresaltaron.

—¡Vamos! Nos queda menos de una semana. Quiero llegar al pueblo de los eslantos mañana por la mañana.

EL GRITO



uando por fin alcanzamos la cima del barranco, el sol acababa de ocultarse. Las sombras se congregaban sobre los abruptos farallones, en tanto que las Colinas Oscuras que se erguían ante nosotros eran ya casi negras. Mientras contemplaba las colinas, el solitario grito de un águila de las cañadas resonó en las proximidades, recordándome el grito del águila que inauguró el Gran Concilio de Fincayra, y el hecho de que, a estas horas, las colinas ya habrían vuelto a la vida si yo hubiera mantenido mi promesa sobre el Arpa en Flor.

Continuamos el viaje en la penumbra cada vez más acusada del crepúsculo. Las rocas planas que pisábamos fueron sustituidas rápidamente por tierra seca y granulosa, el mismo tipo de suelo que yo había aprendido a identificar con las Colinas Oscuras. Excepto por el ocasional roce de las hojas de los mustios árboles, sólo oíamos el crujido de la tierra bajo nuestras botas, el tumulto de los cascabeles de Bumbelwy y el rítmico golpeteo de mi cayado contra el suelo.

La oscuridad se volvió más opresiva. Yo sabía que los animales salvajes que hubieran regresado a estas colinas tras el derrumbamiento del Castillo Velado habrían encontrado escondrijos seguros al anochecer. Porque, a esa hora, los trasgos guerreros y los espectros cambiantes —y cualquier otra criatura que viviera bajo la superficie— podían caer en la tentación de salir de sus cuevas y fisuras en los afloramientos de roca. Sentí un escalofrío al recordar que por lo menos una de aquellas criaturas se había atrevido a mostrarse plena luz del día. Rhia, que por algún extraño poder estaba al corriente de mis sentimientos, como siempre, me oprimió suavemente el brazo.

Cayó la noche mientras seguíamos remontando las Colinas Oscuras. Los árboles se erguían como esqueletos deformados, haciendo entrechocar sus ramas al viento. Mantener nuestro rumbo hacia el noreste se hizo más difícil a causa de unas densas nubes que ocultaban casi todas las estrellas y lo que quedaba de la luna. Incluso Rhia caminaba más despacio con la escasa luz. Aunque Bumbelwy no se quejaba

abiertamente, sus gruñidos eran cada vez más alarmantes. Mis propias piernas cansadas tropezaban a menudo con piedras y raíces muertas. A este ritmo, teníamos más posibilidades de perdernos que de ser atacados.

Cuando Rhia señaló finalmente una estrecha hondonada que recorría la ladera, lo único que quedaba de un arroyo en otro tiempo torrencial, coincidí con ella en que sería prudente descansar allí hasta el amanecer. Minutos más tarde los tres yacíamos sobre el duro suelo de la cañada. Rhia encontró una roca redondeada, que utilizó como almohada, Bumbelwy se enroscó formando un ovillo.

—Voy a dormir aunque entre en erupción un volcán —declaró. Ante el peligro que corríamos, yo intenté con todas mis fuerzas permanecer en vela, pero pronto cabeceaba como los demás.

Un penetrante alarido resonó en la noche. Me senté, totalmente despierto, al mismo tiempo que Rhia, que dormía a mi lado. Ambos contuvimos el aliento, escuchando, pero no oímos nada más que los ronquidos de Bumbelwy. Un tenue resplandor detrás de las nubes era el único rastro de la luna, y su luz apenas rozaba las colinas circundantes.

El grito se oyó de nuevo. Se prolongó unos segundos en el aire; era un alarido de puro terror. Aunque Rhia intentó detenerme, empuñé mi cayado y recorrí el barranco dando traspiés. Mi amiga me siguió hasta la ladera sumida en tinieblas. Escrutando entre las sombras, forcé al máximo mi segunda visión en un intento de detectar cualquier movimiento, por pequeño que fuera. Pero todo estaba en calma; no se movía ni un grillo.

De pronto, distinguí una voluminosa silueta que se desplazaba entre las rocas, por debajo de nuestra posición. Habría sabido al instante lo que era aunque no hubiera vislumbrado el casco puntiagudo. Un trasgo guerrero. Sobre el musculoso hombro del trasgo se revolvía una pequeña criatura convulsa, cuya vida estaba claramente a punto de concluir.

Sin detenerme a pensar, me precipité cuesta abajo. Al oír el ruido de mis pasos, el trasgo giró sobre sí mismo a la velocidad del rayo. Arrojó a un lado la presa que cargaba al hombro y, con una celeridad pasmosa, desenvainó su espada ancha. Mientras la alzaba por encima de su cabeza, sus ojos refulgían de rabia.

Con mi cayado como única arma, tomé impulso y me arrojé sobre él. Mi hombro chocó contra su pecho acorazado, empujándolo hacia atrás. Juntos caímos rodando y rebotando por la ladera erizada de rocas.

Me detuve con la cabeza dándome vueltas, pero el trasgo guerrero se había recobrado antes que yo. Ya se había situado junto a mí, gruñendo, con su mano de tres dedos empuñando aún la espada. La luna asomó entre las nubes por un instante y la hoja centelleó siniestramente. Justo cuando descargaba el golpe, rodé de costado. El arma golpeó el suelo y astilló una gruesa raíz. El trasgo guerrero lanzó un iracundo gruñido. Volvió a levantar la espada.

Intenté ponerme en pie, pero tropecé con un palo retorcido. ¡Mi cayado!

Desesperado, lo alcé para protegerme el rostro, en el momento en que la espada del trago describía un mortífero arco que acababa en mí. Sabía que la delgada caña apenas frenaría el tajo, pero no podía hacer nada más.

Cuando la hoja golpeó la madera, una súbita explosión sacudió la colina. Una columna de llamas azules se elevó a gran altura. La espada del trago salió volando con ella, girando como una rama impulsada por un vendaval. El trago guerrero rugió, angustiado. Dio un inseguro paso atrás y se desplomó sobre la ladera. Resolló una sola vez, trató de incorporarse y cayó hacia atrás, inmóvil como la piedra.

Rhia corrió hacia mí.

—¡Merlín! ¿Estás herido?

—No. —Acaricié el cayado, buscando con el tacto la muesca superficial que había dejado el filo de la espada—. Gracias a este cayado y a las propiedades que Tuatha pueda haberle insuflado.

Rhia se arrodilló, y sus bucles parecían cubiertos de luz de luna escarchada.

—Creo que el mérito es tanto tuyo como del cayado.

Negué con la cabeza, observando la masa inmóvil del trago guerrero.

—Venga ya, Rhia. Tú me conoces bien.

—Por eso —declaró Rhia tajantemente—. Y creo que lo niegas porque deseas con demasiada fuerza que sea verdad.

Aturdido, la miré de hito en hito.

—Me comprendes del mismo modo que yo acabé entendiendo las runas grabadas en las paredes de Arbassa.

Su risa me sonó a música de cascabeles.

—Hay cosas que todavía no entiendo. Como por qué, en lugar de esconderte cuando viste al trago guerrero, lo embestiste sin dudarlo.

Antes de que pudiera responder, una vocecita habló detrás de nosotros.

—Tú debes de ser mágico.

Rhia y yo nos volvimos bruscamente y nos encontramos con un niño bajito, de cara redonda, acuclillado en el suelo. No podía tener más de cinco años. Supe en el acto que era la desdichada criatura cuyo grito nos había despertado. Sus ojos, brillantes como lunas en miniatura, parecían repletos de miedo y admiración al mismo tiempo.

Miré a mi amiga de reojo.

—Será por eso —comenté. Me volví hacia el niño y lo invité a acercarse—. Ven. No te haré daño.

Se puso en pie sin prisas. Avanzó unos pasos vacilantes y se detuvo.

—¿Eres un mago bueno o un mago malo?

Rhia ahogó una carcajada y rodeó al niño con sus brazos envueltos en hojas.

—Es un mago muy bueno, excepto cuando es muy malo.

Empecé a protestar, dolido, y el niño frunció el entrecejo, confuso. Se escabulló del abrazo de Rhia y fue reculando por la ladera cubierta de sombras.

—No le hagas caso. Soy enemigo de los trasgos guerreros, igual que tú. —Me puse en pie ayudándome con el cayado—. Me llamo Merlín. Ella se llama Rhia y es del Bosque de la Druma. Ahora dinos tu nombre.

El niño me miró con desconfianza y se pellizcó la mejilla pensativamente.

—Tienes que ser un mago muy bueno, para matar a un trasgo sólo con tu cayado. —Tomó aliento y se decidió—: Me llamo Galwy y he vivido siempre en el mismo pueblo.

Ladeé la cabeza, intrigado.

—El único pueblo cercano es...

—Eslantos —terminó por mí el pequeño.

Mi mente giraba a toda velocidad. Galwy desvió la vista mansamente.

—Yo no quería llegar a las puertas después de anochecer. ¡De verdad, no quería! Es que vi unas ardillas jugando y las seguí, y cuando vi lo tarde que era... —Fulminó con la mirada el cuerpo del trasgo guerrero caído—. Intentó hacerme daño.

Me planté al lado del niño.

—Ya no te hará daño.

Con los ojos brillantes, echó hacia atrás la cabeza para mirarme.

—Creo que eres un mago bueno de verdad.

EL PAN DE AMBROSÍA



uando regresamos a la hondonada, encontramos a Bumbelwy roncando todavía. La llamarada explosiva no había sido una erupción volcánica, pero su predicción de que dormiría como un tronco había demostrado ser cierta. Rhia y yo acostamos solícitamente a Galwy, que apenas se sostenía en pie de cansado que estaba, y lo tapamos con una punta de la capa del juglar. Después, al reparar en nuestro propio agotamiento, nos tumbamos en el suelo junto a ellos. Me quedé dormido en el acto, aferrando mi cayado.

No pasó mucho tiempo antes de que los primeros dedos de luz matutina me hicieran cosquillas en la cara. Al despertar, descubrí a Bumbelwy esforzándose por impresionar al pequeño Galwy con sus dotes como juglar. Por la expresión seria de la redonda cara del niño, comprendí que no tenía mucho éxito.

—Por eso —explicaba el adusto personaje— me llaman Bumbelwy el Jovial.

Galwy lo miraba con los ojos muy abiertos, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Permíteme mostrarte otra de mis habilidades juglarescas. —Bumbelwy sacudió la cabeza enérgicamente, haciendo sonar los cascabeles, y se embozó en su capa—. Voy a contarte el famoso acertijo de los cascabeles.

Rhia, que también estaba mirando, fue a protestar, pero la retuve alzando una mano.

—Oigamos el maldito acertijo. Llevamos semanas oyendo hablar de él.

Mi amiga sonrió burlonamente.

—Supongo que tienes razón. ¿Estás dispuesto a comerte tus botas si alguno de nosotros se ríe?

—Sí. —Me relamí, fingiendo satisfacción—. Después, si nos acompaña la suerte, encontraremos algo más sabroso en el pueblo de los eslantos.

Bumbelwy carraspeó para aclararse la garganta y sus mentones colgantes se estremecieron.

—Ya estoy listo —anunció. Efectuó una pausa dramática, como si casi no pudiera creer que finalmente le permitieran contar su acertijo.

—Estamos esperando —declaré—. Pero no esperaremos todo el día.

El juglar abrió la boca. Luego la cerró. Volvió a abrirla. Volvió a cerrarla.

Me incliné hacia él.

—¿Y bien?

Las cejas de un consternado Bumbelwy se alzaron con impotencia. Carraspeó otra vez. Dio un pisotón en el suelo reseco, provocando un nuevo repiqueteo de cascabeles. Pero no habló.

—¿Vas a contar el acertijo de marras o no?

El juglar se mordió el labio y sacudió la cabeza tristemente.

—Ha pasado... demasiado tiempo —masculló—. Son tantas las personas, a lo largo de tantos años, que me han impedido contarlos, que ahora que puedo, no consigo... recordarlo. —Dejó escapar un pesado suspiro—. Es cierto, muy cierto, demasiado cierto.

Rhia y yo lo mirábamos completamente estupefactos, pero Galwy exhibía una amplia sonrisa. El niño se volvió hacia mí.

—¿Podéis llevarme al pueblo ahora? Con vosotros me siento seguro.

Di una palmadita en el hombro a Bumbelwy.

—Quizá lo recuerdes algún día.

—Si eso llega a ocurrir —replicó—, seguro que lo cuento mal.

Al cabo de unos minutos, proseguíamos nuestro viaje hacia el sol naciente. Como de costumbre, Rhia y yo íbamos delante, aunque ahora Galwy viajaba sobre mis hombros.

Bumbelwy, más huraño que de costumbre, se mantenía a la retaguardia.

Para mi alivio, pronto iniciamos un largo y sinuoso censo, dejando atrás las cuarteadas laderas y los afloramientos rocosos llenos de sombras de las Colinas Oscuras, conseguía librarme de la inquietante sensación de que el trasgo con el que nos habíamos topado sólo era uno de los primeros guerreros de Rhita Gawr que saldrían pronto de su escondite. Tampoco podía olvidar lo poco que había hecho yo por volver habitable esta tierra para otras criaturas.

Al cabo de un rato, llegamos a una amplia explanada cubierta de hierba. Las aves canoras y los insectos zumbadores hicieron acto de presencia a medida que los grupos de árboles de hojas en forma de mano se hacían más comunes, familia de zorros, con las peludas colas enhiestas, se cruzó en nuestro camino. Aposentada en las ramas de un sauce, vimos una ardilla de ojos bien abiertos que me recordó a Ixtma, la amiga de Rhia, y a la moribunda que tenía a su cuidado.

La primera señal del poblado fue el olor.

Dominado por el sano y variado aroma de los cereales, el olor se intensificó cuando cruzábamos la herbosa llanura. Aumentaba a cada paso que dábamos, recordándome el tiempo transcurrido desde la última vez que comí un mendrugo de

pan recién horneado. Casi podía saborear los cereales: trigo, maíz, cebada.

Otras fragancias se entretrejían en este paño de olores. Algo fuerte, como los frutos de vivo color naranja que Rhia y yo devoramos tanto tiempo atrás bajo las ramas del árbol shomorra. Algo fresco y penetrante, como la menta triturada que Elen añadía con frecuencia a sus infusiones de hierbas. Algo dulce, como la miel que las abejas hacen con flores de trébol. Y más. Mucho más. El olor incluía también aromas de especias, unos estimulantes y otros balsámicos. Además incorporaba, o al menos eso me pareció, trazas de algo que en realidad no era un olor. Se parecía más a un sentimiento. A una actitud. Incluso a... una idea.

Cuando por fin penetramos en el valle de los eslantos y sus edificios bajos de color pardo estuvieron en nuestro campo de visión, el olor era ya arrollador. Se me hizo la boca agua al recordar aquella vez que probé el pan de los eslantos, en la morada subterránea de Cairpré. ¿Cómo lo había llamado él? Pan de ambrosía. El alimento de los dioses, habrían añadido los griegos con toda seguridad. Recordaba haber mordido la rígida corteza, al principio dura como la madera. Después, tras masticarlo enérgicamente, el pan estallaba de sabores festivos. Una alimenticia oleada de energía había recorrido mi cuerpo, haciéndome sentir más alto y fuerte. Por un momento, incluso me olvidé del perpetuo dolor que sentía entre las paletillas.

Entonces recordé algo más. Mientras masticaba un bocado de pan de ambrosía, Cairpré me había hecho una seria advertencia: «Ningún habitante de otras regiones de Fincayra ha probado jamás los panes más especiales de los eslantos, que defienden sus preciadas recetas con la vida». Empuñé con más firmeza mi cayado, mientras una nueva oleada de miedo circulaba imparable por mi interior. Si los eslantos no estaban dispuestos a revelar ni siquiera sus recetas, ¿cómo demonios iba a conseguir que me revelaran algo mucho más valioso: el alma del Cantar de Nombrar?

A la vista de las puertas del pueblo a lo lejos, Galwy lanzó un berrido de alegría, se apeó de mis hombros de un salto y nos adelantó a la carrera, moviendo los brazos como si fueran las alas de un pájaro que estaba aprendiendo a volar. Al otro lado de las puertas, brotaba humo de las chimeneas de numerosos edificios bajos. Las estructuras, aunque de tamaños distintos, eran todas de ladrillos. Estuve a punto de sonreír al caer en la cuenta de que parecían gigantescos panecillos untados de mantequilla.

Bumbelwy, que no había abierto la boca en toda la mañana, chasqueó los labios.

—¿Crees que tendrán por costumbre regalar a sus visitas un mendrugo de pan? ¿O le negarán el pan al hambriento?

—Yo supongo —respondió Rhia— que no tienen por costumbre recibir visitas. Las únicas personas que viven a este lado del Barranco de las Águilas están en... — Se interrumpió bruscamente, mirándome de soslayo.

—En prisión, en las cavernas que hay más al sur, es lo que ibas a decir. —Me aparté de la cara un mechón de cabello negro—. Como Stangmar, el hombre que en otro tiempo fue mi padre.

Rhia me dirigió una mirada comprensiva.

—Sigue siendo tu padre.

Apreté el paso en dirección a las puertas.

—Ya no. Ya no tengo padre.

Ella tragó saliva.

—Sé cómo te sientes. Yo no conocí a mi padre. Ni a mi madre.

—Por lo menos tienes a Arbassa. Y al resto del Bosque de la Druma. Como has dicho muchas veces, son tu verdadera familia.

Rhia se mordió la lengua y no dijo nada.

Cuando llegamos a las puertas de madera, que estaban sujetas a dos impresionantes píceas, un guardia salió de la sombra que proyectaba uno de los troncos. Nos miró hoscamente uno a uno, bambolearo sus ralos bucles del color de la arena, que le caían hasta cubrirle las orejas. Aunque su espada permanecía envainada, el hombre ya había acercado una mano a la empuñadura. Con más intensidad que el olor a cereal tostado que impregnaba el aire, empecé a percibir la inminencia de problemas.

El guardia estudió mi cayado con desconfianza.

—¿Es ésa la vara mágica que tumbó al trasgo?

La sorpresa me hizo pestañear.

—¿Te has enterado de eso?

—A estas alturas ya lo sabe la mitad del pueblo —replicó irónicamente el guardia—. El señorito Galwy se lo ha contado a todo bicho viviente.

—En ese caso, ¿nos dejarás pasar?

Los bucles del guardia se bambolearon otra vez.

—Yo no he dicho eso. —Señaló el cayado, examinándolo con precaución—. ¿Cómo sé que no lo utilizarás para hacerles daño a los habitantes del pueblo?

—Pues por la misma razón que no lo uso para hacerte daño a ti ahora mismo.

El guardia se tensó y dio un ansioso tirón a su espada.

—Tendrás que buscar una razón más convincente. Podrías ser un infiltrado en busca de nuestros secretos. O, por lo que yo sé, un recadero de los trasgos.

Rhia dio un paso al frente, irritada.

—¿Y por qué mató al trasgo anoche, entonces?

—Podía ser un ardid, frondosa muchacha. —Se pasó los dedos por el escaso cabello—. Está bien, decidme por qué un muchacho, una muchacha y un... —Hizo una pausa, observando a Bumbelwy—, un pedigüeño del tipo que sea van a un lugar tan alejado de todas partes como Eslantos. Apostaría a que no es por casualidad.

—No —respondí con cautela—. Vuestro pueblo es famoso en todas partes por sus panes. Mis amigos y yo quisiéramos aprender, modestamente, el arte de hacer pan.

Sus ojos me taladraron.

—Sospecho que eso no es todo lo que os gustaría aprender.

Recordando la advertencia de Cairpré, tragué saliva antes de responder:

—No quiero nada que no queráis darme libremente.

El guardia levantó el rostro hacia las ramas de píceas que se extendían por encima de él, como si buscara su consejo. Inspiró una vez, lenta y profundamente.

—Bueno, vale. Os dejaré entrar. No por lo que has dicho, porque me despertaste bastantes sospechas, te lo aseguro, sino por lo que hiciste por ayudar al señorito Galwy.

Con una última sacudida de su ondulado cabello, el guardia se apartó y regresó a la sombra de uno de los árboles. Aunque yo percibía que sus ojos me observaban con desconfianza, no volví a mirar atrás. Los otros tampoco.

Nada más cruzar las puertas, divisé una alta estructura que se elevaba en espiral en el centro de la plaza mayor del pueblo. Los niños chillaban y saltaban, embebidos en sus juegos alrededor de la base, mientras una riada constante de adultos iba de un lado al otro cerca de ellos. Cargados de baldes, canastos y jarros, parecían hormigas organizadas, soportando sobre sus hombros todas las cargas de su sociedad. Después, reparé en una extraña ondulación de la superficie pintada de dorado de la estructura. Era como si se moviera. Como si estuviera viva.

Excepto por los escasos transeúntes que señalaban mi cayado, murmurando furtivamente, la mayoría de los habitantes del pueblo parecían demasiado atareados con sus quehaceres para prestarnos la menor atención. Pasando junto a un grupo de niños que jugaban a algo con unos palos, me acerqué a la estructura con precaución. Parecía ser el origen de, al menos, parte del delicioso olor que emanaba de este pueblo. Y su superficie se movía, efectivamente. Un espeso líquido dorado manaba lentamente de una boquilla situada en su cúspide y circulaba por varios conductos que descendían en espiral hasta desembocar en el ancho estanque que se formaba en su base. La gente se afanaba por extraer del estanque el líquido dorado a baldes, que se apresuraban a llevar al interior de otros edificios. Al mismo tiempo, varias personas vertían harina, leche y otros ingredientes en las numerosas ranuras que rodeaban la base.

—Una fuente. —Me había quedado boquiabierto, definitivamente anonadado—. Una fuente de pan.

—De masa, querrás decir. —Rhia se inclinó sobre el estanque en constante movimiento—. Deben utilizar la pasta dorada como masa para cocer algunos de sus panes. ¿No te recuerda a la miel, sólo que más densa?

—Para todos nuestros panes, en realidad.

Nos volvimos rápidamente y vimos a un hombre rollizo, de cabello rubio y mejillas rubicundas que estaba encorvado junto a la fuente llenando de masa dos grandes jarras. Sus orejas, como las de otros fincayranos, eran ligeramente puntiagudas. Sin embargo, su voz, al igual que su rostro, era muy poco corriente, a un tiempo desdeñosa y jovial. Tuve la convicción de que el hombre sólo sentía una de ambas cosas, pero no supe cuál.

Cuando las jarras estuvieron casi rebosantes, las sacó del estanque, las apoyó

contra su considerable barriga y nos observó unos instantes.

—Visitantes, ¿eh? No nos gustan los visitantes.

Inseguro de si se estaba mostrando descortés o si simplemente nos tomaba el pelo, le repliqué:

—Quisiera aprender algo sobre cocer pan. ¿Podrías ayudarme?

—Podría —me respondió groseramente. O burlonamente—. Pero ahora estoy demasiado ocupado. —Empezó a alejarse—. Pídemelo otro día.

—¡No tengo más días! —Corrí para darle alcance y luego seguí su paso vivo en dirección a uno de los edificios—. Por favor, ¿por qué no me enseñas un poco de tu arte?

—No —declaró—. Ya te he dicho que esto...

Tropezó y cayó encima de dos zarrapastrosos mozalbetes, más o menos de la misma edad que Galwy, que se estaban peleando por un panecillo con pintitas azules. Sólo se le cayó al suelo una de las jarras, pero se hizo añicos, y todos acabaron rezumando líquido dorado de la fuente.

—¡Mira lo que has hecho! —Con un gruñido que dejaba claro que iba en serio, no en broma, se encorvó para recoger los pedazos. Al ver que me disponía a ayudarlo, me ahuyentó airadamente con un manotazo—. ¡Lárgate muchacho! No necesito tu ayuda.

Regresé a la fuente con el ánimo por los suelos. Mientras me acercaba arrastrando los pies, apenas reparé en los sabrosos aromas que el edificio continuaba volcando en el aire. Rhia, que no se había perdido detalle de lo ocurrido, meneó la cabeza con desolación. Sabía tan bien como yo que todos los esfuerzos que habíamos realizado hasta este momento serían inútiles si no descubríamos lo que necesitábamos aquí, en Eslantos.

Cuando pasé junto a los dos niños que discutían, que me parecieron hermanos gemelos, tuve la impresión de que su discusión estaba a punto de llegar a las manos. Se estaban gritando con los puños crispados. Un niño intentó pisar el panecillo de pintas azules, que se hallaba junto al pie del otro. El segundo arrugó la nariz, rugió furiosamente y embistió a su enemigo.

Extraje rápidamente el cayado de mi cinturón y me interpuse entre ambos. Agarré a uno por el cuello de la túnica y al otro por el hombro, esforzándome por mantenerlos separados. Ambos aullaron y se revolvieron contra mí, cosiéndome las piernas a patadas. Por fin, cuando mis brazos estaban a punto de ceder, los solté de improviso y me apoderé del panecillo.

Lo sostuve en alto, ahora más marrón sucio que azul.

—¿Os estáis peleando por esto?

—¡Es mío! —gritó un niño.

—¡No, mío! —bramó el otro.

Ambos se abalanzaron sobre el pan, pero lo mantuve fuera de su alcance. Haciendo caso omiso de sus chillidos de enojo, lo blandí por encima de ellos.

Todavía estaba caliente y olía a dulce melaza.

—Y ahora —dije con voz firme— quiero saber cómo podríais comer un poco los dos.

Uno ladeó la cabeza, escéptico.

—¿Cómo?

Lance una furtiva mirada por encima de mi hombro.

—Os lo diré, pero sólo con la condición de que guardéis el secreto.

Los niños meditaron la idea y luego asintieron al unísono.

Me arrodillé y les murmuré unas palabras. Me escucharon atentamente, con los ojos muy abiertos. Cuando terminé, les devolví el panecillo. Se sentaron allí mismo y, en pocos segundos, ambos tenían la boca llena a rebosar de pan.

—No está mal.

Al levantar la mirada, vi al hombre rollizo que me estaba observando.

—Dime, muchacho, ¿cómo has conseguido que se repartieran el panecillo?

Me puse en pie y volví a introducir el cayado en mi cinturón.

—En realidad ha sido fácil. Me he limitado a sugerirles que podían turnarse para darle un bocado. —Esboqué una sonrisa—. Y también les he dicho que si no eran capaces de eso, el pan me lo comería yo.

El hombre soltó un profundo sonido gutural que podía haber sido una carcajada o un gemido. Todo su rostro se contrajo y pareció contemplarme con un nuevo respeto. O con una nueva preocupación. Era difícil adivinarlo. Por fin habló y disipó cualquier duda.

—Si quieres aprender algo sobre la preparación del pan, muchacho, sígueme.

NOMBRES



El hombre se dirigió a grandes zancadas a uno de los edificios en forma de panecillo que se erguían al otro lado de la plaza mayor. Antes de entrar, arrojó los restos de su jarra rota a un cubo que había junto a la puerta. Después, se limpió cuidadosamente la mano regordeta en su curtida túnica, ya manchada por muchas otras sesiones de limpieza anteriores.

Apoyó la mano en la pared, al lado de la puerta, y dio una agradecida palmada a los ladrillos marrones.

—¿Has visto alguna vez ladrillos como éstos?

—No. ¿Están hechos con una arcilla especial?

Su expresión se tornó huraña. O divertida.

—En realidad, están hechos de una harina especial. Los ingredientes les confieren su extraordinaria dureza, ¿sabes? —Dio otra palmadita a los ladrillos—. Conocer los ingredientes que usarás, muchacho, es el primer principio de la preparación del pan.

Algo en su modo de decir «los ingredientes que usarás» me hizo pensar que se refería a algo más que reconocer simplemente los distintos cereales y hierbas. Tentado estuve de pedirle que se explicara, pero contuve mi lengua por miedo a forzar la situación.

—A esto —prosiguió— lo llamamos pan de ladrillo. Se hornea seis veces para conseguir la mayor dureza. —Oprimió el paramento con sus cortos y gruesos dedos—. Estos ladrillos durarán cien años más que yo.

Rhia, que nos había seguido, contempló los ladrillos con admiración.

—Alguna vez he comido pan duro, pero no tanto.

El rollizo hombre se volvió hacia ella. De pronto, se echó a reír con tantas ganas que su barriga se estremecía y el líquido dorado se derramó de la jarra superviviente.

—Ésa ha sido buena, niña del bosque.

Ella sonrió.

—Puedes llamarme Rhia.

—Y a mí, Merlín.

El hombre se presentó con una inclinación de cabeza.

—Yo soy Plutón.

—Plutón —repetí—. ¿No es un nombre griego? ¿De la historia de Deméter y la primera cosecha de maíz?

—Pues sí, muchacho. ¿Cómo sabes tanto sobre los griegos?

Noté la garganta seca.

—Me enseñó mi madre.

—Vaya, como a mí la mía. Ningún niño que nace en Eslantos crece sin aprender las historias de muchas tierras diferentes sobre las cosechas y el arte de hacer pan. Y es muy infrecuente que los niños lleven nombres de personajes de alguna de esas historias. —Me dirigió una ambigua mirada—. Por supuesto, Plutón no es mi verdadero nombre.

Rhia y yo intercambiamos miradas de desconcierto. Recordando el comentario de Urnalda sobre los verdaderos nombres, sentí la tentación de seguir preguntando. Además, me preocupaba no hallar relación alguna entre el arte casero de preparar pan y el arte mágico de Nombrar. Pero me reprimí. La situación había dado un giro positivo y yo no quería cambiarlo. Era mejor esperar otro momento para aprender a Nombrar.

Plutón abrió la puerta.

—Entrad, los dos.

Cuando nos disponíamos a seguirlo al interior, me acordé súbitamente de Bumbelwy. Recorrí con la vista la ajetreada plaza mayor y lo localicé enseguida, aún junto a la fuente de pan. Se había apoyado en la base y escrutaba con avidez el estanque de líquido dorado. Los niños, probablemente atraídos por su gorro de cascabeles, se congregaban a su alrededor. Era casi imposible que se metiera en líos y yo no quería abusar de la hospitalidad de Plutón más de lo necesario, por lo que decidí que se quedara allí.

Cuando penetramos en el edificio, una nueva oleada de aromas se abatió sobre nosotros. Olía a cebada tostándose, a algún néctar dulce como las rosas en flor y a varias especias que no logré identificar. La habitación principal parecía la cocina de una concurrida posada, con cacerolas de agua hirviendo sobre los fogones, hierbas secas, raíces y esquirlas de corteza colgando del techo y bolsas de cereales y harina en los estantes. La estancia estaba ocupada por seis o siete personas atareadas removiendo, vertiendo, partiendo, mezclando, probando y horneando. Por sus expresiones, era evidente que disfrutaban con su trabajo y se lo tomaban muy en serio.

La luz del sol entraba en la habitación a través de varias filas de estrechas ventanas. Pero la principal fuente de iluminación era la propia cocina, un entramado de fogones y braseros de piedra que cubría casi toda una pared. En lugar de consumir madera, el fuego de la cocina empleaba como combustible una especie de galletas

grises. Sin duda, eran producto de alguna misteriosa receta de los eslantos.

Encima de la cocina, a la altura suficiente para quedar fuera del alcance, colgaba una enorme espada, cuya empuñadura estaba ennegrecida por innumerables años de humos y fuego encendido justo debajo. La vaina de metal se había oxidado con el tiempo; el cinturón de cuero estaba todo carcomido. Por alguna extraña razón, sentí curiosidad por examinar la espada más detalladamente. Sin embargo, con el bullicio de la sala, pronto lo olvidé por completo.

Una muchacha alta, de mofletes encarnados como manzanas y cabello negro hasta los hombros, se aproximó a Plutón. Su aspecto era distinto al del resto de los habitantes del pueblo que yo había visto hasta entonces, en parte a causa de su cabello oscuro y en parte debido a su esbelta figura. En sus ojos, negros como los míos, brillaba la inteligencia. La joven fue a coger la jarra de líquido dorado, pero se quedó petrificada al advertir que Rhia y yo estábamos a su lado.

Plutón nos presentó con un amplio gesto.

—Éstos son Merlín y Rhia. Vienen a aprender un poco sobre panadería. —Indicando a la joven, añadió con brusquedad, o sólo distraídamente—: Ésta es mi aprendiz, Vivian. Vino a vivir conmigo cuando sus padres, a quienes conocía de mis viajes por el sur, murieron durante unas terribles inundaciones. ¿Cuánto tiempo hace ya?

—Seis años, maestro panadero Plutón. —La muchacha cogió la jarra, abrazándola con el cuidado de una madre a su recién nacido bebé. Sin dejar de observarnos con desconfianza, preguntó—: ¿No os preocupa que entren aquí?

—¿Si me preocupa? Pues sí, mucho. —La estudió con expresión impenetrable—. Pero no más que cuando viniste tú.

La joven se envaró, pero guardó silencio.

—Además —continuó Plutón—, oí contar en la plaza mayor que un muchacho derrotó a un enorme trasgo guerrero sólo con su cayado. Salvó a uno de nuestros niños, eso hizo. —Inclinó la cabeza en mi dirección—. ¿Es posible que fueras tú?

Con cierto azoramiento, asentí. El hombre señaló mi cayado con su recia mano.

—¿Y es posible que ésa fuera tu arma?

Asentí de nuevo.

—No parece gran cosa, frente a un trasgo —dijo con indiferencia—, a menos que esté dotada de magia.

Al oírlo, Vivian contuvo el aliento. Sus ojos negros como el carbón se clavaron en mi cayado. Instintivamente, hice girar la caña para que las marcas grabadas de los Cantares mirasen hacia el otro lado.

En ese momento, pasó un hombre y Plutón cogió un humeante panecillo de corteza amarilla de la bandeja que llevaba. Lo partió por la mitad y se llenó los pulmones con el olor a pan recién tostado. A continuación, nos tendió las dos mitades a Rhia y a mí.

—Comed, muchachos —sugirió, o quizá ordenó—. Necesitaréis fuerzas.

Sin vacilar lo más mínimo, ambos mordimos la corteza. Cuando el compacto pan caliente entró en contacto con nuestras respectivas lenguas, con el sabor a trigo, a mantequilla, a eneldo y a muchas cosas más, nuestras miradas se encontraron. Los ojos de Rhia centelleaban como el cielo sobre el océano al amanecer.

Plutón se volvió hacia Vivian.

—Les reservaremos las tareas más sencillas. Batir, mezclar, repartir. Nada de recetas.

Cogió un par de baldes de madera, espolvoreados de harina, y se los tendió a Rhia.

—Puedes llenar uno de cebada y otro de trigo de aquellos sacos de allí. Después, llévalos a la piedra de moler, en esa habitación, al lado de los estantes altos. Ahí podrás aprender algo sobre moler y amasar.

Se sacudió un poco de harina de la túnica.

—Y tú, muchacho, puedes triturar un poco. Allí, en esa mesa, preparando el pan del corazón.

Vivian pareció sorprenderse.

—¿De verdad, maestro panadero?

—En efecto —declaró Plutón—. Puedes machacar unas cuantas semillas. —Haciendo caso omiso a la expresión de sorpresa de la joven, añadió para mí—. Si lo haces bien, muchacho, te enseñaré más cosas. Quizás incluso te permita probar un poco de pan del corazón, que te llena el estómago al mismo tiempo que infunde valor a tu espíritu.

—Muchas gracias —dije, tras engullir los restos de mi mendrugo—, pero no necesito más pan que el que me acabas de dar. Es delicioso.

Su cara redonda se iluminó.

—Como he dicho, todo depende de conocer los ingredientes que utilizarás. —Una enigmática sonrisa asomó a sus labios, pero desapareció enseguida—. Necesitarás un cuchillo de trinchar para las semillas, y andamos un poco escasos de eso, en este momento. Ah, bien, queda uno encima de la mesa. Vivian, ¿por qué no lo llevas hasta allí y le muestras cómo se hace? Yo iré dentro de un rato a comprobar sus progresos.

Al oírlo, la joven se animó visiblemente y se situó delicadamente entre Rhia y yo. Con una voz mucho más amable que antes, me susurró:

—Casi todos me llaman Vivian, pero mis amigos me llaman Nimue. —Una cálida sonrisa embelleció sus mofletes encarnados—. Estaré encantada de ayudaros en todo lo que pueda.

—Ah, gracias, Viv... Quiero decir, Nimue —balbuceé. Me sentía sencillamente halagado por sus atenciones, ¿o acaso había algo más en esa chica que hacía latir más deprisa mi corazón?

Rhia, ahora sin la luz que antes brillaba en sus ojos, la apartó de un codazo.

—Puedes empezar consiguiéndole un cuchillo. —Me lanzó una dura mirada de advertencia.

Su intromisión me inquietó. ¿De qué tenía que advertirme, de todos modos? Me estaba tratando otra vez como a un niño.

—Ven —dijo Nimue, pasando junto a Rhia. Tomó mi mano con suavidad y deslizó lentamente sus dedos por todo mi antebrazo. Una nueva sensación cálida me inundó mientras la joven me conducía hasta una mesa cubierta de verduras, semillas, raíces y hierbas. Una mujer entrada en años estaba sentada a un extremo de la mesa y clasificaba los ingredientes con destreza en diferentes montones. En la otra punta había un joven de barba incipiente que arrancaba la piel a una enorme baya que me recordó a una bellota gigante.

—Empezaremos aquí. —Nimue me llevó hasta el centro de la mesa. Se inclinó sobre un cuenco que contenía dados de verduras moradas, todavía humeantes por la cocción. Cogió un gastado cuchillo de encima de un tajo de madera que se hallaba sobre la mesa, cortó hábilmente la verdura por la mitad y extrajo una semilla plana que brillaba con un subido tono rojo. A continuación, apoyando su cálida mano sobre la mía, me enseñó el movimiento seco de torsión que me permitiría cortar la semilla en diminutas porciones.

—Ahora tú —dijo amablemente, dejando que su mano permaneciera un momento más sobre la mía—. Tienes una suerte bárbara, ¿lo sabías? El pan del corazón es una de las grandes especialidades del maestro panadero Plutón. Casi nunca permite que alguien de fuera participe en su preparación, y menos en triturar las semillas esenciales. —Me dedicó su sonrisa más radiante y encantadora—. Debe de haber visto algo especial en ti.

Con un ligero apretón, me soltó la mano.

—Volveré luego a ver cómo te va. —Mientras empezaba a alejarse, señaló mi cayado, que había dejado apoyado contra el canto de la mesa—. Tu cayado se va a caer. ¿Quieres que te lo guarde en un lugar seguro?

Un vago estremecimiento recorrió mi espinazo, pero no identifiqué el motivo. Después de todo, ella sólo intentaba mostrarse solícita.

—No, gracias —respondí—. Ya está bien ahí.

—Es que no quisiera que sufriera algún desperfecto. Es tan... bonito...

Alargó la mano para tocarlo. En ese preciso instante, la mujer entrada en años golpeó casualmente la mesa con la rodilla. El cayado se deslizó por el canto y cayó sobre mi cadera. Lo cogí por la caña y lo introduje en el cinturón de mi túnica.

—Ya está —le dije a Nimue—. Ya está en un lugar seguro.

Durante una fracción de segundo, sus ojos parecieron relampaguear de ira, aunque recuperaron la expresión amable con tanta rapidez que no pude estar seguro. En cualquier caso, se volvió rápidamente y se marchó. Tras dar unos pasos, me miró con una afectuosa sonrisa.

No pude evitar sonreírle también. Después, me concentré en la mesa y cogí una de las verduras moradas. Todavía humeante, se partió fácilmente por la mitad. Extraje con cuidado las relucientes semillas. Sin embargo, cuando empecé a cortarla, la

desgastada hoja se rompió en pedazos inmediatamente. ¡Qué mala suerte! Arrojé a un lado el cuchillo inservible.

¡Tenía que hacer bien el trabajo, no meter la pata! Tenía el convencimiento de que Plutón me estaba poniendo a prueba. ¿Por qué otra razón me habría confiado esa responsabilidad de una manera tan poco habitual? Incluso me había prometido enseñarme más cosas, sólo con hacer bien mi trabajo. Y si fracasaba, me resultaría imposible ganarme su confianza. Inspeccioné frenéticamente los alrededores con mi segunda visión, en busca de otro cuchillo utilizable.

Nada. Todos los cuchillos de la habitación estaban siendo usados por alguien para cortar o filetear. Me incorporé, con mi cayado aún trabado por mi cinturón, y volví a mirar. Sobre los estantes. Al lado de la cocina. Debajo de las mesas.

Nada.

Ningún cuchillo, de ninguna clase.

De pronto, mi mirada se posó en la maltrecha espada que colgaba sobre los fogones. Sería engorroso manejarla y estaba pringosa, pero por lo menos tenía filo.

«No, me dije, era una idea absurda». Nunca había visto a nadie utilizar una espada para cortar verduras. Me mordisqueé el labio mientras examinaba otra vez la habitación. No había cuchillos por ninguna parte. Y el tiempo se agotaba. Plutón vendría pronto a comprobar mis progresos. Me volví otra vez hacia la roñosa espada.

Descubrí una pequeña escalera de mano apoyada contra la estantería más alta y la situé junto a la cocina. Subí hasta su peldaño superior y extendí el brazo cuanto pude. Aun así, me resultó imposible alcanzar la empuñadura de la espada. Busqué a mi alrededor a alguien más alto que yo para pedirle ayuda, pero todos los ocupantes de la habitación estaban completamente absortos en sus respectivas tareas.

Me puse de puntillas y volví a intentarlo. ¡Casi alcanzaba! Me estiré aún más. Casi, casi..., pero no. Sencillamente, no llegaba tan alto.

Contemplé la espada con indignación, maldiciendo para mis adentros. ¿Por qué la habían colgado tan arriba? Para que sirviera de algo, tenía que estar al alcance. Y ahora me vendría muy bien servirme de ella. No sólo con el fin de cortar las semillas para hacer pan del corazón, había mucho más en juego. Si no lograba conquistar a Plutón, me resultaría imposible salvar a Elen.

Me concentré en la vieja espada, buscando la manera de llegar hasta ella. Si al menos lograra que volase hasta mí, como había hecho mucho tiempo atrás con Cortafondo... Pero, como me había contado Urnalda, eso sólo había sido posible debido a la magia de la prodigiosa espada.

En ese instante, reparé en unos débiles arañazos de la empuñadura. Podían ser tan sólo muescas casuales..., o quizás eran algo más. Runas. Letras. ¿Era posible que esta espada, como Cortafondo, poseyera algún tipo de magia? ¿Qué hacía una espada oxidada e inservible colgando en un remoto pueblo consagrado a preparar pan?

No obstante, las runas me atraían de una forma inexplicable. Quizá relataban la historia de la espada. O, si en efecto era mágica, tal vez proporcionaban instrucciones

para utilizarla. ¡Como hacer que volara hasta mí!

Concentrándome para enfocar mi segunda visión, intenté interpretar los arañazos. Bajo las capas de polvo y hollín, detecté un ritmo, un patrón en las marcas. Había líneas rectas. Y curvas. Y ángulos. Empeñando todas mis energías en la labor, seguí las muescas ocultas.

La primera letra cobró nitidez. ¡Podía leerla! Después... la segunda. Y la tercera. La cuarta, la quinta..., hasta llegar al final de la palabra. Pues eso era todo lo que contenía la empuñadura. Una única palabra poco corriente.

Pronuncié la palabra, no en voz alta, sino entre los muros de mi mente. La articulé despacio, cuidadosamente, paladeando la textura del nombre. Y, a su vez, la espada me habló a mí. Expuso su grandioso pasado y su futuro aún más grandioso. Yo soy la espada de luz, pasada y presente. Yo soy la espada de los reyes, de antaño y del porvenir.

De pronto, la espada se desprendió de la pared. Al mismo tiempo, toda la mugre se evaporó de la empuñadura, dejando al descubierto la refulgente plata forjada de debajo. La vaina y el cinturón se reconstruyeron en el acto, transformados en metal bruñido y recio cuero, tachonados de piedras preciosas moradas. Con la gracia de una hoja transportada por el viento, la espada flotó por encima de la cocina hasta mis manos.

Sólo entonces reparé en que la habitación entera había enmudecido. Nadie se movía. Nadie hablaba. Todos los ojos estaban fijos en mí.

Mi corazón dio un vuelco, pues estaba seguro de que ahora me tildarían de infiltrado. Rhia y yo seríamos expulsados del pueblo. O algo peor.

Plutón, con expresión irritada, o quizás asombrada, se adelantó a los demás. Con los brazos en jarras, me observó un buen rato.

—Al principio no tenía una gran opinión de ti. Eso es verdad.

—Yo... siento lo de tu espada.

Sin hacerme caso, continuó exponiendo sus pensamientos.

—No obstante, has subido en mi aprecio como un buen pedazo de masa, muchacho. Mucho más de lo que yo esperaba. Sólo necesitabas el tiempo suficiente para crecer.

—¿Quieres decir... que puedo utilizarla?

—¡Puedes quedártela! —tronó Plutón—. La espada es tuya.

Parpadeé, intentando asimilarlo todo. Distinguí a Rhia entre los otros, sonriéndome con orgullo. Y a Nimue, en jarras como su maestro, contemplándome con... algo más. Algo parecido a la envidia.

—Pero lo único que he hecho ha sido leer su nombre. Se llama...

—¡Calla, muchacho! —Plutón alzó una mano—. Un nombre verdadero es algo que nunca hay que pronunciar en voz alta, a menos que sea absolutamente necesario. Has adquirido poder sobre la espada al descubrir su verdadero nombre. Ahora debes guardar fielmente ese nombre.

Inspeccioné la habitación, resplandeciente por la luz de los fogones e impregnada de olor a harina recién molida, a pan tostándose y a un millar de especias.

—Creo que lo entiendo —dije por fin—. En este pueblo aprendéis el nombre verdadero de todos y cada uno de los ingredientes antes de utilizarlos. Eso os permite dominar sus poderes y aplicarlos en vuestras recetas. Por ello vuestros panes rebosan de magia.

Plutón asintió lentamente.

—Hace muchísimo tiempo, esa espada llegó hasta aquí transportada por una bandada de cisnes encantados. Se había predicho que, un día, volaría ella también como un cisne a las manos de la única persona capaz de leer su verdadero nombre. La espada nos fue confiada porque nosotros, de todos los pueblos de Fincayra, somos quienes más valoramos el poder de los nombres verdaderos. Hasta el día de hoy. Ahora te ha sido confiada a ti.

Dicho esto, me abrochó el cinturón y ajustó la vaina.

—Usa esta espada con prudencia y justicia. Y mantenla a salvo, pues también ha sido predicho que un día pertenecerá a un gran rey, pero de trágico destino, un rey cuyo poder será tan grande que arrancará la espada de una vaina de piedra.

Miré a Plutón directamente al rostro.

—Entonces, también él sabrá su verdadero nombre. Pues un nombre verdadero contiene verdadero poder.

En ese instante, mi cayado siseó con un estallido de luz azul. Apareció una nueva marca grabada, ésta en forma de espada. Una espada cuyo nombre yo conocía bien.

SIN ALAS NO HAY ESPERANZA



ólo después de que Rhia y yo hubiéramos probado nueve variedades distintas de pan (incluyendo pan de ambrosía, que era aún mejor de lo que recordaba) conseguimos arrancarnos de la cocina de Plutón. Por fin, el maestro panadero metió en mi talega un poco de pan del corazón recién horneado y nos despidió. En cuanto cruzamos el umbral de su puerta para unirnos al bullicio de la plaza mayor, encontramos a Bumbelwy tendido sobre la base de la gran fuente de pan.

El larguirucho juglar se sujetaba el vientre hinchado y gemía de una forma lastimera. Su rostro, incluido el mentón más inferior, presentaba un tinte verdeazulado. Gotas de masa dorada salpicaban su capa con capucha y colgaban de su cabello, sus orejas e incluso de sus cejas. Su gorro de tres picos, también pringoso de masa, reposaba silencioso sobre su cabeza.

—¡Oooh! —gimió—. ¡Muerto por un atracón! Qué final tan penoso.

Contra mi voluntad, casi me eché a reír. Pero, recordando la apuesta sobre mis botas, me contuve a tiempo.

Como nos explicó con frases interrumpidas por incesantes gemidos, Bumbelwy se había quedado junto a la fuente de pan, contemplando y oliendo el espeso y aromático líquido que manaba de la boquilla superior, hasta que al fin no pudo aguantarse más. Se inclinó para embeberse del aroma. Sin pensarlo, extrajo con ambas manos un poco de la prodigiosa masa del estanque y se la llevó a la boca. Como le gustó el sabor, comió un poco más. Y otro poco. Lo que no se le ocurrió hasta que ya era demasiado tarde fue que la masa sólo había empezado a crecer. Y siguió creciendo... en el estómago del juglar. El resultado fue un dolor de barriga demasiado horrible para describirlo, ni siquiera él.

Apoyé mi cayado contra la fuente y me senté a su lado. Rhia se unió a nosotros, rodeándose las rodillas con los brazos, de modo que parecía un manojo de enredaderas verdes y pardas. Los habitantes de Eslantos pasaban apresuradamente,

ocupados en sus labores, con la velocidad y la determinación de un verdadero ejército.

Suspiré, sabiendo que nosotros sí teníamos determinación en abundancia, pero no velocidad. Y aún teníamos que recorrer un largo camino.

Rhia extendió un frondoso brazo en mi dirección.

—Estás preocupado por el tiempo, ¿verdad? La luna está menguando con rapidez. —Titubeó—. No nos quedan más que cinco días, Merlín.

—Lo sé, lo sé. Y para Saltar debemos regresar de nuevo a Varigal. Tenemos que volver a cruzar el Barranco de las Águilas y probablemente encontraremos más problemas en las Colinas Oscuras. —Recorrí con un dedo la vaina que ahora llevaba al cinto—. Más problemas, me temo, de los que pueden resolver una espada y un cayado mágicos.

Rhia indicó a Bumbelwy con una inclinación de cabeza.

—¿Y qué hacemos con él? Ni siquiera es capaz de sentarse, y mucho menos ir a ninguna parte.

Reflexioné, contemplando al gimoteante personaje pringoso de masa.

—Esto quizá te sorprenda, pero no me apetece dejarlo aquí. Realmente se esforzó por ti antes, en el acantilado.

Ella sonrió tristemente.

—No me sorprende.

—¿Qué hacemos, entonces? —Intenté relajar mis doloridos hombros—. Ojalá pudiera volar.

Rhia engulló un bocado de pan de ambrosía.

—Como los fincayranos de antaño, antes de que perdieran las alas.

—Yo necesito algo más que alas —dijo Bumbelwy, contorsionándose para rodar sobre su costado—. Necesito un cuerpo nuevo.

Observó el cayado, apoyado contra la base de la fuente. Allí, grabadas con líneas oscuras, estaban las imágenes de una mariposa, una pareja de halcones planeando, una piedra agrietada y ahora una espada. Había llegado muy lejos, había conseguido mucho. Sin embargo, todo se reduciría a nada si no lograba encontrar el alma de los Cantares restantes antes de que el tiempo se agotara.

Los recité para mí mismo, intentando encontrar un atisbo de esperanza.

*Un gran poder hay en Saltar
que hoy en Varigal se enseña.
Lo siguiente es Eliminar,
y el dragón duerme en su cueva.*

*Ver es el último Cantar,
en la Isla Olvidada oculto.
Con eso ya puedes buscar*

el Pozo del Otro Mundo.

Mi corazón dio un vuelco cuando pensé en las vastas distancias a las que hacían referencia los Cantares. Ni aun teniendo alas, ¿cómo podía recorrer tanto territorio? Por no hablar de los retos que quedaban: encontrar el Pozo del Otro Mundo, esquivar al ogro Balor y trepar hasta el reino de Dagda para conseguir el preciado Elixir. Todo esto... en cinco breves días.

¡Ojalá pudiera comprimirlo todo! Saltarme uno de los Cantares. Ir directamente a la tierra de los espíritus. Sin embargo, incluso mientras lo pensaba, recordé la advertencia de Tuatha de evitar semejante locura.

Descargué un puñetazo en el suelo.

—¿Cómo podemos hacerlo todo, Rhia?

Iba a responderme cuando un grupo de cuatro hombres se acercaron en tropel a la fuente, tambaleándose bajo el peso de un enorme caldero negro. Ajenos a cualquiera que se interpusiese en su camino, se abrían paso a la fuerza por la plaza mayor. Cuando pasaron entre Rhia y yo, casi tropiezan con el pobre Bumbelwy. Mientras el juglar se apartaba rodando con un gemido, ellos apoyaron el caldero en el borde del estanque de la fuente y empezaron a vaciarlo. Una crema marrón que olía a trébol cayó en el estanque burbujeando y salpicándolo todo.

Después de que se marcharan con el caldero vacío, un niño de grandes mofletes vino hacia mí a la carrera y tiró de mi túnica con gran excitación.

—¡Galwy! —exclamé. Después, al ver la preocupación que reflejaba su rostro, me quedé petrificado—. ¿Qué ocurre?

—Se lo ha llevado —dijo sin resuello—. La vi cómo se lo llevaba.

—¿Qué se ha llevado?

—¡El matador de trasgos! Se lo ha llevado ella.

Desconcertado, le oprimí sus pequeños pero fuertes hombros.

—¿El matador de trasgos? ¿Qué...?

De pronto miré la fuente. ¡Mi cayado había desaparecido!

—¿Quién se lo ha llevado?

—La chica, esa alta. —Galwy señaló las puertas del pueblo—. Se fue corriendo por ahí.

¡Nimue! Me puse en pie volando, me abrí paso a empujones entre las personas cercanas a la fuente y crucé a la carrera las puertas de madera. Me detuve bajo una de las imponentes píceas y escruté la parte visible de la llanura cubierta de hierba, aunque una gruesa capa de niebla lo cubría todo más allá del primer plano.

Ni rastro de Nimue. O de mi cayado.

—¿Ya te vas?

Giré sobre mis talones y busqué al guardia. Me observaba desde las sombras, todavía asiendo la empuñadura de su espada.

—¡Mi cayado! —grité—. ¿Has visto a una joven que acaba de salir con mi

cayado?

Asintió lentamente.

—La que llaman Vivian, o Nimue.

—¡Sí! ¿Hacia dónde fue?

El guardia jugueteó con los mechones de cabello que le colgaban hasta más abajo de las orejas y luego hizo un gesto en dirección a la niebla que se iba acumulando.

—Por ahí, no sé, en el mar de niebla. Quizá fue hacia la costa o hacia las montañas. No tengo ni idea. Reservo mi atención para los que entran, no para los que salen.

Di un pisotón en el suelo.

—¿No viste que se llevaba mi cayado?

—Claro que sí. Tu cayado se hace notar. Pero no es la primera vez que la he visto convencer a alguien para que se desprenda de algo valioso, así que no le presté mucha atención.

Entorné los párpados.

—¡A mí no me convenció! ¡Me lo ha robado!

El guardia sonrió comprensivamente.

—También he oído eso varias veces.

Asqueado, me volví hacia el llano amortajado por la bruma. Forzando mi segunda visión hasta el límite, intenté encontrar algún signo de la ladrona. Pero lo único que veía era niebla y más niebla, cambiando incesantemente. Mi cayado. ¡Mi precioso cayado! Rebosante de la vitalidad del Bosque de la Druma, tocado por la mano de Tuatha, marcado por el poder de los Cantares. ¡Había desaparecido! Sin la capacidad del cayado de señalarme si había encontrado el alma de cada Cantar, no tenía esperanza alguna.

Con la cabeza gacha, regresé arrastrando los pies a través de las puertas hasta la plaza mayor. Un hombre, con los brazos cargados de pan, chocó contra mí y se le cayeron varios panecillos. Pero apenas me di cuenta. No podía pensar en nada más que en mi cayado. Cuando llegué a la base de la fuente, me dejé caer junto a Rhia.

Mi amiga rodeó mi dedo índice con el suyo y examinó mi rostro.

—Así que se ha perdido.

—Todo está perdido.

—Es cierto, muy cierto, demasiado cierto —gimió Bumbelwy, frotándose el vientre hinchado.

Rhia buscó mi talega y la abrió. Sacó el pan del corazón de Plutón, arrancó un pedazo y lo depositó en mi mano. Un olor intenso y vigorizante, estimulante como el venado asado, inundó el aire.

—Toma. Plutón dijo que infundiría valor a tu espíritu.

—Hará falta algo más que valor para salvar a mi madre —mascullé, mordiendo un pedacito de pan.

Mientras masticaba, los trozos de semillas estallaron en mi boca, liberando su

intenso sabor. Y algo más. Enderecé la espalda y respiré animadamente, paladeando la nueva fuerza que sentía extenderse por mis miembros. No obstante, ni siquiera mientras comía un segundo bocado, podía olvidar la verdad. Mi cayado estaba perdido, al igual que mi misión. ¿Qué podía hacer, sin el cayado, sin tiempo, sin alas para volar hasta el otro extremo de Fincayra?

Brotaron lágrimas de mis ojos invidentes.

—No puedo hacerlo, Rhia. ¡No tengo ninguna posibilidad! —me lamenté.

Mi amiga se me arrimó arrastrándose y apartando grumos de masa endurecida. Tocó suavemente el amuleto de roble, fresno y endrino, obsequio de Elen.

—Mientras haya esperanza, todavía tenemos una oportunidad.

—¡Ésa es exactamente la cuestión! —Asesté un puñetazo al aire y casi golpeo la base de la fuente de pan—. Ya no hay esperanza.

En ese instante, algo cálido rozó mi mejilla. Un ligero contacto, más suave que una caricia. Más liviano que el aire.

—Todavía hay esperanza para ti, Emrys Merlín —susurró en mi oído una voz familiar—. Todavía hay esperanza.

—¡Aylah! —Me puse en pie de un salto, alzando los brazos al cielo—. Eres tú.

—Ya está, ¿lo ves? —dijo tristemente Bumbelwy—. La tensión era excesiva para el pobre muchacho. Ha perdido el juicio. Ahora habla con el aire.

—¡El aire no, el viento!

Los ojos de Rhia se iluminaron.

—¿Hablas de... una hermana del viento?

—Sí, Rhiannon. —Una suave y cantarina risa brotó del aire—. He venido a llevaros a todos a Varigal.

—¡Oh, Aylah! —grité—. ¿Es posible, antes de que nos transportes hasta allí, ir a otro lugar?

—¿A buscar tu cayado, Emrys Merlín?

—¿Cómo te has enterado?

Como un manantial burbujeante que surge de la tierra y se derrama por el suelo, las palabras de la hermana del viento se vertieron en el aire.

—Nada puede esconderse del viento por mucho tiempo. Ni una chica sigilosa, ni la cueva secreta donde guarda sus tesoros, ni siquiera su deseo de ejercer algún día un gran poder mediante la magia.

Mi pulso se aceleró por la ira.

—¿Podemos darle alcance todavía, antes de que llegue a la cueva?

Una súbita racha de viento recorrió la plaza mayor del pueblo. Sombreros, capas y delantales se elevaron por los aires, revoloteando como las hojas en otoño. De repente, también mis botas ascendieron, separándose del suelo. En un instante, Rhia, Bumbelwy y yo estábamos volando.

TODAS LAS VOCES



ientras remontábamos el vuelo desde la plaza mayor de Eslantos, varias personas que se hallaban junto a la fuente aullaron de terror, aunque sus gritos no eran tan fuertes como los del pobre Bumbelwy. Por mi parte, balanceé las piernas libremente sobre el vacío, exultante de emoción por estar volando. Era una sensación que sólo había sentido una vez en mi vida, acurrucado entre las plumas del dorso de Problemas. Sin embargo, esta vez era más poderosa todavía, aunque también más aterradora. Porque ahora no me elevaba otro cuerpo, sino el mismísimo viento.

Aylah nos transportó a gran altura, sosteniéndonos sobre un colchón de aire. A medida que los edificios en forma de panecillo se difuminaban entre la niebla, el estanque dorado de la fuente de pan se diluyó en tonos cobrizos, luego pardos y finalmente blancos. Las nubes nos engulleron por entero, ocultando de nuestra vista todo lo que no fuéramos nosotros. El silbido del aire a nuestro alrededor era perfectamente audible, pero no demasiado fuerte, ya que volábamos a favor del viento, no en su contra.

—¡Aylah! —grité—. ¿Puedes localizarla con la niebla?

—Paciencia —replicó su etérea voz, que sonaba desde arriba y desde abajo al mismo tiempo. Las nubes se espesaron cuando descendimos y viramos a la derecha.

Rhia se volvió hacia mí, y su expresión reflejaba su creciente regocijo. Era como si cabalgáramos en una nube, lo bastante próximos para tocarnos y lo bastante lejanos para sentirnos completamente libres. Y, en el caso de Bumbelwy, totalmente desdichados. Su rostro, aún salpicado de masa, se ponía más verde con cada bache aéreo y cada sacudida.

De improviso, justo debajo de nosotros, una silueta se materializó bajo un hueco que se abrió en la niebla. ¡Nimue!

Avanzaba con paso decidido por la llanura cubierta de hierba, con su largo cabello negro cayéndole hasta los hombros. Empuñaba mi cayado con una mano. Casi pude

oír su risita de íntima satisfacción. Sin duda estaba meditando en qué lugar de honor colocar mi cayado en su cueva de tesoros. O cómo sacar partido de sus poderes ocultos. Una fina sonrisa se dibujó en mi cara cuando nos acercamos, proyectando un trío de sombras espectrales sobre el terreno.

Nimue giró bruscamente sobre sus talones, intuyendo algo. Profirió un alarido al verme, junto a mis compañeros, cayendo del cielo directamente sobre ella. Antes de que pudiera echar a correr, extendí los brazos y así con ambas manos el retorcido mango del cayado.

—¡Ladrón! —me espetó la joven, aferrándose obstinadamente a su botín.

Forcejamos unos instantes, intentando que el otro soltase el cayado. Aylah me levantó del suelo otra vez y Nimue se elevó conmigo, pataleando enloquecidamente. Me dolían los hombros y la espalda por la tensión, pero no cedí. Las corrientes de aire se estrellaban contra el cuerpo de la joven, empujando su cuerpo en todas direcciones. Pero tampoco ella estaba dispuesta a soltarse. Descendimos un poco en el momento en que una maraña de zarzas aparecía ante nosotros. Recto hacia allí voló Nimue, y las espinas arañaron sus piernas y desgarraron su túnica. Pero ni así soltó su presa.

Noté que el cayado se me resbalaba de las manos sudorosas. El peso de la joven hacía gritar de dolor a mis hombros. Mis brazos empezaban a entumecerse. Mientras, Nimue se mecía y se contorsionaba, intentando zafarse con todas sus fuerzas.

Giramos bruscamente a la izquierda y nos dirigimos hacia un montón de rocas que presentaban numerosas aristas. Un segundo antes de estrellarse, Nimue vio que se acercaba a un obstáculo. Finalmente, con un terrible alarido, se soltó.

Cayó al suelo con un golpe seco, aterrizando de espaldas cerca del montón de rocas. Recogí el cayado débilmente, contemplando de nuevo sus familiares grabados. El signo de la pareja de halcones resplandecía con mi propio sudor. Volví a sentirme entero, pues había recuperado a un tiempo mi cayado y mis esperanzas.

Mientras la niebla se espesaba, bajé la vista buscando a Nimue. La vi sentarse en el suelo y mirarme con ojos centelleantes de ira. Clavó los talones en la turba como una niña enfurruñada y levantó un puño en alto, maldiciendo y prometiendo a gritos vengarse. Se fue haciendo cada vez más pequeña. Después desapareció detrás de un velo de niebla y sus gritos fueron sustituidos por el silbido del viento.

Hice rodar el cayado entre mis manos doloridas.

—Gracias, Aylah.

—De nada, Emrys Merlín. Ha sido un placer.

El viento nos elevó un poco más, hasta que la niebla empezó a dispersarse, desgarrándose en olas blancas que subían y bajaban como el agua del mar. Navíos de bruma erguían su proa, sólo para precipitarse sobre vaporosas costas. Las olas de nubes nos envolvieron, empapándonos de espuma y batiendo incesantemente a nuestro alrededor.

Me volví hacia Rhia, cuyos ojos estaban tan alegres como iracundos estaban los

de Nimue.

—Tenías razón acerca de ella. No sé cómo, pero al principio me... bueno, me confundió. Ojalá tuviera yo tus... ¿Cómo las llamaba mi madre?

—Moras —respondió Rhia con una carcajada—. Llamadas también instintos. —Agitó los brazos en la niebla, extendiéndolos como alas—. Oh, ¿no es maravilloso? ¡Me siento libre! Como si yo fuera el propio viento.

—Tú eres el viento, Rhiannon. —Los brazos de Aylah nos rodearon—. En tu interior habitan todos los seres vivos. Eso son tus instintos, las voces de los seres vivos de tu interior.

Observé los jirones de nubes mientras la voz de Aylah me hablaba al oído:

—Tú también tienes instintos, Emrys Merlín. Simplemente, no oyes muy bien sus voces. Pero todas están en ti, viejas y jóvenes, masculinas y femeninas.

—¿Femenino yo? —Me ofendí y di una palmada a la empuñadura de mi espada, mientras el aire pasaba junto a mí como una exhalación—. ¡Soy un chico!

—Oh, sí, Emrys Merlín, eres un chico. ¡Y eso es ser algo maravilloso! Algún día, tal vez descubras que puedes ser algo más. Que puedes escuchar además de hablar, labrar además de segar, crear además de construir. Y entonces quizá descubras que el más leve temblor del ala de una mariposa puede ser tan poderoso como un terremoto que mueve montañas.

Apenas acababan de sonar estas palabras cuando una repentina corriente de aire nos zarandeó sin piedad. Rhia y yo rodamos uno sobre el otro, mientras Bumbelwy gritaba y agitaba los brazos y las piernas. Su gorro con cascabeles colgantes salió volando por los aires y estuvo a punto de perderse, pero Rhia lo atrapó en el último momento. Cuando lo agarró, varios pedazos de masa salieron despedidos y lo hicieron tintinear ruidosamente otra vez.

Sin previo aviso, salimos de la capa de nubes. Raudos como halcones, nos elevamos por encima de su algodónoso contorno. Abajo, a gran distancia, Fincayra se revelaba ahora como un tapiz desplegándose, lleno de deslumbrantes colores y complejos diseños. Allí se alzaban las Colinas Oscuras, inmersas en sombras; las sinuosas cadenas interrumpidas sólo por una arboleda o un amasijo de rocas ocasionales. Allá se abría el desfiladero rojo y pardo del Barranco de las Águilas, serpenteando hacia el sur. Y más allá, moteado por el sol, se extendía el ondulado terreno del Llano Herrumbroso.

Me incliné hasta tumbarme de bruces sobre el colchón de viento. Volaba paralelo al suelo y me sentí de nuevo como un pez, deslizándome por un océano de aire en lugar de agua. Mecido por corrientes invisibles, flotando ingravido en el aire, volaba gracias a la misma sustancia que respiraba.

Seguí hacia el norte la tortuosa línea costera de una oscura península, hasta que se perdió en la niebla. Por debajo de mí centelleaban sinuosos ríos, y las colinas empezaban a aumentar de tamaño. Débilmente, al otro lado de las lomas, divisé el siniestro contorno del Lago del Rostro. Un gélido dedo recorrió mi espinazo al

recordar la imagen que había visto en aquellas lóbregas aguas, el mortífero ojo de Balor.

Más tarde, imponiéndose al siseante viento, oí un débil y persistente rumor. Procedía de algún punto de las montañas nevadas que tenía delante, en cuyas escarpadas cumbres resplandecía la luz de media tarde. El rumor se hizo más potente, resonaba como si cada ladera sufriera una avalancha. Parecía que el propio trueno formaba parte de esta tierra.

Y así era, en efecto. Porque habíamos llegado al país de los gigantes. El fragor aumentó cuando Aylah nos depositó sobre un otero erizado de hierba corta y recia. La loma era una prolongación de una empinada cordillera rocosa y una de las escasas áreas verdes de la zona. La tierra, al igual que los riscos circundantes, temblaba bajo nuestros pies a causa del ruido. O lo que fuera que provocaba el ruido.

En cuanto Bumbelwy puso los pies en el suelo, se dirigió tambaleándose a un enorme montón de hojas, ramas y helechos que alguien habían dejado sobre el otero por alguna razón. Ocupaba casi la mitad de la elevación, prominente como un breñal en miniatura. Se desplomó sobre el montículo de hojarasca, subió por él a rastras y se tendió de espaldas encima.

—Si voy a morir en un terremoto —gritó para hacerse oír por encima del constante rumor—, por lo menos que sea en un sitio blando.

Apartó varias ramas rotas de debajo de su cabeza.

—Además, aún tengo que completar una digestión difícil. Por no hablar de recobrar me de este viajecito. —Cerró los ojos y se enterró todavía más entre los helechos—. ¡Imaginaos! Casi me mato dos veces en un solo día. —Bostezó, sacudiendo sus cascabeles—. Si no fuera tan optimista, diría que todavía ha de ocurrirme algo peor antes de que acabe el día.

Segundos más tarde estaba roncando.

—Te deseo lo mejor, Emrys Merlín. —La voz habló de nuevo en mi oído, esta vez con más fuerza que de costumbre, para compensar el estrépito—. Ojalá pudiera permanecer a tu lado más tiempo, pero debo irme.

—Ojalá no tuvieras que irte.

—Lo sé, Emrys Merlín, lo sé. —El cálido aliento de Aylah acarició mi mejilla—. Quizá volvamos a vernos, otro día.

—¿Y volveremos a volar? —Rhia extendió los brazos como si fueran alas—. ¿Como el viento?

—Tal vez, Rhiannon. Tal vez.

Acompañada por un súbito remolino de aire, la hermana del viento se marchó.

SALTOS



Se oyó un gran estampido, procedente de algún punto del valle de empinadas laderas que se abría al pie del otero. La tierra tembló de nuevo, derribándonos a Rhia y a mí de espaldas. Un rollizo tordo de alas moradas con motas blancas pió y remontó el vuelo desde la correosa hierba sobre la que se había posado. Me incorporé hasta sentarme y busqué con la mirada a Bumbelwy, que seguía roncando beatíficamente sobre el montón de hojas y ramas. No pude imaginar lo que haría falta para despertarlo.

Avanzando a gatas, Rhia y yo nos apostamos en la cima de la loma. Nos asomamos lo mínimo posible para espiar el valle. En ese momento, toda una sección del risco que dominaba el valle se agrietó y resquebrajó, se tambaleó precariamente y finalmente se desmoronó hasta estrellarse contra el suelo entre una nube de polvo y cascotes. El aire retumbó de nuevo y el suelo volvió a estremecerse violentamente bajo nuestros pies.

Al poco rato, cuando el polvo se depositó, reconocí a los seres que trabajaban en el valle. Incluso a tanta distancia, los gigantes se veían enormes. Y aterradoramente poderosos. Mientras varios de ellos partían peñascos con mazas del tamaño de pinos, otros transportaban los pedazos de roca hasta el fondo del valle. Para levantar una sola de aquellas piedras, habrían hecho falta cincuenta personas, pero los gigantes las desplazaban como si fueran balas de heno recién cortado.

No muy lejos trabajaban otros gigantes, tallando y modelando las piedras grises y blancas. Otros las encajaban con sumo cuidado en las torres y los puentes de una ciudad en construcción. ¡Sólo podía ser Varigal! La ciudad más antigua de Fincayra, destruida por el ejército de tragos guerreros de Stangmar, estaba siendo completamente reconstruida, piedra a piedra. Sus murallas y espiras talladas en la roca viva ya reproducían los riscos verticales y los pináculos nevados que rodeaban el valle.

Mientras trabajaban, los gigantes cantaban con voz grave y retumbante. La letra

de sus cantos arrancaba ecos de un risco a otro, que resonaban y se fragmentaban como la misma roca.

*Hy gododin catann hue
Huda lledrith mal wyddan
Gaunce ae bellawn wen cabri
Varigal don Fincayra
Dravia, dravia Fincayra.*

*Jud ya vardann tendal fe
Roe samenya, llaren kai
Hosh waundi na mal storro
Varigal don Fincayra
Dravia, dravia Fincayra.*

Recordé haber oído, ahora me parecía que hacía milenios, aquellas mismas voces entonando la Lledra durante el Baile de los Gigantes que finalmente había provocado que el Castillo Velado se viniera abajo. Y recordé haber oído a Elen cantarme lo mismo cuando yo no era más que un bebé en sus brazos.

*Árboles parlantes y piedras andantes,
Huesos de esta isla eran los gigantes.
Mientras nuestra danza sea recordada,
Varigal de Fincayra no será olvidada.
¡Larga vida, larga vida a Fincayra!*

*Respira el gigante y ruge la tormenta,
Llora y cae el agua que el río alimenta.
En la cima isleña de nieve colmada,
Varigal de Fincayra no será olvidada.
¡Larga vida, larga vida a Fincayra!*

Bumbelwy soltó un ronquido y rodó sobre sí mismo en su lecho de ramas. Una fronda de helecho se había enredado en su cabello y parecía crecerle dentro de la oreja. Con cada aliento, los cascabeles repicaban como una lata llena de piedrecitas, pero el juglar seguía durmiendo, impertérrito.

Me volví para observar a una hembra de cabello enmarañado, situada en el extremo opuesto del valle, que colocaba la base de una torre de piedra en su lugar empujándola con el hombro desnudo. Desde esa distancia, se parecía mucho a la giganta sobre cuyo inmenso corpachón se había posado el águila al principio del Gran Concilio. Sospeché que, en algún lugar de este valle, trabajaba también mi amigo

Shim. O, más probablemente, se esmeraba por no trabajar. Pero por mucho que deseara verlo de nuevo, no habría tiempo para intentar encontrarlo.

—¿Y bien? —exclamó una melódica voz a nuestra espalda—. ¿Por qué habéis venido al país de los gigantes?

Rhia y yo nos giramos velozmente. Sentada en una roca redondeada y cubierta de musgo —una roca que sólo unos segundos antes estaba desocupada— había una mujer alta y de piel clara. Su cabello dorado le llegaba casi a las rodillas, y formaba una cascada de rayos de luz a su alrededor. Vestía una simple túnica azul claro, pero sólo con su postura la hacía parecer un elegante vestido. Sus ojos relucían con una viveza inusual, como si en su interior ardieran unas intensas llamas.

A pesar de su innegable atractivo, me preparé para lo peor. Quizá yo no poseyera los instintos de Rhia, pero no permitiría que el incidente con Nimue volviera a repetirse. Recogí mi cayado de la hierba y lo acerqué a mi vera.

La mujer de ojos brillantes se rió con gentileza.

—Veo que no confías en mí.

Rhia, todavía sentada sobre la hierba, enderezó la espalda y estudió unos instantes el rostro de la mujer. Después, inspiró profundamente.

—Yo confío en ti. Hemos venido a aprender a Saltar.

Casi me salgo de las botas por el respingo que di.

—¡Rhia! ¡Es una desconocida!

—Cierto, no la conozco. Y aun así..., sí la conozco. Hace que quiera..., bueno, confiar en las moras. Tiene algo que... no sé, me recuerda a las estrellas brillando en el momento más oscuro de la noche.

La mujer se irguió lentamente, y su cabello ondeaba alrededor de su cintura.

—Eso se debe, querida niña, a que soy el espíritu de una estrella. De hecho, me conoces como una de tus constelaciones.

A pesar de los temblores de tierra, Rhia logró ponerse en pie.

—Gwri —dijo suavemente, tanto que yo apenas pude oír el nombre, ahogado por el incesante fragor—. Tú eres Gwri, la del Cabello Dorado.

—Sí. Vivo en la región más occidental de vuestro cielo. Y os he estado observando, a ti, Rhia, y también a ti, Merlín, mientras vosotros me observabais a mí.

Aturrullado, yo también me puse en pie con dificultad. Me parecía que había transcurrido mucho tiempo desde aquella noche, bajo el árbol shomorra, cuando Rhia me mostró por primera vez a Gwri la del Cabello Dorado, y su modo de ver constelaciones de una manera completamente nueva: descubrir sus formas, no en las estrellas, sino en los huecos que dejan las estrellas.

Rhia se acercó un pasito por la herbosa loma.

—¿Por qué has bajado a la tierra?

Gwri se echó a reír de nuevo, más animadamente que antes. Esta vez, un círculo de luz dorada refulgió en el aire que la rodeaba.

—He venido a ayudar a los gigantes de vuestra tierra a reconstruir su antigua

capital. Pues sabed que yo también vine aquí hace una eternidad, cuando Varigal se construyó por primera vez. Permanecí al lado de Dagda, proporcionándole la luz que necesitaba para trabajar durante toda la noche cuando talló a su primer gigante a partir de la rocosa faz de una montaña.

—Has recorrido un largo camino.

—Sí, Merlín. He venido Saltando.

Mis piernas estuvieron a punto de doblarse, pero no a causa de los temblores del suelo.

—¿Saltando? ¿Puedes tú decirme lo que necesito saber?

—Ya conoces el alma de este Cantar —declaró la estrella—. Sólo necesitas encontrarla en tu interior.

—¡Nos queda muy poco tiempo! La luna está casi llena y mi madre... —Se me formó un nudo en la garganta que redujo mi voz a un susurro—. Va a morir. Todo por mi culpa.

Gwri me estudió atentamente. Parecía escuchar mis pensamientos más íntimos, ajena al permanente retumbar del valle.

—¿Qué hiciste, exactamente?

—Encontré una caracola parlante, cuyo poder la trajo hasta aquí.

Gwri inclinó la cabeza, con lo que cubrió su brazo con una cascada de cabello ondulado.

—No, Merlín. Sigue pensando.

Me rasqué el mentón, desconcertado.

—Pero la caracola...

—Sigue pensando.

Mi mirada se encontró con la de Gwri.

—Quieres decir... que fui yo, no la caracola.

La mujer asintió.

—La caracola necesitaba tu poder para lograrlo. Tu poder de Saltar, por informe que sea. Algún día, quizá domines ese poder. Entonces podrás trasladar a personas, cosas o sueños. Podrás viajar a través de distintos mundos, o incluso a través del tiempo, a tu antojo.

—¿El tiempo? —Un vago recuerdo se agitó en mi interior—. Cuando era muy pequeño, soñaba a menudo que vivía hacia atrás en el tiempo. ¡De verdad! Así podía revivir mis momentos favoritos una y otra vez.

Una parca sonrisa se dibujó en el rostro de la estrella.

—Taz vez llegues a dominar también ese poder. Entonces serás más joven cada día, mientras todo el mundo envejece a tu alrededor.

Pese a lo mucho que me intrigaba la idea, negué con la cabeza.

—No es más que un sueño. Me temo que nunca dominaré nada. Mira el desastre que he provocado por traer a mi madre a Fincayra.

—Cuéntame —dijo Gwri—, ¿qué has aprendido de eso?

Otro terremoto sacudió la tierra. Se desprendieron rocas del risco más cercano a nosotros, formando un alud que levantó una nube de polvo al estrellarse contra el lejano fondo del valle. Me agarré con firmeza a mi cayado para no perder el equilibrio.

—Bueno, he aprendido que Saltar, supongo que como la magia, tiene sus límites.

—Es verdad. ¡Incluso el gran espíritu Dagda tiene sus límites! Por mucho que conozca los poderes del universo, no puede devolver la vida a alguien que ya ha muerto. —Gwri pareció repentinamente apenada, como si recordara algo sucedido mucho tiempo atrás. Después de una larga pausa, volvió a hablar—: ¿Has aprendido algo más?

Titubeé, revolviéndome con incomodidad sobre la hierba.

—Bueno..., que hay que reflexionar concienzudamente antes de llevar algo o a alguien a un lugar nuevo, ya que esa acción podría tener consecuencias imprevistas. Y graves.

—¿Y por qué supones que es así?

Me exprimí los sesos al mismo tiempo que estrujaba el nudoso mango de mi cayado. El viento silbaba entre los riscos y me abrasaba el rostro.

—Porque, compréndelo, toda acción está relacionada con alguna otra. Arrojar un solo guijarro en un lugar indebido podría iniciar un desprendimiento de rocas. La verdad es que todo está relacionado con todo.

Gwri rompió a reír en el momento en que una llamarada azul brotaba de mi cayado. Un resplandeciente círculo de luz dorada rodeaba a la mujer, al tiempo que la imagen de una estrella dentro de un círculo aparecía sobre la caña del cayado. Dejé que mis dedos acariciaran el grabado.

—Has aprendido bien, Merlín. Todo desempeña un papel en la gloriosa y gran canción de las estrellas.

Asentí, recordando la frase de las paredes de Arbassa.

—Ojalá supiera usar mejor el poder de Saltar, en este momento. Porque debo encontrar, y deprisa, el camino hasta el cubil de un dragón, pero no tengo ni idea de dónde buscar.

Gwri se volvió hacia el este y su largo cabello centelleó.

—El dragón que buscas es el mismo que fue sumido en un sueño mágico hace mucho tiempo por tu abuelo, Tuatha. Y ni siquiera los poderes de tu abuelo fueron bastante grandes para hacer frente a Balor, el guardián del Pozo del Otro Mundo. Si sobrevives al dragón y consigues llegar hasta allí, ¿en serio esperas llegar más lejos?

—No. Sólo espero intentarlo.

La estrella me estudió durante largo rato.

—El cubil del dragón durmiente se halla en las Tierras Perdidas, justo al otro lado del río. Casualmente, también se encuentra bastante cerca del Pozo del Otro Mundo..., aunque eso te importa poco ahora, ya que aún debes recorrer todo el camino hasta la Isla Olvidada antes de dirigirte allí.

Repasé con el dedo la nueva marca grabada en mi cayado.

—¿Acaso puedes trasladarnos al cubil del dragón?

Los ojos de Gwri brillaron con mayor intensidad.

—Sí, puedo. Pero prefiero que lo haga otro. Alguien que tú conoces puede llevarte casi tan deprisa como yo.

Rhiayyo intercambiamos miradas de perplejidad.

La estrella indicó con un gesto al adusto juglar, que yacía desmadejadamente sobre el enorme montón de hojarasca.

—Tu amigo, el dormilón.

—¿Bumbelwy? ¡No hablarás en serio!

La risa de Gwri resonó en el aire.

—No ése, aunque me atrevería a decir que puede demostrar que es capaz de dar unos saltos sorprendentes. —Volvió a señalar—. Me refiero a tu otro amigo, el que duerme debajo de él.

Antes de que pudiera preguntarle a quién se refería, Gwri empezó a brillar cada vez más, hasta que su resplandor era tan intenso que ni siquiera mi segunda visión soportaba contemplarlo. Al igual que Rhia, aparté el rostro. Al cabo de unos segundos, la luz disminuyó repentinamente. Nos volvimos para observar, pero sólo constatamos que Gwri la del Cabello Dorado se había desvanecido.

En ese instante, el montón de hojarasca cobró vida.

OTRO PASO



El montón de hojarasca se precipitó bruscamente hacia un lado, lanzando por los aires al durmiente Bumbelwy. Sus cascabeles repicaron como la maza de un herrero. Y su alarido, fácilmente audible pese al rumor procedente del valle, acompañó a los gritos de sorpresa que proferimos Rhia y yo.

Esparciendo ramas, hojas y frondas de helecho por toda la hondonada cubierta de hierba, el montón de hojas se dobló, se retorció... y se sentó. Le brotaron dos enormes brazos a los lados, al tiempo que un par de peludos pies salían pataleando de los escombros. Surgió una cabeza, en la que destacaban dos grandes ojos rosados y una cavernosa boca abierta por un bostezo. Justo debajo de los ojos, una descomunal nariz sobresalía como una patata inflamada.

—¡Shim! —gritamos a un tiempo Rhia y yo.

Tras concluir su bostezo, el gigante nos miró, sorprendido. Se frotó los ojos y volvió a mirarnos.

—¿Vosotros es sueño? ¿O es real?

—Somos reales —declaré.

Shim arrugó la nariz con desconfianza.

—¿En serio, de verdad, palabra?

—En serio, de verdad, palabra. —Rhia se adelantó y le dio una palmadita en un pie mucho más alto que ella—. Me alegro de volver a verte, Shim.

Con una amplia sonrisa, el gigante extendió un brazo y nos recogió con cuidado sobre la palma de la mano.

—Yo aún cree que yo sueña. Pero es vosotros, los verdaderos vosotros. —Acercó un poco su nariz y nos olfateó—. Vosotros huele a pan. Del bueno pan.

Asentí.

—De ambrosía. Como el que comimos aquella noche en casa de Cairpré. ¿Te acuerdas, mi buen Shim? ¡Ojalá te hubiera guardado un poco! Pero tenemos mucha

prisa, ¿sabes? Muchísima prisa.

La inmensa nariz volvió a arrugarse.

—¿Tú está aún todo loco?

—Podrías decirlo así.

—¡Desde el día que nosotros conoce, tú está todo loco! —El gigante se estremeció con una tronante carcajada, tambaleándose sobre la herbosa loma, lo que desprendió varias rocas que cayeron rebotando hasta el fondo del valle—. Ese día casi pica a nosotros abejas miles por tu culpa.

—Y tú no eras más que una bola de miel balbuceante. —Rhia, que había conseguido ponerse de rodillas sobre la carnosa palma, intervino en la conversación.

—Eras tan pequeño que me convencí de que eras un enano.

Los ojos rosados de Shim brillaron de orgullo.

—Yo no es pequeño ya.

Otro tumultuoso estruendo procedente del valle atronó el aire, haciendo temblar el risco. Incluso el poderoso brazo de Shim se bamboleó como un árbol azotado por un vendaval. Rhia y yo nos agarramos como pudimos a su pulgar.

La expresión de Shim se volvió seria.

—Ellos trabaja abajo. Yo debe llevar ramas para cocinar la cena. —De pronto parecía sumiso—. Yo sólo quiere tumbar en las ramas y dormir la siesta. ¡Una siesta cortita!

—Nos alegramos de que lo hicieras —repliqué—. Necesitamos tu ayuda.

Un prolongado y lastimero gemido surgió de entre las ramas sueltas del otro extremo de la hondonada. Antes de que yo pudiera abrir la boca, Shim alargó la mano libre y levantó a Bumbelwy por la pesada capa. Envuelto en helechos colgantes y ramas rotas, con todo el rostro contraído, desde el entrecejo hasta los mentones múltiples, el hosco juglar parecía, en el mejor de los casos, medio muerto.

Rhia observó con inquietud al juglar suspendido en el aire.

—¿Lo viste salir volando cuando Shim despertó?

Le respondí con una sonrisa irónica.

—Quizá fuera ése el salto del que hablaba Gwri.

—¡Oooh! —se lamentó Bumbelwy, sosteniéndose la cabeza—. Me siento como si mi cabeza hubiera caído rebotando por uno de esos riscos. Debo de haberme caído de ese montón de... —De repente, cayó en la cuenta de que un gigante lo estaba trasladando por encima de la loma. Pataleó y la emprendió a puñetazos con el enorme pulgar que apesaba su capa—. ¡Socooooorro! ¡Estoy a punto de ser devorado!

Shim gruñó y meneó la cabeza, mirando al zarrapastroso juglar.

—Tú no es muy sabroso, eso es fácil ver. Tú no entra en mi boca por nada.

Le hice una seña a Bumbelwy.

—No te preocupes. Este gigante es amigo nuestro.

Bumbelwy siguió manoteando y pataleando como un poseso, balanceándose ante la nariz de Shim.

—¡Qué tragedia! —gimoteó—. Todo mi humor y mis conocimientos perdidos para siempre por el gahzate de un gigante abajo.

Shim lo soltó sobre la palma de su otra mano. Bumbelwy aterrizó pesadamente al lado de Rhia y de mí. Se puso en pie con gran esfuerzo, intentó propinarle un puñetazo a la nariz de Shim, tropezó y cayó de bruces nuevamente.

Una enorme sonrisa se extendió por el rostro de Shim.

—Por lo menos, es gracioso.

Bumbelwy, que intentaba ponerse nuevamente en pie, se quedó petrificado.

—¿Lo dices en serio? ¿Lo bastante divertido como para hacerte reír?

—No tanto divertido —bramó Shim, con una voz tan fuerte que casi nos expulsa de su palma sólo con el aliento—. Sólo justo para que yo sonrío.

El juglar se irguió finalmente, intentando mantener el equilibrio mientras recobraba la compostura y se alisaba la capa.

—Buen gigante, eres más inteligente de lo que creí en un principio. —Le dedicó una torpe reverencia—. Yo soy Bumbelwy el Jovial, juglar de...

—De nadie. —Pasé por alto su aviesa mirada y hablé directamente con Shim—. Como iba diciendo, necesitamos tu ayuda. Tenemos que llegar al cubil del dragón durmiente, el que Tuatha combatió hace tanto tiempo. Se encuentra en algún lugar al otro lado de las aguas.

La sonrisa del gigante se esfumó, mientras el viento arreciaba y aullaba entre los riscos.

—Tú está de broma.

—Me temo que no —dijo Bumbelwy, una vez recuperado su habitual pesimismo—. Daría igual que nos devorases ahora mismo, antes de que lo haga el dragón.

—Si de verdad está durmiendo, ¿hasta qué punto puede ser peligroso? —preguntó Rhia.

—Muy mucho —tronó Shim, y todo su cuerpo se agitó como un gran árbol en medio de una tormenta—. Para empieza, el dragón es aún con hambre, aunque dormido. Para acaba, él despierta en un momento cualquier. —Hizo una pausa, inclinando la cabeza para reflexionar—. Nadie sabe cuándo se gasta el hechizo de Tuatha y el dragón despierta. Pero la leyenda dice que eso ocurre el día más triste de la vida en Fincayra.

Bumbelwy suspiró.

—Vamos, como un día normal para mí.

—¡Calla! —Alcé la cabeza para mirar a Shim—. ¿Nos llevarás hasta allí, de todos modos?

—Es bien. ¡Pero es locura! Decidida, absoluta y definitivamente. —Tras inspeccionar el otero regado de hojarasca, se mordió el gran labio—. Pero antes yo necesita llevas esas ramas a Varigal.

—No, por favor —le supliqué. Examiné el cielo vespertino, temeroso de ver la creciente faz de la luna—. Ahora cuenta cada minuto, Shim. Casi se me ha acabado el

tiempo.

—Yo supone que ya es tarde para esas ramas pinchonas.

—¿Entonces lo harás?

Shim respondió dando una única zancada inmensa que lo llevó al otro lado del risco. Desequilibrados por el brusco movimiento, caímos sobre su palma en un confuso amasijo. La labor de desenredarnos resultó más difícil por el contoneo del gigante al andar, pero al final lo conseguimos; con excepción de Bumbelwy, que se había enredado en su capa y ahora le cubría la cabeza y los hombros. Mientras forcejeaba para liberarse, sus cascabeles permanecieron compasivamente silenciosos bajo la capa.

Entretanto, Rhia y yo nos arrastramos hasta el canto de la mano de Shim y nos asomamos por las aberturas que dejaban sus dedos. El viento pasaba veloz junto a nuestro semblante mientras observábamos la transformación del paisaje. Las zancadas de Shim eran tan amplias que los cánticos de los gigantes y el ruido de sus esfuerzos pronto se desvanecieron por completo. Nuestro amigo dejaba atrás peñascales como si fueran simples montoncitos de guijarros, aplastaba cornisas de roca bajo sus pies y sorteaba pasos de montaña que a nosotros nos habría llevado días atravesar. Cruzaba grietas impresionantes con la facilidad con que un conejo saltaría por encima de un palo.

Al poco rato, el terreno empezó a aplanarse. Las laderas boscosas reemplazaron a los riscos cubiertos de nieve, mientras los valles se ensanchaban hasta convertirse en espaciosos prados veteados de flores amarillas y moradas. Shim sólo se detuvo en una ocasión para soplar sobre las ramas de un manzano y provocar una lluvia de fruta sobre nosotros. A diferencia de Bumbelwy, que aún no había recuperado el apetito, Rhia y yo nos comimos las manzanas con avidez.

Shim apretó el paso, hasta el punto en que yo apenas había reparado en la creciente extensión azul que apareció ante nosotros cuando sus pesados pies chapotearon en el agua. Al cabo de un momento, vadeaba un brazo de mar, rodeado por una bandada de escandalosas gaviotas. Ahuyentó a las aves con su voz atronadora.

—Yo acuerda cuando tú hace cruzar un río revuelto a yo.

—¡Es cierto! —grité para hacerme oír por encima del viento y los chillidos de las gaviotas—. Era tan difícil vadearlo que tuve que llevarte a costas.

—¡Ahora eso es no posible! Decidida, absoluta y definitivamente.

Concentrando mi segunda visión en el canal, reparé en una fila de oscuros montes escarpados como dientes mellados en el horizonte. Las Tierras Perdidas. Bien recordaba las palabras que Cairpré había empleado para describir aquel territorio: «Sin explorar ni cartografiar». Con un mortífero dragón durmiendo en algún lugar de aquellos montes, no era de extrañar. Instintivamente, me llevé la mano a la empuñadura de la espada.

Minutos más tarde, Shim salió del brazo de mar apisonando la orilla con sus

peludos pies. Nos depositó sobre una ancha ribera de lisa roca. Aquí no crecían flores, ni tan sólo hierba. Ni la amortiguada luz del cercano atardecer suavizaba con sus matices esta tierra. Sólo una ceniza negra y reluciente cubría las rocas, extendiéndose a las laderas de los montes hasta donde alcanzaba la vista. El aireapestaba a carbón, como un brasero abandonado a la intemperie.

Comprendí que toda esa costa, y todo lo que antes crecía en ella, debía de haber sido calcinado por un pavoroso incendio. Incluso las propias rocas estaban agrietadas y combadas, consumidas por repetidas llamaradas de un calor extremo. Después, al inspeccionar los escarpados montes, descubrí su origen: una fina voluta de humo que brotaba de una hondonada no muy lejana, tierra adentro.

—Ahí es adonde vamos —anuncié.

Shim bajó tanto su preocupado rostro que estuvo a punto de tocar la punta de mi cayado con el mentón.

—¿Tú está seguro? Nadie va de visita a un dragón adrede.

—Yo sí.

—¡Tú es loco! ¿Tú sabe?

—Lo sé. Demasiado bien, créeme.

Los ojos húmedos del gigante parpadearon.

—Pues buena suerte. Yo luego echo de menos a tú. Y a tú también, querida Rhia. Yo espera ver otra vez un otro día.

Los cascabeles de Bumbelwy repicaron cuando él meneó la cabeza.

—Con el cubil del dragón justo ahí delante, probablemente no veremos otro día.

Al oírlo, Shim se incorporó. Nos miró por última vez y luego se dio la vuelta para regresar directamente a través del canal. El sol poniente, que veteaba el cielo con tonos malva y rosa por el oeste, convertía sus macizos hombros y su cabezota en una simple silueta. Mucho más arriba, una pálida luna creciente se elevaba por el cielo.

ELIMINACIÓN



n lugar de intentar acercarme de noche al cubil del dragón, decidí esperar al amanecer. Mientras los demás dormían intranquilos sobre las rocas ennegrecidas, yo permanecí despierto, pensando. Pues la sexta lección, la lección de Eliminar, sólo podía significar una cosa.

Debía matar al dragón.

Mi estómago se contraía ante la simple idea. ¿Cómo podía un muchacho, aunque fuera armado con una espada mágica, conseguir algo semejante? Los dragones, como yo sabía por las historias de mi madre, eran increíblemente poderosos, asombrosamente rápidos e insuperablemente astutos. Recordé la noche en que, con el rostro bañado por el fuego de la chimenea de nuestra cabaña, mi madre me describió a un dragón que destruyó a una docena de gigantes con un solo coletazo y luego los asó con su aliento llameante para merendárselos.

¿Cómo, entonces, iba a vencerlo yo? A diferencia del mago Tuatha, no conocía nada de la magia que podría ayudarme. Sólo sabía que, dormido o no, acercarse a un dragón sería terrorífico, y eliminarlo, casi imposible.

Cuando los primeros rayos de luz diurna alcanzaron la chamuscada costa, propagándose como fuego a través de las olas, me puse en pie con renuencia. Tenía las manos frías, al igual que el corazón. Saqué una de las manzanas de Shim del bolsillo de mi túnica y le propiné un mordisco. Estaba fresca y sabrosa, pero apenas la saboreé. Aun así, la apuré hasta que no quedó de ella nada más que el corazón.

Rhia se incorporó del suelo.

—No has dormido nada, ¿verdad?

Me limité a contemplar la línea quebrada de montes, ahora teñidos de rosa.

—No. Y ni siquiera tengo el borrador de un plan digno de ese nombre. Si estás en tu sano juicio, quédate aquí. Si sobrevivo, volveré a buscarte.

Mi amiga negó con la cabeza con tanta energía que algunas de las hojas enredadas en sus bucles castaños cayeron al suelo.

—Creí que ya habíamos discutido eso en el Lago del Rostro —dijo Rhia.

—Pero esta vez el riesgo es demasiado alto, Rhia. Me has estado advirtiéndome que puedo perderme desde que abandonamos las Colinas Oscuras. Y así es como me siento ahora mismo: perdido. —Dejé escapar el aliento lenta y prolongadamente—. ¿No te das cuenta? ¡Sólo un mago, un verdadero mago, puede vencer a un dragón! En realidad, no sé qué hace falta para ser un mago: fuerza, habilidad o presencia de ánimo. Cairpré dijo que es todo eso y mucho más. Lo único que sé es que, sea lo que sea, yo no lo tengo.

La expresión de Rhia era compungida.

—No me lo creo. Y tu madre tampoco.

—Aun con todos tus instintos, esta vez te equivocas. —Miré de reojo a Bumbelwy, acurrucado bajo su gruesa capa—. ¿Debo ofrecerle la misma oportunidad que te ofrezco a ti?

El escuálido juglar rodó bruscamente sobre sí mismo.

—Yo voy, si te refieres a eso. —Estiró sus largos brazos—. Si alguna vez necesitas mi ingenio y mi buen humor, es ahora, el día de tu muerte segura.

Con una expresión tan lúgubre como la de Bumbelwy, me volví hacia los montes. De una de las hondonadas en forma de cuña que había entre ellos se elevaba una columna de humo oscuro que se retorció en su ascenso, estropeando un alba perfecta. Di un paso hacia allí. Luego, otro. Y otro. A cada paso, la punta de mi cayado golpeaba sobre las rocas como una puerta al cerrarse de golpe.

Desfilé cruzando la tierra calcinada, con Rhia a un lado y Bumbelwy no muy lejos, pero más atrás. Sabiendo que el sigilo era esencial, intentamos que nuestras pisadas fueran ligeras como las de un zorro. Nadie hablaba. Me apoyé el cayado en el hombro para que no siguiera golpeando en la roca. El juglar incluso apretaba entre sus manos los picos de su gorro para ahogar el ruido de los cascabeles. Cuando nos aproximamos a la humeante hondonada, mi mal presagio se agudizó. Mientras que el dragón quizás esperaba que el día más triste de Fincayra amaneciera, mi propio día más triste ya había llegado, sin lugar a dudas.

Un grave sonido gutural nos llegó a través de la ennegrecida planicie, profundo como las cuerdas más gruesas de un arpa titánica, y acompasado como la respiración. Era, lo supe en el acto, el ruido de un dragón roncando. Aumentaba uniformemente a medida que nos acercábamos.

El aire estaba cada vez más caliente, hasta resultar incómodo, entre las rocas de la socarrada ladera, cada vez más empinada. Paso a paso, en silencio, nos aproximamos a la columna de humo. Allí, las rocas no sólo habían sido abrasadas por las llamas, sino además machacadas y aplastadas por un peso inimaginable. Los peñascos habían sido triturados; los barrancos, aplanados, y todos los seres vivos, destruidos. Eliminados.

Sin atreverme apenas a respirar, dejamos atrás un montón de piedra machacada. De pronto, Bumbelwy resbaló y cayó al suelo. Unas rocas se desprendieron de la pila

y se estrellaron sonoramente contra los cascotes del fondo. Aquel ruido, sin embargo, quedó ahogado por el clamoroso redoble de cascabeles, que el eco amplificó entre los montes como el estallido de un trueno.

Lo fulminé con la mirada y susurré:

—¡Quítate ese condenado gorro, estúpido patoso! ¡Despertarás al dragón antes de que lleguemos a él!

El juglar frunció el ceño. A regañadientes, se quitó el gorro de tres picos y se lo guardó bajo la capa.

Encabecé la marcha hacia la hondonada de empinadas paredes, secándome la frente a causa del sudor. Incluso a través de las suelas de mis botas, me ardían las plantas de los pies. El bochornoso aire parecía fluctuar como ondas en un estanque, vibrando con los ronquidos del dragón. Todo hedía a carbón. Con cada paso que dábamos, las paredes de roca se cerraban a nuestros costados, sumiéndonos en tinieblas.

De repente me detuve. Allí, parcialmente oculto por las sombras, yacía el dragón. Era mayor de lo que me temía, enorme como toda una ladera de colina. Enrollado como una gran serpiente, su cuerpo verde y naranja cubierto de escamas acorazadas casi habría ocupado todo el Lago del Rostro. Tenía la cabeza, cuyas fosas nasales arrojaban humo, apoyada sobre el brazuelo izquierdo. Bajo el hocico presentaba una fila de escamas tan ennegrecidas por el humo que recordaban a un enorme bigote. Con cada inhalación, dejaba al descubierto varias hileras de afilados dientes; con cada exhalación, flexionaba los poderosos músculos de sus hombros y agitaba las vastas alas que mantenía plegadas sobre su espalda. Las garras, afiladas como la espada que colgaba de mi cinturón, pero diez veces más largas, centelleaban bajo la temprana luz de la mañana. A mitad de una zarpa, como si fuera un descomunal anillo, había un cráneo del tamaño suficiente como para haber pertenecido a Shim.

Debajo de su escamoso vientre brillaban y refulgían sus tesoros. Coronas y collares, espadas y escudos, cuernos y pífanos..., todo forjado en oro o plata, todo con joyas engarzadas. Había rubíes, amatistas, jades, esmeraldas, zafiros y enormes perlas esparcidos por doquier. Jamás en la vida me había imaginado que existiera un botín tan inmenso. Sin embargo, no sentí ningún deseo de rebuscar en él, pues, diseminados entre las valiosas piezas, había cráneos de todos los tamaños y formas, algunos de un blanco cegador y otros chamuscados por el fuego.

Descendí a rastras por la hondonada, seguido muy de cerca por Rhia y Bumbelwy. Nos encogíamos como un solo hombre con el lento y acompasado rugido de la respiración del dragón. El monstruo tenía los enormes ojos cerrados, pero no del todo, dejando al descubierto unas ranuras de color amarillo. Tenía la sensación de que esa bestia estaba más despierta que dormida.

En ese instante, las fauces del dragón se abrieron un poco. De ellas brotó una fina lengua de fuego que alcanzó las negras rocas y varios cráneos dispersos. Bumbelwy reculó de un salto, dejando caer el gorro de cascabeles de debajo de su capa. El

tocado chocó contra las rocas a sus pies con un repiqueteo estremecedor.

El dragón soltó un súbito ronquido y su descomunal cuerpo se movió. Sus párpados temblaron y se abrieron unos centímetros más. Bumbelwy jadeó de miedo. Sus piernas se negaron a sostenerlo. Al ver que estaba a punto de desmayarse, Rhia lo cogió por el brazo.

A continuación, con escalofriante lentitud, el dragón levantó la garra que lucía el gigantesco cráneo. Como alguien a punto de comerse una rara exquisitez, se la acercó a las fosas nasales, paladeando su aroma. Sus párpados temblaron ligeramente, pero no se abrieron, mientras la bestia soltaba un chorro de fuego abrasador. Por fin, acabada la cocción, los labios morados apresaron el cráneo y lo arrancaron de la garra. Un fuerte crujido resonó en la hondonada, el ruido de unos enormes dientes reduciendo a astillas el bocado. Con una inmensa vaharada de humo, el dragón reanudó sus ronquidos.

Los tres espectadores nos estremecimos al unísono. Mirando horrorizado a Rhia, le tendí mi cayado. Al mismo tiempo, apoyé la mano derecha en la plateada empuñadura de mi espada. Muy despacio, la extraje de la vaina. Cuando salió, la hoja emitió un débil tañido, como una distante campana. El dragón durmiente lanzó un repentino gruñido y una nube de denso humo surgió de sus ollares. Sus orejas puntiagudas se empinaron, escuchando el tañido. Mientras tanto, su sueño pareció alterarse. Gruñó malévolamente, mostró los dientes y azotó el aire con las garras.

Permanecí inmóvil como una estatua. Me empezaron a doler los brazos de sujetar la espada por encima de mi cabeza, pero no me atreví a bajarla por miedo a que hiciera algún otro ruido. Al cabo de varios minutos, el dragón pareció relajarse un poco. Los gruñidos remitieron y las garras se quedaron inmóviles.

Me arrastré con cautela entre las rocas, dando sólo un pasito cada vez. El dragón se erguía ante mí, y cada una de sus escamas era mayor que todo mi cuerpo. Los ojos me escocían por el sudor. Si sólo pudiera asestar un golpe, ¿dónde golpearía? Aquellas escamas blindadas le cubrían el pecho, las patas, el dorso, la cola e incluso las orejas anaranjadas. Quizá, si clavaba la espada en uno de los ojos cerrados, lo atravesaría.

Fui acercándome con desesperante lentitud. El humo del aire me provocaba ganas de toser, pero me esforcé cuanto pude por evitarlo. Mi mano estrujaba la empuñadura de la espada.

Sin previo aviso, la cola se meneó como un monstruoso látigo. No tuve tiempo para moverme siquiera, y mucho menos para echar a correr. Mientras la cola se extendía en toda su longitud, una de las barbas de su extremo se enrolló apretadamente alrededor de mi pecho, exprimiendo todo el aire de mis pulmones. En ese mismo instante, la otra barba me rodeó el brazo que empuñaba la espada, e impidió que hiciera cualquier movimiento.

Estaba completamente indefenso.

Rhia soltó un chillido ahogado. Noté que el dragón volvía a tensarse,

oprimiéndome con mayor fuerza. Sin embargo, las ranuras amarillas de sus ojos no se abrieron más. Parecía que seguía dormido, o medio dormido. Y, a juzgar por la curvatura de sus labios, estaba a punto de disfrutar de un sueño meticulosamente realista en el que se tragaba a un muchacho armado con una espada.

Al borde de mi segunda visión, vislumbré que Rhia caía de rodillas. Bumbelwy se arrodilló torpemente a su lado y hundió la cabeza en sus holgados mentones. Después, inexplicablemente, se puso a cantar. Enseguida me di cuenta de que era un cántico fúnebre, entonado con voz grave y gimoteante. Yo, retorciéndome, intentaba zafarme de la presa del dragón, pero me revolví aún más al oír la letra.

*Todo dragón disfruta cuando carne devora,
pero cuando está viva, tanto más la valora.
Si grita y se resiste antes de perecer
es el mejor relleno para el mejor pastel.*

*¡Dragón, te comes a mi amigo!
¡Glotón, qué dulce es tu destino!*

*Todo dragón de casta mascar huesos adora
y el llanto de sus presas en su postrera hora
se apaga en su garganta, forzadas a caer
por la negra abertura para nunca volver.*

*¡Dragón, te comes a mi amigo!
¡Glotón, qué dulce es tu destino!*

*En sus malvadas fauces vas a morir ahora,
por no haber respetado el lugar donde mora
el dragón perezoso que duerme desde ayer.
¡Ah, si hubieras sabido lo que iba a acontecer!*

*¡Dragón, te comes a mi amigo!
¡Glotón, qué dulce es tu destino!*

Incluso antes de que Bumbelwy terminara, el dragón abrió la cavernosa boca. Contemplé anonadado las hileras de dientes mellados, socarrados por las llamas, que aparecieron ante mi vista. Forcejeé con todas mis energías para escapar, pero la cola se limitó a apretarme con más fuerza. Las fauces, mientras tanto, se abrían cada vez más.

De pronto, de las profundidades de las abiertas mandíbulas brotó un sonido ronco y cascado que sólo podía ser una cosa: una carcajada. Una profunda, genuina y espontánea carcajada. Una compacta nube de humo salió y ennegreció el aire. La risa

prosiguió, transmitiéndose por toda la serpentina forma del dragón, sacudiendo primero la cabeza, después el cuello, luego el gigantesco vientre y, por fin, la cola. En pocos segundos, la bestia entera se estremecía convulsivamente, retorciéndose de risa sobre su acopio de tesoros.

La cola me soltó. Caí al suelo aturdido, sin resuello, pero vivo. No perdí el tiempo y atravesé a gatas el humo negro, arrastrando la espada. Al instante, Rhia estaba a mi lado y me ayudó a ponerme en pie.

Tosiendo a causa del humo, salimos de la hondonada dando traspiés. A nuestras espaldas, la bronca risa del dragón empezaba a calmarse. En cuestión de segundos, sus atronadores ronquidos se reanudaron. Miré hacia atrás y vi que las finas ranuras de sus ojos relucían entre las sombras. Cuando al fin estuvimos bien lejos del cubil del dragón, nos desplomamos sobre una losa de piedra negra. Rhia me arrojó los brazos al cuello. ¡Qué distinto del abrazo del dragón!

Yo también la abracé con fuerza. Después, me volví hacia Bumbelwy.

—Lo has conseguido, ¿sabes? —declaré con voz ronca—. Has hecho reír al dragón.

Bumbelwy inclinó la cabeza, abatido.

—Lo sé. Es terrible, es algo terrible. Es la humillación suprema. Estoy acabado.

—¿Qué quieres decir? —Lo sacudí por los hombros—. ¡Me has salvado la vida!

—Es terrible —repitió el juglar, inconsolable—. Sencillamente horrible. Una vez más, ¡lo he dicho mal! Estaba cantando uno de mis himnos fúnebres más tristes. Tenía que haberle destrozado el corazón a cualquiera. —Se mordió el labio—. Pero ¿qué he conseguido en su lugar? Le ha hecho gracia. Le ha entretenido. ¡Cuando intento divertir, entristezco, y cuando intento acongojar, divierto! Oh, soy un fracasado. Un miserable fracasado.

Suspiró malhumoradamente.

—Y lo que es peor, he perdido mi gorro. ¡Mi gorro de juglar! De modo que, además de no sonar como un juglar, ahora ni siquiera lo parezco.

Rhia y yo intercambiamos miradas divertidas. Después, sin más demora, me quité una de las botas. Bumbelwy me observó con aprensión.

—Te has lastimado un pie, ¿verdad?

—No. Tengo que cumplir una promesa.

Dicho esto, clavé mis dientes en la lengüeta de cuero de la bota. Arranqué una tira y la mastiqué enérgicamente. Por mucho que masticara, el cuero no se ablandaría, pero me llenó la boca con los sabores de la tierra, de la hierba y del sudor. Tragué con grandes dificultades.

De pronto, Bumbelwy contuvo el aliento y enderezó un poco la espalda. Sus mentones colgantes subieron unos milímetros. No estaba sonriendo, ni siquiera por debajo de la nariz. Pero ya no mostraba aquella expresión huraña.

Cuando me disponía a morder un segundo bocado, apoyó una mano en mi espalda.

—Espera. Un bocado es suficiente. Puedes necesitar esa bota para otros fines. —
Un extraño ruido sofocado, casi como una risita contenida, brotó de su garganta—.
Realmente lo he hecho reír, ¿verdad?

—Puedes jurarlo.

Las arrugas de preocupación reaparecieron.

—Pero dudo que pueda repetirlo. Ha sido pura chiripa.

Negué con un gesto, mientras me calzaba la bota.

—No ha sido suerte. Puedes hacerlo otra vez.

Bumbelwy se irguió ante mí, sacando pecho.

—Entonces, cuando vuelvas a ese horno humeante para intentar acabar con esa
bestia, yo te acompañaré.

—Y yo también —declaró Rhia.

Miré un instante sus leales rostros y luego volví a envainar mi espada.

—No será necesario. —Me recosté en la roca calcinada—. Sabed que no voy a
matar al dragón.

Ambos me miraron fijamente. Alzando el cayado, Rhia preguntó:

—¿No tienes que hacerlo? ¿De qué otro modo aprenderás la primera lección de
Eliminar?

Recuperé el nudoso bastón de marjoleto y lo hice rodar en mi mano.

—Creo que quizá ya la he aprendido.

—¿Qué?

Sin dejar de manosear el retorcido mango del cayado, dirigí la vista hacia el cubil
envuelto por las sombras.

—Cuando el dragón se echó a reír, me ocurrió algo.

—Cierto —confirmó Bumbelwy—. Te zafaste de la cola.

—No, hablo de otra cosa. ¿Oísteis lo fresca y auténtica que era aquella risa? Me
hizo sentir que, en fin, por malvado y sanguinario que sea el dragón, no puede ser
absolutamente malo. De lo contrario... no sabría reír así.

Bumbelwy me miró como si me hubiera sorbido el seso.

—Apostaría a que ese dragón se ríe cada vez que arrasa una aldea.

Asentí.

—Es posible. Pero en su risa había algo que me hace creer que, en cierto modo,
no es tan distinto de ti y de mí. Que tiene algún valor, aunque no comprendamos cuál.

Rhia casi sonrió.

Bumbelwy, por otra parte, frunció el entrecejo.

—No sé qué tiene eso que ver con Eliminar.

Alcé la mano derecha, tiznada de hollín, y me toqué los párpados que cubrían mis
ojos ciegos.

—¿Veis estos ojos? Son inservibles. Cubiertos de cicatrices para siempre, como
mis mejillas. ¿Y sabéis por qué? ¡Porque pretendí acabar con la vida de otro chico!
No sé si sobrevivió o no, pero lo dudo. Intenté eliminarlo.

La frente del juglar se cubrió de nuevas arrugas.

—Sigo sin entenderlo.

—Ésta es la cuestión: eliminar es necesario a veces, pero hay que pagar un precio. Quizá lo pague tu cuerpo, o tal vez tu alma, pero siempre hay que pagarlo. Porque todo ser vivo es precioso en algún sentido.

La caña de mi bastón siseó con un fognazo de luz azul. Donde antes había madera desnuda, ahora se veía la imagen de la cola de un dragón.

—¡El sexto Cantar está completo! —exclamó Rhia—. Ya sólo te queda uno, el séptimo, el Cantar de Ver.

Tamborileando con los dedos sobre el mango del cayado, examiné la cola del dragón grabada no muy lejos de la resplandeciente estrella inscrita en un círculo. Desvié la mirada hacia la yerma franja costera, tan ennegrecida y quemada como el interior de un brasero al aire libre, y divisé el profundo canal azul; más allá, los distantes picos de Varigal.

—Tal vez, únicamente me quede un Cantar, pero también nos restan sólo unos cuantos días.

Bumbelwy se deprimió aún más.

—No más de tres, a juzgar por el brillo de la luna aquella anoche.

—Y necesitamos recorrer toda la distancia hasta la Isla Olvidada y regresar.

—Es imposible —declaró el juglar. Meneó la cabeza para recalcarlo hasta que se acordó de que ya no llevaba cascabeles—. Merlín, lo has hecho muy bien, imposiblemente bien, para llegar tan lejos. Porque, al igual que el resto de nosotros, divisaste aquel lugar desde los acantilados de los árbólidos. ¡Nadie, desde que se tiene memoria, ha ido jamás a la Isla Olvidada! ¿Cómo esperas encontrar el camino hasta allí y regresar en sólo tres días?

Intenté imaginar la ruta que debería seguir, cruzando las aguas, sorteando los picos, atravesando los bosques y superando cualquier barrera de hechizos que rodeara la isla. En todo lo largo y ancho de Fincayra, llena de peligros desconocidos. Me volví tristemente hacia Rhia.

—Me temo que, por una vez, Bumbelwy tiene razón. En esta ocasión no contamos con la ayuda del viento ni con la de un gigante.

Rhia dio un pisotón sobre la roca calcinada.

—No pienso rendirme. ¡Hemos llegado demasiado lejos! Ya tienes seis de los Siete Cantares. Y yo incluso conozco la ubicación del Pozo del Otro Mundo.

Me puse en pie de un brinco.

—¿Que conoces qué?

—La ubicación de las escaleras. Donde monta guardia Balor. —Se pasó una mano por el cabello, retorciendo varios rizos entre sus dedos—. Gwri, la del Cabello Dorado, me la comunicó; mandó una visión directa a mi mente cuando nos dijo que el Pozo del Otro Mundo no estaba lejos del cubil del dragón.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¡Ella me lo prohibió! Creía que quizá sucumbirías a la tentación de saltarte del todo la Isla Olvidada.

Lentamente, volví a sentarme en el banco de roca negra. Acerqué mi nariz a la suya hasta que casi se tocaban, y dije con suavidad, pero con firmeza:

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer.

—¡No puedes! —protestó—. Necesitarás encontrar el alma de Ver para tener alguna posibilidad frente a Balor. ¿No recuerdas las palabras grabadas en Arbassa?

*Mas no pretendas encontrar
sin los Cantares el Pozo,
pues el peligro acechará
por el ogro de un solo ojo.*

—Con toda certeza, morirás si intentas luchar contra Balor sin conocer los Siete Cantares.

Sentí un nudo en el estómago al pensar en la advertencia del propio Tuatha: Presta atención a lo que digo. Sin los Siete Cantares completos, perderás algo más que la ocasión. Perderás la propia vida.

Me aclaré la garganta.

—Pero, Rhia, si no me salto el séptimo Cantar, mi madre morirá sin duda alguna. ¿No lo comprendes? Es nuestra única esperanza. Nuestra única posibilidad.

Sus ojos se entrecerraron.

—Hay algo más, ¿no es cierto? Lo noto.

—No. Te equivocas.

—No me equivoco. Tienes miedo de algo, ¿verdad?

—¡Otra vez esos instintos! —Mis manos se crisparon en puños—. Sí, tengo miedo. De la lección de Ver. Me asusta más que todas las demás juntas. No sé por qué, Rhia.

Sacudiendo la cabeza, se inclinó sobre la roca chamuscada.

—Entonces, lo que quiera que te aguarde en la Isla Olvidada es importante. Debes ir allí, Merlín. ¡Por tu bien, no sólo por el de Elen! Y hay otra razón más.

—¿Otra?

—Gwri me dijo algo más: que debes encontrar una rama de muérdago en la Isla Olvidada. Llévala cuando entres en el Pozo del Otro Mundo. Te ayudará a llegar sano y salvo al reino de Dagda. Sin ella, tu labor será mucho más ardua.

—¡Mi labor no podría ser más ardua de lo que ya es! Por favor, Rhia. Ninguna rama de muérdago cambiará las cosas hasta el punto de justificar que desperdicie el escaso tiempo que nos queda. Tienes que ayudarme. Indícame el camino al Pozo del Otro Mundo.

Rhia arañó la roca ennegrecida con una de sus botas de corteza trenzada.

—Bueno..., si lo hago, y tú logras sobrevivir de algún modo, ¿me prometes que

harás una cosa? —Sus ojos se humedecieron de repente—. ¿Aunque yo no esté a tu lado para obligarte a cumplir tu promesa?

Tragué saliva.

—Por supuesto que sí. ¿Y por qué no ibas a estar a mi lado?

—Eso no importa. —Contuvo las lágrimas pestañeando—. Prométeme que, si consigues sobrevivir, algún día irás a la Isla Olvidada y aprenderás lo que se suponía que debías aprender allí.

—Lo prometo. Y te llevaré conmigo.

Se puso en pie abruptamente y oteó los desolados montes.

—Entonces, vámonos. Tenemos por delante un largo y difícil camino.



TERCERA PARTE

LA ÚLTIMA SENDA



in pronunciar palabra, Rhia nos condujo por el desolado paisaje de cascotes. En algún punto de esos riscos se hallaba la entrada del mundo de los espíritus... y el mortífero ogro que la custodiaba. Pero, si Balor vivía efectivamente allí, no disfrutaba de la compañía de nada que respirara, creciera o se moviera. Porque, mientras las Colinas Oscuras parecían desprovistas de vida, con excepción de algún esporádico árbol agostado, estos montes parecían definitivamente hostiles a la vida. El llameante aliento del dragón no había dejado ni un solo árbol, matorral o parche de musgo en ninguna parte. Sólo hollín. Deseé llevar al hombro todavía el Arpa en Flor y poder utilizar su magia para aportar unas cuantas hojas de hierba a estas laderas.

Ningún paisaje podía haber sido más diferente del hogar de Rhia, en la frondosa espesura del Bosque de la Druma. Sin embargo, ella se movía entre las pilas de rocas abrasadas con la misma gracia y confianza que si estuviera entre bosques de aromáticos helechos. Había enfilado directamente hacia el este, sin desviarse ni un ápice. Si mantener el rumbo significaba trepar justo por encima de un corrimiento de tierras o saltar una profunda grieta, eso era precisamente lo que teníamos que hacer. Hora tras hora.

Con todo, por mucho que admiraba su resistencia, todavía admiraba más otras de sus cualidades. Rhia amaba la vida y a todos los seres vivos, fiel a su infancia transcurrida entre las ramas de un gran roble. Poseía un callado conocimiento espiritual que me recordaba a las historias de la diosa griega Atenea. Y, más aún, a mi madre.

Sentí una repentina gratitud por el hecho de que Rhia hubiera permitido que su vida se entrelazara con la mía, envolviéndonos a ambos con tanta firmeza como las enredaderas de los bosques que constituían sus vestiduras. Y me sorprendió apreciar más que nunca las virtudes de la propia prenda. La tupida pero flexible trama que se doblaba con sus codos. Las anchas hojas verdes que cubrían sus hombros. Los

caprichosos diseños que rodeaban su cuello.

Mientras recorríamos los áridos montes, su vestido de sarmientos entreteljidos me levantó el ánimo, aunque sólo fuera un poco. Por alguna razón, su mismo verdor alentaba mi esperanza de que incluso las tierras más yermas podían volver a florecer con un poco de persuasión, y que hasta la falta más grave sería perdonada algún día. Pues, como Rhia sabía perfectamente, aquellas ramas tejidas encerraban una sorprendente verdad. Ninguna magia, por impresionante que fuera, podía superar la de la propia Naturaleza. ¿Cómo si no podía brotar un retoño de la tierra inerte? ¿Y era posible que yo, como todo ser vivo, pudiera intervenir efectivamente en esa magia de renovación?

Como los riscos formaban líneas paralelas que se orientaban de norte a sur, no podíamos bajar a los valles sin cambiar de dirección. Por eso, seguimos escalando empinados montes, sólo para descender inmediatamente por el otro lado. En cuanto llegábamos al fondo de un valle, volvíamos a trepar. A la hora en que el sol se acercaba al horizonte a nuestras espaldas y las rocas caídas proyectaban largas sombras en el suelo, mis rodillas y mis muslos se tambaleaban por el cansancio. Ni siquiera mi cayado resultaba de mucha ayuda. Por los constantes tropezones de Bumbelwy, a menudo con el borde de su propia capa, era evidente que él no se sentía más fuerte que yo.

Peor aún, no encontramos ni un hilito de agua. Sentía la lengua como una astilla de madera seca dentro de mi boca. Quizá tuviera más sed que los otros debido al mordisco que le había propinado a la lengüeta de cuero de mi bota, pero probablemente no mucha más. La larga jornada de viaje por aquel páramo nos había dejado a todos muy sedientos.

Pero Rhia no aflojaba el paso. Aunque no decía nada, parecía más resuelta que nunca, y a la vez más triste. Tal vez fuera sólo por la urgencia de nuestra misión, o quizá por otra cosa, algo que sólo ella sabía. En cualquier caso, mi estado de ánimo no era menos sombrío que el suyo. La voz de Tuatha seguía atronando en mis oídos, alimentando mis temores del mismo modo que había alimentado la luz de las piedras azules que rodeaban su tumba. Aun siendo inmensamente sabio y poderoso, había perdido la vida ante la funesta mirada de Balor. ¿Y por qué? A causa del hubris. ¿Y acaso no era yo culpable del mismo defecto, de osar encararme con Balor contando sólo con seis de los Cantares?

Sí... y no. Para empezar, mi hubris había originado todo este embrollo. No obstante, mis actos estaban impulsados más bien por la desesperación. Y también por el miedo. Porque Rhia estaba en lo cierto. Me sentía aliviado, realmente aliviado, de evitar la Isla Olvidada y cualquier Cantar que pudiera presentarse. El séptimo Cantar, el de Ver, me perseguía como una terrible pesadilla, tan terrible como la que me hizo arañarme el rostro aquella noche en el Llano Herrumbroso. No me sentía capaz de encontrar el alma de Ver con mis ojos inservibles y mi limitada segunda visión. Y sospechaba que ver como un mago podía exigir algo completamente distinto, algo de

lo que, sin duda, yo carecía.

Y ése era sólo el primero de mis temores. ¿Y si no era cierta la profecía de que sólo un niño de sangre humana podía derrotar a Rhita Gawr o a su sirviente Balor? El propio Tuatha lo había intuido así. La profecía puede ser verdadera y puede ser falsa. Sin embargo, aunque sea verdadera, la verdad tiene a menudo más de una cara. Fuera cual fuese el significado de la profecía, estaba claro que yo no podía depender de ella. La triste verdad era que ni siquiera podía depender de mí mismo.

Una roca suelta rebotó por la ladera más arriba y por poco me aplasta la puntera de una bota. Al levantar la cabeza, vi a Rhia desaparecer tras la cresta de un promontorio que sobresalía del risco como una angulosa nariz. «Qué extraño», pensé. Faltando aún tanto trecho del risco por escalar, ¿por qué elige subir en línea recta por un promontorio en lugar de rodearlo?

La respuesta me llegó como un mazazo al reparar en un destello de humedad sobre las rocas de más adelante. ¡Agua! Pero ¿de dónde? Cuanto más alto subía por el promontorio, más zonas húmedas detectaba. Incluso un ralo penacho de musgo, verde y vivo, había echado raíces en una rendija entre dos piedras.

Cuando por fin alcancé la cima, me detuve en seco. Allí, a menos de diez pasos de mí, borboteaba un pequeño manantial que formaba un estanque de agua transparente. Rhia ya se la estaba bebiendo. Corrí a su lado y sumergí toda la cara en el estanque. Con el primer trago, noté un cosquilleo en la lengua, aunque muy remoto. Con el siguiente, mi lengua volvió a la vida al notar el inesperado aguijonazo de su frescor. Bumbelwy también se dejó caer junto al manantial, y sus sorbos y jadeos se unieron a los nuestros.

Cuando ya no pude más, me volví hacia Rhia. Se había sentado con las rodillas pegadas al pecho y contemplaba el sol poniente que pintaba el cielo a franjas rojas y moradas por el oeste. De su cabello goteaba agua sobre sus hombros.

Sequé el hilito que resbalaba por mi mentón y me arrimé a ella sobre las rocas.

—Rhia, ¿estás pensando en Balor?

Ella asintió.

—Lo vi en el Lago del Rostro —dije—. Estaba... matándome. Me obligaba a mirarle el ojo.

Rhia volvió rápidamente el rostro hacia mí. Aunque su cabello resplandecía con los tonos rosados del ocaso, su mirada era melancólica.

—Yo también vi a Balor en el Lago del Rostro. —Fue a decir algo más, pero se contuvo.

Se me formó un nudo en la garganta.

—¿Estamos..., estamos cerca?

—Muy cerca.

—¿Debemos apurar la jornada y llegar allí esta misma noche?

Bumbelwy, que estaba distribuyendo unas piedras para tumbarse junto al estanque, dio un respingo.

—¡No!

Rhia lanzó un suspiro.

—Ya casi no hay luna y necesitamos dormir. Haríamos bien acampando aquí esta noche. —Palpó el basto contorno de las rocas calcinadas y luego buscó mi mano para rodear mi dedo índice con el suyo—. Merlín, tengo miedo.

—Y yo. —Seguí la dirección de su mirada hasta el horizonte. Por encima de los escabrosos montes, el cielo aparecía ahora rojo como la sangre—. Cuando era pequeño —dije en voz baja—, a veces tenía tanto miedo que no podía dormir. Y cuando eso ocurría, mi madre siempre hacía lo mismo para tranquilizarme. Me contaba un cuento.

El dedo de Rhia oprimió el mío con más fuerza.

—¿De verdad? Es una idea maravillosa, contar un cuento para aliviar el miedo de alguien. —Suspiró de nuevo—. ¿Es una de las cosas que hacen las madres?

—Sí —respondí con suavidad—. Por lo menos una madre como ella.

La cabeza de mi amiga, veteada de rojo por el atardecer, se hundió entre sus hombros.

—Ojalá hubiera conocido... a mi verdadera madre. Y ojalá me hubiera contado cuentos, cuentos que podría recordar en este momento.

—Lamento que no te sucediera, Rhia. —Intenté tragarme el nudo de la garganta, pero no lo conseguí—. Aunque hay algo casi tan bueno como que tu madre te cuente historias.

—¿Sí?

—Que te las cuente un amigo.

Estuvo a punto de sonreír.

—Eso me encantaría.

Eché una ojeada a la primera estrella que empezaba a brillar por encima de nuestras cabezas. Después, carraspeé para aclararme la garganta y empecé:

—En un tiempo muy lejano, vivió una diosa sabia y poderosa que respondía al nombre de Atenea...

BALOR



ayó la noche, fría y oscura. Aunque después de mi relato Rhia y yo empezamos a deslizarnos hacia el sueño, al final no logré conciliarlo y estuve dando vueltas y más vueltas sobre las rocas. Contemplé durante un rato el cielo por el oeste, recordando a Gwri la del Cabello Dorado, pero sobre todo clavé la vista en la rebanada de luna menguante que quedaba en el cielo. Por la mañana sólo me quedarían dos días, como máximo.

Pasé la noche tiritando de frío debido al viento que soplaba en aquellos montes desprovistos de árboles, pero también pensando en aquel ojo despiadado cuya simple mirada significaba la muerte. La visión que había tenido en el Lago del Rostro me acosaba sin poder evitarlo. Cuando daba una cabezada, que no fueron muchas, me revolví con inquietud y gimoteaba.

Desperté cuando los primeros rayos de luz alcanzaron la ladera sembrada de rocas. Ningún gorjeo de ave o correteo de animal recibió el nuevo día, sólo el viento, aullando en largas y solitarias rachas entre los montes. Me estiré para desentumecerme; sentía un dolor palpitante en el punto intermedio de las paletillas. Me agaché junto al estanque transparente, cuyas orillas lucían un fino collar de hielo, y bebí por última vez.

Emprendimos la marcha ateridos, hambrientos y malhumorados. Rhia caminaba solemnemente entre angulosas rocas con sus zapatos de corteza ennegrecidos de hollín. Nos conducía sin pronunciar palabra en dirección al amanecer, pero no nos detuvimos para disfrutar de la espléndida vista de los matices anaranjados y rosados que se extendían por el horizonte. Absortos cada uno en sus respectivos pensamientos, proseguimos el viaje en silencio. En varias ocasiones, las rocas sueltas cedían bajo mis pies, y me hacían resbalar y caer de espaldas. Una vez tropecé y me desplomé de bruces, con lo que me produjo un corte en la rodilla.

A media mañana, cuando llegamos a la cima de otra ladera, Rhia aflojó el paso. Finalmente, se detuvo y me dirigió una mirada de preocupación. Señaló el monte

siguiente sin decir nada. Una ancha fisura dividía la cordillera, como si las fauces de un animal mítico le hubiera arrancado un pedazo miles de años atrás. El hueco pareció devolverme la mirada.

Me mordí el labio, convencido de que el Pozo del Otro Mundo se situaba en aquel punto. ¿Por qué el poderoso Dagda no se había limitado a descender de los cielos y a acabar con Balor? Indudablemente, siendo el mayor de los guerreros, podría haberlo hecho con facilidad. Tal vez Dagda estaba muy atareado combatiendo a Rhita Gawr en persona. O quizá no quería que los simples mortales penetraran en el Otro Mundo, por la razón que fuera.

Inicié el descenso con Rhia pegada a mis talones, tan cerca que oía su ansiosa respiración a mi espalda. Cuando llegamos al fondo del siguiente valle calcinado, me descubrí buscando entre los cascotes algo verde, algo vivo. Pero aquí no brotaban manantiales, ni crecía musgo entre las grietas. Las rocas estaban tan muertas como mis esperanzas.

Lentamente reemprendimos la escalada hacia la ancha fisura. Cuando por fin llegamos a su borde, Rhia me sujetó por la manga de la túnica. Durante varios segundos, me sondeó con la mirada. Después, con una voz que parecía más bien un susurro, pronunció las primeras palabras de aquel día.

—El ojo. No debes mirar el ojo.

Aferré la empuñadura de mi espada.

—Haré lo que pueda.

—Merlín, ojalá tuviéramos más... tiempo. Para compartir experiencias. Y secretos.

Fruncí el entrecejo, sin estar seguro de lo que quería decir. Pero ahora no tenía tiempo para averiguarlo. Apretando los dientes, le entregué mi cayado. Después, me adentré en la garganta.

Cuando me detuve entre los oscuros riscos que se erguían en vertical a ambos lados, me sentí como si me internara en la boca abierta de un monstruo. Pináculos afilados como los mellados dientes de un dragón sobresalían del borde de los acantilados. Un gélido viento me azotaba el rostro, el aire temblaba ominosamente, como si vibrara por unas pisadas que yo no podía ver ni oír.

Sin embargo, no encontré nada más. Con excepción de las abruptas rocas negras que relucían con el sol de la mañana, el lugar parecía totalmente desierto. Ni rastro de Balor. Ni de unas escaleras. No había señales de seres vivos... o muertos.

Con la idea de que algo podía haberme pasado por alto, me disponía a retroceder cuando un repentino viento me fustigó de nuevo. El aire se oscureció ante mí y experimentó un nuevo temblor. Esta vez, sin embargo, se apartó como una cortina invisible. Del mismo aire salió un enorme y musculoso guerrero que, por lo menos, me doblaba en tamaño.

¡Balor! Con su imponente estatura, parecía tan grande como los propios riscos. Su ronco gruñido de rabia retumbó en las paredes de la garganta, mientras sus pesadas

botas trituraban las piedras. Alzó muy despacio su refulgente espada. Distinguí los cuernos justo encima de las orejas y la oscura ceja sobre el enorme ojo antes de apartar mi segunda visión.

Debía mirar a otra parte. ¡No a su cabeza! La espada. Probaría con la espada.

Apenas había concentrado la vista en la ancha y bruñida hoja cuando ésta se estrelló contra la mía. El brazo se me quedó insensible por la potencia del impacto. Para mi sorpresa, el ogro soltó un gruñido de contrariedad tras descargar el golpe, como si la magia de mi espada lo hubiera pillado desprevenido. Volvió a gruñir y luego blandió su arma con mayor violencia.

Salté de costado justo a tiempo para que su espada rebotase contra otras rocas sobre las que me hallaba una fracción de segundo antes. Volaron chispas que chamuscaron mi túnica. Como si los borrosos contornos de mi segunda visión no constituyeran suficiente desventaja, no podía mirarlo directamente por miedo a verle el ojo sin querer. Cuando el ogro levantó su arma para asestar otro golpe, le lancé una estocada, pero se apartó girando sobre sí mismo. Completó el giro a una velocidad inaudita y arremetió en línea recta contra mí, hendiendo el aire con su espada.

Sorprendido por su inesperado ataque, reulé unos pasos. De pronto, mi talón chocó contra una roca. Di un salto hacia atrás, con la intención de mantener el equilibrio desesperadamente, pero me caí sin poder evitarlo. Balor lanzó un rencoroso bramido y me acometió con la espada en alto. Lo único que conseguí fue no mirarlo a la cara, al ojo.

En ese instante, Rhia salió a la carrera de entre las sombras y se abalanzó sobre el ogro. Se aferró a su pierna y no lo soltó. El monstruo pataleó para zafarse, pero ella se mantuvo en sus trece. Eso lo distrajo lo suficiente para que yo rodara de costado y me pusiera en pie.

Pero antes de que pudiera reanudar el combate, Balor rugió de furia, agarró a Rhia por el brazo y la obligó a soltarlo. Acto seguido, con un nuevo rugido, la zarandé salvajemente y la arrojó de cabeza contra la pared de roca. Rhia se estrelló de frente contra el risco. Dio un vacilante paso atrás y se desplomó como un fardo.

Mi corazón se partió por la mitad al verlo. En ese instante, Bumbelwy salió de su escondite y corrió junto a ella, haciendo molinetes con los brazos. Ciego de rabia, atacé al ogro esgrimiendo mi espada, pero desviando la vista. Por eso, Balor me repelió con facilidad. Su puño aporreó mi hombro y me derribó por los suelos. Mi espada salió despedida de mi mano y rebotó contra las rocas con un ruido metálico. Me arrastré hacia ella como un poseso.

Una enorme bota me pateó el pecho. Salí volando por los aires y aterricé pesadamente de espaldas. Mis costillas aullaron de dolor. Los pináculos de los acantilados se bambolearon y alabearon por encima de mí.

Antes de que pudiera tratar de incorporarme, la inmensa mano de Balor rodeó mi garganta y apretó hasta que sentí náuseas. A continuación, con una brusca sacudida, me levantó del suelo. Me faltaba el aire. Agité frenéticamente los brazos y las

piernas, pero él se limitó a apretar más, asfixiándome. Le golpeé el brazo, luchando por respirar.

Muy despacio, me bajó hasta que nuestros rostros casi se tocaban. Aumentó la presión de su mano. Su ronquido me perforó los tímpanos. Al final, atraído por un hechizo al que ya no podía seguir resistiéndome, miré su ojo oscuro. El ojo me engulló como arenas movedizas.

Forcejeé para liberarme con las escasas energías que me quedaban, pero no podía resistirme al ojo. Me arrastraba cada vez más profundamente, aspirando mis fuerzas. Las tinieblas enturbiaron mi visión. Noté que me quedaba flácido. Debería rendirme simplemente. Dejarme ir y nada más. Dejé de intentar huir, dejé de intentar respirar.

De repente, oí a Balor rugir de dolor. Soltó mi cuello y caí sobre las rocas, tosiendo y respirando entrecortadamente. El aire volvía a llenar mis pulmones. Las tinieblas se cernieron sobre mí otro instante y luego se desvanecieron.

Me incorporé apoyándome débilmente sobre un codo, justo a tiempo de ver a Balor desplomarse sobre las rocas. Cayó con la contundencia de un árbol talado. De su espalda sobresalía una espada. Mi espada. Y detrás de él estaba Rhia, con la mitad del rostro ensangrentado. Tenía el cuello doblado en un ángulo extraño, como si no pudiera mantenerlo erguido. Después, sus piernas se negaron a seguir sosteniéndola y se desplomó al lado del ogro caído.

—¡Rhia! —la llamé con voz ronca, arrastrándome hasta llegar junto a ella. Cuando me incliné sobre su rostro, la oí gemir. Le dije que se moriría si se movía, pero no me hizo caso.

Me puse de rodillas a su lado. Sosteniéndole la cabeza delicadamente con las manos, intenté enderezarle el cuello. Le descubrí un profundo corte justo encima de una oreja. Sangraba profusamente, y la sangre manchaba su vestido de enredaderas tejidas y las rocas. Con cuidado, esparcí sobre la herida unas cuantas hierbas de mi talega.

—Rhia, voy a ayudarte.

Abrió a medias los ojos grisazulados.

—Merlín —susurró—. Esta vez... no puedes... hacer nada.

—No. —Negué enérgicamente con la cabeza—. Te pondrás bien.

Rhia boqueó y tragó saliva con dificultad.

—Me ha llegado la hora... de morir. Estoy segura. Cuando miré... en el Lago del Rostro..., te vi luchando contra Balor... y perdiendo. Pero también vi... que uno de nosotros... moría. No eras... tú. Era... yo.

Intenté insuflar fuerzas a su cabeza y a su cuello, sin soltarla ni un instante. Desgarré la tela de una de mis mangas y la apliqué sobre su piel, ejerciendo presión y deseando que la herida se curase, como había deseado que su hueso se reparara en el Barranco de las Águilas. Sin embargo, sabía que estas lesiones eran mucho más graves que un brazo roto. Hasta las enredaderas rotas de su vestido parecían desvanecerse un poco a cada segundo que pasaba, y su abigarrado verdor presentaba

trazas oscuras.

—No tiene por qué ser así, Rhia.

—Oh, sí... Tiene que ser... así. No te lo dije..., pero me predijeron... hace mucho tiempo... que perdería la vida... para salvar la tuya. Que acompañarte... significaría mi muerte. No sabía si creerlo... hasta ahora.

—¡Qué tontería! —Me concentré con más fuerza en las heridas, pero la sangre seguía manando, empapando la tela y colándose entre mis dedos—. ¿Qué idiota te contó semejante bobada?

—No es idiota. Fue Ar... bassa. Por eso... nunca fuiste bien recibido... en su interior.

Me llevé un sobresalto.

—¡No puedes morirte ahora! ¡No por culpa de una estúpida profecía! —Acerqué mi rostro al suyo—. Escúchame, Rhia. Estas profecías son erróneas. ¡Inútiles! Una profecía asegura que sólo un niño de sangre humana puede matar a Balor, ¿verdad? Y ya has visto lo que ha pasado. Balor me tenía a su merced. Yo estaba indefenso. ¡Yo, el niño de sangre humana! Pero has sido tú, no yo, quien lo ha matado.

—Eso es porque... yo también... tengo sangre humana.

—¿Qué? ¡Tú eres fincayrana! Eres...

—Merlín. —Los párpados de Rhia temblaron levemente, mientras el viento aullaba bajo los acantilados—. Yo soy... tu hermana.

Me sentí como si la bota de Balor me aplastara otra vez las costillas.

—¿Mi qué?

—Tu hermana. —Aspiró con dificultad—. Elen también es... mi madre. Es otra razón... por la que tenía que venir.

Descargué un puñetazo contra las negras rocas.

—No puede ser verdad.

—Lo es —declaró Bumbelwy. Su demacrado cuerpo se dobló para arrodillarse a mi lado—. Cuando Elen de los Ojos Zafirinos te parió entre los restos del naufragio en algún punto de nuestras costas, también parió, varios minutos más tarde, a una niña. Al niño lo llamó Emrys y a la niña, Rhiannon. Todos los bardos de Fincayra conocen bien la historia.

Su lúgubre suspiro se confundió con el viento.

—Y también saben la historia de cómo se perdió la hija cuando era aún una niña. Sus padres atravesaban el Bosque de la Druma cuando fueron atacados por una banda de tragos guerreros, los soldados de Rhita Gawr. Entablaron un feroz combate. Finalmente, los tragos se dispersaron, pero con la confusión, uno de los mellizos de Elen, la niña, se extravió. Cientos de personas la buscaron durante semanas, sin éxito, hasta que al final incluso Elen dejó de buscarla. Con el corazón destrozado, sólo pudo rezar a Dagda para que su hija fuera encontrada algún día.

Rhia asintió débilmente.

—Y así fue. La encontró... una árbólida. Cwen. Fue ella... quien me llevó... a

Arbassa.

—¡Mi hermana! —Las lágrimas se acumulaban en mis ojos invidentes—. ¿Eres mi hermana?

—Sí..., Merlín.

Si los empinados riscos se hubieran desmoronado en aquel momento y me hubieran aplastado, no habría sentido un dolor más intenso. Había encontrado a mi única hermana y, como tantas otras veces me había sucedido, estaba a punto de perder lo que acababa de encontrar.

Tuatha, ahora lo recordaba, me había advertido de que la profecía sobre un niño de sangre humana podía tener un significado inesperado: La profecía puede ser verdadera y puede ser falsa. Sin embargo, aunque sea verdadera, la verdad tiene a menudo más de una cara. ¿Cómo podía saber él que sería la cara de Rhia?

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunté con voz temblorosa.

—No quería... que cambiaras... de rumbo para intentar... protegerme. Lo que haces... con tu vida... es importante.

—¡Tu vida es igualmente importante!

Retiré la venda ensangrentada y desgarré otra tira de mi manga. Mientras intentaba restañar la sangre de la herida, recordé una noche, ya muy lejana, en la habitación llena de libros de Cairpré. ¡Por eso había titubeado de una forma tan extraña antes de contarme la historia de mi nacimiento! Entonces sospeché, y ahora sabía, que estaba a punto de decirme algo más. Que aquella misma noche había nacido mi hermana.

Acuné la cabeza de Rhia en mi regazo, notando su cálido aliento sobre mi brazo. Tenía los párpados casi cerrados. Las sombras de su vestido se oscurecieron más aún. Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Ojalá lo hubiera visto —dije.

Sus pestañas se agitaron.

—¿Visto? ¿Te refieres a... tus ojos?

—No, no. —Observé la sangre que goteaba de sus rizos castaños—. No hablo de mis ojos, sino de otra cosa, algo que mi corazón sabía desde siempre. Que tú eres, bueno, más que alguien a quien conocí casualmente un día en el Bosque de la Druma. Mi corazón lo supo desde el primer momento.

Rhia efectuó un ligero movimiento con los labios que podía haber sido una sonrisa.

—¿Incluso cuando... te colgué... de aquel árbol?

—¡Incluso entonces! Rhia, mi corazón lo veía, pero mi cabeza no lo comprendía. Debí hacer más caso al corazón, te lo aseguro. El corazón puede ver cosas invisibles para el ojo.

Una llamarada azul brotó de las rocas donde Rhia había dejado mi cayado. Sin necesidad de mirar, supe que ahora lucía una nueva marca con forma de ojo, pues había descubierto por azar el alma de Ver. No obstante, mi logro palidecía al lado de

mi pérdida.

En ese preciso instante, el aire empezó a reverberar cerca del brazo extendido del ogro muerto. La cortina invisible se retiró, mostrando un círculo de pulidas losas blancas. Un pozo. No unas escaleras ascendentes, sino un profundo pozo vertical.

¡Podía verlo! Y también comprendí, por primera vez, que el camino al Otro Mundo —al Cielo y también al Infierno— discurría hacia abajo, no hacia arriba. Abajo, hacia los lugares más profundos, no hacia arriba, a algún punto del universo muy alejado de mí mismo.

El acerbo viento se abatió sobre nosotros, aullando. Rhia habló con una voz tan débil que apenas conseguí oírla.

—Serás... un mago, Merlín. Un... buen... mago.

Apoyé su cabeza en mi pecho.

—No te mueras, Rhia. No te mueras.

Ella se estremeció. Sus ojos se cerraron por fin.

La apreté contra mí, sollozando quedamente.

De pronto, como si el alba despuntara entre mis brazos, capté la presencia de algo que no había advertido antes. Algo que se hallaba dentro del cuerpo de Rhia, pero al mismo tiempo no formaba parte de él. Se introdujo por mis dedos como una brisa de luz. Era su espíritu, que abandonaba su cuerpo en su viaje hacia el reino eterno. Como una revelación, una idea se fijó en mi mente.

Llamé al espíritu de mi hermana. Por favor, Rhia, no me dejes. Todavía no. Acerqué su cabeza a mi corazón. Ven conmigo. Quédate conmigo. Sólo un rato más.

Miré el círculo de piedras blancas, la entrada al Otro Mundo. El camino hacia Dagda. Aun en el caso de que ya fuera demasiado tarde para que él salvara a Elen, tal vez —sólo tal vez— aún podía salvar a Rhia. Y, de lo contrario, al menos permaneceríamos juntos por un tiempo.

Ven conmigo. Por favor.

Inhalé profundamente, aspirando mucho más que aire. Y con aquella bocanada, una potente sensación nueva se volcó dentro de mi ser. Era sana. Era vital. Era Rhia.

Me volví hacia Bumbelwy, cuyas flácidas mejillas mostraban rastros de lágrimas.

—Ayúdame a levantarla, ¿quieres?

Me miró de hito en hito con expresión solemne.

—Está muerta.

—Muerta sí. —Sentía la nueva fuerza en mi interior—. Pero no se ha ido, mi buen juglar.

Con gran esfuerzo, Bumbelwy me ayudó a ponerme en pie. Llevaba en brazos el cuerpo vacío de Rhia, cuya cabeza colgaba flácidamente.

—Ahora, tráeme mi espada. Y mi cayado.

Meneando la cabeza, el huraño juglar arrancó la espada del cadáver de Balor y utilizó sus botas para limpiar la sangre de la hoja. Después, recogió mi cayado de entre las rocas. Cuando volvió a mi lado, introdujo la espada en su vaina y el cayado

en mi cinturón empapado de sangre.

Me estudió sombríamente.

—¿Adónde vas con ella?

—Al Otro Mundo.

Sus cejas se arquearon.

—Entonces te esperaré aquí. Aunque no regresarás.

Me dirigí al círculo de piedras blancas, pero me detuve y me encaré de nuevo con él.

—Bumbelwy, en caso de que no regrese, quiero que sepas algo.

Me miró con el entrecejo surcado por múltiples arrugas.

—¿Qué?

—Eres un juglar horroroso. Pero un amigo fiel.

Dicho esto, me volví hacia el Pozo. Avancé entre las rocas y sentía un gran peso tanto en los brazos como en el corazón.

ENTRE LA NIEBLA



Una ráfaga de aire caliente azotó mi rostro cuando me asomé al Pozo del Otro Mundo. Una escalera de caracol construida con las mismas piedras blancas de la entrada descendía a partir del centro del círculo. No podía calcular la profundidad de la escalera, pero sospeché que el pozo era muy hondo.

Sosteniendo en brazos el cuerpo sin vida de Rhia, me situé con precaución sobre el primer peldaño. Inspiré profundamente, quizá por última vez, el aire de Fincayra y descendí en espiral. Bajé con mucho cuidado para no tropezar. Las costillas, el cuello y los hombros me dolían por el enfrentamiento con Balor, pero el dolor que sentía en el corazón era peor que aguantar el cuerpo de mi amiga. Mi hermana.

Tras descender más de cien escalones, reparé en dos cosas sorprendentes. La primera, que el Pozo no estaba cada vez más oscuro. A diferencia de lo que ocurriría en un pozo de agua potable, la luz no disminuía en los niveles más profundos; de hecho, era cada vez más intensa. Pronto las piedras blancas de la escalera relucían con el brillo de las perlas.

La segunda, que el camino en espiral no necesitaba ninguna pared. La escalera estaba flanqueada sólo por niebla, que formaba volutas y remolinos. Cuanto más descendía, más intrincados y enmarañados se volvían los dedos de niebla. A veces intentaban enrollarse en mis piernas o en los bucles del cabello de Rhia. Otras, se condensaban y se retorcían con formas extrañas que yo no lograba identificar.

La niebla de ese Pozo me recordaba la bruma que rodea las costas de Fincayra. No era tanto un límite o una barrera como una sustancia viva que poseía sus propios ritmos y patrones misteriosos. Elen hablaba a menudo de lugares intermedios como el monte Olimpo, Ywyddfa o Fincayra. Lugares que no estaban exactamente en nuestro mundo ni tampoco en el Otro Mundo, sino en un lugar intermedio. Del mismo modo que esa niebla no era realmente agua ni realmente aire, sino parte de ambas cosas.

Y me acordé del día en que, sobre el sucio suelo de nuestra cabaña de Gwynedd,

mi madre me describió Fincayra por primera vez. Un lugar de grandes prodigios, lo había llamado. No es del todo Tierra ni del todo Cielo, sino un puente que comunica a ambos.

Mientras me internaba en la niebla, aproximándome al Otro Mundo con cada paso que daba, me pregunté qué clase de mundo sería. Si Fincayra era el puente, ¿adónde conducía ese puente? Sabía que allí vivían los espíritus. Espíritus poderosos como Dagda y Rhita Gawr. Pero ¿y los espíritus más simples y tranquilos, como mi valiente amigo Problemas? ¿Compartían el mismo territorio o habitaban en lugares distintos?

Girando incesantemente sobre sí misma, la escalera de caracol me llevaba hacia las profundidades. Se me ocurrió que en ese mundo quizá no hubiera diferencia entre el día y la noche. Sin contar con la salida o la puesta del sol, o con los cambios de la luna en el cielo, sería difícil calcular el paso del tiempo. Quizás allí no existía el tiempo, o lo que yo llamaba tiempo. Recordé que Elen me había comentado algo sobre dos clases de tiempo: el tiempo histórico, donde los seres mortales desarrollan su vida, y el tiempo sagrado, que transcurre en círculo. ¿Sería el Otro Mundo un lugar de tiempo sagrado? ¿Significaba eso que el tiempo se replegaba sobre sí mismo, dando vueltas en círculo como la escalera de caracol?

Me detuve y di un golpecito con mi bota en un peldaño. Si en ese mundo había un tiempo distinto, podía regresar a la superficie —si lograba volver— demasiado tarde para salvar a Elen. Podía pasar allí fácilmente los dos días que me quedaban, y varios meses más, sin darme ni cuenta. Arqueé la espalda para acomodar mejor el cuerpo de Rhia en mis brazos. Su peso, como el peso de mi misión, me pareció mayor que nunca.

Lo único que podía hacer era encontrar a Dagda lo antes posible. Que nada me retrasara o me desviara de mi rumbo. Reanudé el descenso por la escalera.

A medida que bajaba a las profundidades del Pozo, la niebla empezó a cambiar. En lugar de cernerse pegada a la escalera, como ocurría en la entrada, se alejaba más, condensándose en bolsas de formas en perpetua transformación. Al poco rato, las bolsas se ensancharon hasta convertirse en cámaras, y las cámaras se ampliaron a oquedades. A cada paso, las vaporosas vistas aumentaban, hasta que me encontré en medio de un paisaje variado que cambiaba continuamente.

Un paisaje de niebla.

Formando delgados rastros y abultadas colinas, amplias extensiones y puntiagudos pináculos, la niebla remolineaba a mi alrededor. En algunos puntos me topé con cañadas que dividían el terreno nuboso, más largas y profundas de lo que yo era capaz de imaginar. En otros momentos creí distinguir montañas a lo lejos que subían o bajaban, o ambas cosas a la vez. Encontré valles, laderas, riscos y cavernas de niebla. Esparcidas por doquier, aunque no podía estar seguro, se movían siluetas, o medias siluetas, reptando, caminando o flotando. Y en medio de todo, la niebla se acumulaba y fluía, siempre cambiante y siempre la misma.

Descubrí que la escalera había cambiado. Ya no era rígida y sólida, sino que se

ondulaba y fluctuaba como todo lo que me rodeaba. Aunque conservaba la firmeza necesaria para sostenerme, estaba hecha de la misma fibra que el paisaje.

Una incómoda sensación se apoderó de mí. Lo que me rodeaba no era en absoluto verdadera niebla. Ni siquiera era algo físico, compuesto por aire o agua, sino... otra cosa. Compuesta de luz, o de ideas, o de sentimientos. Esa niebla revelaba más de lo que ocultaba. Se tardarían muchas vidas en asimilar ni siquiera un ápice de su auténtica naturaleza.

¡De modo que así era el Otro Mundo! Capas superpuestas de mundos cambiantes y errantes. Podía descender a mayor profundidad por la escalera hasta el fin de los tiempos, moverme hacia afuera entre las volutas de niebla para siempre o dirigirme al interior, hacia la propia niebla durante toda la eternidad. No había tiempo. Ni límites. Ni final.

De repente, surgió una silueta del fluctuante paisaje.

UNA RAMA DORADA



Pequeña y gris, la silueta se erguía sobre una colina reciente. Ante mis ojos, desplegó dos alas de niebla. Voló hacia mí, planeando sobre una corriente térmica, y luego cambió bruscamente de dirección, elevándose de una manera tan drástica que estuve a punto de perderla de vista. Se desvió abruptamente y se lanzó en picado durante unos segundos, para después proceder a una serie de giros y cabriolas que no parecían tener otro motivo que el puro placer de volar.

¡Problemas!

Mi corazón se desbocó al ver a la rapaz volando nuevamente. Mis brazos seguían rodeando a Rhia, pero aún notaba la talega de cuero que rozaba mi cadera. En su interior, junto con las hierbas de mi madre, guardaba una pluma marrón con una franja, procedente de una de las alas de Problemas. Nada más quedó de él tras su enfrentamiento con Rhita Gawr. Es decir, nada más que su espíritu.

De las nubes de niebla salió volando hacia mí. Oí su chillido, tan repleto de vigor y chispa como siempre. A continuación, con una racha de aire caliente, sentí que sus garras se sujetaban con fuerza a mi hombro izquierdo. El esmerejón plegó las alas sobre el dorso y empezó a corretear por mi hombro. Aunque sus plumas de niebla habían pasado del marrón al gris plateado con franjas blancas, sus ojos seguían rodeados por un círculo amarillo. Ladeó la cabeza y soltó un gorjeo de satisfacción.

—¡Sí, Problemas! Yo también me alegro de verte. —Pero mi alegría duró sólo un momento, hasta que me acomodé en los brazos el cuerpo exánime y cubierto de sangre—. Ojalá Rhia pudiera sentir lo mismo.

La rapaz revoloteó hasta la rodilla de la niña envuelta en hojas. La estudió unos segundos y emitió un grave y melancólico silbido. Sacudió la cabeza y saltó de nuevo sobre mi hombro.

—Su espíritu está en mi interior, Problemas. Espero que Dagda sea capaz de salvarla todavía. —El nudo de mi garganta era ahora permanente—. Y también a mi

madre.

De repente, Problemas lanzó un agudo chillido. Sus garras apretaron mi hombro, mientras la niebla se arremolinaba ante mí de una forma extraña.

—Aaah —exclamó un voz lenta, casi perezosamente, desde algún lugar de la niebla—. Qué amable, qué terriblemente amable has sido al venir.

Problemas silbó con ansiedad.

—¿Quién eres? —grité a las nubes—. Muéstrate.

—Eso pretendo hacer, jovencito, dentro de un momento. —La niebla giró ante mí como la sopa en una escudilla revuelta muy despacio—. Además, tengo un regalo para ti, un regalo terriblemente precioso. Aaah, sí.

Por alguna extraña razón, el tono relajado de la voz me hizo sentir más cómodo. Aun así, una vaga sensación interna que no logré identificar me hacía proceder con más cautela que nunca. Decidí que era mejor pecar de prudente.

Reajusté el peso de Rhia sobre mis brazos.

—Ahora no tengo tiempo para ser educado. Si tienes algo para mí, muéstrate antes.

—Aaah, jovencito, ¡qué impaciente! ¡Qué terriblemente impaciente! —La niebla giró como un torbellino—. Pero no debes preocuparte. Atenderé tu petición dentro de un momento. Verás, me gustaría ser tu amigo.

Al oírlo, Problemas profirió un agudo silbido y abandonó su posición batiendo enérgicamente las alas. Volvió a silbar, dio una vuelta a mi alrededor y se alejó volando hasta desaparecer entre una nube de niebla.

—No debes tener miedo de mí —murmuró la voz—. Aunque tu rapaz amigo sí parece temerme.

—Problemas no le teme a nada.

—Aaah, entonces me equivocaba. ¿Por qué crees que se ha marchado?

Tragué saliva, escrutando la fluctuante bruma.

—No lo sé. Seguro que tiene una buena razón. —Me volví hacia el espacio de donde provenía la voz—. Si quieres ser mi amigo, muéstrame quién eres. Rápido. Necesito seguir mi camino.

La niebla burbujeó lentamente.

—Aaah, tienes una reunión importante, ¿verdad?

—Muy importante.

—Está bien, entonces eso es lo que debes hacer. Aaah, sí. —La voz sonaba tan relajada que parecía casi soñolienta—. Seguro que sabrás llegar dondequiera que vayas.

En lugar de responder, busqué a Problemas entre la niebla de algodón. ¿Dónde se había metido? ¡Apenas acabábamos de reencontrarnos! Y tenía la esperanza de que él me condujera hasta Dagda.

—Porque si no lo sabes —prosiguió la voz—, mi regalo puede serte muy útil. Terriblemente útil. Aaah, te ofrezco el regalo de servirte de guía.

La sensación de desconfianza, fuera cual fuese su origen, se hizo más intensa en mi interior. Y aun así..., tal vez esta persona, cuando finalmente se mostrara, podría indicarme el camino entre las movedizas nubes. Podría ahorrarme un tiempo precioso.

Me removí con inquietud sobre el etéreo peldaño.

—Antes de aceptar tu oferta, necesito saber quién eres.

—Dentro de un momento, jovencito. Dentro de un momento. —La voz bostezó y luego habló con la suavidad de los jirones de niebla que pasaban rozando mis mejillas —. Los jóvenes siempre tienen prisa, demasiada prisa.

A pesar de mis dudas, la voz me hacía sentir cada vez más relajado. Casi... cómodo. O quizá fuera sólo el cansancio. Me dolía la espalda. Deseaba depositar a Rhia en alguna parte. Sólo un momento.

—Aaah, llevas una pesada carga, jovencito. —Otro bostezo desesperantemente lento—. ¿Me permites aligerarte un poco el peso?

Contra mi voluntad, yo también bostecé.

—No lo necesito, gracias. Pero si quieres guiarme hasta Dagda, te lo permito. —Me contuve—. Pero antes, muéstrame quién eres.

—Dagda, ¿eh? Aaah, el gran Dagda, el glorioso Dagda. Guerrero de guerreros. Vive lejos, terriblemente lejos de aquí. Aun así, me complacerá servirte de guía.

Enderecé mi entumecida espalda.

—¿Podemos irnos ya? Se me acaba el tiempo.

—Aaah, dentro de un momento. —Unos rizados brazos de niebla se agitaron ante mi rostro—. Pero es una lástima que no puedas descansar un poco. Por tu aspecto, te vendría muy bien.

Sin soltar a Rhia, me acuclillé, apoyándola sobre mis muslos.

—Ojalá pudiera. Pero debo seguir.

—Como quieras. Aaah, sí. —La voz soltó el bostezo más largo y soñoliento de su repertorio—. Nos iremos enseguida. Dentro de un momento.

Sacudí la cabeza, que sentía extrañamente turbia.

—Bien. Y ahora..., antes ibas a hacer algo. ¿Qué era? Ah, sí. Muéstrate. Si no, no te sigo.

—Pues claro, jovencito. Ya casi estoy a punto. —La voz dejó escapar un lento y relajado suspiro—. Será agradable, terriblemente agradable, ayudarte.

La sensación de cautela volvió a importunarme, pero no le hice caso. Bajé el brazo con el que sostenía los muslos de Rhia y apoyé la mano sobre un húmedo escalón. Me pregunté qué tal me iría sentarme, aunque sólo fuera un rato. Un poco de descanso no podía venirme mal.

—Tienes razón, jovencito —ronroneó la voz en el tono más tranquilizador—. Date permiso para relajarte.

Relajarme, pensé adormilado, darme permiso para relajarme.

—Aaah, sí. —La voz suspiró profundamente—. Eres un joven muy sensato.

Mucho más sensato que tu padre.

Asentí, al borde del sueño. Mi padre. Más sensato que...

La ominosa sensación aumentó en mi interior. ¿Qué sabía él de mi padre?

Bostecé nuevamente. ¿Por qué tenía que preocuparme ahora por mi padre? No se hallaba en absoluto cerca del Otro Mundo. Mis pensamientos eran cada vez más nebulosos, como si la niebla circundante hubiera penetrado de algún modo en mis oídos. ¿Por qué tenía yo tanta prisa? Un poco de descanso me ayudaría a recordarlo. Acuclillándome en la escalera, bajé la cabeza y apoyé el mentón en el pecho.

Una vez más, tan débil que apenas la percibía, la sensación de cautela me azuzó por dentro. ¡Despierta, Merlín! No es amigo tuyo. Despierta. Traté de hacer caso omiso, pero no lo conseguí del todo. Confía en tu instinto, Merlín.

Me estremecí y levanté ligeramente la cabeza. Aquella sensación interna, aquella voz me resultaba familiar. Como si ya la hubiera oído antes.

Confía en tus instintos, Merlín. Confía en las moras.

Con un repentino sobresalto, me desperté. ¡Era la voz de Rhia! ¡La sabiduría de Rhia! Su espíritu percibía lo que yo no. Me sacudí la bruma de la cabeza. Levanté la mano del escalón y rodeé con el brazo las piernas de mi hermana. Con un gruñido, volví a ponerme en pie lentamente.

—Aaah, jovencito. —Detecté una nota de preocupación en la soñolienta voz—. Creí que descansarías un rato.

Aferrando con los brazos a Rhia, cuyo vestido de hojas empezaba a secarse, pero seguía siendo suave al tacto, inspiré profundamente.

—No voy a descansar. No permitiré que me embauques con tus hechizos de sueño. Porque ya sé quién eres.

—Aaah, ¿lo sabes?

—¡Sí, Rhita Gawr!

La niebla empezó a hervir como un caldero de agua al fuego. Burbujeaba y se retorció ante mí. De los remolineantes vapores, se adelantó un hombre, alto y fornido como Balor, que vestía una holgada túnica blanca y lucía un fino collar de refulgentes piedras rojas. Su cabello, moreno como el mío, estaba perfectamente peinado y aplastado sobre su cabeza. Incluso sus cejas estaban exquisitamente arregladas. Sin embargo, fueron sus ojos lo que llamó mi atención. Parecían completamente huecos, tan ausentes como el vacío. Si el mero recuerdo del mortífero ojo de Balor me provocaba escalofríos, estos ojos me aterrorizaron mucho más.

Rhita Gawr se llevó una mano a los labios y se lamió la punta de los dedos.

—Podía haber adoptado cualquier otra forma. —Su voz, áspera y seca, no conservaba ninguno de los indolentes tonos que le había oído antes—. El jabalí es una de mis favoritas, con el detalle de las cicatrices de la pata delantera. Todos tenemos cicatrices, ¿sabes?

Se rascó una ceja con los dedos húmedos.

—Pero tú ya has visto al jabalí, ¿verdad? En cierta ocasión, en la costa de ese

montón de rocas que llamas Gwynedd. Y luego otra vez, en un sueño.

—¿Cómo...? —El sudor perló mi frente al recordar el sueño y la sensación de los colmillos afilados como dagas que se clavaban en mis ojos—. ¿Cómo sabes lo del sueño?

—Oh, vamos. Seguro que un aprendiz de brujo sabe, al menos, un poco sobre Saltar. —Se lamió otra vez los dedos, mientras sus labios se curvaban en una sonrisa burlona—. Enviar sueños a la gente es uno de mis entretenimientos favoritos, una breve distracción de mis numerosas obligaciones. —La sonrisa se ensanchó—. Aunque hay algo que me hace disfrutar aún más. Enviar la sombra de la muerte.

Me tensé, oprimiendo la forma exánime de Rhia.

—¿Quién te dio derecho a atacar a mi madre?

Los ojos vacíos de Rhita Gawr me traspasaron.

—¿Quién te dio derecho a traerla a Fincayra?

—Yo no quería...

—Un pequeño toque de hubris. —Se pasó la mano por el cuero cabelludo, atusándose el cabello—. Ésa fue la debilidad fatal de tu padre, y también la de tu abuelo. ¿Realmente esperabas que tú serías diferente?

Me erguí con determinación.

—Yo soy diferente.

—¡Hubris de nuevo! Creía que a estas alturas ya te habrías enterado. —La túnica blanca aleteó cuando él avanzó un paso hacia mí—. El hubris te llevará a la muerte, tenlo por seguro. Ya ha provocado la de tu madre.

Me sentí mareado y me tambaleé sobre el peldaño de niebla.

—¡Por eso me has entretenido todo este tiempo!

—Pues claro. —Se lamió las yemas de los dedos con cuidado, una por una—. Y ahora que sabes que no has conseguido impedir su muerte, la muerte que tú mismo le ocasionaste, te aliviaré de cualquier otro sufrimiento. Te mataré, aquí y ahora.

Retrocedí un paso, intentando no tropezar.

Rhita Gawr se echó a reír mientras se rascaba la otra ceja.

—Tu héroe, Dagda, no vendrá a salvarte esta vez, como hizo en Gwynedd. Ni tampoco ese estúpido pájaro cuyo mal carácter me impidió acabar contigo en el Castillo Velado. Esta vez eres mío.

Dio otro paso hacia mí entre la niebla. Flexionó sus enormes manos como si se dispusiera a aplastarme el cráneo.

—Para que conozcas el alcance de tu insensatez, de tu hubris, permíteme explicarte algo. Si no hubieras intentado saltarte las lecciones, sabrías que sólo llevando un manto de muérdago, esa maldita rama dorada, podías haber llegado directamente al cubil de Dagda. Así yo no podría haberte tendido una emboscada, como ahora.

Palidecí, recordando la súplica de Rhia de que me llevara una rama de muérdago al Otro Mundo. ¡Y yo no había seguido su consejo, con consecuencias irreparables!

Rhita Gawr volvió a sonreír pícaramente. Unos brazos de niebla brotaron de su cabeza y se proyectaron hacia mí.

—Me encanta la arrogancia. Es una de las cualidades más entrañables de la humanidad. —Sus párpados se entornaron—. Basta de lecciones. Ahora vas a morir.

En ese instante, una silueta alada surgió a gran velocidad de entre las nubes. Un grito agudo resonó en el cambiante paisaje de niebla, y Problemas se precipitó por el aire en mi dirección. Traía consigo una rama dorada que ondeaba al viento. Muérdago. Rhita Gawr lanzó un rugido de furia y saltó sobre mí.

Sólo una fracción de segundo antes de que me apresara, la rama dorada cayó sobre mis hombros como si fuera una capa. Sentí que las poderosas manos se cerraban alrededor de mi cuello. De pronto, me convertí en vapor y me disolví en la niebla. Lo último que noté fue un par de garras que aferraban mi hombro. Y lo último que oí fue el grito de despecho de Rhita Gawr.

—¡Te has vuelto a escapar de mí, mago escuchimizado! Pero no tendrás tanta suerte la próxima vez.

PRODIGIOS



mi piel, mis huesos y mis músculos se disolvieron. Ahora estaba compuesto de aire, agua y luz. Y algo más. Porque ya formaba parte de la niebla.

Desplazándome como una nube de vapor, extendí mis ilimitados brazos ante mí. La rama dorada de muérdago me propulsaba por los senderos ocultos que conducían al hogar de Dagda. Yo giraba y me bamboleaba, fundiéndome con el aire en mi imparable avance. Volé por los túneles en espiral y los sinuosos corredores de niebla. Y, aunque no podía verlos, percibía que Problemas y Rhia, al margen de su forma actual, viajaban conmigo.

Demasiadas veces para contarlas, distinguí otros paisajes y criaturas entre los vapores. Una variedad inacabable de seres parecía habitar cada una de las partículas de niebla. ¡Mundos dentro de mundos, niveles dentro de niveles, vidas dentro de vidas! El Otro Mundo, en toda su vastedad y complejidad, me atraía como un faro.

Pero no tenía tiempo de explorarlo. La vida de Elen, y también la de Rhia, pendían de un hilo. Era posible que ya hubiera perdido la última oportunidad de ayudar a una o a ambas, por culpa de mi suprema estupidez. Aun así, como había declarado la propia Rhia cuando mi cayado desapareció en Eslantos, mientras conservara la esperanza, aún tendría alguna oportunidad. Y todavía me quedaba una, aunque no parecía más sustancial que las cambiantes nubes.

Mis pensamientos, turbulentos como la propia bruma, se centraron en Dagda. Sentí un profundo aguijonazo de miedo ante la perspectiva de enfrentarme con el más grande de los espíritus. Ya esperaba que me juzgara con severidad por mis numerosos errores, pero ¿se negaría, además, a ayudarme? Tal vez, salvar la vida de mi madre perturbara algún delicado equilibrio cósmico que sólo él comprendía. Quizá simplemente no tendría tiempo para recibirme. Tal vez no se encontraba en su reino cuando yo llegara, sino en algún lugar muy lejano, en este nebuloso mundo o en otro, combatiendo a las fuerzas de Rhita Gawr.

Me pregunté qué aspecto tendría un espíritu tan poderoso. Sin duda, al igual que

Rhita Gawr, podía adoptar cualquier forma que se le antojara. Cuando se me apareció el día en que el mar me arrastró a la costa de Gwynedd, se presentó como un gran ciervo. Inmenso, poderoso, con una impresionante cornamenta. Lo que más me había sorprendido, no obstante, eran sus ojos. Aquellos estanques marrones que no pestañeaban me parecieron tan profundos y misteriosos como el mismísimo océano.

Fuera cual fuese la forma que adoptara, sería tan fuerte e imponente como el espíritu que era. Un ciervo con forma humana, quizá. ¿Cómo lo había llamado Rhita Gawr? El gran Dagda, el glorioso Dagda. Guerrero de guerreros.

Como una nube que desciende sobre una vaguada entre colinas, mi avance se vio frenado poco a poco hasta que finalmente se detuvo. Después, imperceptiblemente al principio, la niebla empezó a disiparse a mi alrededor. Lenta, muy lentamente, se fue aclarando y desgarrándose en jirones que se retiraban como un tenue velo. Pronto fui capaz de distinguir el contorno de una alta presencia sobrecogedora detrás del velo de bruma. Se cernía sobre mí, oscura y amenazadora.

La niebla restante se disolvió de golpe. Advertí que la sobrecogedora silueta era, en realidad, un árbol enorme cubierto por el rocío. Se erguía alto y poderoso como Arbassa, con una notable diferencia: este árbol estaba vuelto del revés. Sus gruesas raíces apuntaban hacia arriba y desaparecían entre las enmarañadas hebras de niebla. Se curvaban majestuosamente alrededor de las nubes, como si abrazaran todo el mundo que se extendía sobre ellas. De aquellas raíces ascendentes colgaban incontables ramas de muérdago dorado, que se mecían grácilmente. Debajo, junto al pie del árbol, unas robustas ramas se extendían sobre una ancha llanura de etérea niebla. Y el árbol entero, cubierto por miles de gotas de rocío, centelleaba como la superficie de un arroyo saltarín.

Tan embelesado estaba yo con la visión del árbol que tardé en darme cuenta de que me hallaba sobre la llanura de niebla. ¡Había recuperado mi cuerpo! Volvía a notar el peso de Rhia y a oír los suaves gorjeos de Problemas. Una rama de muérdago idéntica a las que danzaban por encima de mí me cubría los hombros. Mi espada estaba enfundada a mi costado, mientras que mi cayado seguía sujeto por mi cinturón.

Miré a los ojos bordeados de amarillo de Problemas.

—Gracias, amigo mío. Me has salvado una vez más.

El esmerejón lanzó un silbido agudo, casi avergonzado, y despegó batiendo sus alas grises.

—Bienvenido al Árbol del Alma.

Me giré en redondo para encararme con la débil e inestable voz. Procedía de un frágil anciano cuyo brazo derecho pendía inerte a su lado. Aunque estaba sentado en el suelo de niebla, recostado sobre las ramas, era tan menudo y ligero que no me había percatado de su presencia hasta entonces. Su cabello plateado refulgía como la corteza que lo rodeaba.

—Gracias. —Hablé con rigidez, pues no quería dejarme engañar otra vez. Sin embargo, con el escaso tiempo que me quedaba, no tenía más remedio que ser directo

—. Estoy buscando a Dagda.

Las garras de Problemas pellizcaron mi hombro. Me dirigió un graznido de desaprobación.

El anciano sonrió afablemente, y unas suaves arrugas embellecieron su rostro. Apoyó el brazo marchito en su regazo y me estudió atentamente.

De pronto, reparé en sus ojos. Profundos estanques marrones, llenos de compasión, sabiduría y tristeza. Ya los había visto antes. Los del gran ciervo.

—Dagda. —Me mordí el labio, contemplando al frágil hombrecito—. Siento mucho no haberte reconocido.

El curtido rostro sonrió.

—Me has reconocido, por fin. Igual que puedes, al final, reconocer la verdadera fuente de mi poder. ¿O ya la has descubierto?

Titubeé, sin saber qué responder.

—Me temo que no sé nada acerca de la fuente de tu poder. Pero creo que lo usas para ayudar a los seres vivos a seguir su propio camino, sea cual sea. Por eso, me ayudaste el día que el mar me arrastró hasta la orilla.

—Muy bien, Merlín, muy bien. —Sus ojos castaños brillaban de satisfacción... y una nota de irritación—. Aunque has intentado saltarte uno de los Cantares.

Me revolví con incomodidad. Dagda me examinó como si pudiera ver en lo más profundo de mi corazón.

—Soportas una gran carga, además de la amiga que llevas en brazos. Ven. Déjala a mi lado.

—¿Puedes... ayudarla?

—Ya veremos. —Su frente, ya surcada de arrugas, se frunció aún más—. Háblame de los Cantares, Merlín. ¿Dónde reside el alma de cada uno?

—¿Y mi madre? Si aún le queda tiempo, no puede ser mucho.

—Ella también deberá esperar.

Encorvándome sobre el vaporoso suelo, deposité suavemente el cuerpo de mi hermana junto a Dagda. Remolinos de niebla cubrieron sus hombros y su pecho como una delgada manta. Dagda la miró con una expresión profundamente apesadumbrada y luego se volvió hacia mí.

—Primero, muéstrame tu cayado.

Problemas cloqueó con admiración cuando extraje el cayado de mi cinturón. Se lo tendí a Dagda por el nudoso mango, haciendo girar lentamente la caña. Todas las marcas, tan intensamente azules como el crepúsculo, resplandecían ante nosotros. La mariposa, símbolo de la transformación. La pareja de halcones, unidos indisolublemente por el vuelo. La piedra agrietada, recordatorio de la necesidad de intentar apresar una luz voladora. La espada, cuyo nombre yo conocía bien. La estrella en el interior del círculo, que rememoraba la cristalina risa de Gwri la del Cabello Dorado. La cola de dragón, que a mi lengua le recordaba el sabor del cuero curtido. Y, para concluir, el ojo, tan distinto del de Balor, pero igualmente aterrador.

Dagda asintió.

—Veo que ahora llevas una espada.

Di una palmadita a la empuñadura plateada.

—Protégela bien, pues el destino de esa espada es servirte hasta que llegue la hora de que la introduzcas en una vaina de piedra. Después, pasará a un muchacho que no será mayor que tú ahora. Un muchacho nacido para ser rey, cuyo reinado perdurará en los corazones mucho después de que haya desaparecido de la tierra.

—La cuidaré bien.

—Y ahora cuéntame, hijo mío. ¿Qué melodías has oído en los Siete Cantares? Empieza por el primero, Cambiar.

Me aclaré la garganta.

—Aprendí de una mariposa, y de una arbólida traidora que se redimió con su acto, que todos nosotros, todos los seres vivos, tenemos el potencial de cambiar.

El anciano me estudió con gran atención.

—No es por casualidad que ése fuera tu primer Cantar. Creo que ya llevas algún tiempo escuchando sus acordes.

—Sí. —Contemplé las ramas cubiertas de rocío unos instantes—. Ahora sé por qué los términos griegos para referirse a una mariposa y al alma son uno mismo.

—Bien. Ahora, háblame de Atar.

Dirigí una mirada al rostro de Rhia, pálido e inmóvil.

—Las ataduras más fuertes son las del corazón. Lo aprendí observando a una pareja de halcones que volaban juntos.

Problemas se paseó con orgullo por mi hombro.

—¿Y de un embaucador, tal vez?

Suspiré.

—Eso también.

Un jirón de niebla pasó sobre la mano izquierda de Dagda. Con un hábil movimiento de sus dedos, ató la niebla en un complicado nudo. A continuación, asintiendo pensativamente, la dejó volar a la deriva.

Su mirada volvió a centrarse en mí.

—Después descubriste el camino hasta el reino subterráneo de mi amiga Urnalda. ¡Es más sabia de lo que aparenta, te lo aseguro! Sin duda, habrá disfrutado con la oportunidad de ser tu maestra.

Negué con la cabeza.

—No estoy seguro de que haya disfrutado mucho. Yo era muy lento aprendiendo. Pero finalmente, con la ayuda de una luz voladora, logré encontrar el alma de ese Cantar.

—¿Cuál es?

Señalé la imagen de la piedra agrietada.

—La mejor manera de proteger algo es dejarlo libre.

Dagda se reclinó sobre las ramas y levantó la vista hacia las gruesas raíces del

Árbol del Alma. Cuando enarcó una ceja, un remolino de niebla subió en espiral por el tronco.

—Creo que la siguiente lección te pilló por sorpresa.

—Nombrar. Me costó tiempo, y un cuchillo de pan roto, aprender que un nombre verdadero encierra verdadero poder. —Hice una pausa—. ¿Mi verdadero nombre es Merlín?

El anciano hizo un gesto negativo con su plateada cabeza.

—¿Acaso conoces mi verdadero nombre?

—Lo conozco.

—¿Me lo dirás?

Dagda meditó mi petición un buen rato.

—No. Todavía no. Pero haré una cosa. Si volvemos a encontrarnos en una ocasión más feliz, cuando hayas derrotado al enemigo más poderoso de todos, entonces te diré tu verdadero nombre.

Palidecí.

—¿El enemigo más poderoso de todos? Debes referirte a Rhita Gawr.

—Tal vez. —Señaló la estrella dentro del círculo—. Ahora, Saltar.

—Es una habilidad asombrosa. La Gran Elusa la empleó para mandarnos a los tres hasta la lejana tierra de los árbólidos. Gwri la del Cabello Dorado también la usó para proporcionar a Rhia una visión del Pozo del Otro Mundo. —Bajé la voz—. Y Rhita Gawr la utilizó para enviar la sombra de la muerte a mi madre.

Las cejas plateadas se alzaron.

—¿A tu madre?

Mis botas se arrastraron por el nebuloso suelo.

—Bueno, no. A mí. Pero abatió a mi madre en mi lugar.

—Entonces, ¿cuál es el alma del arte de Saltar?

Mi atención se vio distraída por la fluctuante niebla que nos envolvía. Circulaba perezosamente alrededor de Dagda y de mí, tocándonos a ambos al mismo tiempo que al árbol invertido, abrazando las gruesas raíces que, a su vez, abrazaban el mundo superior.

—Todo —declaré— está relacionado con todo lo demás.

—Bien, hijo mío, muy bien. Y ahora, Eliminar.

—Eso lo aprendí de un dragón durmiente. Y de... un juglar. —Amagué una sonrisa—. Ellos me enseñaron que todo ser vivo es precioso en algún sentido.

Dagda se inclinó hacia mí.

—¿Incluso un dragón?

—Incluso un dragón.

Se acarició la barbilla pensativamente.

—Volverás a encontrarte con ese dragón. Cuando despierte.

Me quedé sin aliento. Sin embargo, antes de que pudiera preguntar nada, Dagda volvió a hablar.

—Ver. Ahora hálame de Ver.

Mi lengua se entretuvo empujando mi mejilla desde dentro antes de que las palabras acudieran a mí. Por fin, con una voz que no era mucho más audible que un susurro, dije:

—El corazón puede ver cosas invisibles para el ojo.

—Mmmm. ¿Qué más?

Reflexioné unos instantes.

—Bueno, ahora que sé algo sobre ver con el corazón, quizá puedo ver mejor en mi interior.

Los profundos ojos castaños de Dagda me escrutaron.

—Y cuando miras en ese lugar, hijo mío, ¿qué ves?

Carraspeé, empecé a hablar y me detuve. Buscando las palabras adecuadas, hice una pausa antes de empezar de nuevo.

—Es..., bueno, es como descender por el Pozo del Otro Mundo. Cuanto más bajaba, más descubría. —Volviéndome, añadí para mí—: Y lo que descubrí podía ser realmente aterrador.

El anciano me observó compasivamente.

—¿Qué más ves?

Solté un suspiro.

—Lo poco que sé realmente.

Dagda alargó una mano hacia mí y tomó la mía.

—Entonces, Merlín, has aprendido algo de un valor incalculable. —Se arrimó a mí sobre el suelo de niebla. El vapor se arremolinaba a nuestro alrededor en pequeñas volutas—. ¡Verdaderamente incalculable! Hasta ahora, has buscado el alma de los Cantares, pero ser consciente de lo poco que sabes realmente, ser humilde, es, hijo mío, el alma de un verdadero mago.

Lo miré de soslayo, desconcertado.

—Creo que con el tiempo lo entenderás del todo. Pues la humildad no es otra cosa que auténtico respeto por lo prodigioso y sorprendente del mundo.

Asentí lentamente.

—Me parece estar oyéndoselo decir a Rhia. —Mirando de nuevo la forma sin vida, pregunté ansiosamente—: ¿Todavía puedes salvarla?

Dagda no respondió.

—¿Puedes hacerlo?

Durante un momento, me observó en silencio.

—No lo sé, hijo mío.

Sentí una opresión en la garganta, como si Balor volviera a agarrarme por el cuello.

—¡Qué estúpido he sido! He causado demasiado daño.

Dagda señaló con un dedo una ondulante cinta de niebla, que al instante se enderezó. Al mismo tiempo, miró otra fina línea, que se transformó en una apretada

pelotita. A continuación, volviéndose hacia mí, sonrió con tristeza.

—Así que has conseguido ver la oscuridad y la luz de tu interior. El dragón además de la estrella. La serpiente y también la paloma.

Tragué con dificultad.

—Cuando me recibiste, dijiste que quizá descubriría la verdadera fuente de tu poder. Bueno, no estoy seguro, pero creo que tu poder es más silencioso y sutil que otros. Lo guía tu cabeza y tu mano, pero brota de tu corazón. En realidad, tu poder está relacionado con el séptimo Cantar. Ver, no con los ojos, sino con el corazón.

Sus cejas se enarcaron unos milímetros.

—Hubo un tiempo —proseguí con una voz que no era más que un murmullo— en que habría dado cualquier cosa por volver a ver con mis ojos. Todavía quiero ver así. Y mucho. Pero ahora sé que existen otras maneras de ver.

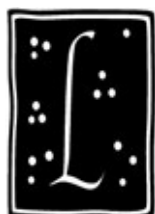
Dagda apretó suavemente mi mano.

—Ves muy bien, Merlín.

Me soltó y me observó un rato largo.

—Y te diré una cosa. Por mucho dolor que hayas conocido y todavía tengas que conocer, te aguardan verdaderos prodigios, jovencito. Verdaderos prodigios.

EL ELIXIR



os ojos intensamente azules de Dagda se volvieron hacia el tronco del árbol, sobre el que centelleaban diamantes de rocío. Remontó la columna con la mirada, hasta las retorcidas raíces que se mezclaban con la niebla a gran altura. Sus ojos se entretuvieron allí momentáneamente, como si fueran capaces de ver a través de la niebla las tierras del otro lado.

—Ahora pasemos a tu amiga —dijo finalmente—, atada a ti por el amor, además de por la sangre.

Extendió el brazo lesionado para tocar a Rhia, que yacía sobre el brumoso suelo. Mi hermana permanecía muy quieta y silenciosa; el color había abandonado su piel y no sólo su atuendo de hojas. Se me revolvía el estómago por la angustia, pues sospechaba que el cuerpo se había enfriado demasiado para que ni el más grande de los espíritus pudiera revivirlo. ¿Acaso no me había dicho Gwri que Dagda, con todo su poder, no podía devolverle la vida a alguien que ya había muerto?

Con la mayor delicadeza, Dagda levantó la mano inerte, cerrando los ojos mientras tanto. Parecía escuchar algún sonido muy lejano. Después, sin abrir los ojos, me dio una orden:

—Ya puedes soltarla, Merlín.

Titubeé, temiéndome que eso significaba que Rhia estaba muerta. En cuanto su espíritu me había abandonado, en cuanto se había escurrido de su cuerpo, no podía esperar verla otra vez con vida. Por mucho que añoraba su risa, más temía que la perdiera para siempre si la soltaba.

—Merlín —repitió Dagda—, es el momento.

Por fin, la dejé ir. Pude sentir en lo más hondo que su espíritu se agitaba. Después, empezó a fluir a través de mí, al principio como un hilito de agua que iba aumentando de caudal, hasta que finalmente era como un río que salvaba impetuosamente un salto de agua. Las lágrimas asomaron a mis ojos invidentes, pues sabía que tanto si Rhia sobrevivía con su forma mortal como si no, ella y yo jamás

volveríamos a estar tan íntimamente unidos.

Despacio, muy despacio, expulsé el aire de mis pulmones. Las volutas de niebla se entretejieron en el aire ante nosotros, creando un esplendoroso puente que comunicaba mi pecho con el de Rhia. El puente se mantuvo resplandeciente apenas un instante, antes de desvanecerse por completo.

En ese momento, reparé en el corte que presentaba en un lado de la cabeza. Empezó a cerrarse, cicatrizando desde dentro. Cuando la piel se suturó, las manchas de sangre, ahora más pardas que rojas, se evaporaron de su cabello rizado, del cuello y del vestido de enredaderas entrelazadas con remolinos de aire. El color empezó a afluir a sus mejillas. Su vestidura se ablandó, a medida que la verde vitalidad regresaba a cada tallo y a cada hoja.

El dedo índice de Rhia se puso a temblar. Su cuello se enderezó. Por fin, sus ojos grisazulados se abrieron, al mismo tiempo que los de Dagda. Contemplando las raíces rodeadas de muérdago sobre ella, mi hermana inspiró entrecortadamente por primera vez. Volvió el rostro hacia Dagda y sonrió, antes de empezar a hablar.

—¡Vives con un árbol, igual que yo!

Su risa tintineó en el aire como una campanilla. Me uní a ella, mientras Dagda, por su parte, estallaba en rotundas carcajadas. El rocío cayó sobre nosotros en gotas que giraban y centelleaban en el aire. Incluso Problemas, posado sobre mi hombro, entonó una alegre serie de silbidos. Me sentía como si el propio universo se uniera a nuestras risas.

Rhia se incorporó hasta quedarse sentada y me miró con los ojos brillantes.

—Merlín, lo has conseguido. Me has salvado.

—No. Te ha salvado Dagda.

—No sin tu ayuda, jovencito. —El anciano se apartó de la frente unos cuantos cabellos plateados—. Guardando con tanto amor su espíritu además de su cuerpo, has evitado que muriera definitivamente, el tiempo suficiente para que aún me fuera posible revivirla.

Su mirada se trasladó a Rhia.

—Y tú también has ayudado.

—¿Yo?

El anciano asintió lentamente.

—Tu espíritu es muy luminoso, Rhiannon. Excepcionalmente luminoso. Posees una fuerza vital tan poderosa como la que introduje en uno de los Tesoros de Fincayra, el Orbe de Fuego.

Las mejillas de Rhia se encendieron.

Recordé la reluciente esfera naranja que había rescatado de las ruinas del Castillo Velado.

—Tiene algo que ver con curar, ¿no es cierto?

—Con curar, sí. Pero el alma, no el cuerpo. El Orbe de Fuego, en manos de alguien prudente, puede reavivar el fuego de la esperanza y la alegría, incluso la

voluntad de vivir.

Dagda se volvió hacia mí.

—Tú, Merlín, sabes más que nadie con qué intensidad brilla el espíritu de tu hermana.

Me di cuenta de que aún podía sentir, en lo más profundo de mi ser, un hálito del espíritu de Rhia. Una pequeña parte de mi hermana permanecía dentro de mí. Y supe que siempre estaría allí.

—Sí —declaró el frágil anciano de cabellos plateados—. Tu formación como mago no ha hecho más que empezar. Sin embargo, asimilar el conocimiento, además del espíritu, de tu hermana ha desempeñado un papel importante.

—Mi octavo Cantar, podríamos decir.

—Sí.

Miré a Rhia.

—Aylah intentó decírmelo, pero no lo entendí. Ahora creo que tengo un destello de comprensión.

Mi hermana se tocó el amuleto.

—O podríamos llamarlo... un instinto.

Problemas emitió un cloqueo que parecía una carcajada.

Atravesando con la mano la niebla que se elevaba desde el suelo, busqué el rostro de Dagda.

—Mi instinto me dice que Fincayra es mi verdadero hogar. Y no obstante..., por otra parte, me dice que no lo es. ¿Cuál de las dos cosas es cierta?

El anciano sonrió tristemente.

—¡Ah, estás aprendiendo! Igual que en el verdadero amor se funden a menudo la dicha y el pesar, en el verdadero instinto se mezclan con frecuencia sentimientos opuestos. En este caso, sin embargo, puedo ayudarte. Los seres humanos no pueden vivir mucho tiempo en Fincayra. Aunque hayas llegado a sentir esta tierra como tu hogar, algún día debes regresar a la Tierra. Puedes quedarte un tiempo más, puesto que aún te queda trabajo por hacer, pero al final tendrás que marcharte.

Me mordí el labio.

—¿No puedes dejar que me quede?

Con una expresiva mirada de compasión, Dagda negó con la cabeza.

—Podría, pero no lo haré. Los mundos deben permanecer separados, pues cada uno tiene su propio tejido, su propio espíritu que debe ser honrado. —Suspiró gravemente—. Por eso me veo obligado a luchar contra Rhita Gawr en tantos frentes. Él despedazaría el tejido del Otro Mundo, de la Tierra y de Fincayra, a fin de volverlos a tejer con su propio diseño pervertido. Sólo quiere gobernarlos todos bajo su yugo.

—¿Por eso perdieron sus alas los fincayranos? —preguntó Rhia, mirando de reojo las nubes en movimiento—. ¿Olvidaron cómo honrar el tejido?

—Tus instintos son verdaderamente agudos, Rhiannon. Vas por el buen camino,

pero el resto debes descubrirlo por ti misma.

—Dagda, ¿puedo preguntarte algo? —Titubeé, buscando las palabras adecuadas—. Se dice que sólo un niño de sangre humana puede derrotar a Rhita Gawr o a sus servidores. ¿Es verdad? Y, si lo es, ¿ese niño humano es uno de nosotros dos?

El anciano pasó la mano por un brote de muérdago que colgaba junto a él.

—Aunque no puedo decirte todo lo que quieres saber, sí puedo adelantarte esto: la profecía tiene un gran peso. No obstante, si bien fue tu hermana quien derrotó a Balor, la única persona que puede detener a Rhita Gawr en Fincayra eres tú.

Intenté tragar saliva, pero volvía a tener un nudo en la garganta. De repente, me acordé de la sombra de la muerte que atenazaba el cuello de Elen por dentro. Cuando hablé, fue en un susurro.

—Si debo morir combatiendo a Rhita Gawr, debes decirme una cosa. ¿Existe algún modo, el que sea, de que mi madre sobreviva?

La mirada de Rhia pasó ansiosamente de mi rostro al de Dagda. Problemas dio unos nerviosos pasos sobre mi hombro, agitando las alas.

El anciano inspiró prolongadamente.

—Aún tienes tiempo, aunque no mucho. Sólo faltan unas cuantas horas para que expire el actual cuarto menguante de la luna. Y cuando ocurra, a tu madre le ocurrirá lo mismo.

—El Elixir —supliqué—. ¿Puedes dárnoslo?

Dagda extendió el brazo en dirección a una robusta rama. Con la punta del índice, tocó con delicadeza una de las gotas de rocío. Cuando ésta se soltó, cubrió la yema del dedo formando una fina capa resplandeciente. Con los demás dedos, retiró la capa cóncava y la depositó sobre la palma de su mano como si fuera una minúscula vasija de cristal.

Dagda se encogió ligeramente. En ese preciso instante, el pequeño frasco se llenó con una única gota de líquido rojo. La sangre del mismísimo Dagda. Cuando la vasija estaba a punto de rebosar, su boca se cerró herméticamente.

—Aquí tienes. —Habló con voz espesa, como si su acción lo hubiera debilitado. Temblando levemente, me tendió el recipiente—. Cógela.

Mientras abría mi bolsa de cuero para guardar el Elixir, noté que las garras de Problemas se clavaban en mi hombro. La rapaz frotó afectuosamente las suaves plumas de su cabeza contra mi cuello.

Dagda conocía mi pregunta antes de que se la hiciera.

—No, Merlín, no puede acompañaros. Tu amigo Problemas entregó su vida mortal en el Castillo Velado para salvar la tuya. Ahora su lugar es éste.

El esmerejón silbó débilmente. En medio de la niebla que se espesaba a nuestro alrededor, la mirada de sus ojos de bordes amarillos se encontró con la mía. Nos miramos mutuamente por última vez.

—Te echaré de menos, Problemas.

El esmerejón volvió a frotarse contra mi cuello y luego se alejó lentamente.

También la expresión de Dagda reflejaba su pesar.

—Esto quizá no te alegre el corazón ahora, Merlín, pero creo que algún día, en otra tierra, sentirás la presión de las garras de otra ave sobre tu hombro.

—No quiero otra ave.

—Lo comprendo. —El anciano extendió su mano sana hacia mí y me acarició la mejilla—. Me temo que ahora debemos seguir caminos distintos, mas nadie conoce todas las vueltas que darán esos caminos.

—¿Ni siquiera tú?

—Ni siquiera yo. —Dagda recogió el manto de muérdago de mi hombro—. Marchaos ya, hijos míos, y sed valientes.

El grito final de Problemas resonó en mis oídos mientras la cambiante niebla se abatía sobre mí como una ola, engulléndolo todo.

UN CAYADO DE MAGO



El fogonazo dejó paso a las tinieblas. La única luz procedía de las titilantes estrellas del cielo. Me encontré todavía arrodillado, con Rhia aún sentada a mi lado. Pero las escarpadas rocas y los empinados riscos habían sustituido a la vaporosa niebla; un círculo de pulidas piedras blancas había reemplazado al Árbol del Alma. A corta distancia, el cadáver de un enorme guerrero yacía inerte y silencioso.

Cogí la mano de Rhia.

—Hemos regresado al Pozo.

—Es cierto, muy cierto, demasiado cierto. —La encorvada silueta de Bumbelwy se aproximó en la penumbra—. Nunca hubiera creído que volveríais. Y veo que has traído el cuerpo de...

—Rhia —lo interrumpió ella—. Vivita y coleando.

Bumbelwy se quedó petrificado a media zancada. Incluso con aquella escasa luz, vi que sus ojos se abrían desmesuradamente. Después, durante un breve instante, su boca y sus múltiples papadas se curvaron hacia arriba, si bien de una forma casi imperceptible. Sólo duró una fracción de segundo; sin embargo, me convencí de que había sonreído realmente.

Alcé la vista al cielo, buscando algún rastro de la luna. No encontré nada. Nada en absoluto. Me mordí el labio. Ojalá no hubiera desperdiciado aquellos preciosos minutos con Rhita Gawr.

De improviso, Rhia señaló un débil resplandor que acababa de aparecer de detrás de una nube.

—¡Oh, Merlín! Eso es lo único que queda de la luna. ¡Habrà desaparecido antes del amanecer!

Me puse en pie de un salto.

—Igual que nuestra madre, a menos que lleguemos antes junto a ella.

—Pero ¿cómo? —Rhia se puso de pie a su vez, de cara al sur—. Arbassa está

demasiado lejos.

Como si respondiera a su comentario, el risco entero fue sacudido por un repentino temblor. Luego, se produjo otro, más fuerte aún. Otro. Y otro. Se desprendieron rocas de los riscos a ambos lados de nuestra posición. Extraje mi vara del cinturón y me apoyé en ella para mantener el equilibrio. Entonces, mi segunda visión detectó una segunda silueta que surgía en el horizonte. Como una colina que creciera rápidamente, pronto ocultó las estrellas más bajas. Pero supe en el acto que no era ninguna colina.

—¡Shim! —grité—. ¡Estamos aquí!

Al cabo de un momento, la inmensa figura del gigante se erguía ante nosotros tres. Aplastando con sus pies las rocas sueltas, bajó una enorme mano. Rápidamente, Rhia y yo nos encaramamos a la palma, seguidos por un reacio Bumbelwy.

A Shim se le escapó una cloqueante risa por debajo de la nariz.

—Yo alegre de coger vosotros.

—Cogernos —gimió Bumbelwy, retorciendo nerviosamente una punta de su capa—. Ha venido a cogernos.

—¡Y nosotros nos alegramos de verte! —repliqué, haciendo caso omiso del juglar.

—¿Cómo has sabido que te necesitábamos? —preguntó Rhia—. ¿Y dónde encontrarnos?

Shim levantó la mano mientras se incorporaba. Aunque intenté mantenerme en pie, me caí sobre la carnosa palma y por poco aplasto el cuerpo acurrucado de Bumbelwy. Por su parte, Rhia se sentó junto a nosotros con la gracia de un cisne.

—Yo está dormido, yo sueña... —EJ gigante hizo una pausa y frunció sus inmensos labios—. ¡Yo no acuerda! Es igual, el sueño cambia a pájaro. Un halcón, como uno que antes vive en tu hombro, pero ahora es todo blanco con gris y no marrón.

Sentí una punzada de nostalgia. Noté el antiguo dolor entre las paletillas, y además otro nuevo.

—Ese halcón grita a yo, tan fuerte que yo despierta. —Shim arrugó la nariz—. Yo siente muy fuerte que tiene que encontrar a tú. Y, lo más raro, yo ve un dibujo en mi cabeza dónde está tú.

Rhia sonrió.

—Dagda te mandó ese sueño.

Las pobladas cejas del gigante se alzaron.

—¡Eres un amigo fiel, Shim! Ahora llévanos hasta Arbassa. —Miré de reojo el único resto de la luna. Parecía más delgado aún que un rato antes.

Un tonificante viento nos embistió, e hinchó mi túnica como si fuera una vela, cuando Shim se volvió y empezó a retroceder con pesados pasos por las colinas de las Tierras Perdidas. En tres o cuatro zancadas, coronaba pendientes que nosotros habríamos tardado horas en escalar, apartando los cascotes con sus peludos pies. En

cuanto llegaba al fondo de un valle, se plantaba en lo alto de la ladera opuesta en un abrir y cerrar de ojos. Al cabo de unos minutos, capté un olor a humo que impregnaba el aire y comprendí que habíamos llegado a la hondonada donde dormía el dragón.

Cuando Shim torció hacia el sur para cruzar el brazo de mar, la bruma marina nos envolvió rápidamente. Los ojos rosados del gigante chispeaban.

—¿No dice yo que espera cruzar otra vez con tú un otro día? —Su risa rebotó sobre las olas que acababan estrellándose contra sus piernas—. ¡Decidida, absoluta y definitivamente!

Pero ninguno de nosotros tres lo acompañaba en su regocijo. Bumbelwy se aferraba la barriga y rezongaba acerca de la defunción de un gran juglar. Rhia y yo, entretanto, estudiábamos el cielo nocturno, intentando mantener vigilada la luna que desaparecía rápidamente.

Por los sonidos y olores que nos llegaban en la oscuridad, además de los cambios en el paso de Shim, yo era capaz de percibir algunas variaciones en el terreno. Después de salir del canal, el gigante enfiló por la inclinada llanura costera y remontó las colinas con rapidez. Pronto sus pasos se acortaron, a medida que la pendiente aumentaba. Ascendimos hasta los nevados riscos próximos a la ciudad de Varigal. En cierto momento, creí oír unas voces roncadas que cantaban a lo lejos, pero el sonido se desvaneció enseguida.

El aire de alta montaña se hizo más brumoso y húmedo cuando descendimos a un laberinto de colinas y marismas. Yo sabía que, en algún lugar cercano, se hallaba la caverna de cristal de la Gran Elusa. ¿Estaría allí la gran araña, enroscada sobre los Tesoros de Fincayra? ¿O habría salido a cazar espectros y trasgos para saciar su ilimitado apetito?

El crujido de ramas al quebrarse bajo el peso de Shim anunció nuestra llegada al Bosque de la Druma. Un intenso y variado olor a resina me hizo cosquillas en la nariz. Inmensas sombras, algunas casi tan altas como el gigante que nos transportaba, se elevaban altivas hacia el cielo. No pude evitar recordar el ferviente deseo de Shim que él mismo me había confesado tanto tiempo atrás: ser grande, como el árbol más grandioso.

Su deseo se había cumplido, eso seguro. Sentado en la gran palma, contemplé con más atención la moribunda luna que relucía por encima de nuestras cabezas. Y me sentí cada vez más seguro de que mi propio deseo más profundo no se cumpliría.

Justo cuando empezaba a preguntarme si ya no lograba distinguir traza alguna de la luna, o si sólo imaginaba su pálido resplandor, una nueva sombra se irguió ante nosotros. Más alta y densa que las demás, se alzaba con toda la grandeza del Árbol del Alma de Dagda. Aquí, por fin, estaba Arbassa. En sus inmensas ramas, brillando como una estrella, reposaba la casita aérea que alojaba a Elen de los Ojos Zafirinos.

Shim se agachó y apoyó la mano en las abultadas raíces del roble. Empuñé mi cayado y salté al suelo, seguido de cerca por Rhia y por un tambaleante Bumbelwy. Tras darle las gracias a gritos, me volví hacia Arbassa, confiando en que esta vez el

árbol no se negaría a franquearme la entrada.

En ese instante, el enorme tronco emitió un quejumbroso ruido sordo. La corteza se arrugó, crujió y se separó. Crucé a toda prisa la nueva entrada. Remonté las escaleras de dos en dos, sin molestarme a contemplar las runas talladas en las paredes. Cuando aparté bruscamente la cortina de hojas que colgaba al final de las escaleras, Ixtma, la ardilla de grandes ojos, lanzó un agudo chillido. Se volvió rápidamente, derribando un cuenco de agua por el suelo. Después, al ver a Rhia entrar justo detrás de mí, correteó hacia ella, parlotando ruidosamente.

Elen, con los ojos cerrados, yacía en el suelo justo donde la habíamos dejado. La misma almohada con olor a pino sostenía su cabeza, y la misma manta resplandeciente cubría su pecho. Aun así, mientras dejaba mi cayado y me arrodillaba a su lado, vi lo mucho que había cambiado. Sus mejillas, en otro tiempo del color de la crema, estaban más blancas que unos huesos mondos; su frente presentaba los surcos de un prolongado sufrimiento. Estaba mucho más delgada, casi tan transparente como la luna menguante. Apoyé la cabeza en su pecho, con la esperanza de detectar los latidos de su corazón, pero no oí nada. Le toqué los labios agrietados, con la esperanza de notar el más ligero aliento, pero no percibí nada.

Rhia se acuclilló junto a mí, con el rostro casi tan pálido como el de nuestra madre. Me observó, inmóvil, rebuscar en mi talega y sacar el frasco que contenía el Elixir. Al recibir la luz de la chimenea, relampagueó con un color rojo vivo, el color de la sangre del mismísimo Dagda. La habitación entera se inundó de matices escarlatas.

Casi incapaz de respirar también, vertí el Elixir en la boca de mi madre. Por favor, Dagda, te lo suplico. No permitas que sea demasiado tarde. No permitas que muera.

Apenas reparé en que Ixtma gimoteaba y rodeaba, con su poblada cola, las piernas de Rhia. O que Bumbelwy entraba en la habitación, meneando la cabeza, enfurruñado. O que los primeros débiles rayos del amanecer acariciaban las hojas que cubrían las ventanas del este. Sin embargo, sí sentí en cada fibra de mi ser que mi madre abría los ojos.

Al vernos a Rhia y a mí, soltó un gritito de sorpresa. Un saludable tono rosado afluyó a sus mejillas. Tras tomar aire con precaución, nos tendió una mano a cada uno, pese a su debilidad. Se las apretamos entre las nuestras, y notamos la calidez de la carne viva. Las lágrimas asomaron a mis ojos, mientras que Rhia sollozaba quedamente.

—Hijos míos.

Rhia sonrió a través de las lágrimas.

—Ya estamos aquí..., madre.

Las cejas de Elen se alzaron ligeramente.

—Perdóname, hija, por no habértelo dicho antes de tu partida. Pensé que, si yo moría, tu dolor no sería tan grande.

—No tenías que decírmelo. —Rhia tocó el amuleto de roble, fresno y enebro que

colgaba sobre su pecho—. Ya lo sabía.

Le di un suave codazo y sonreí forzadamente.

—Todo lo que esta chica sabe de instintos, lo ha aprendido de mí.

Nos echamos a reír, madre, hija e hijo, como si todos nuestros años de separación jamás hubieran existido. Porque incluso si algún día, en el futuro, nos veíamos obligados a separarnos de nuevo, en aquel preciso instante, una única e inalterable verdad colmaba nuestros corazones. En ese día que amanecía, entre las ramas de aquel gran árbol, permanecemos juntos, sentados. Reunidos al fin.

Sólo tras muchas risas y mucha más conversación nos interrumpimos para comer un reconfortante desayuno con los frutos secos de Ixtma bañados en miel y té de romero con mucha menta. Y sólo después de servirme por quinta vez, mi mirada se posó en el brillante objeto que reposaba junto a la chimenea. Era el Arpa en Flor, con sus relucientes cuerdas mágicas, apoyada contra la pared de madera viva. De pronto, contuve el aliento. Detrás del Arpa había varios objetos más en fila. Los contemplé con asombro, pero sin dejar de lamer la miel de mis dedos, y me levanté del suelo para acercarme a ellos.

No podía creerlo, pero era verdad. ¡Allí estaban todos los Tesoros de Fincayra! Allí mismo, en la casita de Rhia.

Allí estaba el Invocador de Sueños, con su inquietante brillo, el esbelto cuerno del que Cairpré me había contado que podía insuflar vida a cualquier sueño. A su lado descansaba la espada de doble filo Cortafondo. Cuando me disponía a tocar su empuñadura, la poderosa arma que colgaba de mi cinturón tintineó suavemente, recordándome que también mi espada había sido forjada para cumplir un destino extraordinario. Sobre las ramas bifurcadas que componían la pared estaba apoyado el arado capaz de labrar él solo el campo. A su lado estaba la azada que sembraba sus propias semillas, la sierra que sólo corta la cantidad de madera necesaria y el resto de las Herramientas Mágicas, excepto, naturalmente, la que se había perdido. Por un instante, me pregunté qué clase de herramienta sería y dónde podía hallarse en aquel momento. Después, mi atención se volvió hacia el último de los objetos, el Orbe de Fuego. La esfera naranja relucía como una antorcha incandescente. O, como lo había descrito Dagda, como un espíritu luminoso.

—Los Tesoros —dije en voz alta, incapaz de apartar la vista de ellos.

Rhia, que se había unido a mí en silencio, me cogió del brazo.

—Ixtma me ha dicho que la Gran Elusa los trajo poco después de nuestra llegada. —Al oír a la ardilla protestar airadamente, sonrió—. Me recuerda que ella sólo los llevó al claro que se abre frente a Arbassa. Como eran demasiado grandes para subirlos al interior ella sola, pidió, bueno, ordenó a la familia de Ixtma que hiciera el resto.

Perplejo, pasé el dedo por la caja de resonancia de roble del Arpa. Dagda debía haber enviado un mensaje a la Gran Elusa, como hizo con Shim. Pero ¿por qué? Los Tesoros ya estaban bastante seguros antes, en la caverna de cristal de la gran araña.

Ella se había comprometido a guardarlos para siempre.

—No para siempre. Sólo hasta que encontrara a alguien lo bastante sabio para elegir a los guardianes idóneos encargados de custodiarlos. Antes de Stangmar, los Tesoros pertenecían a todos los fincayranos. La Gran Elusa cree que así debería ser otra vez. Y yo estoy de acuerdo.

Más confuso que nunca, meneé la cabeza.

—Pero ¿quién es lo bastante sabio para elegir a los guardianes? Seguro que la Gran Elusa misma lo haría mejor que nadie.

Rhia me observó pensativamente.

—No es eso lo que ella cree.

—No querrás decir...

—Sí, Merlín. Quiere que lo hagas tú. Como le dijo a Ixtma, la isla de Fincayra vuelve a albergar a un mago.

Tragué saliva con un gran esfuerzo, mirando de nuevo los objetos apilados junto a la pared. Cada uno de ellos, al margen de su forma, tamaño o material, poseía una magia que podía enriquecer a todos los habitantes de Fincayra.

Rhia me animó con una sonrisa.

—Así, ¿qué piensas hacer?

—De verdad que no lo sé.

—Alguna idea tendrás.

Me agaché para recuperar mi cayado. Un cayado de mago.

—Bueno... Creo que el Invocador de Sueños debería ser para Cairpré, el más sabio de los bardos. —Señalé a Bumbelwy, que seguía atiborrándose de frutos secos y miel—. Y creo que cierto juglar sin sentido del humor se merece el honor de entregárselo.

La sonrisa de Rhia se amplió.

Animado por las perspectivas de mi misión, así el mango del arado que labra él solo el campo.

—No estoy seguro aún de qué hacer con la mayoría de las Herramientas Mágicas, pero con este arado es diferente. Conozco a un hombre llamado Honn que le sacará partido. Y lo compartiré de buen grado.

A continuación, me incliné para recoger el reluciente Orbe de Fuego. Lo sostuve en alto, y noté su calor pulsante. Sin pronunciar palabra, se lo tendí a Rhia, sobre cuyo vestido de hojas danzó la luz anaranjada.

La sorpresa invadió su rostro.

—¿Para mí?

—Para ti.

Empezó a protestar, pero la atajé.

—¿Recuerdas lo que nos dijo Dagda? El Orbe de Fuego puede reavivar el fuego de la esperanza, la alegría e incluso la voluntad de vivir. Debe estar bajo la custodia de alguien cuyo espíritu brille tanto como él.

Los ojos de mi hermana chispeaban mientras estudiaba la esfera.

—Me has dado algo mucho más precioso que esto.

Durante un prolongado momento, sostuvimos la mirada del otro. Por fin, ella señaló el Arpa en Flor.

—¿Y qué harás con eso?

Sonreí.

—Creo que deberían guardarla unas personas que poseen un jardín. Un jardín que florecía aun hallándose en medio del Llano Herrumbroso, cuando todo había muerto a su alrededor.

—¿T'eilean y Garlatha?

Asentí.

—Y esta vez, cuando les lleve el Arpa a casa, no esperaré nada más que ser recibido como un amigo. —Volví a acariciar la caja de resonancia de roble—. Pero antes usaré el Arpa yo mismo durante un tiempo. Tengo que terminar un trabajo en las Colinas Oscuras.

Cuando levantó la vista hacia las arqueadas ramas de Arbassa, el rostro de Rhia estaba radiante.

—Vaya, casualmente, yo también.

—¿De veras? —Enarqué una ceja—. ¿Qué tienes que hacer?

—De guía. Tengo un hermano, ¿sabes?, que se pierde con facilidad.



THOMAS ARCHIBALD BARRON (26 de marzo de 1952 Boston, Massachusetts, Estados Unidos). Creció en un rancho en Colorado; de ahí su pasión por la naturaleza.

Estudió Historia en la Universidad de Princeton, dónde se hizo sindicalista, con una beca del Balliol College en la Universidad de Oxford, y, además, tiene el Grado en Derecho por la Universidad de Harvard.

Fue presidente de un negocio en Nueva York, antes de cambiar de carrera en 1990, cuando volvió a Colorado, para convertirse en escritor a tiempo completo.

Desde entonces, ha escrito más de 20 novelas, libros para niños, libros de no ficción y libros de naturaleza.

Su pasión por las maravillas de la naturaleza, su profunda preocupación por la humanidad y la fragilidad de nuestro planeta y la fe que tiene en el potencial heroico de cada persona, se reflejó en sus libros, muchos de los cuales son *bestsellers* internacionales. En 2011 recibió el *The Grummond USM Medallion*, por su dedicación a la escritura de libros sobre naturaleza.

Su altamente aclamado trabajo ha cosechado el *Nautilus Award*, el que es dado a los libros que promueven un mejor mundo, varios premios a lo largo de la nación americana así como honores de la *American Library Association* y de la *International Reading Association*.

T. A. Barron también fundó un premio nacional para honrar a jóvenes sobresalientes.

El Premio *Gloria Barron para Jóvenes Héroe*s (el cual él nombró así por su madre) que reconoce jóvenes espíritus extraordinarios de cualquier origen, con la esperanza que sus ejemplos inspiren a otros.

Además, Barron ha colaborado con muchas instituciones nacionales, incluyendo el Consejo de Fideicomiso de la Universidad de Princeton, donde ayudó a fundar el Instituto Ambiental de Princeton y la Sociedad de Vida Salvaje, la cual recientemente lo honró con el premio al ciudadano más sobresaliente.

Barron da conferencias, asiste a eventos de libros, y reuniones de universidades y comunidades. Pero su pasatiempo favorito es escalar caminos de montañas con su esposa Currie y sus hijos.

La pentalogía de *El joven Merlín* es su saga más conocida, *bestseller* internacional, que va a ser llevada al cine por la Warner Bros.